MATT DE LA PEÑA
*LOS VIVIENTES* ES UNA NOVELA INCLASIFICABLE.
TIENE TODO LO QUE ME GUSTA MEZCLADO EN UNA HISTORIA FANTÁSTICA,
IMPLACABLE Y LLENA DE ACCIÓN. ME ENCANTÓ ESTE LIBRO.
—JAMES DASHNER, AUTOR DE *MAZE RUNNER: CORRER O MORIR*
LOS VIVIENTES
GRANTRAVESÍA

MATT DE LA PEÑA

# LOS VIVIENTES

GRANTRAVESÍA

*Para mi bella esposa,*
*Caroline*

Shy está parado en la Cubierta Honeymoon, solo. Una hielera de botellas de agua helada cruza su pecho.

Espera.

Es el día seis de su primera travesía como empleado de verano de los cruceros Paradise Cruise Lines. Mozo de toallas en la alberca de la Cubierta Lido de día. Mozo de botellas de agua por la noche. Pero pagan bien. Le gusta. Es un buen cambio de juego. Vuelve a calcular cuánto habrá obtenido cuando vuelva a empezar la escuela. Tres viajes de ocho días, más propinas, menos impuestos. Suficiente para echarle la mano a su mamá, algo más para comprarse nuevo equipo y unos zapatos deportivos, quizás hasta invite a una mujer a cenar.

Shy camina hasta el barandal, imaginando esto último.

Él con una chica en una cita de verdad.

Incluso haría reservación en un buen lugar. Servilletas de tela. Una chica guapa sentada frente a él, en un gabinete lujoso. Quizá Jessica la del equipo de voleibol. O María la de calle abajo. Cualquiera de esas chicas sería toda sonrisas y pestañas cuando lo viera por encima del menú.

—Pide lo que quieras —le diría—. ¿Has probado algo del mar y algo terrestre? ¿Como langosta y filete? De veras, no hay problema.

Así se conduciría, con clase.

Cuando se nubla por las noches, la luna es un punto borroso sobre el crucero. El océano es fieltro negro. Casi no se ve dónde acaba el aire y dónde empieza el agua.

Pero lo puedes escuchar.

Ésa es otra cosa que Shy jamás hubiera pensado antes de tomar este trabajo informal en un crucero de lujo. El océano te habla. Sobre todo de noche. Voces susurrantes que nunca paran, ni siquiera cuando duermes.

Te puede empezar a trastornar la cabeza.

Shy ve a un pasajero que sale del salón Luxury Lounge. Las gruesas puertas de vidrio se abren automáticamente, lo suficiente para dejar escapar unas cuantas notas de la orquesta en vivo. Adentro se está llevando a cabo un evento formal llamado Bacon Ball. Arpas, violines y demás. Cientos de ricos bien arreglados beben champaña y socializan. Esta noche el trabajo de Shy consiste en ofrecerle agua a cualquiera que salga a tomar el aire.

Como este tipo. De mediana edad y que se está quedándo calvo, con un traje dos tallas más pequeño.

Shy se acerca rápido con su hielera y pregunta:

—¿Una botella de agua helada, señor?

El hombre mira la botella unos segundos, como si aquello lo confundiera. Luego una sonrisa surge en su rostro y echa mano de su billetera. Tiende un billete doblado hacia Shy entre dos dedos blancos y venosos.

—Lo siento, señor —le dice Shy—. Se supone que no debo...

—¿Quién dice? —lo interrumpe el hombre—. Tómalo, muchacho.

Después de una breve pausa, para mantener las apariencias, Shy pesca el billete y lo sepulta en lo profundo del bolsillo de su uniforme. Como siempre lo hace.

El hombre destapa la botella de agua, da un trago largo, se limpia la boca con la manga del saco.

—Me pasé toda la vida tratando de llegar a este lugar —dice sin hacer contacto visual—. Soy de los mejores científicos en mi campo. Cofundador de mi propia compañía —mira a Shy—. Dinero para comprar casas para vacacionar en tres países diferentes.

—Felicidades, señor...

—¡No! —le responde el hombre.

Shy lo observa unos segundos.

—¿No qué?

—No me digas lo que crees que quiero oír —mueve la cabeza, irritado—. En lugar de eso dime algo real. Dime que estoy gordo.

Shy voltea a ver el mar, confundido.

El tipo definitivamente está gordo, pero si algo ha aprendido Shy en sus primeros seis días de trabajo, es que los pasajeros de los cruceros de lujo no quieren saber nada de lo real. Quieren una palmada en la espalda. "Diles que son una maravilla y que te paguen". Es el lema de Rodney, su compañero de camarote. Pero este tipo no encaja en la fórmula.

El hombre suspira, le pregunta a Shy:

—De cualquier manera, ¿de dónde eres, muchacho?

—San Diego.

—¿Sí? ¿De qué parte?

Shy cambia la hielera del lado izquierdo al derecho.

—Tal vez nunca lo ha oído, señor. Un pequeño lugar llamado Otay Mesa.

El hombre ríe con incomodidad, como si le doliera.

—¿Y tú estás tratando de *felicitarme*? —mueve la cabeza—. ¡Qué tal esa ironía!

—¿Perdón?

Despide a Shy con un ademán y vuelve a tapar su botella.

—Créeme, conozco Otay Mesa. Allá cerca de la frontera. Shy asiente.

No tiene idea a dónde quiere llegar ese tipo, pero Rodney también le advirtió sobre eso. Lo excéntricos que pueden ser los pasajeros de los cruceros de lujo. Sobre todo cuando ya traen los dientes rosas de tanto vino tinto.

Hay unos segundos de silencio, Shy se prepara para retirarse, pero de pronto el hombre voltea y le apunta con un dedo al rostro.

—Hazme un favor, muchacho.

—Por supuesto, señor.

—Recuerda este cobarde rostro —el hombre se da un golpecito en la sien—. Así es como se ve la corrupción.

Shy frunce el ceño, tratando de encontrarle lógica.

—Ésta es la cara del que te traicionó. Yo, David Williamson. ¡Nunca lo olvides! Todo está en la carta que dejé en la cueva.

—No estoy seguro de entender, señor.

—Claro que no entiendes —el hombre vuelve a destapar su botella de agua y voltea hacia el océano. No bebe—. Hice una carrera ocultándome de gente como tú. Pero dime algo, muchacho: ¿cómo se supone que puedo seguir viviendo con tanta sangre en mis manos?

Shy abandona la búsqueda de significado y se enfoca en el peinado de cortinilla del tipo aquel. Es uno de los esfuerzos más agresivos que ha visto. La raya empieza dos centímetros arriba de la oreja izquierda y el tipo espera que unos cuantos mechones desordenados cubran una seria cantidad de terreno despoblado.

A lo mejor a eso se refería con lo de "ocultarse". Le quedan tres pelos desafiantes y aún cree que trae totalmente camuflada esa brillante pelona. A Shy le recuerda la lógica de un niño en los juegos de escondites. Como su sobrino Miguel, que metía la cabeza en un cojín del sillón, pensando que si él no podía verte, tú tampoco podías verlo.

Shy vuelve a oír flautas y arpas; dirige su atención hacia dos señoras mayores que salen del salón, con centelleantes vestidos de noche. Las dos vienen riendo y traen sus zapatos de tacón en la mano.

—Buenas noches, señoras —se acerca a ellas—. ¿Puedo ofrecerles una botella de agua helada?

—¡Ay, sí!

—¡Cariño, eso suena estupendo!

Les da las dos botellas, asombrado de que esas mujeres ricas puedan emocionarse tanto con agua gratis.

—Gracias —dice la más alta, mientras se acerca a leer su gafete—. ¿Shy?

—Sí, señora.

—Pero qué curioso nombre —dice la otra mujer.

—Bueno, es que mi papá es un tipo curioso.

Todos ríen un poco y las mujeres abren sus botellas y dan educados traguitos.

Tras cumplir con la cuota de plática trivial recomendada por Paradise, Shy se aleja de las mujeres y regresa a mirar el oscuro mar que los rodea. Miles de kilómetros de misteriosa agua salada. Hogar de sabrá Dios qué. Robustos moradores del fondo y escurridizas anguilas eléctricas, ballenas del tamaño de edificios de apartamentos, que andan por ahí nadando iracundas porque no tienen dientes de verdad.

Y aquí está Shy, en la cubierta superior de este resplandeciente megabarco blanco. Doscientas mil toneladas y el largo de una arena deportiva, pero aun así flotando, de alguna manera.

Recuerda la reacción de su abuela cuando se enteró de que iba a pedir trabajo de verano en un crucero —dos semanas antes que enfermara—. Se metió a su habitación y salió unos segundos después con uno de sus álbumes de recortes. Le mostró varios artículos sobre el aumento de ataques de tiburón en la última década.

Shy tuvo que llevarla a la biblioteca más cercana y bajar de internet una imagen de un crucero Paradise.

—Ay, *mijo* —exhaló ella, emocionada—. Es el barco más grande que he visto en toda mi vida.

—¿Ves, abuelita? Es imposible que un tiburón se meta con una cosa de éstas, ¿verdad?

—No veo cómo —miró la pantalla y luego otra vez a Shy—. Pero tengo fotos de sus dientes, *mijo*. Tienen hileras y más hileras. ¿No crees que puedan morder el fondo?

—No, porque el fondo tiene como cinco metros de grueso y es de puro acero.

Shy permanece de pie, con la mirada perdida en el océano, recuerda a su abuelita, cuando de reojo ve una mancha subir al barandal.

Voltea de inmediato.

El hombre del peinado de cortinilla.

—¡Señor! —grita, pero el tipo ni siquiera voltea.

Shy ahueca las manos alrededor de su boca y esta vez lo grita más fuerte:

—¡Señor!

Nada.

Las dos mujeres mayores voltean también, para ver lo que está pasando. Ninguna se mueve, ni dice una palabra.

Shy se arranca la hielera y sale disparado atravesando toda la cubierta a lo ancho. Llega justo cuando el hombre se está bajando del otro lado del barandal, disponiéndose a saltar.

Shy se lanza a sujetarlo, pesca un brazo. Con la otra mano busca el cuello de su saco y aprieta la tela. Lo sostiene allí, suspendido contra el barco.

Todo pasa tan rápido.

No hay tiempo de pensar.

Este hombre cuelga sobre el vacío, a veintitantos pisos de la oscuridad y demasiado pesado para una persona, se le resbala a Shy de entre los dedos.

Engancha la pierna en el barandal para apoyarse mejor y para que no lo jale a él también, ahora grita sobre sus hombros:

—¡Busquen ayuda!

Una de las mujeres se apresura hacia el salón, por las puertas de vidrio. La otra grita al oído de Shy:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

El hombre del peinado de cortinilla le clava los ojos a Shy. Nerviosos y saltones. Hasta ese momento su mano ha estado agarrando el antebrazo de Shy. Pero ahora se suelta.

—¡Qué está haciendo! —le grita Shy—. ¡Sujétese!

El hombre sólo mira hacia abajo.

Shy lo sujeta más fuerte. Aprieta los dientes y trata de tirar de aquel hombre hacia arriba. Pero es imposible. No es tan fuerte. Su posición es demasiado incómoda.

Voltea otra vez y grita:

—¡Alguien que ayude!

La segunda mujer retrocede trastabillando, hacia el salón. La mano sobre la boca. Las botellas de agua de la hielera de Shy ruedan por la cubierta atrás de ella.

Shy puede sentir que el codo del hombre se empieza a resbalar entre sus dedos. Tiene que hacer algo. Ahora. ¿Pero

qué?

Pasan varios segundos.

Suelta el cuello del saco, apenas lo suficiente para sujetar el brazo del hombre también con la mano izquierda. Justo debajo del codo. Ambas manos ya cerradas en un círculo. Dedos entrelazados. El cuerpo entero de Shy empieza a temblar mientras se aferra. El sudor le corre por la frente y se le mete en los ojos.

Se le empieza a acalambrar la pierna en el barandal.

Varios segundos más y luego oye un desgarro. El traje del hombre se está descosiendo del brazo. Impotente observa las costuras que se rompen ante sus ojos. Estilo cámara lenta. Hilos negros que se rompen y quedan colgados como gusanos diminutos.

Luego un desgarrón fuerte de tela y el hombre cae, gritando. Los ojos desorbitados al caer de espaldas. Agitando brazos y piernas.

Desaparece en la oscuridad casi sin salpicar.

*¡Shy!*, grita alguien.

Pero Shy sigue asomado sobre el barandal, mira la oscuridad. Tratando de recuperar el aliento. Tratando de pensar.

*Shy, sé que me puedes oír*.

Otros pasajeros salen a la cubierta. Hay un murmullo de conversaciones susurradas. Un reflector se prende de golpe sobre él, su rayo brillante recorre lentamente la superficie del agua. Sin revelar nada.

*Déjate de juegos, hermano. Nos tenemos que ir al Southside*.

El océano sigue susurrando, igual que antes. Como si no pasara nada, ni nada fuera a ocurrir.

Shy voltea a ver sus manos.

Sigue sujetando la manga vacía de aquel hombre.

# LOS VIVIENTES

# Día 1

# 1
# RODNEY

—En serio, Shy. Levántate.

Shy rodó en su camastro.

—No me obligues a golpearte la cabeza.

Shy abrió un poco los ojos.

El enorme Rodney se cernía sobre él con las manos en la cintura.

Shy volteó a ver el pequeño camarote, mientras la realidad lo va inundando: ninguna manga en sus manos. Ésta era una travesía completamente distinta: con destino a Hawai, no México. El hombre había saltado hacía seis días, es decir, ya había pasado casi una semana.

—Sé que no lo olvidaste, ¿verdad? —dijo Rodney.

—¿Olvidar qué? —Shy se sentó y se frotó los ojos. Pero sabía que la respuesta iba a estresar a Rodney, porque todo estresaba a Rodney, así que sonrió y le dijo al tipo—: Estoy jugando, hombre. Por supuesto que no se me olvidó. Puedes ver que ya estoy vestido, ¿de acuerdo?

—Te iba a decir —Rodney se metió al baño, volvió a salir con

un cepillo de dientes eléctrico zumbándole en la boca, masculló algo imposible de entender.

Shy salió de la cama y fue a su cómoda, sacó una bolsa de papel café de atrás de la caja fuerte, que nunca se molestaba en usar.

Hoy era el decimonoveno cumpleaños de Rodney. Se suponía que un montón de gente iba a celebrar en la cubierta afuera del Southside Lounge. A las nueve, al acabar su turno de la alberca, Shy iba a bajar al camarote que compartía con Rodney a bañarse y cambiarse, pero terminó por caer rendido. Eso era un pequeño milagro, considerando que apenas había dormido la noche anterior. Y la anterior. Y la anterior…

Le dio un vistazo al reloj: pasaban de las once.

Rodney se volvió a meter al baño a escupir, salió secándose la boca con una toalla de manos. Era un tipo asombrosamente ágil para ser un liniero ofensivo de futbol americano.

—Dije que te estabas revolcando mientras dormías, hermano. ¿Otra vez soñaste con el clavadista?

—Estaba soñando con tu mamá —le dijo Shy.

—Ah, sí, ya veo. Tenemos a un segundo comediante en el barco.

El suicidio podía haber ocurrido hacía seis días, en una travesía completamente distinta, pero desde entonces, cada vez que Shy cerraba los ojos… allí estaba el hombre del peinado de cortinilla. Dándole traguitos a su botella de agua, o hablando de la corrupción, o pasando su trasero sobre el barandal; el brazo carnoso del tipo se desliza lentamente entre el agarre de nena de Shy.

Peor aún, a medio sueño la cara del hombre a veces se transformaba en la cara de la *abuela* de Shy. Sus ojos se llenaban de sangre debido a su rara enfermedad.

Shy le lanzó la bolsa de papel a Rodney.

—¿Me compraste un regalo, hermano? —dijo Rodney—. ¿Qué es?

—¿Qué quieres que sea?

Rodney contempló el techo tocándose la sien, como si

estuviera pensando. Luego señaló a Shy y le dijo:

—¿Qué tal una hermosa mujer en lencería?

Shy soltó una risa exagerada.

—¿Crees que soy una especie de hacedor de milagros?

—Estoy jugando, hermano —dijo Rodney—. No tiene que ser hermosa. Ya sabes que no soy exigente.

Shy señaló la bolsa.

—Sólo ábrela.

Rodney desdobló la parte de arriba y sacó el libro que Shy le había comprado: *¡Cocina con Daisy! Sabores latinos que harán vibrar tu mundo.*

—Lo tenían en la tienda de regalos —le dijo Shy.

Rodney le dio la vuelta para ver la contraportada.

—Si vas a ser un chef famoso —agregó Shy—, tienes que saber hacer *tamales* y *empanadas*. Carmen y yo podríamos ser algo así como tu público de prueba.

Rodney volteó a ver a Shy con ojos vidriosos.

El regalo demostraba que Shy recordaba la primera conversación que tuvieron durante su primera travesía juntos. Cuando Rodney mencionó su sueño de ser chef en Nueva York.

¿Pero lágrimas?

¿De veras?

—Ven acá, hermano —dijo Rodney, abriendo los brazos.

—No, así estoy bien —le dijo Shy, mientras caminaba hacia la puerta. Rodney era un entusiasta de los abrazos porque no entendía su propia fuerza. Y Shy no era del tipo de los que les gusta el contacto físico.

—En serio, Shy. Ven a darle a este chico un poco de amor.

En lugar de eso Shy tomó la manija de la puerta y dijo:

—Necesitamos apresurarnos para que llegues a tu fiesta…

Demasiado tarde.

Rodney lo agarró del brazo y le dio la media vuelta para aplicarle un abrazo de oso. Shy imaginó que así debía sentirse morir aplastado por una pitón birmana.

—Eres un buen amigo —dijo Rodney, con voz quebrada por la emoción—. En serio, Shy. Cuando me convierta en un chef de

fama mundial y me pongan en uno de esos programas matutinos de TV, para hacer una demostración… Verás, voy a nombrar un platillo en honor a mi *Mexican compadre*. ¿Qué te parece el Shy Soufflé?

Shy habría hecho algún chiste sobre que Rodney tenía una cara perfecta para trabajar en radio, pero no podía pensar bien. Rodney le estaba cortando el flujo de oxígeno al cerebro.

# 2
# LA TRIPULACIÓN Y EL GRUPO

Shy y Rodney se sentaron ante una mesa en el balcón abarrotado, donde Carmen, Kevin y Marcus protegían un altero de cajas de pizza humeantes.

—Tardaste bastante —dijo Marcus.

Rodney señaló a Shy.

—Dile a él. Tenía otra pesadilla del tipo ese que vio saltar.

Shy observó a Rodney. El tipo lloraba por un libro de cocina hacía menos de quince minutos. ¿Y ahora quería delatarlo por sus pesadillas?

Carmen abrió la caja de arriba.

—Te acaban de traer éstas, Rod. Feliz cumpleaños, grandote.

—Feliz cumpleaños —le hicieron eco todos.

Rodney les dio las gracias con un abrazo figurado, por encima de la mesa, y deslizó la primera rebanada a su plato de papel. Luego tomó una segunda y una tercera.

El olor a pepperoni y queso le llegó a Shy tan fuerte que casi no tuvo tiempo de babear por Carmen. Su estómago gruñó cuando metió la mano a la caja, como todos los demás. Le quitó

la grasa extra con una servilleta, dobló la gruesa rebanada lo mejor que pudo y le dio una mordida de lado.

A bordo había dos bares-cafetería para la tripulación; uno en cada punta del barco, pero éste era su favorito. El Southside Lounge.

Los pasajeros que pagaban tenían todas las comodidades imaginables. Spas de lujo y albercas. Múltiples casinos con todos los servicios. Restaurantes de cinco estrellas. Antros para bailar. Teatros. Expendios de comida gourmet abiertos toda la noche. Pero la verdadera acción estaba aquí abajo, en el nivel de la tripulación. Cerca de media noche, cuando terminaba la mayoría de los turnos, había fiestas por los pasillos, en los bares, desbordando los *lounges*. Una mezcla de gente joven y guapa de todo el planeta.

Esa noche estaba especialmente abarrotado porque era el inicio de una nueva travesía. Nadie estaba agotado aún y había montones de rostros femeninos nuevos que mirar —el pasatiempo favorito de Shy—. Todas las mesas estaban repletas. Todos bebían, hablaban y reían. Jugaban póker. Un grupo de chicas japonesas estaba bebiendo en la barra. Unas cuantas brasileñas movían sus dulces caderas al ritmo del reggae junto a la pared del fondo.

Un hombre negro, que Shy recordaba de la primera travesía, estaba sentado solo junto al barandal, escribiendo en una libreta de pastas de piel. El pelo gris y alborotado. La barbita trenzada. Parecía una especie de Einstein negro, o un terrorista… pero lo único que hacía en el barco era asear calzado.

Era algo raro tener a un tipo mayor en la tripulación, pero Shy dudaba que los chicos de su edad tuvieran aquella destreza para sacar brillo.

## Dos mil dólares más rico

Mientras los demás hablaban de sus pocos días lejos del barco, Shy pensó en uno de sus últimos cumpleaños. Hacía un par de años, su mamá, su hermana y su abuela lo llevaron a un juego de

basquet colegial. En el medio tiempo anunciaron el número de tres asientos y pidieron a la gente sentada en ellos que bajara a la cancha, donde tendrían la oportunidad de ganar premios. Shy no podía creerlo cuando su hermana le indicó que estaba sentado en uno de esos lugares.

Bajó hasta la duela con los otros dos concursantes, se paró frente al estadio repleto, mientras el presentador explicaba las reglas. Cada uno de ellos haría un enceste bajo el aro, un tiro libre, un tiro de tres puntos y un tiro de media cancha. Si encestabas uno recibías un certificado de regalo para Pizza Hut. Con dos, boletos gratis para el próximo juego del equipo local. Con tres, una suite para ti y cinco invitados. Si encestabas los cuatro tiros, incluyendo el de media cancha, recibías dos mil dólares en bonos del ahorro del banco que patrocinaba el estadio.

El primero que tiró era un tipo viejo con mechones de canas saliéndole de las orejas. Falló todos.

La segunda fue una chica de pelo corto, medio hombruna y con botas Timberland. Encestó el primero y el tiro libre.

Luego fue el turno de Shy.

Deslizó la bola por el vidrio a la primera y luego sepultó el tiro libre rápidamente. Clavó los tres puntos y oyó que la multitud se empezaba a emocionar. Mientras Shy driblaba hasta la media cancha, el presentador anunció:

—Si este joven acierta la última canasta desde la media cancha, damas y caballeros, cuando se vaya a casa esta noche, ¡será dos mil dólares más rico!

Shy se paró unos pasos detrás de la línea de media cancha, miró hacia la multitud. Un montón de gente estaba parada, lo ovacionaban. Una emoción como nunca había vivido. Vio a su mamá y a su hermana aplaudiendo, su abuelita colgada sobre el barandal, tomaban fotos que él sabía que acabarían en uno de sus famosos álbumes. Respiró profundo, luego volteó hacia el aro más lejano, dribló y dio dos pasos rápidos y lanzó la pelota casi desde la cintura.

Vio aquella piedra navegar por el aire en cámara superlenta.

La vio rebotar en el tablero y entrar directo.

La multitud enloqueció.

El patrocinador del banco salió hasta la media cancha y le entregó a Shy un cheque gigante. Eran dos de los grandes. Shy lo mostró, casi riéndose. Porque algo así no debería estarle pasando a un chico anónimo como él. Era un tipo cualquiera, de allá junto a la frontera. ¿No lo sabían?

Shy tomó una segunda rebanada, todavía emocionado por el recuerdo. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes que su risa volviera a aparecer. Jamás lo iba a aceptar ante nadie, pero ver a un tipo cayendo del barco le había dañado algo en la cabeza. Esa mierda era difícil de procesar.

Dio una mordida y decidió repasar el balcón otra vez, para ver si había algunas chicas nuevas tan lindas como Carmen. Era un jueguito ocasional. Apenas iba a la mitad cuando se dio cuenta de que Kevin lo miraba fijamente desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó Shy.

—Tenemos que hablar —dijo Kevin con su sutil acento australiano—. En cuanto acabes de comer.

—Me falta cerrar Lido —le dijo Shy. El área de la alberca era su última responsabilidad de la noche.

—Entonces, cerraré contigo.

Shy se encogió de hombros y le dio otra mordida a la pizza. Era extraño ver a Kevin tan ansioso por hablar. No trabajaban juntos, así que Shy no creía estar en problemas.

Miró a Rodney alzar otra rebanada al tiempo que decía:

—Saben quién preparó esto, ¿verdad? —apuntó con un pulgar hacia sí mismo—. El chef principal se me acercó justo cuando estaba marcando mi salida y me dice: “Oh, lo siento, Rodney. Nos acaba de llegar un pedido de cuatro pizzas. Nos ayudaría mucho si pudieras dejarlas en el horno antes de irte”. Hermano, ya hasta me había quitado el delantal y todo.

—¿Y lo hiciste? —dijo Marcus.

Rodney se encogió de hombros.

—No había elección.

—Maldición —dijo Carmen, mirando a Shy—. Pusieron a tu amigo a preparar su propia cena de cumpleaños.

—Ojalá también lo hubieran mandado a entregarla —dijo Shy —. Entonces le hubiéramos estafado las propinas.

Todos se rieron un poco, hasta Rodney, quien dijo:

—Hablando de propinas, cuéntales lo que te dio el clavadista antes de tirarse.

Shy metió la mano al bolsillo de su uniforme, sacó un billete de cien dólares.

—Lo olvidé por completo hasta que abordamos hoy.

Rodney movió la cabeza y sacó otra rebanada.

—Y yo sigo con la duda. ¿Qué le hiciste, hermano? ¿Le diste al tipo un final feliz o qué?

—Sólo una botella de agua —dijo Shy, mientras miraba el dinero del hombre del peinado de cortinilla. Técnicamente, se suponía que la tripulación no podía aceptar propinas. Pero eso nunca detuvo a nadie. Pero esta propina parecía diferente. Como si estuviera mal gastársela en cualquier tontería de mierda.

Carmen tendió su mano abierta, diciéndole:

—Mejor dámelo, *vato*. Es exactamente lo que me debes por ser tu amiga.

Shy le puso el billete en la mano, pero en el instante en que sus dedos manicurados empezaron a cerrarse, lo jaló rápidamente y lo guardó en un bolsillo.

—Tienes que ser rápida —le dijo.

Carmen le puso mala cara y lo pellizcó en la parte trasera del brazo.

Shy se sintió mejor cuando notó que Kevin se estaba riendo con todos. No podía ser *tan* grave aquello sobre lo que quería conversar.

—A ver si entendí —dijo Marcus, se limpió las manos con una servilleta de papel—. ¿Con sólo haber visto la propina, le hubieras podido salvar la vida a ese tipo?

—¿Cómo puedes imaginar eso? —preguntó Shy.

—Sólo digo que si alguien *me* suelta un billete de ésos, mi trasero se hubiera puesto en alerta máxima.

—A lo mejor fue por ser tan bueno en lo que hago —Shy le lanzó una sonrisa sarcástica.

—No —dijo Carmen.

—Okey, sí —rio Marcus y mordió su rebanada de pizza.

—Hay pasajeros que les gusta dar propinas así —dijo Kevin—. Quieren impresionar a todos.

—A mí me dieron cincuenta dólares sólo por ajustar un micrófono de karaoke —dijo Carmen—. Hace dos viajes.

—¿Hombre o mujer? —dijo Rodney.

—Hombre. ¿Por qué?

—Ya sabes que todos estos blancos ricos tienen una debilidad por ti, Carmen. Eres como su fantasía de *chalupa* con jalapeños.

Carmen se inclinó sobre Shy para golpear a Rodney en el hombro. Fue imposible para Shy no ver cómo se le subía la blusa por esa hermosa espalda morena.

—Uy —dijo Marcus—, cincuenta suena algo caro por ese platillo mexicano.

Carmen tomó una orilla de pizza de la caja semivacía y se la aventó a la cabeza. Pero Marcus se agachó justo a tiempo; la orilla salió volando sobre el barandal y cayó en el Pacífico.

—Supongo que el pollo y los waffles son una cena de lujo —dijo ella.

—¿Comparados con un tazón loco de ensalada de *taco*?

Para entonces todos reían, incluyendo, notó Shy, el grupo de tripulantes suecas de la mesa siguiente.

—Que quede claro —dijo Rodney—, aquí todos son la versión cena de lujo. Mira a tu alrededor, hermano. Paradise sólo contrata gente atractiva.

Shy vio que todos en la mesa volteaban a verse unos a otros. Pero no hacía falta. Rodney tenía razón. Prácticamente toda la tripulación era gente atractiva, sobre todo el grupo de Shy.

Kevin era un australiano robusto y deportista. Pelo rubio despeinado y barbita de tres días. A sus veintidós años era el mayor del grupo y el que más mundo tenía. Cuando no estaba

mezclando martinis en un crucero Paradise, posaba para fotos como modelo de ropa interior por toda Europa.

Marcus era el bailarín de hip-hop oficial del barco. Un chico negro con cara de niño bonito de Crenshaw que, en secreto, era un fanático de la tecnología. Cada que Marcus se quitaba la playera del uniforme en el escenario principal, cuando tenía programada una demostración de baile, Shy veía cómo todo el mundo se quedaba mirando, sin parpadear, sus abdominales. Hasta las esqueléticas ancianitas blancas de los estados confederados.

Carmen era la única mujer del grupo. Tenía dieciocho años y era mitad mexicana, como Shy; originaria de una ciudad cercana a Otay Mesa, llamada National City. Todas las noches era la anfitriona del karaoke y cantaba en algunos shows. Cuando Shy la conoció, no pudo hablar. Ella tuvo que agitar una mano frente a su cara, riéndose, y preguntarle a Rodney si su amigo era mudo.

El único problema con Carmen era que tenía a su prometido en casa. Un chico blanco y rico que estaba estudiando en la escuela de leyes. Ella dejaba su anillo de diamante en el camarote porque, decía, los anillos de bodas son como la kriptonita de las propinas.

Finalmente todas las miradas se posaron sobre Rodney.

Bajó de su boca una rebanada a medio comer de pizza de salchicha y dijo:

—¿Qué?

Había una mesa llena de sonrisas burlonas.

—Yo no cuento, hermano —dijo—. Por algo tienen mi trasero encerrado en la cocina.

Todos rieron.

Rodney era un chico de campo de 1.93, con un mal corte de cabello y dientes torcidos. Hacía unos meses se había mudado de Iowa a Irvine para tratar de jugar futbol americano colegial con los Osos Hormigueros. Su entrenador de fuerza lo había conectado con el trabajo en el barco; asistente del chef principal, en el Salón Comedor Destiny. En sus ratos libres, Rodney leía

novelas románticas y comía bolsas tamaño Costco de osos de gomita y escuchaba a Christina Aguilera a través de audífonos enormes.

Mientras todos acababan de comer, Shy pensó cómo encajaba en esa ecuación. No era un modelo de ropa interior como Kevin, eso lo sabía. Pero era alto para ser mitad mexicano. Y jugaba baloncesto. Las chicas de su tierra le decían "niño bonito" y consideraban que era un gran partido… pero un buen partido en Otay Mesa, probablemente era muy distinto que un buen partido en un crucero Paradise.

Shy le seguía dando vueltas a esto mientras serpenteaba entre la multitud del balcón para ir a tirar su grasiento plato de papel al basurero junto al bar. Al voltear, encontró a Kevin.

—¿Listo?

—Claro —le dijo Shy—. ¿Pero qué pasa?

—Hace rato oí una conversación —Kevin también tiró su plato—. Pensé que más valía advertirte.

*¿Advertirme?* Una ola de nervios recorrió el vientre de Shy.

—Cubierta Lido, ¿verdad? —dijo Kevin.

Shy asintió. Cuando seguía a Kevin entre las atestadas mesas del balcón hacia la salida, volteó hacia atrás para ver a Carmen.

*¿Todo bien?*, le preguntó ella con los labios.

Shy se encogió de hombros y salió por la puerta.

# 3
# EL HOMBRE DEL TRAJE NEGRO

Shy siguió a Kevin por varias escaleras y atravesaron el atrio del barco, que era algo salido de una revista de arte. Cuadros enormes en todas las paredes; flores frescas en grandes floreros de colores; candiles que caían en cascada; música clásica tocaba suavemente en bocinas ocultas.

Sonreían e inclinaban sutilmente la cabeza cada vez que pasaban a una pareja de pasajeros que tomaba una caminata nocturna.

—Señora.

—Señor.

Siguieron caminando hasta el otro extremo del barco y salieron a la Cubierta Lido, donde Shy pasaría la mayor parte de sus horas de trabajo en esta travesía. El psiquiatra del barco decidió que sería mejor que Shy no regresara a la Cubierta Honeymoon; al menos hasta que hubiera pasado el tiempo necesario para "lidiar con el suicidio". Luego le había dado a Shy un frasco de pastillas que, supuestamente, calmarían su mente. Pero lo único que hizo la primera fue hacerlo sentir vacio e

insensible. Como una persona falsa. Tiró el resto del frasco a la basura.

Cruzaron hasta el fondo, donde la piscina infinita resplandecía a la luz de la luna. Algunas personas seguían en el jacuzzi, aunque había cerrado hacía más de una hora. Un tipo y tres chicas. Cuando vieron venir a Kevin y Shy, el tipo se puso de pie y dijo:

—Hora de irse, ¿verdad?

—Disculpe, señor —le dijo Shy—. Ya tenemos que cerrar. El tipo salió escurriendo y volteó a ver a las chicas.

—Ya oyeron al señor. Es hora de ir adentro.

Shy vio a las tres chicas en bikini salir del jacuzzi. Eran más jóvenes que la mayoría de los pasajeros, rondarían los veinticinco, y todas estaban endemoniadamente guapas. Apenas unas líneas por debajo de Carmen en traje de baño… y eso era decir mucho.

El tipo ya se había puesto una camisa y unos pantalones cargo; se acercó a Shy y Kevin.

—Debe ser una lata tener que correr gente del jacuzzi todas las noches. Lo siento, amigos. Por cierto, me llamo Christian.

Shy le dio la mano y se presentó.

Kevin hizo lo mismo.

Christian era como alguien salido de un anuncio de *GQ*. Ojos azul claro y mentón cincelado. Barba de un día. Pelo castaño claro hasta los hombros, aún mojado y escurriendo sobre su camisa.

—Vámonos, doctor Christian —le gritó una de las chicas.

El tipo les guiñó a Kevin y Shy.

—Me acabo de graduar de médico. Estamos celebrando un poquito. Nos vemos —se dio la vuelta y echó a caminar hacia el atrio, y las chicas lo siguieron en fila. Shy los vio irse, se preguntó cómo sería vivir otra clase de vida. Estar a punto de convertirse en médico. Ser al que atienden en vez del que sirve. Era algo que nunca había considerado antes de poner un pie en un crucero de lujo.

En cuanto se fueron, se volvió hacia Kevin.

—Entonces, ¿qué era lo que me querías advertir?

—Tenía las manos llenas, ¿verdad? —dijo Kevin, viendo las huellas mojadas que habían dejado las chicas—. Desde luego yo estaba dispuesto a echarle una mano al colega. Sólo tenía que pedirlo.

—Yo igual —dijo Shy, y empezó a arrastrar las tumbonas blancas a su lugar, a quitar las toallas desechadas, a reajustar los respaldos. Había más de doscientas tumbonas y cada mañana, antes que saliera el sol, tenían que estar perfectamente alineadas.

Rodeó la segunda fila y dobló hacia el cuarto de limpieza, diciendo:

—La advertencia, Kev.

—Cierto —Kevin levantó una toalla que se le había caído a Shy—. Bueno, hoy en la mañana después de abordar, me fui directo al bar para ir preparando todo. Pero la cava estaba cerrada con llave y eso es una monserga. Tuve que ir hasta la oficina de Paolo a pedirle la llave y… Conoces a Paolo, ¿verdad?

—Jefe de seguridad —Shy empujó la puerta del cuarto de limpieza y descargó el altero de toallas que traía al hombro en el contenedor de ropa para lavar. Kevin también echó su toalla. Claudia, una mujer alemana que Shy había conocido en su primer viaje, lo saludó con la mano y se llevó el contenedor rodando hacia la lavandería.

—Se me olvidó —dijo Kevin—. Pasaste unas horas con él después del suicidio, ¿no? Bueno, el caso es que no pude entrar a su oficina de inmediato porque estaba con alguien. Un hombre de traje negro. ¿Y de quién crees que le estaba preguntando a Paolo?

—¿De mí?

—De ti.

Shy se detuvo.

—¿Por qué?

Tenía la sensación de saber por qué.

El hombre del peinado de cortinilla.

—Como un buen camarada —dijo Kevin mientras Shy regresó a enderezar tumbonas—, me quedé escondido detrás de la puerta

para escuchar. El del traje negro quería saber sobre ese tal Shy. ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿De qué habló con el suicida antes de que la cosa se pusiera fea? Y le estaba hablando brusco a Paolo, lo que nunca había visto a bordo de un barco Paradise. Paolo es de los que tienen más jerarquía, ¿sabías? Así que este tipo probablemente no era de la tripulación.

Shy movió la cabeza, frustrado.

—¿Cuántas veces tengo que explicar esa mierda? —dijo. Al tipo le di una botella de agua. Cuando trató de saltar lo agarré del brazo, pero pesaba demasiado. No lo pude sostener. ¿Qué más quieren oír?

Claro, estaba omitiendo su extraña conversación con el hombre del peinado de cortinilla. Esa parte no se la había mencionado a nadie. Pero era pura incoherencia. Y había pensado que entre menos interacción refiriera, más rápido lo dejarían seguir con su vida.

Ya podía descartar esa teoría.

—Tranquilo —dijo Kevin—. No mates al mensajero. En fin, a mí me sonó a que Paolo sí le transmitió la información correcta. Pero el hombre del traje negro no estaba satisfecho. Quería tu expediente. Y tu horario de trabajo.

Shy jaló una toalla húmeda de una tumbona.

—Qué locura, Kev. ¿Y Paolo se lo *dio*?

—No sé —dijo Kevin—. En ese momento me pareció que ya estaban acabando, así que me alejé de la puerta.

Shy movió la cabeza un poco más y llevó las últimas toallas al cuarto de limpieza y las echó en un contenedor vacío. ¿Cómo iba a dejar atrás esa mierda si todos la seguían mencionando?

Se dirigió al lujoso jacuzzi, desconectó los chorros, la cascada y la calefacción, empezó a ponerle su cubierta especial. Todo lo que Shy estaba buscando era un trabajo de verano antes de su último año de escuela. Y cuando su consejera escolar mencionó que tenía contactos en Paradise Cruise Lines, le sonó diferente, exótico. Pero si tuviera que hacerlo otra vez, buscaría algo más normal. Como un Subway o Big O Tires. Nadie trata de matarse cuando va a comprar un maldito juego de Goodyear.

—¿Todavía no lo entiendes? —dijo Kevin, siguiendo a Shy—. Aquí no tratamos con pasajeros comunes y corrientes. Son los más ricos de los más ricos. Han venido expresidentes. Actores. Donald Trump iba en mi primera travesía.

—¿Qué tal si yo busco a ese tipo? —dijo Shy—. A lo mejor puedo hablar con él. Y ya salir de esto.

—Podrías intentarlo —dijo Kevin, y lanzó una mirada hacia atrás de Shy—. Estoy pensando que debe ser del FBI, o algo así de importante. Y si el suicida no te dijo nada antes de saltar, no tienes de qué preocuparte, ¿verdad?

Shy caminó hasta la piscina infinita, sacó la elegante red de su funda. No sabía qué pensar mientras sacaba un pedacito de papel, una liga de pelo y dos bichos. ¿EL FBI? Nunca le había pasado nada así. Deseó poder apretar la tecla de avance rápido al resto del viaje, regresar a su vida tranquila en Otay Mesa… aunque hasta eso estaba mal ahora que su abuela había muerto.

Shy notó que Kevin volvía a mirar atrás de él, metiendo las manos en los bolsillos.

—Eso está un poco raro —masculló Kevin.

—¿Qué? —dijo Shy.

Kevin miró al piso, moviendo la cabeza. Luego le habló a Shy en voz baja.

—No vayas a voltear o algo, pero creo que alguien nos ha estado observando todo este tiempo.

—¿Quién? —dijo Shy—. ¿El tipo del traje negro?

Kevin se encogió de hombros.

—¿El que viste?

—Estoy casi seguro.

Shy se paralizó; la red para limpiar la alberca permanecía en su mano. Podía sentir que su corazón latía más y más rápido dentro de su pecho. De pronto las cosas le parecieron más serias. Como si de veras estuviera en problemas por algo.

—Mira —dijo Kevin—. Acaba tu trabajo aquí y vete a tu camarote. Si fuera tú, iría a hablar con Paolo mañana.

Shy guardó la red.

Podía sentir los ojos del tipo que le quemaban la espalda. ¿O

su mente lo estaba exagerando todo? De cualquier manera, no tenía ganas de estar afuera solo.

—Oye, Kev —dijo en voz baja—. ¿Te podrías quedar por aquí unos minutos?

Kevin le echó una mirada que le dijo que contara con él.

—No me pienso ir a ningún lado.

# 4
# INSOMNIO

Shy no podía dormir.

Otra vez.

Se sacudía y daba vueltas en su camastro, escuchaba el vaivén de los ronquidos de Rodney, veía cómo cambiaban los números en su radio despertador. Miraba el techo sin poder evitar que su mente girara…

Se imaginó que el hombre del traje negro se metía sigilosamente a su camarote, con un pasamontañas puesto. Acercaba un *machete* centímetro a centímetro al cuello expuesto de Shy hasta que cortaba su piel y la sangre corría por sus sábanas, sus mantas y su delgada almohada de mierda.

Se imaginó al hombre del peinado de cortinilla deslizándose de entre sus manos, sólo que esta vez estaban esposados y Shy también era jalado por la borda. Los dos caían, caían y caían hasta un océano turbulento que los devoraba y los apretaba en sus garras como el Triángulo de las Bermudas.

Shy pensó en las últimas horas de vida de su abuela. Cómo se empezó a desgarrar su piel en la cama del hospital. Su mamá

lloraba desde afuera de la sala de cuarentena. Golpeaba con los puños contra el grueso vidrio y les gritaba a las enfermeras. Shy incapaz de moverse, hablar o siquiera respirar.

Eran casi las tres de la mañana cuando Shy, finalmente, se dio por vencido con el tema de dormir. Se quitó de encima las mantas y fue a la laptop de Rodney a revisar su correo.

Sólo había un mensaje en su bandeja de entrada.

De su mamá.

¿Podrían hablar por Skype mañana? ¿Entre turnos? Tenía noticias posiblemente preocupantes que prefería no compartir por email. “Por favor, Shy. Sé que estás ocupado en tu barco, pero encuentra unos cuantos minutos para tu mamá. Estoy hecha un manojo de nervios y quiero hablar contigo”.

Shy lo leyó otras dos veces sin parpadear.

La última vez que ella había querido hablar fue cuando le diagnosticaron a su abuela el mal de Romero. Y cuando Kevin quiso hablar era para decirle de un tipo de traje negro que andaba haciendo preguntas sobre él. El mismo tipo que los estuvo vigilando en la alberca.

Cuando había que “hablar” terminaban por ser malas noticias.

Le escribió un mensaje a su mamá diciéndole que se conectaría a Skype entre las dos y las dos y media. Mañana por la tarde. Luego cerró la laptop y salió del camarote para ir a vagar por los pasillos y pensar.

El barco entero era como un pueblo fantasma. En la imaginación de Shy pasaban plantas rodadoras. Esperaba encontrarse una pandilla de agentes del FBI de traje negro acechando tras cada esquina, pero estaban vacías.

El gran peso del barco cabeceó sutilmente bajo los tenis de Shy. Los diminutos movimientos en la duela lo hicieron sentir descoordinado cuando subió varios tramos de escalera. Su cuerpo entero estaba cansado y dolorido por la falta de sueño.

Caminó por uno de los niveles de clase premier. Había lámparas rústicas que imitaban linternas antiguas; impecables

espejos enmarcados; puertas hechas de madera auténtica, con manijas, cerraduras y aldabas de latón.

Le metían tanto dinero a estas cubiertas premier.

Y sólo eran los pasillos.

¿Cómo se sentiría si hubiera nacido siendo alguien más?, se preguntaba. No un tripulante de intendencia que no podía dormir, sino un pasajero de primera que regresaba de una noche arrolladora en el casino. Abriría una de esas elegantes puertas con su llave, echaría sus ganancias sobre la mesa de roble. Se desvestiría viendo el océano por la ventana de su camarote. Se metería en la cama junto a su esposa espectacularmente buena y subiría las sábanas de seda hasta su barbilla.

La gente de la clase premier de seguro se dormía en segundos.

Shy volvió a subir a la Cubierta Honeymoon y se paró junto al barandal, en el lugar exacto donde había soltado al hombre del peinado de cortinilla. Primera vez que volvía a la escena del crimen. Hasta enganchó la pierna en el barandal para recordar lo que había sentido. Pero sólo lo hizo sentir como un idiota, así que volvió a sacar su pierna y se quedó ahí parado, mirando abajo hacia el agua oscura.

Escuchando su constante susurrar.

Aún sin dejar en claro significado alguno.

Le parecía que había pasado una eternidad desde el día que llegó en autobús para su primera travesía… pero eso había sido hacía apenas once días. Recordó mirar por la ventana cuando el autobús paró con un rechinido. Allí estaba el inmenso y resplandeciente barco anclado. Se alzaba por encima de todo lo que lo rodeaba, inclusive lo que había en tierra, y él no alcanzaba a asimilar su inmensidad. El casco gigante perfectamente blanco, con una hilera de lanchas salvavidas de fondo naranja y fila tras fila de ventanillas cuadradas. El atrio con techo de vidrio se elevaba desde la cubierta más alta, hacia el cielo. Gruesas cuerdas sintéticas salían de la proa, amarradas a enganches de acero sólido construidos en el muelle. Y el nombre “Paradise” escrito en todo un lado con enormes letras caligrafiadas.

Estaba ahí parado en el agua, inmóvil.

Esperándolo.

Ahora Shy estaba a bordo de ese barco por segunda vez, mirando desde la Cubierta Honeymoon vacía. El océano se extendía infinitamente ante él. Hasta donde alcanzaba la vista. Nada más que agua y más agua.

Eso hacía sentir increíblemente solo a Shy.

Un humano diminuto, insignificante.

Esta repentina toma de conciencia lo aplastó y le robó el aliento; por una fracción de segundo entendió cómo alguien había podido animarse a saltar.

# 5
# CARMEN

Después de deambular otro rato, Shy se encontró afuera del camarote de Carmen, los nudillos en alto frente a su puerta, listos para tocar.

Pero no podía tocar.

Eran las tres y media de la mañana.

Bajó la mano y se quedó ahí parado unos minutos, tratando de pensar.

En su primera travesía, Carmen y él se habían caído bien desde el principio. Se dieron cuenta de que eran de la misma zona, iban a preparatorias rivales —aunque Carmen se acababa de graduar—. Luego descubrieron que tenían otra cosa en común. El mal de Romero.

Shy había perdido a su abuela.

Carmen, a su papá.

Aquella noche hablaron y hablaron. Carmen lloró frente a él. En cierto punto, apoyó la cabeza en su hombro, mientras él le decía: “Todo está bien, Carmen, todo está bien”, aunque los dos sabían que no estaba bien.

Shy dio vuelta y echó a caminar hacia su propio camarote.

Pero sólo había avanzado unos pasos por el corredor cuando oyó que una puerta se abría con un rechinido.

Luego una voz cansada:

—¿Shy?

Volteó, vio a Carmen detrás de la puerta. Ojos hinchados de sueño. Pelo revuelto. Una camiseta grande, de hombre, apenas cubriendo sus largas piernas morenas.

—¿Qué haces levantado? —dijo.

—No podía dormir.

Ella se frotó los ojos y bostezó.

—¿Otra vez?

Shy se encogió de hombros.

La chica se veía tan bien que hacía que le doliera el corazón. Algunos mechones de grueso cabello castaño en la cara. Labios carnosos y ojos oscuros. El pecho estiraba las vocales de la camiseta de los Padres, de estilo vintage. Él se esforzó por mantener los ojos puestos en los de *ella*, para no verse sospechoso.

Shy carraspeó.

—¿Cómo supiste que había alguien aquí afuera?

Carmen frunció el ceño y lo pensó.

—Me desperté y… ni siquiera sé, sólo vine a la puerta. Tuve la sensación de que ibas a estar aquí. Qué raro, ¿no?

Para que no lo viera sonreír, Shy se inclinó a sujetarse los cordones de los zapatos. Hizo un nudo doble, recobró la compostura y luego se volvió a levantar, diciendo:

—De cualquier manera, salí a caminar y pasé…

—Espera —lo interrumpió Carmen, y se volvió a meter a su camarote.

Shy se quedó viendo su puerta cerrada, mientras sentía mariposas en el estómago. En casa había estado con una cantidad respetable de mujeres. Era base titular de su equipo de basquet. En ocasiones encontraba notitas metidas en su casillero. A veces, en alguna fiesta en casa de alguien, o cuando viajaban a un partido las chicas iban tras él. Y siempre fue meloso. Pero con

Carmen —aun siendo sólo amigos— era otra historia. Nunca lograba controlar su vibra. Se sentía torpe. Quizá porque ella era un año mayor. O porque tenía prometido. O tal vez porque le importaba lo que ella pensara.

La puerta se volvió a abrir y esta vez Carmen salió al pasillo. Se había puesto unos pants holgados, traía su laptop y una botella de vino casi llena con un vaso de plástico encima.

—Siéntate —dijo ella.

Shy se sentó.

Carmen se sentó en el piso junto a él y abrió su iTunes.

—Mi compañera de camarote está dormida —puso música brasileña, le bajó el volumen. Destapó el vino, sirvió en el vaso solitario—. Vamos a tener que compartir.

—En realidad —dijo Shy, haciendo como si se fuera a levantar—, no estaba tratando de sacarte de la cama.

—¿Qué, no puedes compartir un vaso conmigo? ¿Crees que tengo piojos?

Él sonrió.

—Tú no deberías sufrir porque no puedo dormir.

Carmen puso los ojos en blanco y le dio un trago al vino.

—La primera noche en que nos conocimos. ¿Te acuerdas de la larga conversación que tuvimos en el Southside?

—Sí.

—Al final, ¿qué te dije?

Shy recordaba sus palabras exactas, recordaba las lágrimas que había visto correr por sus mejillas.

—Dijiste que podía venir a verte cuando quisiera hablar. Sin importar la hora.

—¿Entonces? —dijo Carmen, haciendo girar el vino en su vaso—. ¿De qué vamos a hablar?

Shy se volvió a acomodar y tomó el vaso, él también le dio un trago. Vino tinto fresco corrió por su cansada garganta, se asentó en su cansado estómago.

Era lindo estar aquí sentado con Carmen.

En el pasillo.

Oyendo música.

Todos los demás en el barco a kilómetros de distancia durmiendo.

—Kev dice que un tipo de traje anda haciendo preguntas sobre mí —le dijo—. Como del FBI o algo.

—¿Por eso te siguió Kev a la alberca?

Shy asintió.

—Y parece que el mismo tipo nos estuvo observando. Kev cree que durante el tiempo que estuvimos hablando.

—Ay, horripilante.

Shy movió la cabeza.

—No puedo creer que la gente me siga haciendo preguntas.

—Supongo que quieren esmerarse —dijo Carmen—.Sí sabes que todos estos pasajeros son como superimportantes, ¿verdad? Cuesta un buen fajo tomar un crucero Paradise.

—Eso me dijo Kev.

—Mira, si hubiéramos sido tú o yo por la borda… créeme, el FBI no se hubiera metido.

—No creo ni que hubieran frenado —dijo Shy.

Carmen movió la cabeza.

—Seguro hasta aceleran.

Los dos sonrieron un poco y Shy dio otro trago de vino, le pasó el vaso vacío a Carmen, vio cómo lo volvía a llenar.

—Además recibí un email de mi mamá —dijo él—. Quiere que hablemos por Skype mañana. Dice que tiene malas noticias.

Carmen se encogió.

—¿Alguna idea de qué pueda ser?

Shy movió la cabeza.

—Desde lo de mi abue, lo primero que pienso siempre es en esa estúpida enfermedad. Te lo juro por Dios, Carmen, si mi mamá está enferma… ya no sé.

—Dímelo a mí —dijo Carmen—. Cada que uno de mis hermanitos se frota los ojos, alucino —alcanzó su teclado para saltar a otra canción. Luego levantó la mirada hasta Shy, moviendo la cabeza—. Es que los dos sabemos lo espantosa que es, por eso.

—Oí que pronto tendrán medicinas.

—Sí, yo también oí eso —dijo Carmen—. Aunque a mi papi le van a servir una mierda. O a tu abuelita.

Shy miró al suelo.

Mientras tomaban otro vaso de vino, Carmen le contó a Shy sobre las colchas de parches de su mamá. Desde la muerte de su papá, su mamá había entrado en un frenesí de hacer colchas de parches. Había colchas colgando de todas las paredes de su departamento. Cubrían cada sofá, cama y mesita lateral. Si la mujer no estaba trabajando o durmiendo, estaba cosiendo otra colcha de parches.

Shy le contó a Carmen sobre el trabajo que su hermana mayor acababa de conseguir en la escuela, frente a su edificio. Iba a ser asistente de maestra. Ganaría un poco de dinero y era el mismo horario que el de preescolar de Miguel, el sobrino de Shy, así que no tendría que gastar en guardería.

—¿Y qué hay con tu prometido? —dijo Shy, pensando que debía preguntarle sobre esa parte de su vida.

—¿Qué hay con él?

—No sé —dijo Shy—. ¿Qué me cuentas de él?

—Está bien —dijo ella—. Ocupado como siempre.

Shy asintió.

—¿Tiene una de esas colchas en su cama?

Carmen rio.

—Tú sabes. Una con un montón de notitas musicales cosidas. No es que Brett sepa un carajo de música.

Shy sonrió y tomó el vino que ella le ofrecía. Dio otro largo trago. Ya lo empezaba a sentir y supuso que tal vez lo ayudaría a dormir.

—¿Pero sabes qué es lo raro? —dijo Carmen—. *Nunca* hemos hablado de mi papi. Brett y yo.

—¿En serio?

Carmen asintió.

—No me malentiendas, siempre puedo contar con él. Se encargó de todo el funeral. Pero no sé. Ni una sola vez se ha tomado el tiempo de preguntarme cómo me siento.

Los ojos de Carmen se quedaron fijos en el vino dentro del

vaso por largos segundos, como si estuviera pensando. Luego levantó la vista.

—Está sepultado bajo sus libros de leyes. Supuestamente el primer año es el más difícil, para sacudirse a todos los farsantes.

Shy asintió. Siempre sentía algo de celos cuando oía de Carmen y su chico. Pero si iban a ser amigos, suponía que a veces tenía que preguntar sobre esas cosas.

Y eso era lo que él quería, ¿no?

¿Que Carmen y él fueran amigos?

¿O era imposible ser amigo de una chica que te parecía gentil, lista y hermosa?

Shy le arrebató el vino y terminó con lo que quedaba de un trago. Le devolvió el vaso vacío.

Carmen quiso llenarlo otra vez, pero sólo quedaba muy poco. Mientras sostenía la botella de cabeza, dejando que las últimas gotas cayeran al vaso, cambió de tema a la travesía actual. Ninguno había ido a Hawai, y como ambos tendrían medio día libre, ella le hizo prometer que irían juntos a tomar una clase de surf. Y que la acompañaría por un auténtico helado a la costa norte. Luego lo volteó a ver preocupada.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal, Shy?

—Adelante —el vino ya se le había subido un poco y estaba dispuesto a responder lo que fuera. Aunque le preguntara alguna locura como hasta los cuántos años dejó de mojar la cama de niño.

—¿Piensas en eso todo el tiempo? —dijo ella—. ¿En cómo se cayó ese tipo contigo ahí?

Shy se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Cómo fue?

Shy se imaginó al hombre del peinado de cortinilla. Sus ojos viendo para todos lados. Sus brazos y piernas perdiéndose mientras caía hacia la negrura.

—Me soltó el brazo —le dijo Shy—. Quería acabar con su vida. Fue lo que él eligió. Pero con la enfermedad, no tienes elección.

Carmen bajó la vista hasta el vaso, asintiendo.

Hubo silencio entre ellos por varios segundos. Un sentimiento compartido de pérdida pendía en el aire como gas. Luego Carmen carraspeó y volvió al tema de Hawai.

# 6
# SANCHO ESPACIAL

Hablaron un rato más antes que Shy dijera:

—Bueno, creo que ya debería dejarte regresar a tu cama.

—Yo trabajo hasta más tarde —dijo Carmen—. Así que, como quieras.

—Se supone que tengo que estar en la alberca a las siete. Creo que debería tratar de dormir por lo menos un par de horas —picó la parte superior del pie descalzo de ella y dijo—: Gracias por hablar.

—No hay problema —levantó la botella vacía y la giró de modo que la etiqueta quedara frente a ella—. Pero antes que te vayas. Conoces las reglas. Dime una cosa nueva sobre ti.

Shy observó la botella de vino, pensando.

Así terminaba Carmen todas las conversaciones privadas entre ellos. Era algo suyo. Por lo general, él le decía cosas básicas. Como que no tenía segundo nombre. O que había vivido un año en Los Ángeles con su padre. O que era el que peor hablaba español de toda su familia, y que a veces se reía de chistes, aunque no los entendiera. Pero esta vez se sentía confiado por el

vino y quería decir algo importante.

—¿Entonces? —dijo ella.

Shy volteó a verla, trataba de pensar. Pero no sabía qué decir. Por un momento todo le pareció muy tonto.

—Vamos, Shy —dijo Carmen—. Nos acabamos de conocer hace como dos semanas. Seguro que hay un millón de cosas que me puedes contar.

Él se encogió de hombros. Si no se le ocurría nada genial, sólo diría lo que traía en la cabeza.

—Hace rato estaba en la Cubierta Honeymoon, mirando el agua, y pensé algo.

—¿Qué? —dijo ella.

—No sé. En el gran esquema de las cosas, somos como partículas diminutas de polvo.

Carmen sonrió.

—Miren qué cosa, Shy se pone profundo.

—En serio —dijo él, queriendo explicarse—. En cierto punto estaba mirando el cielo, ¿y sabes de qué me di cuenta? No hay manera de que seamos los únicos seres humanos vivos en el universo. Es imposible.

Carmen puso una mano sobre uno de los tenis de Shy.

—No me digas que eres de los que creen en ovnis.

Se encogió de hombros. Ahora que estaba hablando, quería seguir. Quizás era la única forma de entender lo que sentía.

—Yo digo planetas que no podemos ver ni con los telescopios más potentes. En otros sistemas solares completamente diferentes.

Carmen ahora sonreía burlona.

—Voy a pensar que es culpa del vino.

Tenía razón, Shy estaba bastante achispado. Sentía que podía decir cualquier cosa que le pasara por el cerebro.

—¿Y sabes cuál es mi teoría?

—Por favor, ilumíname.

—Creo que en alguno de esos planetas lejanos hay una versión espacial de mí y de ti. Y apuesto que nuestras versiones espaciales se conocieron antes en la vida. En secundaria. En los

columpios del parque o algo. Y seguro que se engancharon como en dos y medio segundos. Amor a primera vista, o lo que sea. Y desde ese día viven el uno para el otro.

—¿De veras? —Carmen se veía a punto de soltar la carcajada, pero a Shy no le importó. Ahora que estaba fluyendo, no quería parar.

—Apuesto a que en este momento están en un barco— continuó—. Igual que nosotros. Sólo que a miles de millones de kilómetros. Y están tomando algo y hablando de la vida.

Carmen movió la cabeza y trató de servir más vino en el vaso vacío. Pero no salió nada, así que alejó la botella.

—Entonces técnicamente —dijo—, tú eres como mi Sancho espacial, ¿no? Mi otro hombre, en otro mundo.

—En ese lejano planeta —Shy se oyó a sí mismo decir—, soy tu *único* hombre.

Carmen se reclinó en la pared del pasillo y cruzó los brazos, poniendo expresión escéptica.

—¿Y tú qué sabes si nuestros yos espaciales se llevan bien? Seguro peleamos todo el tiempo.

—No, no peleamos nunca —dijo Shy.

—¿Seguro?

Él asintió.

—Porque hablamos de todo. Hasta de cosas tristes. Y mi yo espacial siempre te pregunta cómo te sientes.

Carmen le sonrió a Shy y movió la cabeza.

Él ya no sabía lo que estaba diciendo. Sólo la estaba cagando.

—Hay una prueba que puede hacer la gente —le dijo—. Aquí en la tierra. Para averiguar si sus versiones espaciales son compatibles.

—Estoy segura de que existe.

—Verás, la mayoría de la gente se enreda en eso de los besos y lo que sienten por el otro. Pero en realidad es más sencillo. Se trata de ver cómo se vinculan dos personas cuando se dan la mano.

—Eres un chico como en quinto de primaria —dijo Carmen, poniendo los ojos en blanco—. Lo sabes, ¿verdad?

Pero Shy también vio que ella lanzó una mirada hacia sus manos. Y ahora que lo pensaba, él de veras creía que era posible decidir si encajabas bien con una chica por cómo se sentía darle la mano.

—Quizá deberíamos ver si ajustamos —sugirió—. Sólo por ver.

Carmen rio, descartando el tema, y cambió la canción en su laptop. Cuando volteó y vio que Shy la seguía mirando fijamente, dijo:

—¿Hablas en serio?

Shy se encogió de hombros.

No lo podía creer. Ella de veras estaba considerando la prueba. Empezaron a aletearle mariposas en el estómago. Nunca pensó que ella aceptaría.

—Bueno —dijo Carmen, actuando como si no fuera gran cosa. Le tendió su mano derecha, con la palma hacia arriba.

Shy la tomó suavemente en la suya, inhaló nervioso y dijo:

—Es una prueba de tres partes, ¿de acuerdo? Primero tenemos que verificar las cosas en plan normal, como dos personas viendo una película en el cine.

Se tomaron la mano sobre la rodilla de Shy.

Se sentía más viva que cualquier cosa que él hubiera conocido.

—Okey —dijo él, asintiendo—. Se siente bastante suave. No te voy a mentir —el corazón se le quería salir del cuerpo—. ¿Tú qué opinas?

—No vi fuegos artificiales, si a eso te refieres.

Shy sonrió un poco, pero rápidamente obligó a su cara a ponerse normal.

—Ahora tenemos que verlo con los dedos entrelazados — metió los dedos entre los de ella y le sostuvo la mano suavemente, mientras la miraba a los ojos. La calidez de la piel de ella se extendió por su mano, hacia su brazo y su cuerpo entero.

—Sí —dijo él—. Encaja perfecto. Lo sientes, ¿verdad?

Esta vez Carmen no respondió.

De pronto su cara se veía seria.

Shy tragó para aplacar sus nervios. Ya estaba metido hasta el cuello.

—Okey, una última prueba. Pero es quizá la más importante. Mete tu dedo índice bajo mi meñique. Así.

Enganchó el índice de Carmen con su meñique, sus dedos ahora colgaban ahí juntos. La respiración de Shy era corta, rápida e incierta. Los dos miraban sus manos.

Subieron la vista para mirarse exactamente al mismo tiempo.

—Mmm —Shy se frotó la barbilla, dudaba de si ella se daría cuenta de cómo temblaba todo su cuerpo—. Quizá me equivoqué. Quizá nuestras versiones espaciales estén echando a perder…

Carmen lo interrumpió de golpe cuando se inclinó repentinamente y lo besó en los labios, haciendo regresar sus palabras con un beso.

Pero suavemente.

Y rápido.

Los labios de ella se abrieron ligeramente, sus ojos se cerraron y luego todo había terminado; Shy sentado, atónito, sin respirar, atento a ese rostro moreno y perfecto. Labios suaves y perfectos. Y esos grandes ojos cafés que hurgaban profundo en su pecho, que descubría en su corazón solitario.

Él le soltó el dedo y tomó su cara con las dos manos. La miró unos cuantos segundos. Como siempre había querido mirarla.

Carmen.

La sangre de él marchaba por sus venas como un desfile de año nuevo y su respiración ahora era rápida y desesperada.

Se inclinó hacia delante y la besó otra vez. Ahora más tiempo. Y con más fuerza. Carmen le pasó los dedos por el pelo y luego rozó su oreja con los labios, exhaló su nombre.

—Shy.

Salió en tono muy bajo y a él se le estremeció la piel.

Ella se hizo hacia atrás para mirarlo.

El pecho de Shy subía y bajaba, subía y bajaba mientras trataba de pensar en lo que estaba pasando. Pero era imposible

pensar.

Estaba aquí. Con Carmen.

Pero al mismo tiempo sentía como si estuviera muy, muy lejos, allá en el océano, en alguna parte, meciéndose en la superficie, escuchando su parloteo incesante. O más lejos aún, allá en aquel planeta remoto del que le había hablado.

Ella lo empujó contra la pared y lo volvió a besar. Esta vez con desesperación. Con una urgencia que él nunca había experimentado. Como si estuvieran luchando. Ambos agarrándose de las muñecas, empujando y arañando. Shy se perdió en la pelea, le devolvió el beso con todo lo que sentía; el cuerpo de ella contra el suyo y él aspirando la respiración de ella.

Se fueron de lado hasta el piso.

Ahora Carmen estaba encima de él.

Accidentalmente él pateó la botella de vino, la oyó rodar por el corredor. El pelo de ella le cubría la cara como un escondite secreto. Las manos de ella le agarraban la piel.

Y luego ella se detuvo.

Así nada más.

Se echó hacia atrás y lo miró, sin aliento.

Cara de confusión.

Shy también se incorporó. Empezó a decir su nombre, a acercarla de nuevo, pero ella se tapó la boca y se apartó de él con rapidez.

Y allí fue cuando Shy lo supo.

Acababa de arruinarlo todo con la única chica que de veras lo entendía.

# Día 2

# 7
# MOZO DE TOALLAS

Shy sintió que llevaba como tres segundos dormido cuando su alarma empezó a sonar a todo volumen junto a su oreja.

Se sentó rápidamente y la apagó.

Seis y media de la mañana.

Lo primero que pensó al sujetar su cabeza punzante: hoy no podría con el trabajo. Estaba demasiado exhausto. La resaca era demasiada.

Luego un segundo pensamiento: Carmen.

Su estómago se hundió.

La noche anterior cuando le pidió perdón, ella se metió a su camarote sin decir palabra. Tenía que hablar con ella lo antes posible. Despejar el aire. Volver a ser sólo amigos, o lo que se suponía que debieran ser.

Rodney se dio vuelta en su camastro, los ojos aún cerrados de sueño, la baba encharcando su almohada. Pies enormes con calcetines colgaban de la orilla de su cuna. Parecía que el tipo no tenía ninguna preocupación en el mundo. ¿Por qué no podía ser así para todos?

Shy se obligó a salir de la cama y tomar unas aspirinas. Luego arrastró su playera polo y sus shorts de Paradise al diminuto baño para darse una ducha fría.

El sol apenas empezaba a asomar en el cielo nublado cuando Shy volvió a abrir su caseta de toallas en la Cubierta Lido ahora vacía. Los amaneceres en el mar eran impresionantes y, por lo general, lo hacían sentir como nuevo. Pero hoy Shy sólo se sentía desgastado y estresado.

Mientras colocaba una toalla al pie de cada una de las doscientas tumbonas repasó su noche con Carmen. Le revolvía el estómago pensarlo. Maldito valor alcohólico. Toda la mierda que había dicho del espacio. Lo de darse la mano. Ligar con Carmen era, al mismo tiempo, todo lo que siempre había querido y lo peor que le podía haber pasado.

Aseó la cubierta, destapó el jacuzzi, encendió la calefacción y los chorros, después sacó algunos bichos más de la alberca con la red y trató el agua. Todo el tiempo estuvo pendiente de Carmen. Normalmente cortaba camino por el área de la alberca con su café de la mañana. Camino al Teatro Normandie. Y conversaban unos minutos.

Pero hoy el turno de Shy había empezado hacía más de una hora.

Y no había señales de Carmen.

Shy se obligó a pensar en otras cosas. Como el tipo de traje sobre el que Kevin le había advertido. Iría a hablar con Paolo entre este turno y el de la tarde en el gimnasio. Luego estaba lo del Skype con su mamá. Si en realidad había ocurrido algo malo en casa, no sabría qué hacer. Estaba atorado en un barco. En medio del océano. Sin poder ayudar a nadie.

Poco después los primeros pasajeros empezaron a salir a la cubierta. Unos cuantos niños temblaban formados para el tobogán, sus mamás y papás de pie tomaban café, se presentaban unos con otros. Una pareja mayor bajo una sombrilla Paradise lucía gafas oscuras de gente mayor y leyendo libros electrónicos.

Del otro lado de la cubierta, el Café Isla había abierto y un olor a tocino, salchichas y waffles llenaba el aire. Ahí estaba el tintineo de los cubiertos en los platos y la plática mañanera. La aspirina al fin empezaba a funcionar contra el dolor de cabeza de Shy. Pidió un café en la cafetería y se lo llevó de vuelta a su caseta, donde lo bebió a sorbos, mientras contemplaba las nubes oscuras a lo lejos y miraba a la gente.

Para las diez el área de la alberca ya estaba medio llena.

Shy repartía toallas limpias, pequeños equipos de golf, raquetas de ping pong, flotadores y visores para bucear. Las meseras pasaban por las filas de tumbonas, tomaban órdenes de expresos, Bloody Marys y mimosas. El anunciador del barco repasó las actividades del día y les recordó a los pasajeros que las tiendas libres de impuestos acababan de abrir en el paseo principal.

Y nada de Carmen.

Ni nadie de traje negro —aunque Shy dudaba que alguien anduviera de traje junto a la alberca cuando estaban a más de treinta grados—. El tipo probablemente se habría puesto unos shorts o algo. Lo cual significaba que Shy no sabía ni a quién estaba buscando.

Para medio día la cubierta estaba animada y el sol caía a plomo frente al cúmulo de nubes de lluvia. Casi todas las tumbonas estaban ocupadas. Mujeres elegantes con sombrero de ala ancha y bikini. Hombres de gafas oscuras dormidos o mirando la alberca, con las barrigas abultadas rojas y brillantes por el sol.

Al igual que en la primera travesía de Shy, todas las mujeres eran más atractivas que los hombres. Y más jóvenes. Pero este grupo era un poco más veloz con las propinas. Ya tenía un pequeño fajo de billetes en el bolsillo cuando volvió a recorrer la multitud, remplazando las toallas usadas por otras recién lavadas.

Cada vez que el contenedor de las usadas se llenaba, lo llevaba rodando al cuarto de limpieza, al otro lado de la cubierta, y se apuraba a regresar con alteros de toallas aún calientes.

Ahora estaba tan ocupado que no tenía ni tiempo de pensar.

Y no pensar fue su salvación —alguien más debía embotellar esa mierda y venderlo a diez dólares la pieza.

Pero en su tercer viaje de regreso del cuarto de limpieza, se quedó helado.

Carmen.

# 8
# EL DESTELLO DE UN DIAMANTE

Ella estaba al otro lado de la alberca, como a unos veinte metros, rodando un amplificador y una base de micrófono hacia la escalera más apartada, que la llevaría abajo, al teatro.

Shy detuvo su carrito de toallas junto a su caseta y se dirigió hacia ella, haciendo una lluvia de ideas de cómo presentar su mejor disculpa. Pero justo cuando dobló por el jacuzzi, un pasajero de sombrero vaquero lo llamó con una seña.

—¿Hey, amigo? —dijo el hombre—. ¿Quieres ver el anillo que estoy a punto de darle a mi futura media naranja?

Shy trató de mostrar una sonrisa a la altura de Paradise, aunque la pregunta lo tomó totalmente por sorpresa y tenía prisa.

—Eh, está bien, señor —lanzó una mirada hacia Carmen, vio que se había detenido en el bar exterior para hablar con una de las meseras. Katrina.

El hombre abrió el cierre de la bolsa alojada bajo su maciza panza cervecera y metió la mano. Tenía unas cuantas canas en el bigote y las patillas. Las piernas eran tan flacas y blancas que Shy

se preguntó si sería la primera vez que se ponía un par de shorts.

Sacó una cajita azul.

—Le voy a dar la sorpresa hoy en la cena —dijo, orgulloso—. Ni lo imagina —abrió la cajita y un diamante grande como un nudillo reflejó el sol y por poco ciega a Shy.

—Guau, señor. Es enorme.

—Impresionante, ¿verdad?

—Mucho —Shy volvió a mirar a Carmen: seguía hablando con Katrina. Necesitaba concluir con la gran presentación e ir a alcanzarla antes que se fuera.

—Más de siete kilates —dijo el hombre—. Me imagino que nunca habías visto un diamante de siete kilates en tu vida.

—Ni siquiera en televisión —le dijo Shy, sin mencionar la parte de que no le importaba un carajo.

—Pues yo me dedico al petróleo, muchacho. Petróleo en grande. Igual que mi papi. Somos petroleros. ¿Y sabes qué tenemos en común todos los grandes petroleros?

—¿Qué, señor?

—Cuando decidimos hacer algo, lo hacemos en grande.

Shy lanzó otra mirada hacia Carmen y Katrina, luego volvió a mirar el anillo. Trató de pensar en algo más que agregar, mientras el hombre seguía hablando. Debía ser algo halagador —porque tal vez allí era donde había fallado con el pasajero que saltó—, pero no se le ocurría nada.

El petrolero se quedó callado a media frase y siguió la mirada de Shy hasta Carmen.

—Señorita —la llamó de repente.

Carmen se señaló a sí misma y preguntó con los labios: *¿Yo?*

Él asintió.

—Venga aquí un segundo, ¿quiere?

Shy siguió sonriendo, pero por dentro sentía un poco de pánico. Lo último que necesitaba era que su primera interacción con Carmen, desde aquello, tuviera de chaperón a Roy Rogers.

Carmen le dijo algo a Katrina, luego se dirigió hacia ellos rodando el amplificador y luciendo su propia sonrisa Paradise.

—Tienes que ver el anillo —Shy trató de fingir que entre ellos

todo estaba normal. Pero el hecho de que ella ni siquiera lo volteara a ver le pareció un problema.

—No vaya usted a creer que es sólo un anillo —el hombre le dio un golpecito a la caja cerrada de Tiffany—. Pero primero lo primero, cariño. ¿Cómo se llama?

—Carmen.

—Precioso nombre para una preciosa muchacha. ¿Y de dónde es usted, señorita Carmen?

Ella volteó a ver a Shy una fracción de segundo, luego le dijo al hombre:

—Soy de San Diego, señor.

—Quiero decir, originalmente —dijo el hombre—. ¿De qué raza es?

Carmen también sabía cómo aparentar gentileza. Pero Shy se daba cuenta, por su mirada, de que quería darle una patada en los *huevos* a ese tipo.

—Adivine —dijo Carmen.

—Está bien —él sonrió ampliamente y la miró de arriba abajo, pasó unos instantes de más en su escote—. Pero le advierto, he recorrido todo el mapa por mis negocios. Y sé de mujeres.

Cuando el tipo tomó a Carmen del brazo y le dio la vuelta para echarle un vistazo a su trasero, Shy también se empezó a encabronar. Si hubieran estado en otra parte que no fuera ese crucero ya le hubiera birlado el anillo, y Carmen y él estarían camino a Ensenada.

—¿Brasileña? —adivinó el hombre.

—Casi —dijo Carmen, y puso los ojos en blanco bromeando con Shy.

—¿Portuguesa?

—Soy mexicoamericana.

—¿Mexicana? ¿De veras? ¿Qué clase de mexicana?

Carmen rio por todo lo alto.

—Mexicana común y corriente, señor. Igual que él —señaló a Shy—. Los dos somos mitad y mitad.

—Caray —dijo el hombre—. Pues se ven muy diferentes de

los mexicanos que tenemos en Texas.

—Aunque usted no lo crea —le dijo Shy con una sonrisa endemoniadamente falsa—, no todos los mexicanos somos idénticos.

Carmen le dio un pisotón a Shy y volteó a verlo con furia. Pero de cualquier forma el tipo ni lo oyó. Estaba ocupado metiendo a otra mujer al grupo, una esbelta trigueña de veintitantos años con un traje de baño negro de una pieza.

Shy tomó a Carmen del codo, le preguntó en voz baja:

—¿Puedo hablar contigo un minuto?

Ella le quitó la mano sin mirarlo siquiera.

—No; quiero ver el anillo del *cabrón* este.

Shy permaneció viendo su perfil.

Así que definitivamente él cargaría con toda la culpa por lo de anoche. Como si hubiera ejecutado algún plan maestro premeditado y Carmen fuera sólo una inocente víctima.

Okey.

—¿Dónde vas a cenar? —Shy oyó que el petrolero le preguntaba a la mujer del traje de baño.

Ella lo miró, confundida.

—¿En el Destiny?

—¿A qué hora?

—Ocho y media.

—¿Pues qué les parece? —dijo el petrolero, y volteó hacia Carmen y Shy—. Le va a tocar el gran show.

—¿Qué show? —dijo la mujer, ahora con curiosidad.

—Le voy a pedir a mi novia que se case conmigo hoy en la cena. Enfrente de todo el mundo. Hasta me van a dar un micrófono —volvió a presentar la cajita de Tiffany y la abrió.

—¡Jesús! —Carmen miraba el enorme anillo.

La otra mujer se llevó la mano al pecho.

Shy las observó a las dos. Con los ojos casi desorbitados. La boca abierta. Se preguntó si las chicas bonitas verían los anillos caros con los mismos ojos con que los hombres veían a las chicas bonitas. ¿Entonces dónde quedaba un estudiante sin dinero como él?

Para entonces ya había algunas pasajeras más alrededor del anillo del petrolero. Una mesera que Shy nunca había visto. Un hombre mayor de pelo cano y dos chicas bonitas como de la edad de Shy. El hombre mayor volteó a ver a Shy, y él dejó de mirar a las chicas. Una de ellas seguro era su hija.

Se inclinó hacia Carmen y lo volvió a intentar.

—Oye, en serio, necesito hablar contigo.

Ella miró su reloj.

—No se puede, mi Sancho Espacial. Estoy algo retrasada —le dio una palmadita en el hombro y agregó—: Escribí reglas nuevas para nosotros. Si tienes suerte te diré cuáles son. Tienes un descanso a la hora de la cena, ¿verdad?

Shy asintió. Las cosas iban peor de lo que temía.

—Búscame en la caseta de recepción del Destiny para que veamos declararse a Romeo. Luego, si me siento caritativa, podemos hablar.

Le dio la media vuelta a su amplificador y micrófono sin decir adiós, y se lo llevó rodando hacia la escalera.

A Shy le daba mala espina eso de las nuevas reglas.

Vio la coleta de Carmen mecerse de un lado a otro sobre su espalda como un péndulo perezoso, pensó: *No le mires las piernas, no le mires las piernas, no le mires las piernas.*

Le miró las piernas.

# 9
# UNA INVITACIÓN A CENAR

Cuando Shy regresó a su caseta de toallas, se disculpó con el pequeño grupo de personas que se había reunido. Se agachó para pasar bajo el mostrador, repartió toallas limpias, un juego de dardos, una baraja y un Game Boy. Hizo que todos firmaran la hoja de salida en su tabla con clip, con su número de camarote.

Levantó la vista cuando pasó la última persona de la fila: una de las chicas que había estado viendo el anillo del petrolero.

—Necesitamos cosas para ping pong —dijo, señalando hacia atrás. A unos metros estaban la otra chica de edad estudiantil y el hombre canoso.

—Claro que sí —dijo Shy, metiendo la mano a uno de los cajones que tenía enfrente. Tomó tres raquetas y un paquete de pelotas de ping pong, se las pasó sobre el mostrador—. Son las mejores raquetas que tenemos. Las acabo de sacar de su caja ayer.

Ella ni las volteó a ver, sólo dijo con expresión aburrida:

—¿Qué debo hacer? ¿Firmar o algo?

Shy señaló la hoja de registro, la vio tomar la pluma y escribir

su nombre. Addison Miller.

De cerca era aún más bonita. Pelo rubio lacio que le pasaba de los hombros. Ojos verde claro. Unas cuantas pecas desperdigadas en el puente de la nariz y las mejillas. Era extraño hasta qué punto la cara de una niña bonita podía poner de mejor humor a Shy.

—¿Y, eres buena? —le preguntó, señalando las raquetas.

Ella frunció el ceño como si su pregunta fuera la peor idiotez que hubiera escuchado.

—Sólo vamos a jugar porque nos obliga mi papá.

Antes de que Shy pudiera responder, un niño de pelos lacios llegó hecho una furia a la caseta, diciendo:

—¡Hey, tú idiota!

Shy volteó hacia abajo para verlo.

—¿Perdón?

—¿Qué, estás sordo? —dijo con su vocecita chillona—. Te dije idiota. Vine por cosas y no estabas.

El niño tendría unos diez años y era flaco como un palillo. El pelo le caía sobre los ojos. Parecía un maldito Muppet.

Shy forzó una sonrisa, aunque lo que quería era echar al chiquillo a la alberca.

—Lo siento, amiguito. Pero ya estoy aquí. ¿Así que en qué te puedo…?

—Tampoco me digas "amiguito" —replicó el niño—. No porque soy chico me puedes faltar al respeto.

Shy estaba sin habla.

El hombre canoso apareció de pronto, diciendo:

—Hey, hey, hey. ¿Qué está pasando?

El niño señaló a Shy con un dedo y gritó:

—Este idiota no está haciendo su trabajo.

Shy ya no quería echar al niño a la alberca, quería estrellar su cabecita de Muppet contra la caseta de toallas.

El hombre canoso le sonrió a Shy.

—Qué boca tiene, ¿verdad? ¿Qué opinas? —volteó a ver el gafete de Shy—. ¿Lo echamos por la borda? ¿Shy?

La rubia le puso los ojos en blanco a su papá.

—Podría ser, señor —dijo Shy, tratando de seguirle el juego. El niño volvió a maldecir por lo bajo, luego dijo:

—Mira, mejor dame un estúpido palo de golf y una pelota.

La otra chica también se había acercado y miraba entretenida, mientras pasaba los dedos por el pelo largo y negro.

Shy volteó a abrir el clóset a sus espaldas, diciendo:

—A ver qué te podemos encontrar, jefe. Ah, aquí está —le pasó un palo ligeramente torcido y la pelota más maltratada que encontró—. Esto sería perfecto para ti.

El niño inspeccionó la pelota con cara de asco, pero no dijo nada. Sólo dio vuelta y subió por la escalera a sus espaldas, hacia la Cubierta de Juegos, donde estaba el golf.

En cuanto el niño se perdió de vista, el hombre de pelo canoso le tendió la mano a Shy y dijo:

—Jim Miller.

Shy estrechó su mano.

—Shy Espinoza. Gracias por intervenir con ese chico.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo—. Ya conociste a mi hija Addison. Y ella es su amiga Cassandra.

—Encantado de conocerlos —dijo Shy, con una perfecta sonrisa Paradise.

Cassandra se pasó el pelo de un hombro al otro y reventó su chicle. Addison volvió a poner los ojos en blanco. Shy se daba cuenta de que ninguna de ellas quería saber nada de esta conversación.

—¿Entonces? —Addison, miró a su papá con la cabeza ladeada—. ¿Nos vamos?

Pero su papá seguía sonriendo y mirando a Shy.

Addison agarró a su papá del brazo y lo empezó a jalar, diciendo:

—Tú eras el único que quería jugar este estúpido juego.

—Esperen, tengo una idea —el hombre volteó hacia las chicas —. Ustedes se la pasan quejándose de que no hay nadie de su edad en el barco, ¿verdad? Bueno, pues aquí está Shy.

Las chicas se miraron una a otra con ceños exageradamente fruncidos.

—Eh… él *trabaja* aquí —dijo Cassandra, como si la idea de pasar tiempo con alguien de la tripulación fuera absurda.

—¿Y eso qué importa? —dijo el hombre—. ¿Saben qué? Creo que deberíamos invitar a este joven a cenar con nosotros.

—Puagh, papá —dijo Addison—. Estás realmente pavoroso.

—Está bien, señor —interpuso Shy, porque él tampoco quería saber nada de esto—. En realidad creo que no tenemos permitido…

—Insisto —dijo el hombre—. Vendrás a cenar con nosotros tres. Dentro de un par de noches, en cuanto regrese de la isla. Si te toca trabajar, hablaré con el capitán en persona y arreglo todo.

Shy se quedó ahí parado, sonriendo. ¿Qué isla?, se preguntaba. ¿Hawai? ¿Qué no iban todos juntos?

Ahora las chicas le lanzaban furiosas miradas al tipo. No querían comer con Shy, ni él quería comer con ellas. Parecía una ecuación bastante sencilla. Pero el tipo era extrañamente insistente.

—Haré que alguien te notifique dónde será —dijo el hombre.

—Por Dios, papá —dijo la rubia—. Estás haciendo el ridículo total —finalmente logró alejarlo de la caseta de toallas de Shy, y los tres echaron a caminar hacia la sala de ping pong al otro lado de la alberca.

Shy los vio alejarse, trató de entender lo que acababa de pasar. De ninguna manera iba a cenar con pasajeros. Por bonitas que estuvieran las chicas; sería una tortura. Además, ni siquiera estaba permitido. ¿Y a dónde iba a ir ese tipo a medio crucero? Por otro lado, recordó que los pasajeros podían hacer más o menos lo que les diera la gana si tenían el suficiente dinero. Y el hombre de pelo canoso hablaba como si fuera muy amigo del capitán.

Shy vio la hoja de registro, analizó la información de la chica. Addison Miller. Hasta su nombre sonaba engreído. Ésa era una de las cosas que le encantaban de Carmen. Era la mujer más buenorra de todo el barco, de la tripulación y de todas, y actuaba como si no tuviera ni idea.

Shy levantó la vista al cielo donde nubes oscuras estaban

apareciendo. Si acababan por tapar el sol, más gente iría a hacer ejercicio a la hora de su turno en el gimnasio, lo que significaría más trabajo para él. Volvió a repasar con la mirada a la multitud de la alberca, se preparaba para hacer una última ronda de toallas antes de irse a su descanso. Le sorprendió encontrar a Rodney avanzando con torpeza a todo lo largo de la Cubierta Lido.

—¡Shy! —gritó en cuanto rodeó el jacuzzi.

Algunos pasajeros lo voltearon a ver.

Cuando el tipo llegó a la caseta de Shy, subió un carnoso antebrazo al mostrador y se apoyó para recuperar el aliento.

—¿Qué demonios, Rod? —dijo Shy.

Rodney respiró hondo un par de veces, luego se enderezó y miró a Shy directo a los ojos.

—Tienes que venir conmigo. Ahora mismo, hermano.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—¡Nos robaron!

# 10
# NOTICIAS DE CASA

Rodney sacó la llave de la puerta de su camarote, la sostuvo para que Shy entrara primero. Sus cosas estaban regadas por el piso. Cajones vacíos abiertos y ropa tirada por todos lados. Sus dos camastros desarreglados y volteados. Las almohadas fuera de sus fundas. Todas las fotos de familia que Shy guardaba en su mochila ahora estaban por todo el escritorio junto a la laptop abierta de Rodney.

—No toqué nada —dijo Rodney, atravesando su pequeño camarote—. Quería que lo vieras exactamente como lo dejaron.

Lo primero que Shy hizo fue juntar sus fotos, miró la de arriba: su abuela junto al fuego, haciendo sus famosas *tortillas*. ¿Para qué carajos revisaban sus cosas personales? No tenía sentido.

—Regresé de la cocina —dijo Rodney—, y vi que nuestra puerta no estaba bien cerrada. Pero luego entré —Rodney indicó aquel desastre con la mano—. ¿Quién nos haría esto? Nadie puede entrar acá abajo más que la tripulación.

Shy vio su pasaporte tirado debajo de su camastro. Vio su

cartera sobre un par de jeans hechos bola. Se inclinó a recogerlos, encontró su billete de cien metido aún en su billetera. Lo mismo que su tarjeta bancaria y su identificación. Se volvió hacia Rodney.

—A mí no me falta nada.

—A mí tampoco —dijo Rodney.

Si no era un robo, quizás había sido el tipo del traje negro. ¿Pero por qué meterse a su camarote a registrar sus cosas? ¿Por qué no simplemente preguntarle sobre el suicidio, de frente, como ya lo había hecho el personal de seguridad del barco? ¿Como los policías que estaban esperando a Shy cuando desembarcaron de su primera travesía?

Rodney enderezó su colchón y se sentó, apoyó los codos en las rodillas.

—Me siento violado, hermano.

—Dímelo a mí —Shy metió su cartera y pasaporte a la caja de seguridad y la cerró. Quizá los problemas eran peor de lo que pensaba. ¿Y si andaban buscando a alguien para inculparlo de que el tipo saltara? ¿Y si lo trataban de incriminar a él?

—No es como cualquier trabajo —dijo Rodney—. No nos vamos a casa al terminar nuestro turno. Aquí *vivimos*.

Shy se sentía mal porque Rodney tuviera que sufrir también. Sólo por ser compañeros de camarote. *Él* no era el que había dejado caer al pasajero, el que no había tenido fuerzas para sujetarlo sólo unos minutos más. Shy sintió que debía retroceder, explicarle a Rodney todo lo que sabía del tipo del traje negro. Pero no había tiempo. Y ni siquiera estaba seguro de que ese tipo de veras fuera el culpable.

—Mira —dijo Shy—. Después de mi turno en el gimnasio, voy a ir a hablar con Paolo. A ver qué puedo averiguar.

Rodney asintió.

—Iría yo, pero tengo que estar de regreso en la cocina en veinte minutos.

Shy miró su despertador.

Las dos y media.

Maldición.

—¿Oye, Rod? —dijo—. Sé que no es el mejor momento, ¿pero te importa si uso tu laptop un segundo? Prometí hablar por Skype con mi mamá.

—No hay problema —Rodney se puso de pie—. ¿Necesitas que me vaya?

—No, está bien —le dijo Shy—. Te lo agradezco.

Se sentó al escritorio y encendió la laptop de Rodney y esperó a que iniciara, mientras Rodney ya estaba levantando cosas a sus espaldas. Shy se empezaba a sentir como un prisionero en el barco. Había gente espiándolo. Metiéndose a su camarote. Y no había dónde esconderse. Se secó unas gotas de sudor de la frente y tragó. Sentía que se le estaba cerrando la garganta.

La pantalla se iluminó; Shy se conectó a Skype y le marcó a su mamá. Mientras sonaba, volvió a ver el camarote destrozado, moviendo la cabeza. En cuanto terminara su turno en el gimnasio, definitivamente iba a rastrear a Paolo. Necesitaba algunas respuestas.

Unos cuantos segundos después, la cara de su mamá apareció en la pantalla. Se notaba que había estado llorando.

Shy se inclinó hacia la laptop.

—¿Qué tienes, ma? ¿Qué pasó?

Ella se pasó una mano por la cara y respiró profundo. Su mamá era dura. Sólo la había visto llorar un par de veces en la vida. Así que tenía que ser algo grave.

—¿Estás bien? —preguntó Shy.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Se trata de Miguel, cariño.

El solo nombre le sacó el aire a Shy. Eso ni siquiera se le había ocurrido.

—¿Qué, está enfermo?

Ella no dijo nada.

—No me digas que tiene Romero, ma. No puedo oír eso en este momento.

Su mamá empezó a llorar otra vez.

Shy dio un puñetazo en el escritorio. Primero su abuela.

¿Ahora su sobrinito?

—¿Ya lo llevaron? ¿Hablaron con un médico?

Su mamá se secó la cara con un montón de pañuelos desechables y respiró por largos segundos.

—Fuimos hoy temprano —dijo con voz temblorosa—. Ya tienen una medicina. El doctor nos dijo que si el paciente empieza el tratamiento en las primeras veinticuatro horas, sus oportunidades son buenas.

—¿Pasó la noche allá? —preguntó Shy, pensaba en los gastos.

Su mamá asintió.

—Y seguro que la medicina también es cara, ¿verdad?

—El dinero es lo que menos nos preocupa, Shy.

—Ya sé —pero Shy también sabía que su hermana no tenía seguro. Imposible que pudiera pagarlo sola. Tampoco su mamá —. Quiero que me hagas un favor, ma. Quiero que cobres los bonos del ahorro que gané en el juego aquel. Dale el dinero a Teresa.

Su mamá estaba moviendo la cabeza.

—*Tenemos* dinero. Los amigos de Teresa han sido muy generosos…

—Cobra esos bonos, ma. En serio.

—No te mandé mensajes para pedirte dinero, Shy. Quería que supieras lo que está pasando en casa.

—Lo entiendo —dijo Shy—. Pero tienes que hacerme ese favor. Quiero mucho a ese niño —sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Había compartido cuarto con Miguel desde el día que Teresa lo trajo a la casa del hospital. Eran como hermanos—. Es lo único que puedo hacer desde acá.

—Tú haces *mucho* por esta familia —dijo su mamá—. Y así ha sido desde el día que se fue tu padre.

Shy se secó más sudor de la frente.

—Trabajar en este barco fue un error.

—Shy, escúchame. ¿Te acuerdas de los conejitos de Teresa?

Él no dijo nada.

—Sí te acuerdas, ¿verdad?

Se acordaba.

Cuando eran niños, su hermana tenía dos conejitos. Se los dieron de cumpleaños. Ella los amaba más que a nada en el mundo, los llevaba a casa de los vecinos en una jaula y dejaba que sus amigas los acariciaran. Pero un día, mientras ella y su amiga Marisol estaban comiendo en el callejón, detrás de su edificio, un perro del vecindario se metió a la jaula y mató a los dos conejitos, luego se sentó a custodiar los restos. Teresa llegó corriendo al departamento, gritando. Shy y su mamá la siguieron al callejón, y Shy vio aquello.

Su mamá se sonó la nariz y dijo:

—Tu hermana y yo estábamos destrozadas, Shy. Nos tuvimos que ir de allí. ¿Y tú qué hiciste?

—Limpié todo —dijo él en voz baja.

—Corriste al perro y metiste a los conejitos en una caja. Agarraste la pala de tu papá y cavaste un hoyo en el terreno baldío de al lado. Y los enterraste. Tenías siete años, Shy. Un poco más grande que Miguel. Y yo pensaba: ¿en dónde aprendió mi hijo a hacer esto?

Shy se movió incómodo en su silla.

—¿De veras creen que la medicina puede funcionar?

—Eso nos dijo el doctor —dijo su mamá—. El asunto es que no quiero que te atormentes por estar lejos. Estás trabajando, Shy. Estás ayudando a tu mamá.

—Tenme al tanto por mail, ¿sí? Manda todos los que puedas. Quiero saber todo.

—Te lo prometo —dijo su mamá—. ¿Podemos repetir esto mañana? Me hace falta ver la cara de mi hijo.

Shy asintió. No dejaba de imaginar a su sobrinito tendido en una cama de hospital, con lo blanco del ojo ya rojo. Carajo, le partía el corazón.

Su mamá se volvió a secar la cara con pañuelos desechables, apartó los ojos de Shy.

—¿Qué le pasó a tu cuarto?

Shy volteó hacia atrás y vio a Rodney arreglando.

—Estamos reacomodando —volteó otra vez hacia su mamá—. Mañana entre dos y media y tres, ¿está bien? Y escríbeme.

—Lo haré.

—Y es en serio, ma. No dejes de cobrar esos bonos.

—Cuídate, Shy. Te quiero.

—Yo a ti.

Shy cerró la llamada y apagó la laptop. Luego se quedó sentado unos segundos, pensó en lo que acababa de oír. Todos sus problemas en el barco le parecían risibles ahora que sabía que su sobrino tenía el mal de Romero. Contuvo el impulso de darle un puñetazo a la pared que tenía enfrente.

—¿Estás bien? —preguntó Rodney.

Shy respiró profundo y volteó, vio que Rodney ahora estaba recogiendo también sus cosas.

—He estado mejor.

—Siento mucho lo de tu sobrino —dijo Rodney—. ¿Oye, y exactamente qué es el mal de Romero?

—¿Nunca has oído hablar de él? —preguntó Shy. En su ciudad era de lo único que se hablaba.

—He oído el nombre. Y estoy bastante seguro de que hay gente que se ha muerto de eso, ¿verdad?

Shy movió la cabeza, recordaba toda la mierda que su abuela había tenido que soportar.

—Es una enfermedad horrible que se está contagiando por donde yo vivo —le dijo a Rodney—. Primero se te ponen los ojos rojos y empiezas a ver borroso. Luego la piel se te pone tan seca y delicada que se te empieza a caer en escamas. Te mueres por pérdida de fluidos como en cuarenta y ocho horas.

—Jesús —Rodney se veía horrorizado.

Shy se levantó y agarró la playera de su uniforme del gimnasio. No iba a permitirse siquiera pensar en la posibilidad de que Miguel no fuera a salir de eso.

—Va a estar bien —le dijo a Rodney—. Ya tienen medicina.

Rodney se quedó parado, con las manos en la cintura, asintiendo.

Shy miró su reloj. Las 2:49.

—En fin, me tengo que ir al gimnasio. No te preocupes del resto de mis cosas. En un rato más las levanto.

—No me molesta —dijo Rodney.

—En cuanto salga, voy a ir a la oficina de Paolo —Shy abrió la puerta, pero justo cuando salía, Rodney lo llamó.

Se dio la vuelta.

Rodney carraspeó.

—¿Tú crees que el que se metió regrese? ¿Cuando estemos dormidos?

Tal vez fuera porque la mente de Shy estaba alterada tras oír lo de Miguel, o quizá sólo era que estaba exhausto, pero las palabras de Rodney lo pusieron al borde de las lágrimas. Si respiraba mal o algo, podía soltarse a llorar. Y Shy no lloraba desde que era niño. En eso había salido a su mamá.

—Nadie va a volver—le dijo a Rodney—. De eso me encargo yo.

Luego se dio la vuelta y salió por la puerta.

# 11
# AQUÍ LOS NOMBRES NO SIGNIFICAN NADA

Según algunos de los pasajeros que llenaban el gimnasio, el sol había desaparecido por completo tras gruesas nubes grises afuera, en la alberca, y los bañistas estaban migrando a otras partes del barco. Esto hizo que hubiera tanto trabajo en el gimnasio en el turno de cuatro horas de Shy, que apenas tuvo tiempo de estresarse por lo de Miguel. Repartió toallas; les dio una repasada de Windex a los espejos de piso a techo; limpió los aparatos que nadie estaba usando; demostró cómo ajustar los controles del sauna; ayudó a varios en la sección de pesas sueltas, y entregó botellas de cortesía de Gatorade y agua.

Shy no tenía idea de que había terminado su turno hasta que Frederick de Dinamarca entró caminando a relevarlo.

—¿Todo bien? —le preguntó a Shy, metiendo su mochila detrás del mostrador de la recepción del gimnasio.

—Sólo que está muy lleno —Shy señaló hacia el salón donde un par de docenas de pasajeros sudaban en caminadoras y bicis fijas y máquinas elípticas: todos pegados a la pantallita personal

de TV que tenían enfrente—. Se nos están acabando las toallas, pero llamé a Claudia. Deben venir en camino.

—Muy bien.

Shy tomó sus cosas del cubículo para empleados, se despidió de Frederick con un saludo militar y se dirigió a la salida. Al pasar la puerta se encontró de frente con Addison y Cassandra, las chicas que conoció en la alberca esa tarde.

Las dos se miraron y se echaron a reír.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Shy, y lanzó una mirada a aquellos entallados atuendos de ejercicio. Debería estar prohibido que chicas tan irritantes estuvieran así de buenas. Y los tipos con sobrinos enfermos… no deberían fijarse en esas cosas.

—Oh, nada —dijo Addison.

—¿*También* trabajas en el gimnasio? —preguntó Cassandra.

—Hago de todo en este barco —dijo Shy, tratando de mantener una actitud ligera—. Un par de viajes más y probablemente seré capitán.

Las chicas se volvieron a mirar.

—Ah, él hizo un pequeño chiste —dijo Cassandra.

—Qué tierno —dijo Addison, y luego las dos se echaron a reír otra vez.

Shy se sentía como un perfecto idiota. Era momento de salir de ese enredo e ir a hablar con Paolo.

—Miren, tengo que hacer algunas cosas —les dijo a las chicas, con un sarcástico pulgar hacia arriba—. Fue genial conversar con ustedes.

Empezó a caminar pero Addison lo detuvo del brazo, diciendo:

—Sólo para que lo sepas, Cassie decidió que a la cena irán sólo tú y ella.

Cassandra le lanzó una mirada de conmoción exagerada.

—Estás mintiendo putita.

—¿Qué? —dijo Addison—. De cualquier manera, dudo que papá regrese antes del fin de semana. Va a estar perfecto. Voy a postear un montón de fotos en línea: “Cassie y su chico de la alberca”. ¿Te imaginas a todos en casa?

Se rieron de él un poco más, después Shy se zafó de su mano, aún sonriendo.

—Que tengan una excelente sesión de ejercicio.

—Ay, no te pongas sensible —le gritó una de ellas; no supo cuál—. Estamos bromeando.

Shy se despidió con la mano sin voltear y bajó por una escalera, deseándoles a las dos que comieran mierda en sus cintas caminadoras.

Paolo no estaba en su oficina.

Vlad y Kyle, los dos tipos de seguridad que Shy encontró en el cuarto de descanso, le dijeron que Paolo estaba en una junta con el capitán, por el clima. No tenían idea de a qué hora regresaría. Shy dejó el área de seguridad y permaneció en el salón para tripulantes unos minutos, trataba de decidir su próximo movimiento.

Se suponía que le quedaba hora y media antes de reunirse con Carmen en el Salón Comedor Destiny. Podía seguir buscando a Paolo, o podía tratar de dormir un poco. Deseaba tanto poder hablar con Carmen; contarle la noticia de su sobrino, pero ella no querría ni verlo por su camarote después de lo que había pasado.

Decidió ir a hablar con su jefe, el supervisor Franco. Además, técnicamente, él era el primero con el que tenía que tratar sobre cualquier problema.

## Mal de Romero

En su larga caminata hasta el otro lado del barco, Shy recordó la época en que su abuela empezó a enfermar.

Sus primeros síntomas habían coincidido con los de una nueva enfermedad de la que estaban hablando en los noticiarios. La parte blanca de sus ojos se estaba poniendo roja. Veía borroso. Estaba tan deshidratada que su piel se puso muy seca, le daba mucha comezón y le costaba trabajo ir al baño. Pero aun así, se negaba a ver al doctor.

—Llevo sesenta y siete años de gripas —le dijo a la mamá de Shy—. No veo qué tenga de especial ésta.

—Ésa es el asunto —le rogó su mamá—. Me preocupa que sea algo más que una gripa.

Su abuela movió la cabeza y se fue a su cuarto a acostarse.

En ese entonces la mayoría de la gente no sabía nada del mal de Romero. Shy sólo sabía lo que su mamá lo había mencionado después de leer un artículo en el periódico. Varias docenas de personas habían muerto en Estados Unidos; todas en ciudades fronterizas de California como Tecate, San Ysidro, Otay Mesa y National City. Lo que aún no sabían era que del otro lado de la frontera, en Tijuana, ya habían muerto *miles*, incluyendo a un joven y popular gobernador llamado Víctor Romero —por él fue como la enfermedad se dio a conocer en los medios.

A la mañana siguiente, la abuela de Shy se desplomó en la cocina mientras estaba amasando para hacer su pan dulce.

No despertó sino hasta que llevaba varias horas de haber sido ingresada en un hospital, y no reconocía a Shy, ni a su mamá, ni a su hermana. Les preguntó si sabían dónde podía encontrar a Jesús. Preguntó si el mundo había terminado y se les había olvidado llevársela en la nave espacial. Lo blanco de sus ojos ya estaba rojo de sangre y su piel morena ahora era amarilla y parecía de papel, y no paraba de rascarse los brazos y las piernas.

Le diagnosticaron el mal de Romero y la pusieron en la unidad especial de cuarentena. Después que Shy, su mamá y su hermana dieron negativo en la prueba de la enfermedad, les permitieron sentarse afuera de su cuarto y verla a través de una gruesa pared de vidrio.

Esa noche, ya tarde, Shy escuchó que se encendía una alarma y levantó la cabeza, vio que su abuela se estaba arrancando pedazos de piel de tanto rascarse. Sangre por todas las sábanas blancas. Su mamá corrió por el pasillo pidiendo ayuda a gritos. Un grupo de enfermeras con trajes herméticos llegó y sostuvo las frenéticas extremidades de la abuela. Un doctor entró corriendo y le clavó una larga aguja en un muslo.

La mamá y la hermana de Shy lloraban histéricas cuando los tres fueron enviados a la sala de espera general. Shy daba pasos por la habitación, sin lograr comprender lo que estaba pasando.

Apenas hacía un par de días, su abuelita estaba bien. Estaba trabajando en uno de sus álbumes y viendo Telemundo. Ahora parecía algo surgido de una película de terror.

Treinta minutos después el doctor salió moviendo la cabeza y mirando el piso.

Dijo que lo sentía mucho.

Shy se disponía a tocar la puerta abierta del supervisor Franco, pero se paralizó al ver que estaba con alguien: el señor negro de pelo canoso alborotado que siempre estaba escribiendo en su libreta de pastas de piel.

Franco levantó la vista hacia Shy.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No importa —dijo Shy—. Regreso después.

—Por favor. Puedes esperar afuera. En un momento terminamos.

Shy se alejó de la puerta, se recargó en la pared y dejó que sus párpados tibios se cerraran suavemente. Mientras oía el fuerte acento de Franco, trató de imaginar a su sobrino en el mismo cuarto de cuarentena que su abuela. Pero no pudo. Miguel era demasiado fuerte. Nunca se resfriaba siquiera. Recordó que unas horas antes de partir a su primera travesía, habían estado lanzando un balón de americano. En el callejón de atrás de su edificio. Uno de los lanzamientos más largos de Shy se coló entre las manitas de niño de Miguel, le dio un golpe en la cara y le abrió el labio. Pero Miguel no se intimidó. Sólo se quedó viendo a Shy, mientras la sangre le escurría por la barbilla y le manchaba la playera. Se obligó a sí mismo a sonreírle a Shy, hasta llegar a reír en realidad —aunque los ojos también se le estaban llenando de lágrimas.

Shy sintió una mano en el hombro y abrió los ojos.

El hombre que acababa de ver en la oficina de Franco lo estaba mirando fijamente, cargando su cajón de limpiabotas.

—¿Cómo puede dormir parado, joven?

—Sólo cerré los ojos un momento —dijo Shy, y se limpió algo

de baba de la comisura de la boca.

El hombre sonrió.

—Franco está al teléfono ahora. Dice que él lo busca después.

Shy asintió.

Seguía sin respuestas sobre el tipo de traje y los destrozos en su camarote. Sin nada que decirle a Rodney.

El hombre miró hacia la ventana del pasillo.

—Están preocupados por la tormenta que viene. Se supone que nos pegará en algún momento de la noche.

—¿Ya es una tormenta? —a Shy no le había tocado una sola gota de lluvia en todo el tiempo que había estado en el crucero. Pero en el entrenamiento había aprendido lo mucho que afectan las tormentas la forma de gastar dinero de los pasajeros. Lo cual significaba menos propinas. Menos dinero que llevar a casa, a su mamá y su hermana.

El hombre dejó en el piso su cajón de limpiabotas y se secó la frente con un pañuelo.

—Si es tan grave como dicen, este barco se va a llevar una buena zarandeada —metió la mano a su cajón, hizo a un lado su libreta y algunos libros. Entonces sacó algo que parecía una pulsera gris y se la tendió a Shy—. Póngase esto cuando arrecie.

—¿Qué es? —preguntó Shy.

—Algo que hice para el mareo. Asegúrese de que el botón blanco esté en el centro, contra la parte interior de su muñeca. Es el mismo principio de la acupuntura.

—Gracias —dijo Shy, metiéndola a su bolsillo. Estaba seguro de que esa espantosa pulsera jamás llegaría a su muñeca, pero no quería ofender al tipo.

—Usted fue el que vio al hombre aventarse, ¿verdad?

Shy asintió. Lanzó una mirada hacia la oficina de Franco, lo vio dando pasos de un lado a otro, con el teléfono pegado a la oreja.

—Supongo que ya todos lo saben.

—Y hay un hombre a bordo que lo ha estado vigilando.

Shy le devolvió la mirada, turbado.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Siempre tengo los ojos abiertos —el hombre señaló su cajón —. El trabajo me pone en buena posición para observar.

A Shy le desconcertaba que un limpiabotas, un tipo en el que nunca se había molestado en pensar, supiera lo que estaba pasando en su vida.

—¿Sabe quién es? —preguntó Shy—. ¿Es del FBI o algo?

El hombre se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero déjeme preguntarle algo, joven. ¿Sería lógico que un agente del FBI se enfocara sólo en usted? —señaló su propia sien—. Piense un poco.

Shy contempló al hombre que tenía enfrente. Ojos cansados que nunca parpadeaban. Pelo alborotado. Por alguna razón, Shy sintió que podía confiar en él. Le tendió la mano.

—Por cierto, soy Shy.

El hombre sonrió y estrechó la mano de Shy.

—Limpiabotas.

Se soltaron y Shy señaló el cajón en el piso.

—Sé que ése es su trabajo en el barco. ¿Pero cómo se llama?

—Aquí los nombres no significan nada, joven. Soy sólo un viejo que va de paso —Limpiabotas tomó su cajón, se despidió de Shy con un cabeceo y echó a caminar por el corredor. Se detuvo frente a la pequeña ventana y se asomó hacia afuera—. Oh, sí. Parece que va a ser la gran cosa.

Shy también fue a la ventana. Vio que venía un tupido techo de nubes de tormenta bastante feo. Tapaba la puesta de sol. El mar estaba picado y embravecido. Una pulsación retorcida de rayo se clavó en el horizonte, a lo lejos.

—Más vale que se prepare, joven. Esta noche veremos lo que es el mar —Limpiabotas siguió caminando por el pasillo, su cajón de madera colgaba de su mano derecha.

Shy lo miró unos segundos, jugaba con la extraña pulsera en su bolsillo. Luego volteó otra vez hacia la ventana y lo que venía.

# 12
# PRONÓSTICO DE TORMENTA

Una hora después, Shy estaba recargado en la pared cerca de la entrada del Salón Comedor Destiny, esperando a Carmen. Ahora el barco se mecía bajo sus pies. La mayoría de los pasajeros de atuendo formal estaban sentados para cenar, y la media docena de anfitrionas iban de una mesa a otra, saludando a todos.

Shy examinó el restaurante, buscó caras conocidas. Vio al niño Muppet de la alberca, vestido de esmoquin. Trató de imaginar a su sobrino vestido así, pero sólo lograba verlo con una bata de hospital, acostado en su cama de cuarentena, solo. Vio a Addison y Cassandra, muy arregladas, sentadas con varios hombres de esmoquin. El tipo canoso no era uno de ellos. Entonces Shy vio al petrolero junto a una silla vacía, apuraba una copa de vino tinto.

Justo cuando Shy empezaba a pensar que Carmen lo plantaría, oyó el *tin* del elevador y levantó la vista. Las puertas se deslizaron y Carmen salió caminando con un vestido largo negro y tacones; al instante el estómago se le llenó de mariposas.

—No me digas que me perdí la propuesta —dijo ella.

Shy negó con la cabeza. No podía apartar la mirada. Lucía más hermosa que nunca.

—¿Qué? —preguntó Carmen.

—Nada —Shy se frotó la barba de horas en el mentón—. Sólo que te ves muy bonita.

Su vestido dejaba a la vista un pronunciado escote. Se le ceñía en la cintura, luego se abría sobre la curva de sus caderas. Carmen siempre se tenía que arreglar para ser presentadora en las noches de karaoke, pero esta vez lo había llevado a otro nivel.

—Está prohibido que me digas eso —le dijo ella—. Ésa es la primera regla de las nuevas reglas.

—¿En serio? ¿No puedo decirte que te ves bonita? —Shy se impulsó desde la pared, sintiéndose frustrado—. Entonces ¿sabes qué? Quizá la segunda regla debería ser que está prohibido que te vistas así cuando estés cerca de mí.

—¿Así? ¿cómo?

—Por favor, Carmen —señaló su vestido sexy de arriba abajo.

Ella puso los ojos en blanco con una ligera sonrisa.

—¿Por qué crees que saco tantas propinas en el karaoke? No es sólo por como anuncio a cada tonto que va a cantar.

Shy movió la cabeza y desvió la mirada. Si no cambiaba de tema terminarían discutiendo. Y no quería discutir con Carmen. No esta noche, necesitaba contarle lo de su sobrino.

—Bueno —señaló la mesa del petrolero—. Es raro que la chica no aparezca. Uno pensaría que habrían llegado juntos, ¿no?

—Te apuesto a que ella sigue frente al espejo, tratando de que el maquillaje le quede extraperfecto. Las mujeres presentimos cuando va a ocurrir algo grande.

Shy asintió, preguntándose si Carmen habría presentido algo anoche, antes de los besos. ¿Y qué significaba si en realidad lo había presentido y aun así se le había lanzado? ¿No se suponía que las acciones decían más que las palabras?

Shy quedó atónito cuando oyó al anunciador del barco por altavoces —cosa que nunca ocurría de noche.

—*Atención, damas y caballeros. Como muchos de ustedes saben,*

*se pronostica una fuerte tormenta. Como medida de precaución, todas las cubiertas exteriores permanecerán cerradas toda la noche*.

Un gruñido colectivo recorrió el salón-comedor. Shy se preguntó si eso significaría que no tendría que trabajar. Tal vez quedaría libre para revisar la laptop de Rodney, por si había algún email de su mamá.

—*Mañana en la mañana, si el clima lo permite, estarán abiertas en el horario de siempre. Les ofrecemos una disculpa por cualquier molestia que esto pudiera ocasionarles, pero queremos asegurarles que toda la programación bajo techo seguirá en su horario habitual, incluyendo nuestro gran torneo de póker en el Gran Casino. Estamos regalando cortesías del bar a los primeros cincuenta pasajeros que se inscriban.*

En cuanto cesó la voz del anunciador, el murmullo de las conversaciones volvió a subir. Una anfitriona llamada Toni se acercó a Shy y Carmen; se veía más que estresada.

—Hey, chicos —dijo—. Estoy un poco aterrada. Nunca he estado en una tormenta.

—Ni yo —dijo Shy.

—La cosa es no pensarlo más de la cuenta —dijo Carmen—. Créanme, la mente puede hacer que cualquier mierda parezca mucho peor de lo que es en realidad.

—Creo que ya está empezando —dijo Toni.

—Lo que no entiendo —dijo Shy—, es cómo puede comer esta gente con el barco meciéndose así.

Las chicas asintieron y luego Toni le abrió los brazos a Carmen y se abrazaron.

—Me encanta cómo se te ve ese vestido —dijo cuando se separaron.

—Odia que se lo digan —dijo Shy.

Carmen fulminó a Shy con una mirada y luego volteó otra vez hacia Toni.

—Gracias, amiga. Me lo prestó tu compañera de camarote.

—Lo sé. Megan pasó hace rato. También me contó la gran noticia. No sabía que te ibas a casar.

—Es un estreno —Carmen volteó a ver de reojo a Shy por un

instante—. Todavía siento raro cuando digo que estoy comprometida.

Shy dio un paso atrás, tratando de aparentar que no estaba oyendo. Quizá debería sentirse más culpable por haberse enredado con una persona comprometida. Porque no sentía ninguna culpa en absoluto. Nada de eso. Quizá quería decir que él no era una buena persona.

—Dímelo a mí —dijo Toni—. También me acabo de comprometer.

—¿En serio? —dijo Carmen—. ¡Felicidades!

Shy vio cómo se ponían a dar de saltos, tomadas de los codos. Cuando la minicelebración terminó, Carmen dijo:

—¿Dónde fue?

—En un restaurante elegante, con mis padres.

—Ah, qué respetuoso.

—¿Y tú?

—Brett me llevó al malecón de Venice Beach. Íbamos paseando, tomados de la mano, viendo a todos los bichos raros, y de la nada se arrodilla y me toma la mano. Me impactó tanto que no le di tiempo de preguntar. Le arrebaté el anillo y me lo puse.

Shy sintió náuseas. Pensó si debía ponerse la pulsera casera de Limpiabotas para no acabar vomitando. Dio otro paso hacia atrás.

Toni rio.

—Muy típico en ti, Carmen.

—Tomé el celular de Brett —dijo Carmen—, y llamé a mamá. Y ya sabes: "Ay, *mija*, qué maravilla. ¡Mi niña casada con un abogado!"

—He ahí una madre que tiene sus prioridades.

—Créeme —dijo Carmen—. Estaba diez veces más emocionada que yo. Como si se estuviera cumpliendo el sueño de toda su vida.

Shy carraspeó.

—¿Este viaje lo patrocina Kay Jewelers o qué carajo? De lo único que hablan todas es de casarse.

—No seas odioso —dijo Carmen, tratando de mostrarse

enojada.

Shy miró sus grandes ojos cafés. Parecía que habían pasado diez años desde que había tenido ese rostro entre las manos, desde que había mirado esos ojos muy de cerca. Deseó poder hacerlo otra vez. Ahora mismo. Enfrente de todos.

Toni le estaba dando palmaditas a Shy en la espalda.

—Estoy segura de que te diviertes mucho con todas tus noviecitas del bachillerato. Pero algún día, créeme, también te vas a enamorar. Y vas a querer pasar el resto de tu vida con esa persona.

—Pues por lo que me contaron, tal vez ya la conoció —Carmen le guiñó un ojo a Shy—. Frederick de Dinamarca me dijo que te vio coqueteando con una rubia flaca afuera del gimnasio.

—Espera, ¿qué? —dijo Toni—. ¿Shy entusiasmando a una pasajera?

A Shy le asombró que Frederick supiera de ese estúpido y breve intercambio.

—Algo va mal con el procesador intel de tus espías —le dijo a Carmen—. Más bien esas chicas me estaban fastidiando porque trabajo en la alberca.

—Así es como les gusta coquetear a las *blanquitas*, estúpido —Carmen sonrió y le soltó a Shy un golpecito rápido en las costillas—. Anda, deberías animarte. ¿No es la fantasía sexual de todos los tipos de Otay Mesa? ¿Ligarse a una rubia anoréxica?

Las chicas empezaron a reír.

—Da igual —dijo Shy. Se estaba cansando de que la gente se riera de él. Antes de pensar en alguna contestación sobre Carmen y los chicos ricos que estudian leyes, el anunciador del barco volvió a hablar por los altavoces:

*—Damas y caballeros, acabamos de recibir más noticias. Desafortunadamente, la tormenta está avanzando hacia nuestra ubicación más rápido de lo que habíamos anticipado. Como una medida de precaución, el capitán pide que evacuemos todos los comedores grandes en este momento.*

Todos en el comedor se quedaron en silencio, se miraban unos a otros.

De pronto, a Shy le estaba costando trabajo respirar profundo.

—*Los cafés y locales más pequeños permanecerán abiertos. Y nuestro personal podrá brindarles servicio completo en sus camarotes. Les ofrecemos una sincera disculpa por cualquier molestia que esto pudiera ocasionarles, damas y caballeros. Pero repito: debemos cerrar todos los comedores grandes, a partir de este momento. Gracias por su cooperación.*

Shy volteó otra vez hacia Toni y Carmen, cuyas sonrisas burlonas se habían desvanecido.

—Nunca he oído que desalojen los comedores —dijo Carmen —. ¿Crees que de veras le puede ocurrir algo al barco?

—Imposible —la tranquilizó Shy. Pero en secreto le preocupaba exactamente lo mismo.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —dijo Toni—. ¿Decirles que se vayan, y ya? —se apresuró a ir tras otra anfitriona que se adentraba en el comedor.

Shy vio a los pasajeros levantarse de sus mesas agitados y dirigirse a las salidas. Alcanzó a ver al petrolero, aún sentado ante su mesa, sujetando una copa vacía. Ahora todas las sillas a su alrededor estaban vacías.

Alguien tomó a Shy del brazo.

Le sorprendió ver al supervisor Franco ahí parado.

—Ven conmigo —le dijo su jefe—. Tenemos mucho que hacer antes de que llegue el ojo de la tormenta.

—Pero dijeron que la Cubierta Lido está cerrada, señor.

Franco movió la cabeza.

—Para nosotros, no.

Shy volteó y vio que Carmen lo miraba fijamente.

Era la primera vez que veía miedo en sus ojos.

# 13
# LASOTECH

Cruzaron rápidamente por el atrio, entre grupos de pasajeros bien vestidos que se apresuraban a regresar a sus camarotes; pasaron a una de las orquestas que acomodaba sus instrumentos, mientras Franco enumeraba todas las cosas que tenían que estar listas antes que la tormenta les pegara.

—…y todas las tumbonas tienen que meterse al almacén. Todas las sombrillas. La caseta de toallas y las estaciones de servicio. Todas las sillas y las mesas del café.

Shy asintió, tratando de concentrarse en lo que oía. Pero ver la preocupación en el rostro del supervisor hacía que él también se preocupara. ¿Y si el barco de veras estaba en peligro?

—La cubierta gruesa en la alberca y el jacuzzi. El escenario principal tiene que quedar cerrado. Todo como en el entrenamiento, ¿entiendes? Ariana está a cargo.

—Sí, señor —dijo Shy, tratando de recordar lo visto durante el entrenamiento. Debió haber puesto más atención. Pero nunca le pasó por la cabeza que algo así pudiera ocurrir.

Pasaron a Limpiabotas, tenía la cabeza inclinada, mientras le

sacaba brillo con el trapo al zapato de un hombre. Shy le echó un vistazo al tipo sentado en la silla, leía el boletín diario del barco, le daba traguitos a un coctel. No parecía asustado en lo más mínimo. Ni tampoco Limpiabotas. Shy trató de saber qué tan asustado estaba *él*. El barco era inmenso, en apariencia indestructible. Pero quizá no lo fuera. Quizá su abuela tenía razón al preocuparse.

Franco se detuvo a unos metros de la puerta de la Cubierta Lido y se volvió hacia Shy.

—Cuando acabes aquí, Shy, por favor, debes hacer una tarea especial. Baja todas las sombrillas de la Cubierta Honeymoon. También los árboles bebés. No puede quedar nada afuera.

—Sí, señor —respondió Shy, recordando esa parte del entrenamiento. Sólo habían practicado despejar la Cubierta Honeymoon en fase de emergencia. Eso significaba que la tormenta era una emergencia. Y que Shy debería estar asustado.

Franco accionó la llave al clóset de provisiones, cerca de la puerta automática de vidrio, sacó un impermeable amarillo y se lo pasó a Shy.

—Te estoy confiando la Cubierta Honeymoon sólo a ti porque puede haber vientos peligrosos allá arriba. Y sé que vas a tener muchísimo cuidado.

—Tendré cuidado —Shy se acomodó el impermeable.

El supervisor Franco tomó a Shy de los hombros y lo miró a los ojos.

—¿La tormenta te está asustando?

—Un poco, señor —Shy miró sobre el hombro de su supervisor, vio que un par de docenas de integrantes de la tripulación corrían por la Cubierta Lido bajo la lluvia. Cargaban sillas y mesas. Vio a Ariana, la segunda de a bordo de Franco.

—Créeme —dijo Franco—. He estado en peores tormentas y no pasa nada. ¿Okey?

Shy asintió, tratando de descifrar si eso era algo que el supervisor tenía que decir o si genuinamente lo creía.

Franco le dio una palmada en la espalda a Shy.

—Todo lo que hacemos es por precaución, ¿entiendes? El

reporte del clima dice que para mañana otra vez estará soleado. Así que este problema es sólo por hoy —forzó una sonrisa.

Shy sabía que no era el mejor momento, pero al menos tenía que mencionar lo que había pasado en su camarote.

—Señor, ¿le puedo preguntar algo?

—Sí, claro.

—La razón por la que pasé a su oficina hace un rato…

Franco levantó una mano para interrumpir a Shy.

—Sí, sí, entiendo de qué se trata, Shy. Un hombre de LasoTech entró a tu camarote esta tarde. Lo siento, no te lo expliqué, pero no nos esperábamos este clima. No te preocupes, no encontró nada.

—¿Qué es LasoTech? —preguntó Shy—. ¿Y qué estaban buscando?

—Es uno de los principales patrocinadores de Paradise Cruise Lines. Mañana hablaremos más, ¿okey? Ahora tenemos que apresurarnos.

Shy caminó hasta las puertas de cristal, vio cómo se deslizaban, luego salió al viento y lluvia crecientes. Le sorprendió que Franco supiera lo que había ocurrido en su camarote. ¿Entonces por qué no había dicho nada cuando Shy estaba afuera de su oficina? ¿Por qué una compañía revisaba sus cosas y las de Rodney?

El cielo estaba gris oscuro. El viento le adhería el impermeable al cuerpo. Entornó los ojos y se dirigió a las dos tumbonas más cercanas. Les plegó el respaldo y los pies, metió una bajo cada brazo y se dirigió al almacén. Tenía que sacar las palabras de Franco de su cabeza. Ya podría preocuparse cuando regresara adentro. Por ahora tenía que concentrarse en asegurar la cubierta.

# 14
# ISLAS OCULTAS

Franco tenía razón sobre el viento en lo alto del barco. Era mucho más poderoso. Shy tuvo que echar todo su peso hacia delante para poder salir a la Cubierta Honeymoon. La lluvia estaba cayendo en un ángulo extraño y le pegaba en la cara, bajo la capucha del impermeable. Se cubrió los ojos con una mano, caminó hasta el barandal y se asomó al otro lado.

En la mañana el mar había estado tranquilo y hermoso, como en una postal. Ahora era un millar de olas hostiles con crestas de espuma blanca que se estrellaban unas con otras. El inmenso barco gemía al hundirse y surgir bajo los tenis de Shy; la proa se alzaba lentamente en el aire y luego caía, una y otra vez. Las densas nubes negras colgaban tan bajo en el cielo que se sentía como si el barco estuviera atravesando un túnel de lluvia.

Atemorizado, Shy lo vio todo por algunos minutos; el mundo en perfecta sintonía con su interior. Nunca había sido un verdadero creyente, como su abuela, pero ahora cerró los ojos y le pidió a quienquiera que estuviera escuchando, que Miguel estuviera bien. Y su mamá y su hermana. Y él mismo.

Por favor, sólo permíteme regresar con ellos.

Tengo que regresar con ellos.

Luego Shy se apartó del barandal y empezó a trabajar.

Las condiciones mejoraron ligeramente cuando llevaba las últimas palmeras bebés al almacén. Pero tenía el estómago hecho un desastre. Sentía las piernas endebles y extrañas. Desarmó los primeros dos postes de sombrilla con lentitud, tan mareado que pensó que en cualquier momento vomitaría. Se los llevó arrastrando, uno en cada mano, hacia el almacén; los colocó en sus estantes, luego se inclinó con las manos en las rodillas y empezó a hacer respiraciones profundas y uniformes.

En la mañana había sido el vino.

Ahora era el movimiento incesante del mar.

Shy recordó la pulsera que le había dado Limpiabotas y la sacó de su bolsillo. Aún no creía que esa cosa harapienta le fuera a servir de algo, pero de cualquier forma se la puso en la muñeca. Por si acaso. Se obligó a enderezarse otra vez; la saliva tibia se acumulaba en su boca.

Esta vez, cuando salió del almacén, vio a dos personas junto al barandal. Largos impermeables rosas y negros proporcionados por el barco. Una de las mujeres miraba a la distancia sobre el mar con unos binoculares.

—Disculpen —les gritó—. La Cubierta Honeymoon está cerrada.

Las dos figuras voltearon.

Shy no podía distinguir mucho de sus rostros por las enormes capuchas, pero vio el pelo rubio mojado de una. Los ojos verdes. Y supo que era Addison. Lo que significaba que la otra era su amiga. Caminó hacia ellas, se preguntaba por qué habrían salido durante una tormenta así, cuando no tenían que hacerlo.

—No le estamos haciendo daño a nadie —dijo Cassandra.

Los ojos de Addison se veían vidriosos, como si hubiera llorado.

Shy señaló los binoculares que traía en la mano.

—Lo siento, pero en este momento nadie puede estar afuera. Órdenes del capitán.

—Déjala en paz —le dijo Cassandra.

Addison lo fulminó con la mirada, lágrimas frescas cubrían sus mejillas.

Shy le sostuvo la mirada, ahora encabronado, además de mareado. En cuanto se bajara de este estúpido barco no volvería a tratar con niñas ricas.

Cassandra frotó el brazo de Addison y las dos voltearon nuevamente hacia el frenético océano, ignorando a Shy. ¿Qué se suponía que debía hacer?, ¿llevárselas arrastrando? ¿Por qué las lágrimas? Miró alrededor, vio que estaban a pocos metros de donde había intentado sujetar al hombre del peinado de cortinilla. ¿Y qué iba a hacer si el viento volaba a una de ellas por la borda? ¿Otra vez trataría de hacerse el héroe? No había acabado muy bien la ocasión anterior.

Shy tragó en seco y decidió que tenía que jugar de otro modo.

—De cualquier manera, ¿qué están buscando? —preguntó.

Lo ignoraron.

—Tal vez las puedo ayudar.

Cassandra volteó a verlo, su expresión era más suave.

—Su papá está allá en alguna parte —dijo—. Trabaja en una de las Islas Ocultas.

¿Las Islas Ocultas?

Aparte de Hawai, Shy nunca había oído de ningunas islas en medio del Pacífico. Y para llegar a Hawai aún faltaban un par de días.

La lluvia volvió a arreciar, los tres se bajaron la capucha hasta los ojos. Gruesas gotas golpeaban sus impermeables y la cubierta alrededor de sus zapatos. Una racha repentina de viento hizo que las chicas se agarraran del barandal.

—En serio —dijo Shy—. Tienen que ir adentro. Es peligroso.

Addison giró bruscamente y encaró a Shy.

—¿Por qué mi papá tiene una foto tuya? —le gritó sobre la pertinaz lluvia.

—¿Foto mía? —dijo Shy, confundido—. ¿De qué estás

hablando?

Addison bajó sus binoculares y lloró más fuerte.

—Encontró tu foto en el camarote de su papá —dijo Cassandra, abrazó a Addison—. Estás en un cementerio.

Shy sólo les devolvió la mirada, conmocionado.

Tenía que ser un error.

Un trueno retumbó de modo tan violento sobre sus cabezas que los tres se estremecieron.

—Ven, Addie —Cassandra la apartó del barandal.

—¿Quién eres? —le gritó Addison a Shy cuando pasaron junto a él—. ¡Dime quién eres!

—¡No soy nadie! —fue su respuesta. Seguro se iba a meter en problemas por perder la paciencia con una pasajera, pero ya no le importaba. Esta chica estaba diciendo locuras.

—¡No soy nadie! —volvió a gritar—. ¿Está bien?

En cuanto las chicas bajaron al interior del barco y se perdieron de vista, Shy dio media vuelta, se asomó sobre el barandal y vomitó.

Tuvo varias arcadas antes de escupir y limpiarse la boca. Luego se quedó parado, mirando el océano, tratando de encontrarle sentido a lo que decían las chicas. ¿Una foto suya? ¿En un cementerio? ¿Cómo podía tener una foto suya el papá de Addison?

Cuando Shy finalmente volteó, se encontró con un hombre parado en la cubierta, bajo la lluvia, vestido con un impermeable amarillo de Paradise, que lo estaba mirando.

Shy supo, de inmediato, que no era parte de la tripulación.

# 15
## UNAS CUANTAS PREGUNTAS

—¡No puede estar afuera! —gritó Shy por encima de la tormenta.

El hombre no se movió ni dijo una sola palabra, sólo siguió mirando a Shy.

La lluvia inundó la cubierta mientras Shy empezó a desarmar las dos sombrillas restantes. Fingió que estaba tan ocupado con su tarea que no tenía tiempo de preocuparse por aquel hombre. Pero, en secreto, sentía que el corazón le latía en la garganta. Quería acabar con eso y resolverlo de una vez, pero no ahora. No durante una tormenta, justo después de haber vomitado.

Un rayo apuñaló el océano a poca distancia del barco. El trueno rugió.

Shy se apresuró a cruzar la cubierta con los postes y le volvió a decir al hombre:

—¡Tiene que ir adentro, señor!

El hombre asintió.

Dentro del almacén, Shy acomodó los postes de sombrilla en sus estantes, luego buscó las llaves y echó a caminar hacia la

puerta, sólo pensaba en llegar al interior del barco, todo iba a estar bien cuando llegara al interior del barco.

Cuando el hombre apareció en la puerta del almacén, Shy se detuvo en seco.

—Señor, nadie tiene permitido estar aquí. Tengo que cerrar.

El hombre se hizo a un lado y Shy salió de prisa, jaló la puerta del almacén y le echó llave. El hombre siguió a Shy hasta el Luxury Lounge ahora vacío, donde bajó, desabrochó su impermeable y dijo:

—Tú eres Shy, ¿verdad?

Shy trató de ocultar que estaba tan nervioso que le costaba trabajo respirar.

—¿Usted quién es?

—Soy Bill —el hombre se quitó el impermeable. En efecto, vestía un traje negro.

Los dos trastabillaron un poco cuando el barco cabeceó aún más, Shy puso una mano en la pared para equilibrarse.

—De entrada quiero que entiendas que aquí no hay ningún problema —dijo el hombre—. Al menos, no tiene por qué haberlo. Sólo necesito hacerte unas preguntas —tenía pelo negro rizado y una verruga del lado derecho de la nariz. Sonreía como si para él ésa fuera una conversación cotidiana.

Lo único que Shy podía pensar era que éste era el hombre contra el cual lo había prevenido Kevin. El hombre que lo había estado vigilando. Pero no era el momento indicado para preguntas. ¿Qué no entendía que el barco estaba siendo golpeado por una tormenta?

Shy lo vio sacar una libreta y un bolígrafo de su bolsillo.

—Bueno, tengo entendido que, en tu travesía pasada, presenciaste el momento en que un hombre saltó por la borda. De hecho, justo aquí afuera —señaló por las puertas de cristal hacia la Cubierta Honeymoon—. ¿Es correcto, Shy?

—Sí… —dijo Shy, titubeando. No entendía por qué el hombre quería tener esa conversación ahora. ¿No podía esperar hasta mañana? Shy lanzó una mirada hacia atrás y vio que la puerta del corredor estaba abierta.

—Cuéntame cómo fue —dijo el hombre.

—Como ya le expliqué a todo mundo —respondió Shy, haciendo hacia atrás la capucha mojada—. Le di una botella de agua, luego me fui a atender a dos señoras mayores. Unos minutos después lo vi subirse al barandal, corrí y lo agarré del brazo, traté de volverlo a subir. Pero estaba muy pesado. Eso es todo, se lo juro.

El hombre levantó la mirada de su libreta.

—No nos queda la menor duda de que esto fue un suicidio. No he venido a hacer preguntas que ya fueron respondidas.

Shy se preguntaba quiénes serían esos "nos" del que hablaba este tipo. Seguro que era la compañía que había mencionado Franco, LasoTech.

—Lo único que necesito saber —siguió el hombre—, es lo que se dijo en esos últimos minutos. Porque ya hablamos con las dos señoras a las que haces referencia en tu declaración oficial a la policía. Las dos afirman que cuando salieron a cubierta, el señor Williamson y tú estaban en plena conversación.

El miedo recorrió el cuerpo de Shy.

En las muchas horas de interrogatorios que siguieron al suicidio, Shy nunca mencionó que había hablado con el señor Williamson. Nunca se le ocurrió que las dos ancianas pudieran mencionarlo. ¿Y ahora qué? ¿Agregaba más información a su historia? ¿No haría eso que la gente sospechara *más* aún?

—¿De qué hablaban tú y el señor Williamson, Shy? ¿Qué te estaba contando?

Shy se quedó viendo el piso frente a él, el barco se movía tan erráticamente como sus pensamientos. ¿Pero por qué se preocupaba tanto? No tenía nada que esconder.

—Decía cosas sin sentido —respondió finalmente Shy—. Por eso nunca lo mencioné.

El hombre asintió.

—A lo mejor yo les encuentro sentido. Trata de recordar sus palabras.

—Dijo que él era un cobarde —dijo Shy—. Recuerdo eso. Y me preguntó de dónde era.

El hombre apuntaba todo.

—¿Y de dónde le dijiste que eras, Shy?

Shy se encogió de hombros.

—No entiendo por qué es importante eso, señor.

—Por favor —dijo el hombre—. Llámame Bill. Y eso importa porque mi cliente necesita saber todo lo que se dijo, por muy irrelevante que te pueda parecer. Ahora, ¿de dónde le dijiste que eras?

—Otay Mesa. En San Diego.

El hombre asintió y lo escribió.

—¿Y cómo respondió a esto el señor Williamson?

—Dijo que sabía que eso estaba junto a la frontera.

—¿Y después?

Shy sabía que estaba explicando las cosas en desorden, pero de cualquier forma que lo contara, su conversación con el hombre del peinado de cortinilla no tenía sentido.

—Dijo que tenía un montón de casas para ir de vacaciones. Y cuando lo felicité, se enojó. Creo que había bebido bastante.

El hombre asintió, aún escribiendo.

—Y es todo —dijo Shy—. Luego salieron las dos señoras.

El hombre levantó la vista de su libreta.

—¿No hay nada más, Shy? ¿Estás seguro?

—No hay nada más —mintió Shy. Volvió a mirar hacia atrás, hacia la puerta abierta del corredor.

El hombre guardó su libreta y caminó hasta la ventana. Estaba lloviendo tan fuerte que apenas se veía el océano.

—Una tormenta hostil —dijo—. Pero tengo entendido que para mañana habrá pasado. E iremos rumbo a Hawai —volteó nuevamente—. ¿Conoces Hawai, Shy?

Shy negó con la cabeza, sentía que todo lo rebasaba. La tormenta. El interrogatorio. El recuerdo del hombre del peinado de cortinilla cayendo. Addison llorando y preguntándole quién era. Volvió a mirar hacia la puerta.

—Es de mis lugares favoritos del mundo —prosiguió el hombre—. Mi esposa y yo vamos cada año. Nos gusta caminar por la playa temprano en la mañana —Bill se volvió hacia Shy—.

A ti también te gustaría disfrutar Hawai, ¿verdad?

Shy se quedó viendo al tipo, trataba de entender si en realidad lo estaba amenazando.

—Todavía me faltan algunas entrevistas —continuó Bill—. Y si tu historia no cuadra, me veré obligado a encontrarte. ¿Entiendes lo que te digo, Shy?

—Me tengo que ir —dijo Shy, retrocediendo—. Tengo que volver al trabajo.

El rostro del hombre se endureció y le apuntó con un dedo a Shy.

—No te alejes, Shy.

Shy se encogió de hombros, luego dio media vuelta y se apresuró a salir por la puerta, hacia el corredor. Antes de bajar por una escalera volteó; el hombre aquel aún le seguía apuntando.

# 16
# NOTICIA INTERNACIONAL

Lo primero que hizo Shy cuando regresó a su camarote fue cerrar la puerta con llave y encender la laptop de Rodney. Aún no había ningún email de su mamá acerca de Miguel.

Mientras se quitaba los zapatos, calcetines y camisa mojados, se preguntó si esa falta de comunicación sería algo bueno o malo. Se desplomó en su camastro y cerró los ojos, la parte interna de los párpados le ardía de cansancio, la tormenta revolvía todo su camarote.

Si tan sólo pudiera dormir.

Entonces todo estaría bien.

Despertaría descansado; la tormenta habría concluido y sus pensamientos se aclararían otra vez. Hablaría con su mamá por Skype y ella le daría buenas noticias sobre Miguel. La medicina estaba surtiendo efecto. Se iba a recuperar por completo. Y luego Shy iría a hablar con Franco sobre el hombre del traje negro. Bill. Y averiguaría exactamente quién era y qué quería.

Todo iba a estar bien si tan sólo lograba dormir.

Pero Shy no conseguía desconectar su estúpida mente.

Había demasiadas por qué preocuparse: la tormenta iba en aumento; las preguntas sobre el hombre del peinado de cortinilla; Miguel tendido en la unidad de cuarentena y hasta la expresión en el rostro de Addison cuando le preguntó quién era. Dio vueltas durante casi una hora antes de sentarse en la cama y decidir que tenía que buscar a Carmen.

Enfundó sus pies en calcetines limpios y su par extra de tenis; se puso una camisa limpia. Salió del camarote esperando que Carmen lo perdonara, al menos por esa noche. En la mañana podía volver a estar enojada si quería, pero en ese momento la necesitaba.

El barco daba bandazos tan violentos que era imposible caminar erguido. Shy se encontró trastabillando escaleras arriba como un borracho, agarrándose del barandal y las paredes. Pero al trastabillar por el pasillo advirtió que ya no estaba mareado. Rio un poco para sí; le asombraba que la pulsera de Limpiabotas en efecto le estuviera previniendo el mareo. Era lo único positivo de toda la noche.

Shy asomó la cabeza al Teatro Normandie. Un viejo cómico estaba contando chistes malos del *Titanic* a un público pequeño y disperso. El Gran Casino también estaba casi vacío. Las coloridas luces estroboscópicas aún parpadeaban y los crupieres seguían en sus mesas. Las meseras estaban en grupo cerca del bar. Pero sólo había una docena de pasajeros jugando en el torneo de póquer.

Shy no dejaba de voltear, mientras se movía por el barco. Estaba seguro de que en algún momento vería al tipo de traje, pero nunca hubo nadie siguiéndolo.

Se asomó por algunos de los centros nocturnos. La música house o hip-hop seguía a todo volumen, pero las pistas de baile estaban desiertas. Encontró a Kevin en la disco Blue Water, sirviéndoles tragos a dos mujeres sentadas ante la barra. Kevin levantó la mirada y se saludaron con la mano; luego Shy siguió hacia el frente del barco.

Era escalofriante ver los lugares más populares vacíos tan temprano. Lo habitual era que los pasajeros estuvieran por todas partes, bebiendo, apostando, comiendo, bailando en los antros o

remojándose en el jacuzzi de la Cubierta Lido. Pero esa noche hasta el paseo principal estaba vacío. Al parecer, todos iban a esperar a que pasara la tormenta desde la comodidad de sus camarotes.

Finalmente Shy llegó hasta el Salón de Karaoke, donde Carmen, aún con su elegante vestido y tacones, estaba en el escenario, viendo un noticiario en un televisor.

Era la única persona en la sala.

—¿No vino nadie? —le gritó Shy desde la puerta.

Carmen apagó la tele y volteó.

—Hola —aunque estaba sonriendo se veía molesta; por la tormenta, supuso Shy.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Por supuesto que estoy bien —se arrodilló y empezó a empacar sus cosas. Volteó hacia atrás y le dijo—: Hace rato entraron algunas personas, echaron un vistazo y volvieron a salir.

Shy se recargó en la pared para mantener el equilibrio.

—¿Qué estabas viendo?

Carmen ignoró la pregunta.

Se puso de pie, guardó su equipo con llave en un baúl del lado derecho del escenario, tomó su bolso y bajó con cuidado por las escaleras del escenario, hacia Shy.

—La tormenta nos está aventando hacia todos lados. La gente no tiene ganas de cantar, precisamente.

—No tiene ganas de hacer nada —dijo Shy—. ¿Has visto afuera? No hay nadie.

Justo en ese momento el barco se sacudió con violencia y Carmen agarró a Shy del brazo para mantener el equilibrio.

—No te voy a mentir —dijo ella—, a mí también me está afectando un poco. Y nunca me mareo.

—Prueba esto —Shy se quitó la pulsera—. La hizo el tipo ese, Limpiabotas.

Carmen lo miró con el ceño fruncido.

—¿El limpiabotas? No, creo que así estoy bien.

Él sonrió.

—De veras funciona, te lo juro. Sólo tienes que alinear el

botón con la parte interior de la muñeca.

Ella miró a Shy, sus ojos vidriosos le crearon un dolorcillo en el pecho. Definitivamente ella había estado llorando.

—Bueno —dijo Carmen, tomó la pulsera y se la puso—. Pero si me sale sarna o una mierda de ésas…

Shy la vio acomodarse el botón.

Ella lo volvió a mirar, pero esta vez con los ojos entornados, como si estuviera tratando de entender algo.

—¿Qué pasa *contigo*, Shy?

Él movió la cabeza.

—Sólo es esta tormenta.

—No, es algo más —dijo ella—. Tal vez no te conozco hace mucho, pero me doy cuenta cuando te pasa algo.

Shy movió la cabeza. El hecho de que ella le pudiera leer la mente hizo que el dolor en el pecho fuera más pesado. Sentía como si las cosas entre ellos estuvieran normales, como antes de que se enredaran.

—Escúpelo —dijo Carmen.

Shy sentía que todo le burbujeaba por dentro, como una soda agitada. Sabía que en el momento que abriera la boca, todo iba a salir de golpe. Miró unos segundos los tacones de ella, concentrado en el movimiento de la duela y trató de pensar cómo plantearlo. Miró otra vez a Carmen.

—Mi mamá y yo finalmente tuvimos esa llamada por Skype. La que te mencioné.

La cara de ella se puso seria.

—¿Y?

Él movió la cabeza.

—¿Shy? ¿Está bien?

Al ver a Carmen tan preocupada por él, Shy sintió que la emoción lo rebasaba, incluso no podía hablar.

—Ay, Dios mío —dijo Carmen—. Está enferma, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—Mi sobrino.

Carmen soltó su bolsa y se tapó la boca.

—¿Qué está pasando, Shy? La verdad.

—Ya no sé —Shy sentía la garganta tan cerrada que las palabras salieron endebles.

—Cuando entraste estaba viendo un canal de noticias internacionales —dijo ella—. El tipo dijo que esta mierda de Romero se extendió hasta Oakland. Hasta mostraron un reportaje de la esposa de un empresario de Beverly Hills que se enfermó.

Así que por eso estaba alterada. No era sólo por la tormenta.

—Pero eso es lo que me encabrona —dijo Carmen—. ¿Por qué no fue noticia internacional cuando surgió donde vivimos *nosotros*? ¿Por qué no hubo un reportaje sobre mi papá? ¿O sobre tu abuela?

Shy movió la cabeza.

—A Miguel, por lo menos, le están dando una medicina nueva. Pero te lo juro, Carmen. Me está afectando la cabeza.

Los dos se quedaron en silencio durante algunos segundos, miraban diferentes partes del piso. Luego Carmen recogió su bolsa y agarró a Shy del antebrazo.

—Ven —le dijo—. Vamos a mi camarote.

Shy la miró, sorprendido.

—¿A tu camarote?

Ella asintió.

—Ya oíste. Esto es una emergencia.

Salieron juntos del Salón de Karaoke; todavía de tacones altos, Carmen caminaba lenta y cuidadosamente; Shy trataba de no pensar más de la cuenta hacia dónde iban, ni qué significaba.

# 17
# UN RESQUICIO DE CARMEN

Carmen compró una rebanada de pizza para cada uno en la cafetería de la tripulación; luego lo llevó a su camarote, donde puso más música brasileña en su laptop y se quitó los tacones.

—Antes que nada —dijo—, recuerdas que hice reglas para nosotros, ¿verdad?

Lo recordaba.

Ella sacó la silla del escritorio y le indicó a Shy que se sentara.

—Bueno, pues ésta es la segunda: se acabaron tus pruebas cursis de darse la mano —se sentó en un lado de su catre, lo más lejos que pudo de la silla de Shy—. Sobre todo en mi camarote. La única razón por la que estás aquí ahora es para que podamos hablar de tu sobrino. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Shy y le dio una mordida a su rebanada. Pero se sentía culpable de que ella pudiera pensar que se estaba aprovechando de la condición de Miguel para acercarse a ella. Así no era la cosa.

Señaló la laptop.

—¿Te molesta si veo mi correo?

—Adelante.

Shy se conectó. Pero su bandeja de entrada seguía vacía, así que se volvió a desconectar.

—¿Nada? —dijo Carmen.

Shy movió la cabeza, regresó a la silla y tomó lo que quedaba de su rebanada. Mientras comían, Shy se dio cuenta de que el barco se había calmado un poco.

—¿Crees que ya pasó lo peor de la tormenta?

Carmen se encogió de hombros.

—Definitivamente no está azotando tanto —enrolló su plato de papel, y agregó—: Por cierto, tenías razón sobre la pulsera esta. No puedo creer que haya logrado comer algo.

—A lo mejor Limpiabotas es un genio —dijo Shy.

Carmen rio un poco.

—Pues eso no lo sé. Pero definitivamente es misterioso. Una vez lo vi disparar un maldito arco y flecha en la parte trasera del barco. A media noche.

Shy supuso que "misterioso" era la palabra indicada.

—Hace rato vi un montón de libros en su cajón. Creo que uno de ellos era de ciencia o algo así. De cualquier manera, ¿de dónde es?

Carmen se encogió de hombros.

—Vlad, el de seguridad, dice que pasó la mitad de su vida en la cárcel por un crimen que no cometió. Jessica, la chica que trabaja en el spa, dice que nunca estuvo en la cárcel, que trabajaba en un rancho ganadero. Alguien más me contó que antes era un indigente —Carmen movió la cabeza—. Quién sabe, ¿no? No se puede confiar en ninguno de esos locos.

Se levantó y le bajó un poco a la música.

—Bueno, quiero que empieces desde el principio y me cuentes todo lo de tu sobrino.

Shy también tiró su plato y se volvió a sentar.

Le contó que su mamá y su hermana habían llevado a Miguel al hospital en cuanto la parte blanca de los ojos se le puso rosa; que los doctores le diagnosticaron el mal de Romero y le empezaron a dar medicamentos. Le contó lo caro que iba a salir

todo porque su hermana no tenía seguro; que le dijo a su mamá que cobrara los bonos del ahorro que había ganado en un concurso de medio tiempo en un juego de basquet y que había algo egoísta en él, que se estresaba por perder ese dinero y que odiaba esa parte de sí mismo.

Carmen movió la cabeza y le dijo cuánto lo sentía. Luego le contó más sobre el noticiario que estaba viendo cuando él entró.

—Supongo que ahora están haciendo mucha investigación y sacando tratamientos. ¿Sabías que descubrieron que se puede transmitir por el agua? ¿Y eso que tienes que empezar a tomar los medicamentos en las primeras veinticuatro horas o es tu fin?

—Eso dijo mi mamá.

—Cuando sólo ocurría en nuestros vecindarios, no investigaron un carajo.

Shy movió la cabeza. Empezaba a entender que la vida de algunas personas importaba más que la de otras. En su casa, ese pensamiento jamás le hubiera pasado por la cabeza. Pero trabajar en un crucero lo había hecho darse cuenta de algunas cosas.

—Cuando gane la lotería —dijo Carmen—, voy a construir hospitales ultramodernos por toda la frontera. Para que en el futuro los chicos como nosotros no tengan que saber lo que se siente perder familiares por razones estúpidas.

—Se podrían llamar como tu papá —dijo Shy.

—Y tu abuela —dijo Carmen—. Pero no como tu sobrino. Porque esa medicina va a ayudar a que se ponga bien.

—Espero que tengas razón —dijo Shy.

Se quedaron en silencio unos segundos y Shy pensó en algo. Estaba dispuesto a renunciar a cada instante de su ligue de anoche con Carmen, a cambio de saber que seguirían siendo amigos al terminar la travesía. Ella era mucho más que una chica equis para echar andar por ahí.

—Bueno —dijo Carmen, poniéndose de pie—. Me cambiaré de ropa. Puedes quedarte si quieres seguir revisando tu correo, o lo que sea.

—De acuerdo —dijo Shy—. Me corres cuando quieras dormir.

Carmen fue a su cómoda, sacó unos pants, una sudadera y su neceser. Camino al baño se detuvo para darle una palmada en el hombro a Shy.

—Siento mucho que tengas que enfrentar esa enfermedad otra vez —dijo—. Es bastante horrible cuando se trata de un adulto. ¿Pero un niño?

Él enlazó su mirada con la de ella y asintió.

Carmen llevó su ropa al baño y Shy se quedó sentado mirando la puerta, mientras ella la cerraba. Lo ponía nervioso pasar tanto tiempo en su camarote. Honestamente quería respetar su compromiso de novia. Pero al mismo tiempo, tampoco quería irse corriendo. Hablar con Carmen le estaba haciendo sentir mucho mejor.

Se levantó y regresó a la laptop. Revisó su correo. Nada.

Sus pensamientos divagaron hacia el hombre de traje, mientras repasaba la música en el iTunes de Carmen. Quizá debió haberse quedado más tiempo y oír todo lo que el tipo tenía que decir. Pero empezó a lanzar amenazas… y ni siquiera había hecho algo malo. Fue cuando se hartó. Esperaba que Franco pudiera explicarlo todo por la mañana.

Carmen tenía toneladas de compilaciones de música de todo el mundo. Algunas cosas de chica furibunda. Finalmente encontró un poco de hip-hop, buscó y puso algo; el ritmo llenó el diminuto camarote.

Carmen abrió apenas la puerta del baño y masculló sobre el zumbido de su cepillo de dientes:

—Te conozco, no vayas a hacer un lío con mi música, Sancho.

—Sólo algo mejor, por un momento —dijo Shy.

Por el resquicio de la puerta, la vio enjuagarse la boca, luego golpetear su cepillo de dientes eléctrico contra el lavabo miniatura.

—¿Por qué te conformas con hip-hop americano genérico? —le gritó ella, volteando hacia atrás, mientras se quitaba los lentes de contacto.

—Es *tu* música —dijo él.

—Los ritmos brasileños son mucho más puros —dijo ella.

—Pero no se entiende lo que dicen —él volvió a repasar la música.

—Lo que importa no es lo que dicen, Shy. Es lo que te hace sentir.

Cuando volteó otra vez hacia el baño, la vio quitarse su largo vestido negro y quedó helado.

Con la boca abierta.

Sabía que no debería estar viendo, pero no podía apartar la vista. Su piel se veía perfectamente suave y morena, todo se le derramaba fuera del brasier y traía una tanga negra que apenas si tenía tela; estaba abundante de todos lados menos de la cintura y el estómago; tenía un tatuaje debajo del ombligo, palabras escritas en cursiva, demasiado pequeñas para distinguirlas; por primera vez en la vida de Shy, una chica estaba haciendo que su corazón latiera tan fuerte dentro de su pecho que se preguntó si le estaría dando un ataque cardiaco y se preguntó si así se sentiría el amor.

Sus ojos se encontraron en el espejo por una fracción de segundo. Rápidamente Shy volteó y clavó la vista en la computadora. Oyó el clic de la puerta al cerrarse.

Shy no se movió en un rato.

Sólo se quedó viendo la pantalla de la computadora y se concentró en la sensación de su aliento al entrar y salir de sus pulmones.

Definitivamente no era momento de andar revisando a Carmen. No ahora, que ella estaba siendo tan linda con él. Tan solidaria con lo de su sobrino. Si ella quería que fueran sólo amigos, pues él también.

Pero maldición.

Ese fragmento perfecto que acababa de ver de su cuerpo.

No se lo podía sacar de la cabeza. No podía dejar de imaginar que se ponía de pie, iba a la puerta del baño, tocaba y que ella lo dejaba entrar.

Tenía que irse.

Ya.

Shy se puso de pie y caminó hacia la puerta del camarote,

pero justo entonces Carmen salió del baño.

Traía una camiseta de los Chargers y un par de pants Adidas, y los dos empezaron a hablar al mismo tiempo:

—Oye…

—La cosa está así, Shy…

Se miraron.

—Sólo quiero decir…

—Anoche…

Carmen se puso un dedo en los labios.

—Déjame sacar esto primero, luego escucho todo lo que me tengas que decir, ¿okey?

—Okey —el corazón de Shy no dejaba de golpetear.

—He estado pensando mucho sobre anoche —empezó Carmen —. Sobre por qué hice lo que hice. Y te voy a ser honesta, Shy. A lo mejor hay algunos sentimientos de mi lado —respiró profundo, movió la cabeza y se sentó en la orilla de su catre.

Shy se quedó junto a la puerta.

—Digo, definitivamente eres medio cursi. Y en casa vas a la estúpida escuela. Pero de todas formas. Eres del vecindario, ¿sabes? Nos entendemos sin decir una palabra. Y no eres muy feo que digamos —hizo una pausa unos segundos—. Lo que estoy tratando de decir es que hay algo, ¿sí? Pero tengo un compromiso con Brett. Me voy a casar en unos meses. Jesús, me voy a *casar*.

—Quiero respetar eso, Carmen.

—Sé que eso quieres. Pero a lo mejor no sólo me preocupas tú. No sé ni qué estoy haciendo.

Shy no supo qué responder a eso, así que sólo se quedó ahí, a la espera de que ella volviera a hablar.

—A veces… ya ni sé, Shy. Tengo tantas dudas que me pasan por la cabeza. Como ¿estoy enredando esto? ¿Lo estoy haciendo por las razones correctas?

Shy metió las manos en los bolsillos.

—Seguro que todos piensan esas cosas.

Carmen lo miró.

—Eso dice mi mamá. Pero no sé.

La situación era muy incómoda y Shy decidió que tenía que romper la tensión de algún modo. Forzó una sonrisa.

—Qué lástima que tu novio no tenga un nombre más varonil. "Brett" suena medio blando, ¿no crees?

—Ah, porque "Shy" sí es de matón —contestó Carmen.

Los dos sonrieron y Carmen dijo:

—Ven a darme un abrazo de amigos, ¿entendido? Y luego te voy a correr para poder dormir.

Shy apenas empezaba a dirigirse hacia los brazos abiertos de Carmen cuando el barco dio una violenta sacudida.

Se miraron sin decir palabra.

Fuertes pisadas arriba sacudieron el techo.

Puertas se abrían y se cerraban en los corredores.

—¿Shy? —dijo Carmen.

Él abrió la boca para responder, pero antes que pudiera decir algo hubo una explosión ensordecedora. Los dos se taparon las orejas y se miraron. El rostro de Carmen estaba lleno de preocupación.

La alarma del barco.

Shy abrió la puerta del camarote y se asomó al corredor. Se estaban abriendo otras puertas, la gente formaba grupos, se miraban unos a otros, confundidos. Shy vio al hombre del traje negro, Bill, que se alejaba rápidamente del camarote de Carmen. Como si hubiera estado escuchando su conversación detrás de la puerta. ¿Pero por qué? Eso le parecía tan grave como que entrara a su camarote.

Shy regresó su atención a la alarma y el pánico creciente en el corredor. Quizás el barco había llegado al ojo de la tormenta. O tal vez había chocado con algo; o había un incendio en la sala de máquinas; o los piratas habían asaltado las habitaciones del capitán.

Vio a Carmen correr hasta su pequeña claraboya y asomarse.

—¡No veo nada! —le gritó, volviéndose nuevamente hacia él —. ¿Tú ves algo?

Shy corrió a su lado, pero lo único que veía era un grueso manchón de lluvia y olas estrellándose unas con otras.

Nada de incendio.

Nada de humo.

Nada de otros barcos.

La alarma siguió sonando mientras se dirigieron nuevamente hacia la puerta, salieron al corredor. Ya había más tripulación allí reunida, todos miraban de un lado a otro y gritaban sobre el sonido ensordecedor. La garganta se le estaba cerrando a Shy, sus ojos disparaban miradas hacia todos lados.

Luego la alarma cesó.

Tan abruptamente como había empezado.

La voz del anunciador del barco se oyó por los altavoces:

*—Damas y caballeros, esto es una emergencia. Todos los pasajeros y tripulantes deberán tomar un chaleco salvavidas del clóset de su camarote y dirigirse de inmediato al punto de encuentro que les corresponde. Repito, todos los pasajeros y tripulantes deberán tomar un chaleco salvavidas y dirigirse de inmediato al punto de encuentro que les corresponde.*

Shy y Carmen se voltearon a ver.

En los ojos aterrados de ella, él vio que eso era algo grave y en ese instante supo que su vida cambiaría para siempre.

# 18
# ORDEN EN EL TEATRO NORMANDIE

La alarma estridente sonaba otra vez cuando subieron corriendo por una escalera hacia el Teatro Normandie. El corazón de Shy le golpeaba en el pecho y en la garganta, sus pensamientos se quedaban a medias. Estaban en problemas. Eso lo sabía. Y tenía que llegar al punto de encuentro que tenían asignado él y Kevin, en el área del balcón del teatro.

Apenas ayer se había reunido con su grupo de pasajeros y les había mostrado todos los procedimientos de seguridad y los había llevado hasta los botes salvavidas —pero jamás se le ocurrió pensar que realmente pudiera llegar a surgir una emergencia.

Volteó a ver a Carmen, miraba ansiosa al frente, mientras se apresuraban por el corredor. Ahora había pasajeros con chalecos salvavidas alrededor, con ojos desorbitados y aferrándose unos a otros, gritando por encima de la alarma.

Carmen se separó de Shy, se apresuró a llegar al nivel del escenario del teatro, su propio punto de encuentro.

Shy siguió por el corredor, hacia la escalera del fondo. Tenía

que llegar al tercer piso. Ver cómo estaba su grupo. Entonces podría pensar. Y Kevin también estaría allí. Pero lo entretuvo una multitud junto a los elevadores. Se volvieron hacia él con sus preguntas, gritaban sobre los gritos de los otros, la alarma ahogaba casi todas las palabras.

En la semana de entrenamiento pasaron casi tres días con los procedimientos de emergencia. Hicieron simulacros de todos los escenarios posibles, una y otra vez. Pero ahora que estaba pasando de verdad, Shy no se sentía preparado.

—Lo siento —les dijo—. Yo no sé nada. Tenemos que esperar el siguiente anuncio.

No quedaron conformes.

La muchedumbre le siguió gritando y presionándolo hasta que no pudo más. Se abrió paso a empujones y echó a correr hacia la escalera del fondo, subió los escalones de dos en dos.

Kevin estaba en el siguiente piso, gritándoles indicaciones a los pasajeros:

—¡Todos los pasajeros deben ir a su punto de encuentro! ¡A moverse, gente! ¡Esto es una emergencia!

Shy subió corriendo el último tramo de escaleras, salió al pasillo justo afuera del teatro y repitió las palabras exactas de Kevin a todos los pasajeros que estaban perdidos. Esto ayudaba tanto a Shy como a ellos. Les daba algo en qué enfocarse. Un trabajo. No les dejaba tiempo para pensar en la tormenta, ni en lo que significaba la alarma del barco, ni en los supuestos cinco metros de acero que los mantenían a flote.

Cada pasajero llevaba consigo una tarjeta del barco, que era como una tarjeta de crédito que se usaba para todo. Shy volteaba las tarjetas de los pasajeros extraviados, les indicaba su punto de encuentro asignado con base en un código de color en el reverso. Algunas de las cosas que aprendió en el entrenamiento las estaba recordando.

Alrededor había caras de pánico, el barco cabeceaba agresivamente otra vez; a veces un hombre o una mujer vomitaba allí mismo, a medio corredor; los otros pasajeros lo rodeaban, lo saltaban, lo arrollaban, todo era tan caótico y

abrumador, pero Shy no tenía tiempo de pensar en su propio miedo porque tenía un trabajo que realizar.

Tomar una tarjeta.

Darle la vuelta.

Gritar el punto de encuentro y señalar una dirección.

—¡Vaya!

Vio al malhablado niño Muppet sentado contra la pared del fondo, meciéndose hacia delante y hacia atrás, solo. El niño ya no estaba maldiciendo, estaba llorando y llamando a su mamá. Shy lo agarró de la camisa, lo levantó.

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¡Bárbara! —gritó el niño.

—¿Bárbara qué?

—¡Bárbara Pierce!

Shy arrastró al niño al teatro y se puso a gritar ese nombre, una y otra vez.

—¡Bárbara Pierce! ¡Señora Bárbara Pierce! —por encima del ruido de la multitud, la alarma y el llanto continuo del niño, hasta que una mujer, abajo, en la sección de Carmen, empezó a agitar los brazos como loca y a gritar el nombre del niño:

—¡Lawrence!

Shy llevó al niño abajo, lo entregó, vio a la mamá envolver a su hijo en un fuerte abrazo de oso, su rostro se veía aliviado y empapado en lágrimas; en ese momento Shy asumió algo: eso era lo que tenía que hacer. Ayudar a la gente. Porque cuando ayudaba a la gente, no trataba de adivinar qué estaba pasando y no se preocupaba. Sólo actuaba.

Regresó a su punto de encuentro y les gritó a todos que se formaran, recordaba muchas caras del día anterior, cuando les enseñó las reglas de seguridad y los llevó hasta los botes salvavidas de la Cubierta Lido —cuando los botes salvavidas parecían simple decorado y todos estaban llenos de entusiasmo. Las caras que veía ahora estaban frenéticas, exangües y perdidas.

—¿Qué pasa? —le gritaron a Shy.

—¿Dónde está el capitán?

—¡Tenemos que hablar con el capitán!

—¿Por qué no nos dicen nada?

—¡Por favor! —les respondió gritando Shy, ya con más autoridad—. ¡En este momento nos tenemos que formar! ¡Igual que ayer! ¡Vamos, todos, a formarse!

La alarma cesó de nuevo.

Todos los pasajeros pararon en seco.

El teatro entero quedó en perfecto silencio por largos segundos, todos se miraban unos a otros, miraban a Shy, pero pronto el silencio se rompió y el murmullo de la conversación volvió a empezar, el barco aún corcoveaba bajo sus pies.

Shy fue al balcón para ver qué estaba pasando. El telón del teatro se abrió y se encendió la pantalla de cine, pero sólo mostraba estática.

Vio a Carmen, de pie a un lado del escenario con Vlad, uno de los guardias de seguridad.

Los dos solos.

Vlad hablaba y Carmen escuchaba.

De pronto la cara de ella se hundió y agarró la camisa del uniforme de Vlad y soltó un grito desgarrador que llenó el teatro entero.

Todos voltearon a ver.

Shy se asomó sobre el barandal y gritó el nombre de Carmen.

Ella no levantó la vista, sino que se cubrió el rostro y cayó de rodillas, sollozando.

# 19
## EL *BIG ONE*

El anunciador del barco volvió a oírse por el sistema de altavoces, su tono, normalmente entusiasta, ahora era lento y mesurado:

*—Damas y caballeros. Ha habido un megaterremoto al este de Los Ángeles.*

Shy vio a la multitud, que ahogó un grito.

*—Un terremoto catastrófico. Seguimos recabando información en estos momentos, pero hemos sido informados que su magnitud rebasó, por mucho, cualquier cosa registrada antes en la escala de Richter. El epicentro parece haber sido cerca de Palm Springs, pero sus efectos han sido de mucho mayor alcance, y llegaron hasta México.*

Shy se agarró del barandal.

Si el terremoto había afectado México, también había afectado San Diego. Lo que significaba Otay Mesa.

Su cuerpo se congeló al pensar en su familia.

*—Nos han indicado suspender la travesía hasta que se restablezca la conexión satelital. De nuevo, damas y caballeros. Hace aproximadamente treinta y cinco minutos, un terremoto catastrófico*

*azotó California y nos han indicado…*

Shy sólo captó fragmentos del resto del anuncio. Algo de conectarse a una transmisión de noticias. De que los pasajeros permanecieran en sus puntos de encuentro y del mar picado. Pero más que nada, Shy trató de encontrarle sentido a sus propios pensamientos.

Un terremoto en California.

Superó la escala de Richter.

Era el *Big One*, el megaterremoto del que siempre había hablado todo mundo.

¿Y qué tan grave era "catastrófico"? ¿Significaba que todos habían muerto? ¿Había muerto su familia? ¿Quedaron arrasados todos los edificios? Trató de imaginar su calle. Su escuela y su bloque de apartamentos. El hospital donde su mamá y su hermana estaban sentadas esperando a que curara a Miguel.

La respiración de Shy empezó a ir mucho muy rápido, como si estuviera hiperventilando. Porque ahora sus pensamientos se enfocaron en el barco. Todo el trayecto hasta aquí y sin ninguna protección. La tormenta los lanzaba a todos lados y las olas crecían, ¿y qué quería decir el anunciador con lo de la amenaza de mar picado? ¿Qué no estaba picado?

Shy se arrodilló y trató de calmar su respiración pero no podía. Tenían que apurarse a llegar a Hawai. O darse media vuelta y regresar a casa. No podían quedarse ahí parados a medio océano; tenían que *hacer* algo.

En cuanto terminó el anuncio, las voces histéricas de los pasajeros rodearon a Shy; había gente llorando y marcando ansiosamente en celulares inservibles, abrazándose y gritando exigencias a Shy y Kevin; lo único que pudo hacer Shy fue ponerse de pie y pedirles a todos que mantuvieran la calma y que se formaran, como lo habían hecho cuando practicaron el ejercicio de seguridad con él, ¿pero cómo podía nadie mantener la calma después de lo que acababan de decirles?

Shy se imaginó a su mamá.

A su hermana y a Miguel.

A su abuela.

Pero de su abuela ya no tenía que preocuparse, porque estaba muerta.

¿Habría muerto él, de haber estado en casa? ¿Le había salvado la vida el crucero? Tal vez el capitán tenía razón de dejarlos ahí esperando. Quizá no había a dónde ir.

Shy ayudó a conducir a todos los pasajeros a los asientos del teatro, y luego se apresuró a regresar al balcón. Allá seguía Carmen, ahora agazapada contra la pared y llorando. Se asomó sobre el barandal para gritarle, pero justo cuando abrió la boca, la pantalla gigante parpadeó y una imagen granulosa apareció sobre el abarrotado escenario.

Todos voltearon a verla.

Carmen se quitó las manos de la cara, volteó hacia arriba.

Un desastre, como zona de guerra, cobró nitidez. Escenas grabadas desde un helicóptero. Al principio era difícil saber qué estaban viendo, pero poco a poco les fue quedando claro.

Las palabras "San Francisco" aparecieron en la parte inferior de la pantalla, pero no parecía ser San Francisco. Parecía una ciudad extranjera que acababa de ser bombardeada. O efectos digitales de una película. Edificios arrasados, reducidos a montículos de concreto, con vigas de metal salidas. Gruesas nubes de polvo se levantaban de las ruinas; salía humo de los incendios que ardían sobre las calles hundidas. Y dondequiera que apuntara la cámara, mostraba autos volcados, cuerpos inertes atrapados debajo o saliendo de los parabrisas reventados. Y, al fondo, el puente Golden Gate que ya no era un puente sino una maraña de cables colgando y dos secciones derruidas que caían directo en la bahía.

El audio se estaba cortando, pero Shy logró entender algo de la información, mientras mostraban tomas de otras secciones devastadas de San Francisco.

No había sido un solo terremoto sino varios, que habían arrasado toda la costa de California, Washington, Oregon y Vancouver; se calculaba más de un millón de muertos.

Fueron cuatro terremotos principales, los dos más devastadores con epicentro justo afuera de Palm Springs y en la

zona de subducción de Cascadia, frente a las costas del estado de Washington. El terremoto más poderoso mar adentro había golpeado justo al oeste de Morro Bay, que Shy sabía que estaba en California. Pero no sabía qué tan lejos era eso de "mar adentro".

Shy estaba tan impactado por lo que estaba viendo y oyendo que su cuerpo entero empezó a temblar.

La imagen se cortó varios segundos y cuando volvió mostraba tomas aéreas de Riverside, donde se había abierto un enorme abismo a lo largo de la autopista 91; fuegos inmensos ardían a ambos lados, pero no había camiones de bomberos en la escena; el reportero explicó, con los ojos rojos, que todas las estaciones de bomberos en un radio de ciento sesenta kilómetros habían sido destruidas por el terremoto. Luego una toma del centro de Los Ángeles, donde sólo quedaban en pie algunos edificios y por todas partes ardían pequeños incendios; el muelle de Santa Mónica se había desplomado; la famosa rueda de la fortuna se había partido en dos y yacía aplastada; había gente atrapada debajo, y la playa ahora se extendía increíblemente lejos, la marea era tan baja que parecía irreal. Shy recordó haber visto tomas de una playa en Tailandia que se veía exactamente así, justo antes de que la azotara un tsunami. ¿Eso significaba que debían esperar uno?

Las piernas de Shy se debilitaron tanto que tuvo que acuclillarse y sujetarse del barandal.

Al letrero de Hollywood le faltaban letras y las que quedaban estaban en llamas; la autopista 405 estaba llena de agujeros enormes; había gente varada en islas de concreto, agitaban las manos pidiendo ayuda desde el techo de los autos, y cientos de yates de la marina estaban en la playa, tendidos de costado, inútiles.

Definitivamente había sido el *Big One*.

Del que Shy había oído hablar desde niño. La multitud en el teatro, quizá dándose cuenta de lo mismo, se puso tan histérica que Shy ya no pudo entender nada del audio, pero aún podía ver.

La imagen se cortó unos segundos y cuando volvió mostraba

una toma aérea de una inmensa nube de humo negro que sofocaba todo Orange County; en los huecos del humo no se veían casas, ni edificios, sino llamas. Una toma rotulada “Seattle” mostraba la Aguja Espacial hecha pedazos frente a los restos de los edificios del centro; había incendios por toda la calle, y el famoso mercado había sido arrancado desde sus cimientos y arrojado a la bahía de Elliott.

A Shy se le cerró la garganta por completo cuando apareció en pantalla la frontera con México, un tramo justo al este del océano que no reconoció de inmediato, porque ya no había una frontera física, sólo fuego y escombros y unos cuantos puntitos que eran gente vagando sin rumbo; las camionetas de la patrulla fronteriza estaban abandonadas, con las puertas abiertas. Una parte de San Diego, justo al norte de Otay Mesa, se veía envuelta en llamas. El corazón de Shy le golpeaba y su cuerpo temblaba, luego la imagen se volvió a cortar y esta vez ya no regresó.

El teatro entero estaba frenético.

La gente gritaba, lloraba y se abrazaba.

Shy volteó hacia el escenario, buscó a Carmen, pero ya no estaba.

La buscó y finalmente alcanzó a verle la nuca, mientras se apresuraba hacia la salida del teatro. Le hizo una seña a Kevin de que en un momento regresaba y fue tras ella.

# 20
# EN EL REFLECTOR DEL BARCO

Shy bajó corriendo las escaleras y salió al corredor, su mente estaba inundada de todos las horrores que acababa de ver. Edificios caídos, incendios y cadáveres. No tenía idea de cómo procesar nada de eso.

Se detuvo en el corredor, giró buscando a Carmen. Era lo único que parecía importar en este momento. Sólo encontrar a Carmen. Asegurarse de que estuviera bien.

Gritó su nombre.

No hubo respuesta, sólo el sonido de la tormenta y el movimiento del barco.

Luego vio que las puertas automáticas de cristal se estaban cerrando al otro lado del corredor. Puertas que supuestamente debían estar cerradas con llave por la tormenta. Y sólo los miembros de la tripulación sabían la clave para abrirlas.

Se dirigió en esa dirección, marcó la clave y se apresuró a salir por las puertas, de regreso a la tormenta.

—¡Carmen! —gritó sobre el crepitar de los truenos.

La lluvia había disminuido, pero el viento estaba más fuerte

que durante la noche. Tuvo que inclinarse para poder salir hasta la cubierta. Avanzó con cuidado alrededor de la alberca y el jacuzzi cubiertos, miró hacia todos lados, la destrucción que acababa de ver aún estaba clavada en su cerebro. Y Otay Mesa. Y su familia.

Se subió a la tarima, recorrió el café exterior, ahora vacío, buscó detrás de cada barra y estación de servicio, en cada puerta, subió y bajó corriendo por cada escalera.

Pero no había señales de Carmen por ningún lado.

Tenía que regresar con su grupo de pasajeros al teatro. No estaba bien dejar a Kevin a cargo de todos.

Un pensamiento horrible se le metió en su cabeza y se apresuró a llegar al barandal del barco; se asomó hacia el océano. Ahora estaba aún más picado. Olas de cresta blanca le llegaban a la cabeza y se estrellaban sin sentido contra el barco desde todos los ángulos. Y arriba el destello de los rayos.

Pero Carmen no saltaría, se juró. Aunque supiera que toda su familia se había ido. Ella no haría eso.

Cuando Shy se apartó del barandal, una voz diferente se oyó por el sistema de altavoces:

*—Damas y caballeros, les habla el capitán. Necesito que cada pasajero y tripulante permanezca en su punto de encuentro, sentado, con el chaleco salvavidas bien ajustado. Vamos a tener mares muy agitados más adelante. Repito, les habla el capitán. Todos los pasajeros y tripulantes deben permanecer sentados con sus chalecos salvavidas puestos. Estamos trabajando para restablecer la comunicación satelital y obtener más información, pero nuestra prioridad inmediata es su seguridad.*

Shy rodeó la cubierta, buscó a Carmen y trató de imaginar a qué se refería el capitán con “mares agitados”.

Del otro lado de la cubierta Shy encontró a Paolo y a varios miembros del equipo de emergencias que alistaban los botes salvavidas. Paolo volteó a ver a Shy.

—¿Por qué estás afuera? ¡Tienes que regresar con tu grupo de pasajeros! ¡Vuelve al teatro!

—¿Por qué están preparando los botes? —preguntó Shy.

—¡Procedimiento estándar de emergencias! ¡Ahora vete!

Shy retrocedió, viendo al equipo de emergencia subir y bajar de los botes. Cerca de las puertas de cristal chocó con alguien y volteó.

Vlad.

—¡No deberías estar aquí! —gritó.

—Sólo dime por qué están preparando los botes —dijo Shy.

Vlad volteó hacia Paolo y su equipo, luego otra vez hacia Shy.

—¡El problema es nuestra ubicación! —gritó por encima de la tormenta—. ¡Estamos demasiado cerca de las Islas Ocultas! ¡El agua está muy baja!

—¿Y eso qué significa? —preguntó Shy.

—¡Y este viento! —gritó Vlad—. ¡Les preocupa cómo va a reaccionar el océano!

Vlad miró otra vez hacia Paolo, luego apartó a Shy un poco, fuera del campo visual del equipo de emergencia. Encendió un potente reflector y lo apuntó hacia la furiosa superficie del océano.

—¡Fíjate en la vida marina!

Al principio Shy sólo veía las olas furiosas y su espuma, pero luego pasó una gruesa crecida y en la luz vio a un grupo de delfines que pasaban veloces, en dirección del viento.

—¡Están tratando de alejarse de algo! —gritó Vlad—. ¿No entiendes? ¡Es probable que nos topemos con un tsunami!

La palabra fue un puñetazo en el estómago para Shy.

Pero la mirada de miedo en los ojos de Vlad era aún peor. Le decía a Shy que el barco estaba en peligro.

Entonces oyeron la aceleración de los inmensos motores y el barco se empezó a mover otra vez: no hacia donde huían los delfines, sino en sentido contrario.

Los ojos de Vlad se abrieron aún más, mientras miraba hacia el viento.

—Dios mío.

—¿Qué? —gritó Shy.

Volvió a mirar, pero no había nada.

—¡Van a tratar de cruzarlo! —Vlad apagó el reflector, dio la

media vuelta y echó a caminar hacia las puertas de cristal.

—¡Todos adentro! —Shy oyó gritar a Paolo—. ¡Ya! ¡Vamos!

Shy siguió a Vlad, volteó hacia atrás para a ver a todos los miembros del equipo de seguridad que saltaban de los botes y corrían por la cubierta hacia las puertas.

Lo último que pensó Shy antes de regresar al interior del barco con los demás fue en Carmen y cómo aún no la había encontrado.

# 21
# UN MURO DE AGUA

Cuando Shy regresó al Teatro Normandie y su grupo de pasajeros, encontró a todos sentados menos a Kevin, que estaba parado frente a una ventana. Shy se dirigió directo al barandal y repasó la planta baja del teatro en busca de Carmen, pero tampoco estaba allí, así que se apresuró a ir con Kevin, diciendo:

—Va a haber un tsunami —volteó hacia atrás, para cerciorarse de que ninguno de los pasajeros lo hubiera oído.

Kevin lo volteó a ver con ojos desorbitados y señaló la ventana.

Ahora Shy lo vio.

La pequeña elevación a la distancia.

Era sutil y estaba lejos, pero el barco iba directamente hacia ella.

—¿Y si no lo logramos? —dijo Kevin. Se veía aterrado.

Shy volteó hacia las butacas repletas, pensó por primera vez que podía morir aquí, en medio del océano. El corazón se le subió a la garganta y sintió que estaba a punto de vomitar, o desmayarse. Morir nunca le había pasado por la cabeza de una

manera real. No así.

Un grupo de pasajeros se había reunido en el barandal del balcón y Kevin caminaba hacia ellos, gritaba:

—¡Por favor siéntense! ¡Todo mundo tiene que estar sentado!

Shy se apresuró con su grupo, se aseguró de que todos trajeran puesto el chaleco salvavidas, y volvió a revisar el suyo; luego se sentó en una de las butacas y agarró los descansabrazos; cerró los ojos y se dijo a sí mismo que iban a estar bien, iban a estar bien, iban a estar bien, el barco era enorme, la quilla era indestructible como le había dicho a su abuela. Todo lo que tenían que hacer era quedarse sentados en sus puntos de encuentro, como dijo el capitán, porque seguro que el capitán ya había visto todo y sabía lo que estaba haciendo.

Shy unió las manos como para rezar, pero no sabía cómo porque nunca iba a la iglesia con su abuela; había estado inventando tonterías cuando le dijo que la quilla tenía un espesor de cinco metros y era de puro acero, no tenía ni idea sobre qué espesor tenía, ni de qué estaba hecha, ¿y si éste era su castigo por mentirle, o por no ir a la iglesia?

Shy se volvió a levantar, avanzó por los asientos del balcón para ver la crecida del mar por una de las ventanas.

Ya estaba más alta.

Y estaba más cerca del barco.

Y lo iba a embestir de frente.

Oyó voces a sus espaldas y volteó. Distintos pasajeros se habían reunido en la ventana detrás de él. Estaban en todas las ventanas. Todos señalaban la crecida y se abrazaban unos a otros, entrando en pánico. Kevin les estaba gritando que se volvieran a sentar, pero nadie le hacía caso.

Shy trató de gritar también, pero el griterío ahogó su voz, así que regresó al barandal a buscar a Carmen otra vez, su corazón se estrellaba contra su pecho, su respiración era demasiado rápida, porque estaban a sólo segundos de vivir o morir. Esto lo entendía. ¿Y si Carmen andaba afuera en algún lado? ¿Si no sabía lo que venía?

Volvió a rodear a su grupo de pasajeros, les rogó a todos que

se sentaran.

Algunos lo hicieron, pero la mayoría se quedó amontonada en las ventanas tratando de asomarse por última vez; Shy se abrió paso a empujones hasta la ventana donde estaba Kevin y se asomó.

Se quedó helado.

Un gigantesco muro de agua, casi del doble de alto que el barco y aún creciendo, venía directo hacia ellos. Quedaba claro que no tenían ninguna posibilidad de cruzarlo, pero el barco seguía precipitándose hacia delante.

Toda la gente en las ventanas estaba gritando, hasta los hombres; Shy se dio cuenta de que él también estaba gritando; un hombre corpulento de mediana edad cayó al piso agarrándose el pecho; Shy empezó a sentir un hormigueo en todo el cuerpo y se le fueron las fuerzas de los brazos y las piernas; tuvo que agarrarse de la ventana para no caer al suelo mientras veía la ola y su cresta —cosa que rebasaba su entendimiento por completo excepto que era el final de todo, y que ninguna persona podía cambiar el hecho, ningún Dios—, la ola ahora estaba directamente frente a ellos y lo único que Shy veía por la ventana era el muro de océano rugiente.

Volteó y echó a correr justo cuando se estrelló contra el barco y todas las ventanitas explotaron con vidrio y agua; el piso subió de golpe y se encontró volando por el aire y en su viaje en cámara lenta Shy vio cuerpos arrojados desde las butacas; cuerpos que se estrellaban contra otros cuerpos, contra la paredes; cuerpos que caían sobre el barandal del teatro, que caían en el escenario, en las butacas, en las espaldas de otros pasajeros; la estridencia de la alarma del barco otra vez en los oídos de Shy; la espuma de agua de mar fría y salada en su nariz, en su boca y sus ojos, cegándolo, y luego, de alguna manera, se estrelló con la cabeza por delante contra un candelabro y se perdió…

# 22
# INTERVALOS DE CONCIENCIA

Shy volvió en sí frente a la puerta abierta del balcón cuando el barco empezaba a enderezarse con lentitud. Alrededor había pasajeros caídos, magullados y torcidos, rostros congelados por el estupor, o boca abajo, el agua de mar lloviéndoles a todos por un enorme agujero en el techo del teatro; todo olía a agua salada y algas.

Miró su cuerpo, vio que estaba cubierto de sangre y presa del pánico buscó dónde estaba herido; luego vio a una mujer tendida a su lado, su garganta atravesada por una gruesa astilla de vidrio. Ella se estaba ahogando con su propia sangre, tosiendo, tenía los ojos desorbitados mirándolo directamente mientras le vomitaba más sangre en el regazo.

Luego sus ojos se vaciaron lentamente, su cabeza cayó a un lado, y cuando Shy trató de alcanzarla, se perdió.

Después de eso volvió en sí por momentos.

Al principio todo lo que veía estaba congelado, como una fotografía. No se movía una sola persona, la lluvia estaba

suspendida en el aire arriba de él en gotitas resplandecientes, y no había ningún sonido más que el rugido ensordecedor de su propio corazón.

Vio un altero de cuerpos inertes boca abajo en un charco de agua de mar rosa; vio a un hombre que sostenía en sus manos el rostro ensangrentado de una mujer y lloraba; vio el cuerpo de Kevin frente al barandal, un arco grueso de sangre salpicaba rítmicamente desde su frente; vio a una niña parada contra la pared del fondo con su vestido para la cena y su chaleco salvavidas, cerrando fuerte los ojos, las manos tendidas hacia una persona imaginada.

Volvió nuevamente hacia Kevin, se dijo que tenía que hacer algo para parar el sangrado, y se arrastró hasta el cuerpo inmóvil de Kevin, gritando su nombre, pero no podía oír su propia voz. Shy se arrancó el chaleco salvavidas y la camisa por arriba, la partió en dos y se la amarró a Kevin en la cabeza como un torniquete. Lo apretó y luego se volvió a poner el chaleco sacudiendo a Kevin por los hombros.

—¡Despierta! ¡Kevin!

Pero seguía sin poder oír su propia voz.

No podía oír nada.

Y Kevin no despertaba.

Shy siguió sacudiendo a Kevin y gritando tan fuerte que toda la sangre se le fue a la cabeza y se perdió.

Volvió en sí con un chorro de agua de mar cayéndole en la cara, y tratando de tomar aire, tragando agua salada, arena y ahogándose, hasta que rodó hacia un lado tosiendo y vomitando.

Quién sabe cómo estaba en el escenario del teatro; no recordaba haber llegado allí. Y nada de Kevin. Alrededor de Shy había cuerpos sin vida sumergidos en treinta centímetros de agua, ahogándose si aún no lo habían hecho, butacas arrancadas desde la base, flotando, medio techo derruido y el aire cargado de humo, sal y rocío; el hombre frente a él miraba su muslo desnudo, donde el hueso quebrado había atravesado la piel.

Shy vio al hombre tratar de enderezar su hueso destrozado, y Shy pensó que el hombre pronto se iba a desangrar y morir. El hombre era el supervisor Franco.

Shy volvió en sí de rodillas, al frente del escenario. Iba gateando sobre su supervisor muerto, sobre una mujer ahogada, luego cayó por las escaleras y terminó de espaldas, allí miraba el cielo del que ya no caía más lluvia, sólo flotaba humo, rocío y extrañas gotitas saladas que viajaban en cámara lenta hacia él, y salpicaban su frente, su nariz, sus labios, sus ojos; podía ver el tenue contorno de la luna a través de las nubes de tormenta cada vez más ligeras en el cielo, ajena a todo lo que estaba pasando y la gente muriendo; respiró y trató de entender, pero su mente se abrumó tanto que se perdió.

Shy estaba de rodillas otra vez, tratando de llegar a otra ventana. Ya no sentía el zumbido del motor y no podía oír nada. Ahora el aire olía a plástico quemado.

Se puso de pie, atravesó tambaleante en silencio, sobre cuerpos ahogados y quebrados, volteó a ver otra vez a su supervisor muerto, luego subió la escalera hacia el balcón y se obligó a llegar a la primera ventana reventada, donde vio una segunda crecida enorme de agua a lo lejos, se acercaba velozmente a ellos, tan por encima de la altura del barco que no le dejaba espacio al cielo, ni la luna, ni las estrellas; Shy abrió la boca para gritar pero no salió ningún sonido, luego vino otro impacto tremendo, éste sin sonido y tan violento que sintió cómo se desgarraba el acero del barco y se derrumbaban las paredes y todo se volteaba; otra vez salió volando, sólo que esta vez se perdió antes de haber aterrizado.

# 23
# LOS MUERTOS

Shy abrió los ojos en la oscuridad.

Su visión se ajustó lentamente, y entonces vio que estaba afuera de la puerta del balcón, con una pared a centímetros de su nariz. Al voltear se dio cuenta de que el techo se había desplomado y que estaba atrapado debajo. No, no atrapado debajo, más bien resguardado dentro. El techo y la pared habían formado una especie de *tipi* arriba de él, que le había salvado la vida.

Se tocó todo el cuerpo: cabeza, brazos, piernas, pies. Todo seguía ahí, ileso. Lo único que le dolió fue el pecho cuando respiró profundo.

Respiró superficialmente al abrirse paso entre las ruinas, luego se quedó parado mirando el techo derrumbado: un poco más a la izquierda, o a la derecha y hubiera sido aplastado. Tenía suerte de estar con vida.

Regresando a su punto de encuentro, Shy se preguntó cuánto tiempo habría estado inconsciente, porque todo se veía distinto. El agua de mar lo inundaba todo y el teatro entero se veía raro:

el techo ahora era más bien una pared y el escenario estaba en un ángulo extraño. Ya podía oír otra vez, y lo que oía era el gemido de la estructura del barco y a unos cuantos pasajeros llorando o gritando nombres.

Algo en lo profundo de las entrañas del barco tronó, y la parte de enfrente del teatro se hundió varios metros. Shy, conmocionado, se agarró del barandal del balcón, lo único que sabía era que el crucero estaba en ruinas y que se esperaría algo imposible de él.

Avanzó trabajosamente con el agua fría hasta la rodilla, sin uno de sus zapatos, sintiendo que el pecho se le quemaba con cada aliento. Tenía algo mal en las costillas. Lanzó una mirada a su chaleco salvavidas. Estaba desgarrado. Escurría sangre debajo. Subió las manos hasta el broche para quitárselo, pero luego lo pensó mejor y siguió caminando.

Al principio Shy volteó cada cuerpo, pero no pudo ayudar a nadie porque ninguno estaba vivo.

No había señales de Carmen, ni de Kevin, ni de Rodney, ni de Marcus. Hubo un momento en que tampoco estuvo seguro de estar vivo. Pero tenía que estarlo porque estaba caminando y respirando. Dolorosamente. Y estaba viendo estos cuerpos boca abajo en el agua, cuerpos amputados o abiertos y cubiertos de brillante sangre roja.

La única persona muerta que había visto allá en casa era su abuela. Y aun después de lo enferma que había estado, casi se veía en paz en su ataúd de madera: el maquillaje que habían usado la hacía verse casi como ella misma otra vez. Pero esta muerte era diferente. Era fresca, fea y sanguinaria.

Dejó de voltear cuerpos.

Shy vio la nuca de Carmen cerca del escenario, saliendo de debajo del telón caído. Bajó corriendo por los escalones torcidos hacia ella, le dio la vuelta, pero no era Carmen. Era una mujer de mediana edad que nunca había visto, y estaba muerta. Volvió a bajar su cabeza hasta el agua y siguió adelante.

Más pasajeros caídos sobre los que había que pasar.

Shy se encontró pegándose con la palma de la mano en la

frente, tratando de pensar, tratando de despertarse, pero no podía pensar ni despertar.

Los habían golpeado dos olas gigantes. Eso lo sabía.

Y había gente muerta alrededor.

Y el barco se estaba hundiendo.

Pero su cerebro se negaba a procesar nada más allá de estos hechos, como si todo le estuviera pasando a alguien más, a su yo espacial, o a un desconocido.

En su camino aventó a un lado los escombros: cuadros astillados, estatuas caídas, macetas con plantas, astillas filosas de espejos rotos, pedazos del techo, de las paredes y de las escaleras. Chalecos salvavidas vacíos. Cuerpos inmóviles.

—¡Carmen! —empezó a gritar por todo el teatro.

—¡Kevin!

—¡Rodney! ¡Marcus!

Una y otra vez gritó sus nombres, pero nunca hubo respuesta. Sólo un puñado de personas parecía seguir consciente, algunas sólo estaban sentadas en el agua, estupefactas, otras buscaban a sus seres queridos o se tambaleaban hacia la salida, como Shy.

Afuera destelló un rayo y en ese segundo de luz, Shy vio lo dañado que estaba el barco. La mitad trasera se estaba hundiendo en el océano y la delantera estaba torcida de lado y elevada ligeramente sobre el agua. Todas las ventanas reventadas y ni rastro del techo de vidrio del atrio. La sala de controles aplanada y magullada; el puente desgarrado por la mitad. Algas y agua de mar encharcadas en cada rincón de la Cubierta Lido.

Los truenos retumbaban, seguidos de más rayos.

Había cientos de pasajeros formados en la oscuridad cerca del punto donde se botaban los botes salvavidas. Unos cuantos miembros del equipo de emergencias los iban subiendo a bordo. Faltaban muchos botes, ya botados o arrancados por las olas.

Shy trató de respirar profundo y tranquilizarse, pero cada inhalación profunda se sentía como un cuchillo en su pecho.

Y no sabía a dónde se suponía que debía ir.

Ni qué se suponía que debía hacer.

Vio a Marcus con un grupo de tripulantes en la Cubierta

Mirador, cerca de las cápsulas de balsas salvavidas. Shy sabía que esas balsas eran el último recurso, porque eran mucho más pequeñas y contaban con menos equipo de supervivencia. Eso quería decir que se habían perdido algunos botes salvavidas.

Se dirigió a las balsas casi gateando para no resbalar en la cubierta ladeada. Los pasajeros cerca de los botes estaban discutiendo sobre si las embarcaciones debían, o no, ser botadas en esos momentos al océano tormentoso.

—¡No pueden esperar que sobrevivamos en estas condiciones! —gritaba un pasajero—. ¡Miren cómo está!

Abajo, el océano seguía embravecido. Crestas blancas por todos lados y a veces una ola de seis metros se estrellaba contra el barco arruinado.

—¡Esta cosa se va a hundir! —gritó otro pasajero—. ¡Y además hay incendios! ¿No lo entienden? ¡Los botes salvavidas son nuestra única opción!

—Están diseñados para mares agitados —trató de explicar un miembro de la tripulación.

—¡Pero aún tenemos tiempo! Deberíamos quedarnos en el barco lo más que podamos. ¡Pedir ayuda por radio!

—¡No *hay* ayuda! —gritó una mujer—. ¿No vieron lo que pasó en California? ¡Toda la ayuda se va a ir para allá!

Shy no sabía quién estaba bien o mal, sólo sabía que tenía que hacer algo. Se unió al equipo de emergencia, trataba de tranquilizar a la gente mientras los otros seguían preparando los botes salvavidas para botarlos.

—¡Lo dijo el capitán en persona! —gritó un hombre—. ¡No hay comunicación por radio! ¡Ni saben que estamos aquí!

Un pasajero alto se abrió paso peleando hasta el frente de la fila con su esposa e hijo. Agarró a un tripulante del hombro.

—¡Los pasajeros de la clase premier tenemos que ser evacuados primero! ¡Pagamos por ese derecho!

Esto desató un nuevo debate, sobre quién debía subir a los botes salvavidas primero: las mujeres y los niños, o la clase premier.

Shy los oyó discutir de un lado y de otro; vio a los pasajeros

ya en el bote mirando el mar picado, la mayoría se agarraba unos a otros, o de los costados de la embarcación. Una mujer resbaló cuando trataba de subir y Shy la vio caer violentamente hacia atrás a la cubierta torcida del barco, de cabeza, y rodar hasta una puerta cerrada donde ya no se movió.

Un grupo de gente corrió a ayudarla. Los demás sólo miraban. Un hombre se bajó del bote, tal vez su marido; empezó a gritar. Corrió hasta ella, se arrodilló y levantó su cabeza, luego miró al cielo, gritó:

—¡No!

Shy se apartó de ese grupo de pasajeros y siguió hacia las balsas de emergencia, resbaló varias veces en el camino. Al subir las escaleras torcidas, oyó que a sus espaldas crecía la conmoción. Había estallado una pelea. Dos pasajeros se daban empujones, mientras los miembros de la tripulación de emergencia trataban de separarlos.

Desde la cima de las escaleras, Shy volvió a mirar el barco. Desde esta nueva perspectiva vio lo mucho que la mitad trasera se hundía en el océano. No parecía real o siquiera posible. Varios botes salvavidas de ese lado habían quedado sumergidos, vacíos. La mitad delantera del barco se alzaba hacia el cielo torcida ligeramente hacia un lado. Del interior del barco salía humo, y Shy se dio cuenta de que el fuego era una amenaza tan grave como el hundimiento.

Un rayo atravesó el océano justo a un lado del barco. Un trueno tan fuerte que él se agazapó. Estaba sobrecogido y asustado más allá de su entendimiento, pero se obligó a sí mismo a enfocarse en gatear hacia delante, en llegar a algún lado, a las balsas y a Marcus, era lo único en lo que tenía que pensar.

# 24
# RONDA POR EL SALÓN COMEDOR DESTINY

Había un grupo de tripulantes de Paradise apiñados, tratando de abrir las cápsulas que contenían las balsas inflables. El primero que levantó la vista fue Kevin, la camisa ensangrentada de Shy aún envuelta alrededor de su cabeza.

—¡Estás aquí! —gritó Kevin por encima de la tormenta—. ¡Te busqué por todo el teatro! ¿Qué pasó?

—No sé —dijo Shy. Señaló la cabeza de Kevin—. Estabas inconsciente.

Kevin tocó la camisa en su cabeza.

—Es tuya, ¿verdad?

Shy asintió. También vio a Marcus. Y a Vlad.

—¿Hace cuánto nos pegó la segunda ola? —preguntó.

—Media hora —dijo Kevin.

Le parecía imposible que hubiera estado inconsciente tanto rato. Treinta minutos era un buen periodo como para tenerlo en blanco. Pero entendía la suerte que había tenido: al final había recobrado la conciencia, mientras que otros no.

Paolo le gritó al grupo:

—¡Primero hay que preparar estas balsas, señores! ¡Luego vamos a repasar todos los puntos de encuentro en equipos, ayudando sólo a los que tengan remedio! ¡No queda mucho tiempo!

Shy se arrodilló junto a todos en la oscuridad, sus ojos estaban fijos en lo que enmarcaban las dos lámparas de mano, su mente permanecía atorada en lo último que había dicho Paolo: "No queda mucho tiempo".

Lograron abrir la primera cápsula y Marcus la sostuvo mientras la balsa se infló automáticamente con bióxido de carbono. Ya inflada tenía capacidad para unas doce personas. Paolo les había explicado que todos los botes salvavidas del otro lado del barco habían quedado sumergidos e inservibles. Y Shy había hecho cuentas. Siete botes salvavidas y cinco balsas. No alcanzaba ni para la cuarta parte de los pasajeros y los tripulantes. Pero por otro lado, ¿cuántos seguían con vida?

Paolo abrió la balsa, sacó las agarraderas y verificó que el compartimiento de emergencia estuviera bien equipado. Shy observó el contenido, sabiendo que tal vez necesitaría esas cosas para sobrevivir: agua, comida seca, equipo de pesca, bengalas y balizas, un aparato que emitía una señal de radio, lonas, mantas, un pequeño juego de herramientas básicas y tintura para el agua.

Paolo tocó a Marcus y a otro tipo, gritó:

—¡Dejen la balsa en el sitio donde se botan y hagan una ronda rápida del teatro! ¡Tienen quince minutos!

Cada uno sostuvo un lado y levantaron la balsa sobre sus cabezas, medio gateando para bajar por la escalera torcida.

Antes que abrieran la segunda cápsula, Shy oyó un fuerte crujido en la parte posterior del barco. Luego se oyó una explosión y todos voltearon a ver. Flamas brillantes saltaban hacia el cielo oscuro e iluminaban nubes de humo negro. Se oyeron gritos en la fila de pasajeros que esperaban para abordar los botes. Shy volteó hacia el mar furioso, luego otra vez hacia el

barco en llamas que se hundía.

Todos iban a morir.

Repitió este hecho en su cabeza, una y otra vez. Pero tranquilo, conmocionado.

La segunda balsa se llenó de bióxido de carbono. Paolo hizo sus revisiones de seguridad y esta vez tocó a Kevin y Shy, les dijo que llevaran la balsa e hicieran una ronda por el Salón Comedor Destiny.

Los dos tomaron una agarradera, levantaron la balsa sobre sus cabezas y atravesaron cuidadosamente la Cubierta Mirador. Cuando casi terminaban de bajar la escalera Shy repasó la fila de pasajeros y vio a Carmen subiendo a uno de los botes salvavidas.

—¡Carmen! —le gritó. Como no lo oyó, volteó emocionado a decirle a Kevin—: ¡Carmen se acaba de subir a uno de los botes! ¡Está viva!

Kevin asintió y dejaron la balsa en el sitio donde se botaban, la sujetaron justo atrás de la que había bajado Marcus. Volvieron al interior del barco, al Salón Comedor Destiny, pasaron el mostrador de recepción vacío, donde se separaron. Shy se dirigió a la parte trasera del inmenso restaurante, Kevin se quedó en el frente.

El lugar se veía como si le hubiera pegado un tornado. Plafones caídos, mesas y sillas tiradas, denso humo flotando sobre el piso inundado, donde yacían cuerpos inertes. Era extraño que Shy se hubiera vuelto tan insensible a la muerte. Apenas lo frenaba. Mientras chapoteaba en el agua, recordó los celos que había sentido en este mismo comedor. Carmen y Toni hablando de sus compromisos. El novio de Carmen arrodillado en el malecón. Ahora todo le parecía ridículo.

Fue directo a la cocina, de donde salía el humo, se asomó por las ventanas de las puertas abatibles. Dentro había tres empleados, que disparaban extintores contra un fuego enorme; la espuma blanca apenas lo contenía.

Shy empujó las puertas, se cubrió la nariz y la boca con el hombro.

—¡Paolo quiere a todos arriba! —gritó con voz amortiguada

—. ¡Ya!

Los tres voltearon.

Shy sintió un alivio incontenible al ver que uno de ellos era Rodney.

—¡Shy! —gritó Rodney, las lágrimas le escurrían por el rostro.

—¡Rod! ¡Tienes que subirte a uno de los botes salvavidas! ¡Ya no quedan muchos!

—¡Todos están muertos, Shy!

—¡Vete a los botes salvavidas! —le gritó en respuesta Shy—. ¡Apúrate!

Rodney soltó su extintor, agarró a los otros de la camisa y los cuatro se apresuraron a salir de la cocina en llamas. Shy le dijo a Rodney que lo alcanzaba en la Cubierta Lido, en cuanto encontrara a Kevin. Rodney le dio un abrazo, luego se alejó chapoteando hacia la salida.

Shy revisó la parte de atrás del restaurante en busca de sobrevivientes con nueva determinación. Carmen y Rodney seguían vivos. Pero en poco tiempo el aire se cargó de humo, que ahora salía por debajo de las puertas de la cocina. Shy no podía respirar bien y cada vez que tosía sentía como si le enterraran un cuchillo en las costillas.

Kevin gritó su nombre desde el otro lado del comedor, pero justo cuando Shy echó a caminar hacia él, esquivando cuerpos en el camino, oyó una segunda voz.

—Ayuda.

Shy se paró en seco, miró alrededor, no vio nada.

—Ayuda. Por favor.

—¿Dónde estás? —gritó Shy.

—Aquí.

El calor del incendio en la cocina se hizo más intenso. Una gruesa capa de humo se había formado cerca del techo. Shy vio a un hombre y una mujer completamente sumergidos en el agua, tomados de la mano. Vio a una mujer inerte desplomada contra la pared agarrándose el estómago, cubierta de sangre.

—¡Shy, vámonos! —volvió a gritar Kevin.

Justo en eso hubo una explosión enorme en la cocina. Un

flamazo salió por las puertas, empezó a devorar las paredes y el techo del restaurante. Cuando Shy volteó vio una mano que se elevaba desde atrás de un candelabro caído.

Era el hombre que lo había estado siguiendo por todo el barco. El hombre del traje negro, Bill.

—Ayúdame —suplicó—. Por favor.

Shy se paralizó.

El fuego ardía en toda la mitad trasera del comedor, el humo se le metía en los pulmones. Shy recordó en flashazos la advertencia de Kevin; el camarote que compartía con Rodney destrozado; las amenazas del hombre en el Luxury Lounge. Pero Shy no podía dejar a alguien así nada más.

Se agachó, tomó la mano del hombre y jaló, pero su pierna estaba atrapada bajo el candelabro. No se podía mover. Y Shy no lo podía sacar. El hombre ya tenía el agua al cuello.

—Por favor —suplicó.

Shy soltó la mano del hombre y trató de levantar el candelabro, pero pesaba demasiado. Kevin ya estaba a su lado, y también agarró el candelabro. Juntos se esforzaron, el pecho de Shy lo mataba cuando tosía; Kevin le gritó al hombre que empujara.

Finalmente, entre los tres lograron moverlo lo suficiente para que el hombre sacara la pierna. El hombre se puso de rodillas, pero cuando trató de apoyar su peso en la pierna, volvió a caer al agua.

Shy y Kevin lo levantaron, cada uno se puso uno de sus brazos en los hombros y empezaron a arrastrarlo por el restaurante. Las flamas crepitaban a sus espaldas, se extendían por el techo y las paredes enfrente de ellos, el intenso calor ampollaba la piel de Shy y casi le chamuscaba el pelo.

La puerta del frente estaba cerrada, en llamas. Shy volteó a ver la puerta trasera, pero estaba peor.

—¡Cárgalo! —gritó Kevin—. ¡Yo me encargo de las puertas!

Shy tosió mientras veía a Kevin tomar impulso torpemente con el agua hasta las rodillas. Luchaba por permanecer de pie con el peso del hombre a cuestas.

Kevin abrió camino estrellándose en la puerta doble con el hombro y se dejó caer en el agua del otro lado. Shy lo siguió, medio cargando, medio arrastrando al hombre, los dos se zambulleron para atravesar las flamas; para Shy todo se puso en silencio debajo del agua.

Rápidamente sacó la cabeza y aspiró una bocanada llena de humo y empezó a toser incontrolablemente, mientras Kevin y él jalaban al hombre hacia la escalera torcida.

# 25
# LOS BOTES SALVAVIDAS

Entre la oscuridad, Shy vio el contorno de varios botes salvavidas ya en el océano, olas de cresta blanca los azotaban de un lado a otro. Una fila de pasajeros y tripulantes competían por subirse en los dos botes que quedaban, pues ahora ambos extremos del barco estaban en llamas.

Shy y Kevin ayudaron al hombre a subir por la escalera dispareja hacia el bote salvavidas más cercano, atravesaron a empujones la fila de pasajeros que gritaban.

—¡Vlad! —gritó Kevin—. ¡Asegúrate de que suba al bote! ¡Tiene la pierna herida!

—¡Está al máximo de capacidad! —gritó en respuesta Vlad—. ¡Ya lo vamos a bajar! ¡Súbelo al siguiente!

Shy y Kevin se volvieron hacia el otro bote, frente al cual una multitud se empujaba. Shy sabía que él también debería estar peleando. Los botes salvavidas eran diez veces más seguros que las balsas abiertas. Sobre todo en estas condiciones. Pero ya no había lugar. Y él era un integrante de la tripulación.

—¡Yo me bajo! —gritó alguien desde dentro del bote

salvavidas frente a ellos.

Shy vio al tipo saltarse a los otros pasajeros sentados y bajar de un brinco a la cubierta. Era el tipo que Kevin y Shy habían corrido del jacuzzi la primera noche de la travesía, Christian. De veras estaba cediendo su lugar.

Christian preguntó por la pierna del hombre, explicó que era médico, luego ayudó a subirlo al bote. Shy repasó el resto de las caras a bordo, en busca de Carmen, o Rodney, pero no estaban. Estaba seguro de que había visto a Carmen subirse a uno de los botes. A lo mejor ya lo habían botado.

Kevin y Shy echaron a andar cuidadosamente por la cubierta inclinada hacia el punto donde botaban los botes; Christian los seguía de cerca. Pero al llegar encontraron a Marcus y Paolo gritándoles que se agarraran, y señalando hacia el océano.

Shy giró de inmediato y vio otra ola enorme. Ésta era sólo la mitad de tamaño que las otras dos, pero suficiente para levantar uno de los botes salvavidas y estrellarlo contra el costado del barco. Pedazos de bote destrozado volaron por los aires y los pasajeros cayeron pataleando al mar tormentoso.

El crucero crujió y se dobló bajo el poder de la ola, el nivel del agua apenas abajo de la Cubierta Lido.

Shy volteó a ver el bote destrozado, aterrado al pensar que Rodney o Carmen pudieran haber ido a bordo. La mitad superior arrancada por completo. Paolo ahora les explicaba que tenían que estar cerca de las islas. De lo contrario las olas no estarían rompiendo de esa manera.

—¡No veo nada de tierra! —gritó Kevin.

—¡La veremos en la mañana! —respondió Paolo—. ¡Sólo tenemos que sobrevivir la noche!

—Si un bote no puede —le dijo Marcus a Shy—, ¿cómo va a poder una balsa?

Shy no tenía respuesta mientras repasaba el agua buscando la cabeza de Carmen. Pero estaba demasiado oscuro para distinguir nada más que formas.

Los dos últimos botes salvavidas estaban siendo bajados al océano; varios pasajeros miraban por la abertura, viendo a la

gente que flotaba abajo en el agua o volteando hacia arriba al barco en llamas.

Paolo estaba subiendo a los pocos pasajeros y tripulación que quedaban a las balsas, uno tras otro. Shy miró a su alrededor mientras avanzaba con la fila. El barco se hundía. Los chalecos salvavidas eran arrojados de un lado a otro en la superficie del océano. Un grupo de pasajeros atrapado cerca de la proa en llamas, saltaba, uno por uno, gritando al caer frente a donde botaban las lanchas, hasta el agua agitada.

El tripulante que venía atrás, empujó a Shy a una de las balsas, la cual rápidamente se llenó de personas y luego fue bajada con lentitud por el costado del barco. Cuando llegó al final de la cuerda para botarla, la balsa cayó hacia el mar, Shy agarrado de la manija que tenía a un lado, gritaba como todos los demás; la ingravidez formó un nudo en su estómago, su mirada estaba fija en los cuerpos con chaleco salvavidas abajo; en los restos del barco y espirales de combustible, luego cerró los ojos lo más fuerte que pudo y se preparó para el impacto.

# 26
# EL PODER DEL MAR

La balsa se estrelló de punta en la superficie del agua, la mano de Shy soltó la agarradera y fue arrojado al helado océano negro. Pataleó y manoteó frenéticamente, tragó agua salada, tosió el poco aire que le quedaba hasta que se sumergió del todo.

En cuanto su cabeza volvió a asomar a la superficie, desesperado tomó una bocanada de aire y tosió, miró a su alrededor con pánico. Enormes olas lo pasaban como montañas movedizas que lo levantaban, lo dejaban caer y lo volvían a levantar. Los truenos resonaban a la distancia. Una ola pequeña rompió sobre su cabeza y tragó más agua salada que lo atragantó.

Con la muñeca se frotó los ojos, pues le ardían y vio la balsa que flotaba boca abajo, a una media cancha de futbol de distancia, un puñado de personas con chaleco salvavidas nadaban hacia allá. Había volteado a ver el barco que estaba hundiéndose cuando alguien lo agarró de la parte trasera del chaleco y lo empezó a jalar hacia la balsa.

Shy giró la cabeza; era Christian.

No podía procesar nada más, ahora estaba en el inmenso y helado océano, con olas de cresta blanca alrededor.

Un rayo iluminó el cielo nocturno y por una fracción de segundo vio a todos los sobrevivientes chapoteando en el agua cerca del barco.

Shy se zafó de Christian y empezó a nadar hacia la balsa lo más rápido que pudo, daba una brazada tras otra en el agua furiosa frente a su rostro, ignoraba el dolor de sus costillas.

Kevin fue el primero en llegar.

Luego Paolo y Marcus.

Shy los vio enderezar la balsa y empezar a subir, jalaron sobre los bordes sus cuerpos empapados. Kevin tendió una mano, subió a Christian, luego le tendió la mano a Shy, quien cayó a la balsa de espaldas y se quedó ahí tendido, mirando hacia el cielo lleno de humo, respirando agitado y oyendo las voces a su alrededor.

—¿Hacia dónde están las islas?

—¡Tenemos que alejarnos del barco! ¡Hay combustible por todos lados!

—¡Miren! ¡Esa mujer está viva!

—¡Agarren los remos!

Shy se explicó lo que estaba pasando. Estaban perdidos en el océano y nadie iba a venir a rescatarlos. En sus pensamientos surgió Carmen, se sentó y miró el agua, pero estaba demasiado oscuro para distinguir rostros.

Kevin estaba en la balsa con él. Paolo, Marcus y Christian. A varios pasajeros los reconoció vagamente. La mayoría de los cuerpos que flotaban cerca de la balsa estaba boca abajo, pero algunos levantaban la cabeza y golpeaban el agua agitando los brazos y gritaban pidiendo ayuda.

Dos rayos unidos iluminaron el cielo.

Marcus y Christian estaban a cada lado de la balsa, metían los remos en el mar picado, la impulsaban hacia una mujer que gritaba. Paolo la agarró del brazo y la subió. Shy la vio enroscarse en posición fetal en el charco de agua a sus pies. Ella lo miró conmocionada.

Shy volteó otra vez hacia el mar agitado, buscó a más

náufragos, buscó a Carmen, a Rodney. Vio, sobre todo, cuerpos sin vida y restos del barco. Tres botes salvavidas a la distancia. Vio jirones del bote salvavidas destrozado, la mitad aún flotaba cerca del barco, el cual ya se había sumergido casi por completo, la proa estaba en llamas.

De pronto, un pasajero se puso de pie en medio de la balsa y gritó:

—¡Remen más rápido, carajo!

Shy volteó y vio que otra ola enorme venía rugiendo hacia ellos, por lo menos tan grande como la que había estrellado el bote salvavidas contra el barco. Y lo único que tenían para soportarla era una balsa abierta para doce personas.

Otra vez empezó a hiperventilar.

—¡Hacia el otro lado! —gritó Paolo—. ¡Denle vuelta! ¡La tenemos que saltar!

Kevin y Christian le dieron vuelta a la balsa, empezaron a remar directo hacia la ola creciente, lo más rápido que podían, Shy permanecía agarrado de una manija de la balsa, sin poder quitarle los ojos de encima al imponente muro que se elevaba incesante ante ellos, Paolo ahora la desafiaba:

—¡Ven, hija de perra!

Kevin y Christian remaron y remaron hasta que la colosal ola estuvo frente a ellos, levantando su diminuta balsa por su empinada y rugiente cresta; Shy se inclinó hacia delante, como todos los demás, aferrado a la manija de la balsa, apretando todos los músculos de su cuerpo.

En el último minuto, Kevin y Christian metieron los remos y también se inclinaron hacia delante, todos gritaban; Shy perdió el control de su vejiga cuando la balsa quedó casi vertical en la cresta de la ola, con el agua salpicándole la cara.

Quedaron suspendidos lo que pareció una eternidad, toda la gravedad y todos los sonidos desaparecieron, Shy contenía la respiración temblando… luego la balsa se deslizó sobre el grueso reborde y se desplomó del otro lado, cayendo a lo que parecía un agujero en el océano, con tal velocidad que el cuerpo entero de Shy vibraba y agachó la cabeza hacia dentro de la balsa para

evitar que el aire lo llevara hacia atrás, hacia el gigante rugiente.

Cuando llegaron abajo, todos voltearon para ver la ola estallar en espuma blanca, arrollar los restos del barco y los cuerpos con chaleco salvavidas, estrellarse en el barco semihundido, aplacar las flamas por un momento.

Los ojos de Shy recorrieron la balsa mientras respiraba desesperado. Ahí seguían todos. Se miraban unos a otros. Con los nudillos blancos en todas las agarraderas de la balsa.

Luego, varios gritaron otra vez, Shy volteó y vio que una segunda ola se alzaba a la distancia, ésta desde más lejos y más grande; de inmediato supo que no lograrían cruzarla.

Kevin y Christian volvieron a meter los remos al océano y remaron lo más rápido que pudieron, pero no tenía caso. Paolo le arrancó el remo de las manos a Christian, lo aventó al océano, hizo lo mismo con el de Kevin. Abrió la bolsa de emergencia de la balsa, sacó todo lo que pudo y lo metió a una mochila impermeable, gritó:

—¡Todos bájense de la balsa! ¡Sumergirnos es nuestra única posibilidad!

Pero para Shy eso era imposible.

Miró la ola creciente, a pocos cientos de metros y luego vio el agua debajo que los arrastraba hacia atrás.

Paolo se colgó la mochila impermeable en la espalda se lanzó por la borda y echó a nadar directo hacia la ola.

Kevin también se echó al agua.

Christian.

Pero todos los demás seguían aferrados a las agarraderas como Shy, sin poderse soltar, con el rostro paralizado por el terror.

Luego la ola estaba frente a ellos.

En el último segundo y contra todos sus instintos, Shy zafó su mano de la agarradera y se rodó por la borda al océano, la corriente lo arrastró hacia la ola rugiente. La vio levantarse, tenía unos doce pisos de altura, la gruesa cresta enroscándose, cayendo directo hacia él.

Shy jaló una última y dolorosa bocanada de aire, cerró los

ojos y se sumergió lo más lejos que pudo.

La violenta corriente submarina lo atrapó de inmediato, jaló su cuerpo, ahora indefenso, a lo profundo, a la negrura, lo zarandeó con su chaleco salvavidas hacia todos lados como una lavadora, hasta que no tuvo idea de hacia dónde estaba la superficie; los pulmones le ardían y el océano aún seguía retorciendo su cuerpo hasta que perdió el conocimiento.

# 27
# LA VERDAD DEL MUNDO

Los ojos de Shy se abrieron de repente.

Se estaba meciendo en la superficie del océano negro con su chaleco salvavidas; vomitaba incontrolablemente —tibia agua salada y bilis inundaban su lengua y sus dientes, se esparcía en el agua frente a su cara, el horrible sabor de su propio vómito lo hacía vomitar de nuevo.

Tuvo arcadas durante varios minutos, hasta que no quedaba nada más que sacar, aún así su estómago se convulsionaba y le ardían los ojos; el mundo se veía borroso.

Escupió y miró a su alrededor en la oscuridad, temblando.

Estaba solo.

Ni idea de cuánto llevaba ahí flotando, ni de cuánto había estado casi ahogado. El chaleco salvavidas debió sacarlo a la superficie y lo había salvado.

Giró buscando lo que quedaba de la ola que lo sumergió, pero no había nada. De hecho, el océano estaba más tranquilo. El viento menos intenso. Vio el crucero sorprendentemente lejos; ya sólo se veía el tercio delantero, que apuntaba hacia el cielo con

la mitad cubierta de flamas.

No había nadie alrededor, ni vivo, ni muerto.

—¡Kevin! —gritó.

—¡Marcus!

Cualquier nombre que le vino a la mente lo gritó, pero no respondió nadie, y empezó a golpear el agua con ambas manos, sintiéndose rebasado e indefenso, sin tener idea de lo que había debajo.

Durante varios minutos no hizo nada más que mantenerse a flote en la oscuridad, en lucha contra sus propios pensamientos. ¿Y si se quedaba ahí perdido, flotando? ¿Sin nada que comer ni beber, sin nadie a su lado cuando muriera? ¿Y si nunca volvía a ver nada más que agua? Sentía como si le hubiera sido revelada la verdad del mundo. El poder absoluto que encerraba. Las personas eran sólo manchas insignificantes que iban y venían, tan fácil como mover un interruptor.

No podía dejar de temblar en el frío del agua y el viento, mientras miraba otra vez a su alrededor, sus ojos finalmente se ajustaron a la oscuridad. Algunos restos del barco. Cuerpos ahogados. Un chaleco salvavidas vacío. Un remo de una balsa, quizá de la suya. Un impermeable que se mantenía a flote por una burbuja de aire atrapada debajo.

Vio la porción de un bote salvavidas destrozado, tal vez el que la ola estrelló contra el barco. La mayor parte estaba allí flotando, como a unos cien metros.

Se inclinó hacia delante sin pensarlo y echó a nadar hacia allá, recogiendo el remo y el impermeable en el camino. Las costillas le palpitaban mientras chapoteaba por el frío océano; con un brazo metido en el impermeable, arrojaba el remo hacia delante y lo alcanzaba; arrojaba y alcanzaba; algunas olas pequeñas a veces le cubrían la cabeza. En ocasiones tragó agua y tuvo que escupir y vomitar, pero no paró hasta que pudo estirar la mano y tocar lo que quedaba del bote.

La mitad de arriba había sido arrancada por completo, los costados estaban dentados y puntiagudos. Había grietas y rajaduras alrededor que incluían un agujero del tamaño de un

puño que quedaba medio sumergido. Flotó alrededor del bote dos veces en busca del lado menos dentado y luego echó hacia dentro el impermeable y el remo, después se alzó para asomarse al interior.

Un puñado de pasajeros. Todos tendidos en medio metro de agua en el fondo del bote. Ninguno era Carmen ni nadie que conociera.

—¡Hola! —dijo.

Luego más fuerte:

—¡Hola!

Nadie levantó la cabeza para saludarlo.

Shy se quedó ahí flotando varios segundos más, volteó y vio el enorme océano negro; se impulsó hacia arriba y sobre un costado para caer en uno de los cuerpos del barco. Rápidamente se quitó rodando; se sentó y miró a una mujer. La sangre apelmazaba su cabello corto y canoso.

Shy se puso a cuatro patas y chapoteó por el agua rosácea, inspeccionó los demás cuerpos. Levantó rostros, trató de despertarlos, les tomó el pulso. Nada. Todos muertos.

Levantó el remo y lo sostuvo en su regazo y volvió a asomarse por afuera del bote.

—¿Hay alguien ahí?

Volteó la cabeza para escuchar una respuesta, alguna voz que contestara, algún chapoteo, cualquier cosa, pero no hubo nada.

¿Dónde estaba toda la gente de su balsa?

¿Dónde estaban Kevin, Marcus y Paolo?

¿Él era el único que quedaba?

Shy volvió a bajar el remo y, con cuidado, se puso de pie. Chapoteó rodeando cadáveres y trató de encender el motor. Nada. Vio que todo el panel de control estaba aplastado. Gotas de sangre salpicaban el tablero. Volteó y se asomó en el compartimiento de las provisiones, bajo el panel de control. Un paquete grande de hilo de pesca y anzuelos. Tintura para el agua. Un tramo de cuerda. Una pistola con seis bengalas. Un equipo para parchar fibra de vidrio y una lona.

No había comida ni agua.

Dejó todo donde estaba y pensó en el agua salada en el fondo del bote. Le llegaba a la rodilla, lo cual era un problema porque uno de los costados astillados estaba trozado sólo a pocos centímetros arriba del nivel. Bajó una mano por el costado hasta cerca del fondo para sentir el hueco más grande: el agua entraba a raudales.

Sabía que la superficie del bote tenía que estar seca para poder usar el equipo para parchar fibra de vidrio, así que le quitó una sudadera empapada al cuerpo más cercano y la insertó en el agujero dentado. Luego empezó a achicar el agua ahuecando las manos.

Pasó más de una hora haciendo esto, echando el agua de mar por la borda, puñado a puñado; el nivel interno del agua bajaba a un paso dolorosamente lento; trató de no pensar muy a futuro.

Dos veces se detuvo cuando vio una luz brillante cruzar el cielo oscuro. Parecían estrellas fugaces, pero tenían que ser bengalas. Eso le dio esperanzas. Tenía que haber alguien más. Dejó de achicar y disparó una de sus propias bengalas en respuesta y permaneció agazapado mirando el cielo.

Esperó varios minutos, pero no hubo nada, así que regresó al trabajo.

Cuando su cansancio fue demasiado para levantar los brazos se sentó a recuperar el aliento y darle tregua a sus costillas adoloridas. Pero estar ahí sentado era peor aún. Le dejaba demasiado tiempo para pensar en lo desesperado de su situación. Varado en medio del océano sin comida, ni agua, ni el menor sentido de dirección… en un bote lleno de cadáveres.

El pánico le subió a la garganta y le fue bajando al pecho, le dificultaba respirar. Se jaló el cabello unos segundos, perdiendo el control; luego cerró los ojos, aspiró una y otra vez hasta que se calmó y pudo seguir achicando el agua.

Al poco tiempo Shy estaba exhausto.

Se puso el impermeable para protegerse del viento y se hundió en el agua del bote, que estaba ligeramente más tibia que el aire. Tembló mirando los cuerpos. Dos hombres mayores, uno con gafas y el brazo derecho enyesado. Una mujer rubia más o

menos joven que quizás había sido bonita antes de las heridas en la cabeza. Dos señoras mayores; la que estaba más cerca de él con un tajo espantoso a un lado de la cara.

Pensó en tirarlos al océano para no verlos, y porque tarde o temprano se pudrirían y empezarían a apestar, pero pensó que quizá sería de mala suerte. Una parte de él aún creía que tal vez sería rescatado por la mañana. Si los cuerpos seguían en el bote les podrían dar sepultura.

Afuera del bote el cielo estaba ligeramente más claro. El sol iba a salir sobre el océano. Y antes de eso saldría sobre California.

¿Cómo era posible?

¿Después de todo lo que había pasado?

Trató de imaginar a su familia en casa, a salvo dentro de los muros macizos del hospital. Pero no lograba imaginar sus rostros. Algo le pasaba. Había tragado demasiada agua salada, o había perdido oxígeno en el cerebro. Porque por mucho que se concentrara, no lograba imaginar las caras de su mamá, su hermana y su sobrino. Sólo podía imaginar a Carmen.

Volteó a ver el crucero hundido. Vio lo último de la proa sumergirse bajo la superficie del océano hasta que lo único que quedó fue el parpadeo de unas cuantas flamas brillantes en la punta. Después sólo las flamas. Y luego nada.

En vez de eso, el primer filo del sol de la mañana.

Shy se abrazó mientras veía la lenta salida de la masa borrosa y brillante, sin poder asimilarlo. Los dientes le castañeteaban y cada respiración le destrozaba el pecho; su mente estaba anclada en lo que pudo haberle pasado a Carmen.

Levantó una mano para frotarse los ojos cansados y descubrió que se estaba secando lágrimas.

# Día 3

# 28
# LOS OTROS SOBREVIVIENTES

Algo sacudió a Shy y despertó.

Respiró profundo y miró alrededor, imaginó las manos frías de un muerto agarrándole la garganta, pero en el bote todos los cuerpos estaban boca abajo, como los había dejado.

Ya era de día.

El nivel del agua también había subido dramáticamente. Le llegaba al pecho si estaba sentado, lo que daba la impresión de que se ahogaba. El bote se estaba hundiendo.

El bote se sacudió, como si hubiera chocado con algo. Un trozo del barco hundido, o quizás una persona.

Shy se acuclilló y repasó el océano resplandeciente, buscó señales de vida ahora con la luz del día. Vio lejanos restos del barco. Una balsa desinflada. Chalecos salvavidas vacíos.

Sabía que había dormido mucho porque ahora el sol estaba directo sobre su cabeza y pegaba duro. El aire era tibio y seco. El océano estaba más bien plano, bajo el cielo azul más brillante que hubiera visto en su vida, como una postal.

Luego todo regresó de golpe.

Las olas, los incendios en el barco, California, y su familia. En esos momentos él tendría que haber estado en la Cubierta Lido, repartiendo toallas a los pasajeros. Palos de golf. Lanzando miradas disimuladas a todas las mujeres en bikini, incluyendo las mamás. Esperando a que Carmen pasara con su café para que pudieran conversar. Pero la Cubierta Lido ya no existía porque el crucero entero estaba en el fondo del Pacífico. Y él estaba varado en el mar, solo. No había más sobrevivientes por ningún lado.

El bote volvió a sacudirse, ahora con más violencia.

Se asomó sobre la orilla dentada, miró hacia el agua y el corazón se le subió a la garganta.

Había cinco o seis tiburones nadando en círculos bajo el bote que se hundía. Las fauces un poco abiertas y llenas de dientes. Ojos negros. Vio, horrorizado, cómo uno de ellos se separaba del grupo, subía y estrellaba el hocico contra el fondo del bote, haciéndolo trastabillar y caer hacia atrás.

—¡Qué demonios! —gritó, se impulsó furioso desde uno de los cadáveres y chapoteó por el agua para tomar el remo. Estaba encabronado. ¿Encima de todo ahora tenía que lidiar con esto? Se paró y se puso a golpear el agua del océano y a gritarles a los tiburones—: ¡Saquen sus traseros lejos de aquí!

Se dispersaron unos segundos, luego volvieron a agruparse y empezaron a nadar en círculos otra vez.

Shy metió el remo al bote y se sentó en el agua atrapada. Se meció hacia delante y atrás tratando de recuperar el aliento; intentó pensar. El corazón le golpeaba dentro del pecho mientras miraba alrededor.

La sudadera se había salido del agujero del bote y por eso había entrado tanta agua. Si no encontraba la manera de arreglarlo, se hundiría… Recordó la advertencia de su abuela en la biblioteca: *Tengo fotos de sus dientes, mijo. Tienen hileras y más hileras.*

Shy enrolló la manga de la sudadera por segunda vez, la volvió a meter en el agujero. Luego regresó entre los cuerpos y volvió a revisar las provisiones.

El bote se volvió a sacudir.

Sacó la lona, rompió el empaque. Pero no encontró cómo afianzarla sobre el agujero así que la echó a un lado, agarró el equipo para parchar fibra de vidrio. Tenía que achicar suficiente agua para que el agujero ya no estuviera sumergido y tuviera posibilidad de secar. Sólo entonces podría empezar a parcharlo.

Siguió achicando, con ambas manos, echando el agua por la borda lo más rápido que podía. Hizo esto durante lo que le parecieron horas, hasta que le ardieron los brazos, los hombros y le dolía la espalda. Todo el tiempo los tiburones seguían rodeando la embarcación. A veces chocaban contra el fondo, o levantaban su enorme y amenazante cabeza del agua y mostraban los dientes.

El sol recorrió con lentitud el cielo y empezó a caer hacia el mar. Cuando el cielo se encendió de colores, el nivel del agua en el bote había bajado hasta sus tobillos.

Se arrodilló, sacó la sudadera del agujero. Ya no estaba sumergido pero seguía mojado. Y toda la ropa en el barco estaba empapada, incluyendo la suya, así que no podía secar alrededor. Finalmente acercó la cara y sopló hacia el orificio, respiración tras otra, cada inhalación profunda detonaba un fuerte dolor en sus costillas.

Después de varios minutos tocó alrededor del agujero con los dedos. Estaba seco. Abrió el equipo, colocó el parche y aplicó una gruesa capa de resina.

Un tiburón se asomó lentamente, mostró sus dientes y le echó una extraña mirada de reojo. Shy se paró de un salto y agarró el remo. Lo levantó por encima de su cabeza y lo dejó caer con todas sus fuerzas, hasta darle al tiburón en los dientes.

—¡Toma, puto tiburón! —le gritó cuando se volvió a meter al agua—. ¡Y si quieres otro, sólo vuelve a salir!

Se quedó parado con el remo otra vez en alto, pero todos los tiburones permanecieron bajo el agua.

Finalmente Shy se sentó contra el lado más alto del bote y levantó la vista hacia los colores arremolinados del atardecer, imaginó la cara de Carmen cuando la alarma del barco empezó a sonar la primera vez. Lo mató, esa mirada.

Empezaba a sentir punzadas de hambre.

Tenía la mente nublada.

El océano le seguía susurrando, como lo había hecho desde el primer día de su primer crucero. Pero supo que nunca lo entendería.

Cuando el cielo se oscureció, fue al otro lado del bote y se arrodilló para tocar el parche cubierto de resina. Estaba completamente seco. Endurecido cuando le pegó con los nudillos. Por lo menos el bote no se va a hundir, pensó. Los tiburones se habían ido.

Los pensamientos de Shy pronto se enfocaron en la comida y el agua. Le gruñían las entrañas y tenía la boca seca como un desierto. Le parecía injusto estar completamente rodeado de agua que no podía beber.

Estaba mirando el mar y meciéndose contra su lado favorito del bote cuando algo a la distancia llamó su atención.

Una balsa lejana, quizá.

Con gente.

Shy se paró y agitó las manos.

—¡Aquí! ¡Oigan!

Hurgó en sus provisiones y disparó otra bengala al cielo que se oscurecía, la segunda. Sólo quedaban cuatro.

Oyó la voz de un hombre a lo lejos y vio manos que se agitaban.

El remo estaba otra vez en sus manos, ¿pero cómo usarlo? Probó remar desde un lado, pero sólo hacía que el bote girara en círculo.

Caminó hasta el frente del barco, metió el remo al agua a un lado y rápidamente cambió al otro lado.

Ya habían regresado un par de tiburones; ahora nadaban delante de él.

A Shy le tomó mucho tiempo acercarse lo suficiente para alcanzar a distinguir personas en la oscuridad. Contó siete cabezas, la mayoría arrodilladas a cada lado de la balsa, remando hacia él con las manos, lo cual no servía de mucho.

Un hombre que no reconoció le gritó:

—¡Date prisa! ¡No nos queda mucho aire!

—¡Lo estoy intentando! —gritó Shy como respuesta.

También había unos cuantos tiburones rodeando la balsa. Y los lados medio desinflados estaban peligrosamente cerca del agua.

Shy aceleró cuando empezó a reconocer algunos de los rostros que le devolvían la mirada.

El petrolero. Toni, del Destiny. Los dos con ojos desorbitados, a cuatro patas, dando brazadas.

Luego Shy vio a una segunda chica, justo atrás de ellos. La rubia que había tenido que alejar de la Cubierta Honeymoon a media tormenta. Addison.

# 29
# SANGRE EN EL AGUA

Shy jaló el remo por el océano, una y otra vez, en dirección hacia la balsa debilitada. Ya los separaba menos de una cancha de basquetbol.

De pronto vio a uno de los tiburones salir disparado hacia la balsa. Mordió un costado cerca del petrolero, que rápidamente se echó hacia atrás. Todos gritaron y se apartaron, abrazándose. El tiburón sacudió la balsa entre sus dientes, como un perro, luego la soltó y volvió a hundirse lentamente en el agua.

Shy no podía creer la agresividad de los tiburones. Como si supieran lo cerca que estaban de tener a esas personas en el agua. La balsa empezó a hundirse del lado de la mordida y todos sacaron las manos del agua y se movieron al centro de la balsa.

Un segundo tiburón se separó del grupo, éste era más pequeño y llegó por el otro lado. No mordió el costado como Shy esperaba, se lanzó fuera del agua, volteó en el aire y cayó en la parte trasera de la balsa.

Varios pasajeros perdieron el equilibrio y cayeron por la borda, chapotearon torpemente en el océano. Asomaron gritando

y manoteando el agua a su alrededor, trataron de llegar al bote de Shy. Pero los tiburones rápidamente los volvieron a sumergir, dando coletazos en el agua revuelta.

Shy estaba horrorizado.

Para alejarse del tiburón dentro de la balsa, dos más se lanzaron al océano y nadaron hacia el bote de Shy. Una era Toni.

—¡No salten! —gritó, viendo cómo los tiburones los sumergían a todos uno a uno; sus gritos eran desgarradores cuando salían a tomar aire y trataban de escapar.

Shy vio que Addison seguía cerca de la parte delantera de la balsa, gritando. Y vio que el petrolero metía cosas a una mochila impermeable y se lanzaba al agua también.

—¡Quédense en la balsa! —gritó Shy.

Toni llegó milagrosamente al bote de Shy.

Él le tendió el remo y ella lo sujetó. La jaló hasta que estuvo suficientemente cerca para sujetar su mano y uno de sus brazos para levantarla y sacarla del agua. Pero justo cuando estaba librando el borde dentado, ella gritó al oído de Shy, lo miró con ojos aterrados; luego fue arrancada de sus manos y jalada de regreso al mar.

—¡Toni! —gritó Shy, asomado sobre el costado de la embarcación. La vio luchar contra el tiburón, tratar de quitárselo de encima. De alguna manera se zafó y empezó a nadar hacia el bote, pero segundos después fue jalada hacia abajo una vez más, sus gritos se volvieron un gorgoteo ahogado y luego, nada.

El cuerpo entero de Shy temblaba sin control.

No pudo hacer nada por ayudar.

Aparecieron varios tiburones más, sus aletas y colas agitaban el agua en un hervidero mientras despedazaban el cuerpo de Toni.

Shy volvió a meter el remo en el agua, se dirigió hacia el petrolero y Addison; los únicos que quedaban. El petrolero nadó hasta donde los tiburones comían frenéticos, apuntó una pistola de bengalas y disparó. El agua oscura se iluminó de naranja brillante y los tiburones salieron disparados. Entonces el cuerpo destrozado de Toni flotó en la superficie, irreconocible, su

chaleco salvavidas estaba hecho jirones.

El petrolero tiró la pistola y siguió nadando la corta distancia hasta el bote. Alcanzó el remo y Shy lo jaló, luego lo subió sobre el costado y fijó su atención en Addison.

Ella seguía en la balsa que ahora estaba casi desinflada. Conmocionada y sin poder moverse, Addison contemplaba el agua frente a ella. Shy acercó el bote poco a poco hasta ella, hasta que casi se tocaron. Un tiburón asomó la cabeza sobre la superficie del agua. Abrió sus enormes fauces; el agua corría sobre las infinitas hileras de dientes, uno de sus ojos negros miraba directo a Shy.

Él le pegó con el remo lo más fuerte que pudo, le dio al tiburón a un lado de la cabeza. Volvió a alzar el remo, listo para pegar otra vez, mientras el petrolero sujetaba a Addison del brazo y la jalaba al bote. Ella cayó sobre uno de los cadáveres, rápidamente se apartó, se recargó contra un costado, y se cubrió la cara con las manos, sollozando.

Shy soltó el remo y fue a su lado. Pero no dijo nada. Ninguno habló. Sólo se miraron unos a otros y trataron de recuperar el aliento; aún oían el agua agitada y el banquete de los tiburones. El cielo ya había oscurecido por completo, excepto por unas cuantas estrellas dispersas y media luna sin brillo enfrente de su bote.

Shy se frotó los ojos y apretó los dientes, pero no podía quitarse aquello de la cabeza. Toni atrapada por los escualos, los gritos y la sangre.

El petrolero metió la mano a la mochila impermeable a su lado, sacó una garrafa de agua. Desenroscó la tapa y se la pasó a Addison, que estaba temblando tan fuerte que no se lo podía llevar a la boca. El petrolero la tuvo que ayudar.

Luego fue el turno de Shy, y cuando el agua tocó su lengua, su cuerpo entero cobró vida. Hubiera podido seguir bebiendo horas, pero tenían que ahorrar. Quién sabe cuánto tiempo tendría que durarles esa garrafa. Se la pasó otra vez al petrolero, que le dio un sorbo.

El petrolero se agarraba un muslo con la mano; aun en la

oscuridad Shy podía ver la sangre escurriendo entre sus dedos.

El hombre bajó la garrafa y levantó la vista hacia Addison y Shy. Quitó la mano del muslo y Shy se estremeció. Las enormes roturas en sus jeans revelaban una herida grotesca. Le llegaba hasta el hueso. La sangre salía bombeando rítmicamente, le empapaba la pierna del pantalón, chorreaba hasta el agua alrededor de su zapato.

El petrolero volvió a cubrirse la herida con la mano y les dijo:

—Parece que me mordieron.

# 30
# LA RESPUESTA DEL SEÑOR HENRY

Shy estaba sentado en el bote, frente a Addison, oyendo los gimoteos del petrolero, el murmullo del mar nocturno y el sonido de olas diminutas que chocaban en el costado del bote.

La pierna del hombre seguía sangrando, aunque Shy le había amarrado un torniquete alrededor del muslo, varios centímetros arriba de la herida, como le habían enseñado en el entrenamiento. Pero esa herida no se parecía a nada que hubiera visto en la vida. Zigzagueante e irregular, el músculo masticado y expuesto. Shy no creía que nadie pudiera sobrevivir con una herida así.

Addison también estaba en mal estado. No parecía estar herida físicamente, pero no hablaba, ni siquiera cuando Shy le hizo preguntas directas sobre cómo habían subido a la balsa y qué le había pasado a su bote salvavidas. Ella seguía sentada contra el costado del barco, temblando; los párpados se le cerraban.

Cuando finalmente se durmió, Shy la tapó con el impermeable. A bordo del barco fue una perra con él, quizá la

peor con la que tuvo que tratar, pero eso ya no parecía importante. Volvió al otro lado del bote y miró el mar. Se estaba helando, tenía hambre y más sed de la que había tenido en su vida. Le dolían las costillas. Estaba con más gente —gente viva, respirando— pero aún se sentía completamente solo.

Se quedó ahí sentado en la oscuridad, su mente regresó a las mismas preguntas. ¿Por qué estaba pasando todo esto? ¿Por qué había acabado aquí cuando debería estar en casa con su familia, aunque murieran todos juntos en los terremotos? Cuando era pequeño, su abuela le enseñó a creer que todo tenía un significado, hasta la forma en que lo trataba su papá. Pero ahora Shy comprendió que no había nada de eso.

Abrió los ojos varias horas después.

Aún era de noche.

Addison seguía desmayada, en la misma posición. Pero el petrolero estaba despierto. Parecía haber superado la conmoción. Se retorcía de dolor y se sujetaba la pierna, pero parecía más consciente de su entorno. Shy fue hasta él, levantó la garrafa de agua y lo instó a beber.

—No la desperdicies en mí —dijo el hombre, y rechazó el agua con la mano.

Shy dio un sorbito y dijo:

—No es sólo usted. Todos necesitamos agua.

—Tú sabes que no voy a sobrevivir —el hombre señaló su pierna destrozada.

Era cierto, el tipo se veía peor que antes. Tenía los ojos hundidos y estaba encorvado, la pierna del pantalón cuajada de sangre debajo del torniquete.

—De cualquier forma, no quiero estar aquí —dijo el hombre —. No sin Ángela.

—¿Le iba a dar el anillo a ella? —preguntó Shy.

El hombre asintió.

Shy pensó que quizá debía hacer que el hombre siguiera hablando, o algo, para distraerlo del dolor. Pero no sabía qué

decir. Optó por ofrecerle agua de nuevo y esta vez el hombre dio un sorbo. Cuando devolvió la garrafa, Shy le puso la tapa y dijo:

—Nunca supe su nombre.

—William —dijo el petrolero—. William Henry.

—Yo soy Shy —le tendió la mano y estrechó la del hombre. Se veía muy diferente. Más humilde. Quizás ése era el efecto de una espantosa mordida de tiburón, pensó Shy. Arrancaba todos los pensamientos arrogantes que la gente tuviera sobre sí misma.

—Quería decirle, señor Henry —dijo—. Todo lo que pasó con el barco fue horrible. Obviamente. Pero, no sé, no me parece justo que no haya tenido oportunidad de declararse.

El señor Henry forzó una sonrisa y movió la cabeza.

—Pero ya sabía la respuesta.

Shy frunció el ceño.

—¿Por qué lo dice?

—Antes de cenar le dije a Ángela que se pusiera sus perlas para ir al restaurante —el hombre se estremeció por el dolor y volteó a ver su pierna, tocó suavemente alrededor de la herida.

—No entiendo —dijo Shy.

—A casi todas las mujeres las toman desprevenidas cuando se les declaran —dijo el señor Henry. Tosió en su puño—. Luego, cuando recuerdan el momento, piensan que ojalá hubieran llevado otro vestido. O que se hubieran maquillado. Tonterías. Bromeamos sobre eso varias veces. Así que cuando le dije que se pusiera las perlas, ella entendió lo que eso significaba.

—¿Sabía que usted ya tenía el anillo y todo?

El hombre se encogió de hombros.

—Vi su mirada cuando salí del camarote esa tarde. No pensaba ir a la cena.

Shy no tenía idea de cómo responder a eso, sólo le dijo:

—Eso usted no lo sabe. Tal vez se estaba arreglando el maquillaje; lo que usted dijo.

El señor Henry negó con la cabeza.

—Yo lo sé.

Shy lo vio recargar la cabeza en el costado de la embarcación y cerrar los ojos; sus dedos aún tocaban alrededor de la herida.

No parecía justo que a un tipo lo dejaran plantado y que luego lo mordiera un tiburón. Pero bueno, en los últimos días nada había sido justo.

# Día 4

# 31
# PERDIDOS EN EL MAR

La siguiente mañana, Shy tenía espasmos en el estómago y se sentía débil. Tenía tanto frío que no podía dejar de temblar, pero sabía que más tarde el sol los estaría azotando implacable. Tenía los labios partidos e hinchados del día anterior, la cara tan quemada por el sol que sentía la piel estirada y le ardía con el aire salado. Le habían empezado a aparecer pequeñas llagas en sus brazos, piernas y pies; tenía la piel cubierta de una extraña capa.

Las primeras horas del día el petrolero durmió y Addison estuvo temblando en silencio en su rincón. Shy trató de pensar en un plan. No podían quedarse ahí sentados sin hacer nada. El movimiento del sol le decía hacia dónde estaba el este, ¿pero qué podía hacer?, ¿ir remando hasta California? Seguro les llevaría un maldito año con un estúpido remo. Podría dirigirse a las islas de las que hablaba todo mundo, pero no tenía idea hacia dónde estaban.

Cuando lo abrumó lo desesperado de su situación, empezó a observar a Addison y recordó lo rara que se había portado en la

Cubierta Honeymoon durante la tormenta.

Varias horas después, Addison se asomó sobre la orilla del bote y dijo:

—Dios, ¿por qué no nos dejan en paz?

Eran las primeras palabras que decía en el bote salvavidas. Shy supo que se refería a los dos tiburones que seguían rondando el bote, pero lo tomó como una oportunidad para decir lo que estaba pensando.

—¿Por qué tenía una foto mía tu papá?

Addison sólo volteó a verlo.

—Eso fue lo que dijiste, ¿no? Cuando saliste a la tormenta con tus binoculares.

No respondió.

Shy movió la cabeza.

—Querías saber quién soy… mierda, ¿quién eres *tú*? ¿Y quién es tu papá?

Addison arrugó la cara, se la cubrió con las manos y empezó a llorar.

Ver esto hizo que Shy perdiera su ventaja. Siempre cedía cuando una chica lloraba.

—Es sólo una pregunta —le dijo, suavizando su tono—. Me parece mal que me digas que tu papá tiene una foto mía y luego…

—¿Estás bromeando? ¡Deja de joderme con eso! —le gritó Addison entre sollozos—. ¡Acabo de ver a mi mejor amiga morir! ¿Tienes idea lo que se siente?

Shy se sobresaltó. No esperaba que se pusiera sicótica.

—¡Y no sé dónde está mi papá! —gritó Addison—. ¡Podría estar muerto él también! ¿Y tú me quieres hablar de tu estúpida foto?

—Por Dios, ya cálmate —Shy se sobó las costillas adoloridas —. Maldición, fue una simple pregunta.

Addison sepultó la cara en sus manos y sollozó tan fuerte que Shy se sintió como un estúpido. Quizás era exactamente eso. Tal

vez no debió mencionarlo porque aquí ya no importaba nada del mundo real.

—Dale tiempo —dijo el señor Henry.

Shy volteó hacia el petrolero, que estaba mirando a Shy.

—No sé de qué están hablando —dijo—, pero sea lo que sea, dale un poco de tiempo.

Shy bajó la cabeza e inspeccionó las llagas en su pie descalzo, masculló para sí:

—A ninguno de nosotros nos *queda* tiempo.

Todos se ocultaron del sol cuando pegó directo sobre sus cabezas. Addison estaba sentada bajo el impermeable de Shy. El señor Henry estaba cubierto con la lona. Shy se había quitado el chaleco salvavidas y se puso la camiseta sobre la cabeza y los hombros. Pero estaba harto de estar sentado, esperando. Tenía que hacer algo. Ya.

Se puso de pie y anunció:

—Necesitamos comida y agua. Y tenemos que llegar a esas islas.

Addison y el señor Henry lo vieron sacar el equipo de pesca del compartimento de provisiones. No tenía idea de cómo iban a conseguir agua —no se veía una nube en el cielo, así que, definitivamente, no había pronóstico de lluvia—, pero, por lo menos, podía tratar de pescar un maldito pez.

—Eso es realmente inteligente —dijo Addison con sarcasmo.

—¿Qué? —Shy volteó hacia ella.

—Andar sin chaleco salvavidas —Addison desvió la mirada, movía la cabeza con desagrado.

Shy permaneció mirándola fijamente.

—¿Qué quieres decir? ¿Te importa si me ahogo?

—No —resopló burlona Addison—. Haz lo que quieras. Sólo digo que es una estupidez. Lo cual, supongo, no es una gran sorpresa.

Shy no tenía idea de cómo tratar con una chica así. En el mundo normal de seguro la ignoraría y se iría. Jamás *intentaría*

siquiera interactuar con una rubia trasero mimado como ésa. Pero no quería pelear otra vez, lo único que se le ocurrió fue encogerse de hombros y regresar su atención al equipo de pesca.

—¿De qué islas estás hablando? —preguntó el señor Henry desde debajo de la lona.

Le daba gusto oír la voz del petrolero. Cada que se quedaba mucho tiempo en silencio, Shy temía encontrarlo muerto.

—Pregúntele a ella —respondió Shy, señaló a Addison con un gesto—. Su papá es el que se supone trabaja allí.

—Así es, allí trabaja mi *papá* —dijo ella—. No yo. Por mi parte nunca he estado ahí.

—De cualquier modo, ¿a qué se dedica? —dijo Shy. ¿Qué clase de trabajo hace aquí en medio del océano?

—Soy su hija, por Dios —dijo Addison—. No su consultora de negocios.

—Espera —dijo Shy, incapaz de contenerse—, ¿ni siquiera sabes en qué trabaja tu papá?

—Tú probablemente ni papá tienes —contestó Addison. Los que son como tú ¿no crecen con una mamá soltera?

Shy sólo la observó, asombrado de lo perra que era.

—¿Qué? —dijo ella.

Él movió la cabeza.

—Nada, esa afirmación es algo tan ignorante que no hay comentario —encabronado le dio la espalda; abrió el paquete de sedales y carnada. No podía creer que estaba perdido en medio de la nada con una maldita racista.

Hubo silencio en el barco algunos minutos, luego Addison carraspeó y dijo:

—No quise decir eso.

Shy la ignoró.

Los tipos de su medio de seguro soportaban su actitud de perra por ser guapa. Pero Shy no iba a entrar en ese juego. Además, ahora ni siquiera se veía tan buena. Lucía tan desaliñada como cualquiera que hubiera sobrevivido a un naufragio y estuviera atorado en una embarcación destrozada.

—Bien —dijo Addison—. No aceptes mis disculpas. Como si

me importara una mierda.

Shy sólo movió la cabeza mientras volvía a ponerse el chaleco salvavidas. La chica tenía problemas emocionales serios.

No le tomó mucho poner el señuelo en el sedal y lanzarlo sobre un costado del bote. Había una especie de escuela de peces coloridos cerca. Trató de mandarlos a su anzuelo usando su voluntad, pero no parecieron ni darse cuenta. Así que se quedó ahí sentado, esperando, pensando en Carmen y en cómo era mucho más genial que otras chicas. Sobre todo que *esta* chica. Luego pensó en su casa.

De vez en cuando enrollaba el sedal y lo volvía a lanzar. Esperaba que sirviera de algo. Pero nunca servía.

Shy se quedó viendo el agua durante lo que le parecieron horas; los peces pasaban nadando al lado de su anzuelo; trató de entender qué estaba haciendo mal. Quizás era la carnada falsa que había encontrado en el compartimiento de provisiones. O quizá tenía que pescar más profundo. O quizá los tiburones en la zona habían espantado a todos los peces y los que quedaron estaban demasiado nerviosos para comer.

En algún momento oyó a Addison decirle al petrolero algo sobre un barco, o un avión de rescate que los encontraría. Pero Shy no tenía esperanzas de ningún rescate. Todos los equipos de emergencia que existieran estarían enfocados en las víctimas del terremoto. Su diminuto bote salvavidas, a la deriva en medio del Pacífico, ni siquiera aparecería en un radar.

Un pez naranja y blanco se acercó al anzuelo para investigar. Era delgado y apenas del largo de su mano, pero le rogó que picara.

—Anda, pequeño bastardo —le dijo—. Trágate ese anzuelo, por favor. Tú sabes que se ve suculento.

Pero el pez dio la vuelta y se alejó.

Shy bajó la cabeza, decepcionado.

Podía sentir a Addison atrás de él, juzgando su fracaso.

# 32
## OCHO DÍAS

Por la tarde, Shy se sentía asombrosamente débil. Tenía los músculos acalambrados debido al hambre y la deshidratación. Aun así se quedó al frente del bote con el sedal, a la espera de que algo picara.

Para distraerse de la incomodidad, empezó a imaginarse cualquier cosa de su casa. Las *taquerías* y vinaterías a todo lo largo de su calle. La lavandería Neddie's, donde llevaban su ropa sucia los domingos. El pavimento agrietado en el estacionamiento de su bloque de apartamentos, donde practicaba su manejo del balón. Su mamá llegando al apartamento después del trabajo, colgando sus llaves en el gancho, junto a la puerta, y revisando el correo.

Revivió la última vez que los cuatro habían estado juntos. Sentados a la mesa de la cocina comiendo pan dulce de la *bodega* de la esquina. Bebiendo jugo de naranja. Era la mañana anterior a su segunda travesía, y estaban en silencio porque aún no sabían cómo actuar después de la muerte de la abuela.

Antes de irse, Shy volteó a verlos a todos, con su mochila de

lona al hombro.

—Supongo que nos veremos aquí en ocho días —abrazó a su mamá y su hermana, luego puso un puño frente a Miguel, quien lo chocó con su puñito de niño. Luego Shy salió por la puerta, bajó retumbando la escalera, subió al taxi que esperaba con el motor encendido para llevarlo a la terminal de camiones.

Ocho días.

Shy jaló el sedal otra vez al bote y se quedó ahí, mirando el inmenso océano y pensando en eso. El sol le quemaba la cara. El estómago vacío hecho nudos.

Todas esas cosas de su casa.

Su vida.

Se habían ido.

Era la primera vez que se ponía a pensar conscientemente en lo que había perdido.

Volteó a ver a Addison y al petrolero. Los dos lo miraban. Luego volteó hacia el océano, que se extendía más allá de toda comprensión. En todas direcciones. Los tres en ese botecito diminuto, sin comida y casi sin agua, se arrastraban lentamente hacia sus muertes.

Un rato después oyó a Addison chapoteando hacia él.

—Huelen realmente mal —señaló los cuerpos hinchados tendidos en el bote.

Shy asintió. Por lo menos estaban de acuerdo en algo.

—Definitivamente están madurando de más —dijo.

—¿Y luego? —ella cambió su tono—. ¿No puedes hacer algo al respecto?

Shy miró a Addison, luego miró los cuerpos. Siempre habían sido un símbolo de su esperanza de ser rescatado. Si los mantenía a bordo era más probable que encontraran el bote. Eso pensaba en el fondo de su mente. Y el equipo de rescate lo felicitaría por haber conservado los cuerpos, para que las familias pudieran llevarlos a casa y enterrarlos. En ese momento Shy entendió algo sobre sí mismo. Una cosa era decidir que había abandonado toda esperanza. Otra muy distinta era matar ese símbolo.

Fue al primer cuerpo y acercó la mano, retorciéndose por el

olor. No quería tocarlo. Pero tenía que hacerlo. Se obligó a subir el enlamado y apestoso cadáver a una postura sentada y lo miró. Facciones hinchadas pegadas a un rostro extrañamente torcido.

Volteó a ver a Addison, quien desvió el rostro como si no soportara mirar. El petrolero también.

Shy miró otra vez a la mujer.

—Lo siento —dijo entre dientes. Luego volteó la cabeza para inhalar profundo y aguantó la respiración mientras luchaba por levantar el pesado cuerpo sobre el costado del barco. Lo vio caer en la superficie del océano y alejarse flotando lentamente con el chaleco salvavidas, mientras se limpiaba las manos en los pantalones.

A los demás cuerpos les quitó los chalecos antes de arrojarlos al agua.

Cuando acabó se acercó a Addison, diciendo:

—¿Estás contenta?

—Por lo menos no nos moriremos por esa peste —dijo ella.

Él tomó su sedal y volvió a lanzarlo al mar.

—Okey —dijo ella—, ahora tenemos que llegar a esas islas.

Shy volteó a verla, sin sacar el sedal del agua.

—Lástima que no tenemos ni idea hacia dónde ir.

Ella miró el océano de un lado a otro con cara de concentración.

—¿Y si elegimos una dirección? Así por lo menos lo estaremos *intentando*.

Su tono era supercondescendiente, como si culpara a Shy por estar a la deriva.

—Perfecto —dijo él—. Tú dime hacia dónde y empiezo a remar.

—¿Por qué yo?

—Porque es tu idea —dijo él.

Ella frunció el ceño exageradamente.

—¿No los entrenan para este tipo de cosas?

—¿Qué, navegar a una isla que nadie conoce, en un maldito bote estropeado? —Shy señaló cerca de sus pies—. ¿Con un solo remo?

—No tienes que ser un idiota al respecto.

—Mira, Addison —dijo Shy, que no quería gastar sus últimas energías discutiendo—. Siento mucho lo de tu amiga, ¿okey? Y lo de tu papá. Fue horrible. Pero yo también perdí gente.

Ella bajó la vista a sus pies. Parecía que se iba a alterar otra vez, así que Shy continuó:

—En serio. Escoge una dirección y lo intentamos. Como dices, es mejor que quedarse sentados sin hacer nada.

Addison se volvió hacia el señor Henry.

—¿Usted tiene alguna opinión sobre esto?

El hombre movió la cabeza sin levantar la vista. Shy advertía que su fin estaba cerca y deseaba poder hacer algo. Darle analgésicos, por lo menos, para aliviar un poco su sufrimiento. Pero no tenían nada.

—¿Y tú? —le preguntó Addison a Shy.

Volteó hacia el océano. La marea parecía avanzar en una dirección específica. Quizá fuera atraída hacia una de las islas —aunque fácilmente podría ser justo lo contrario—. Shy se encogió de hombros, pero de todas formas lo mencionó.

—Supongo que podríamos seguir la marea. Así avanzaremos más rápido.

—Okey —dijo ella—, tiene sentido.

Shy le enseñó a Addison cómo poner la carnada en el anzuelo y lanzar el sedal, luego chapoteó hasta el frente del bote con su remo y lo metió otra vez en el agua.

—Por cierto, sería mejor Addie —le gritó ella desde el costado del bote.

Él volteó a verla, confundido.

—Mi nombre —dijo ella—. Sólo los viejos me dicen Addison.

Shy asintió.

—Addie. Okey.

Regresó a impulsar el remo en el agua, se preguntó si ahora iban a tratarse bien.

# 33
# EL CEMENTERIO DE OTAY MESA

Cuando el sol se empezó a ocultar, Addie se acercó a Shy y sugirió que cambiaran un rato. Él aceptó gustoso y le pasó el remo, luego se hizo a un lado para observar. A ella le tomó un rato encontrar el mejor modo de hacerlo, pero después empezó a remar a muy buen paso. A Shy le sorprendió que una flaquita racista de escuela privada tuviera la fuerza para hacerlo.

Ella volteó, medio sonriendo, y dijo:

—¿Así está bien?

—Maldición, Addie —le dijo él—, no eres tan inútil como pensaba.

Ella le levantó el dedo medio y él puso su atención en la pesca. Pero lo único que logró fue fallar de unas cien maneras distintas. Probó ponerle doble carnada al anzuelo; probó lanzarlo lo más lejos que pudo; probó con dos sedales a la vez. Nada funcionaba. Lo más cerca que estuvo fue cuando un pececito redondo tocó la carnada con la nariz y luego se alejó disparado.

Cuando oscureció, un pequeño tiburón empezó a pasar de ida y vuelta bajo la carnada. Shy se dio por vencido, volvió a meter

el sedal y miró a su alrededor. La noche era más clara, bajo una luna casi llena. Pero seguían sin tener nada que comer, sin lluvia y sin tierra a la vista.

Shy chapoteó hasta el señor Henry, que llevaba un rato en silencio y ni siquiera gemía de dolor. La pierna del pantalón estaba totalmente desgarrada. Shy le quitó la mano de la herida para ver qué tanto había empeorado. Era horripilante; supuraba pus y sangre. La piel se había puesto entre roja y morada; unas franjas oscuras le subían y le bajaban por toda la pierna. Cuando el olor de la herida le llegó a Shy, dio la vuelta y fue por la garrafa de agua. Se la tendió al señor Henry.

—Beba un poco.

El hombre negó con la cabeza y cerró los ojos.

—Es en serio —dijo Shy—. Necesita agua.

No hubo respuesta.

Shy sabía que el petrolero ya no duraría mucho, y les quedaba menos de la tercera parte de la garrafa. Si no lo obligaba, a él y Addie les duraría un tanto más.

Volteó a ver a Addie con el remo. Llevaba más de una hora, sin tomar un solo descanso. Él estaba impactado. No habría tenido que esforzarse así, pero seguía remando como si fuera su trabajo.

Volteó otra vez hacia el señor Henry y le sacudió un hombro. Cuando el hombre abrió los ojos, Shy le dijo:

—Sabe que lo voy a seguir molestando hasta que beba un poco, ¿verdad?

El hombre tendió las manos y tomó la garrafa, tomó dos sorbos y se retorció al beberlos. Se limpió la barbilla en el hombro y devolvió la garrafa.

Shy le dio una palmada en la espalda al hombre, deseaba poder hacer algo más; luego caminó chapoteando hasta Addie y también hizo que bebiera un poco.

—¿No estás cansada? —le preguntó.

—Claro que estoy cansada —dijo ella, devolviéndole la garrafa—. Estoy exhausta. Esto jode.

Shy dio un sorbo, volvió a tapar la garrafa y luego la levantó

para ver qué tanto quedaba. Era como un reloj de arena diciéndole: *Éste es el tiempo que te queda de vida.*

—Mira —dijo Addison, y exhaló fuerte—, te voy a decir lo que sé de las Islas Ocultas, ¿okey?

—Sí —dijo Shy, desprevenido. Le sorprendía que ella le estuviera ofreciendo información sin haberle preguntado.

—No es mucho, pero da igual —ella miró el océano—. Entonces, según mi papá, antes era un conjunto de cuatro islas, pero ahora tres están bajo el agua. Sólo la isla Jones sigue siendo habitable, que es donde él trabaja —se encogió de hombros—. Ah, y es una isla privada, así que no es que puedas ir allí de vacaciones. Te tienen que invitar.

—¿Nunca has estado ahí? —preguntó Shy.

—¿Bromeas? ¿Mi papá, llevarme a su isla secreta donde trabaja? —puso los ojos en blanco.

—¿Por qué es tan secreta? —preguntó Shy.

Addie sonrió y movió la cabeza.

—No sé qué impresión dimos en el barco —le dijo—, pero yo apenas si conozco a mi papá. Lo único que le importa es trabajar y amasar fortuna.

—Por lo menos te invitó a un crucero.

Ella puso los ojos en blanco.

—Oh, sí. El gran viaje familiar padre-hija. El intento de mi padre por —hizo comillas en el aire—, "estar más presente en mi vida". Sólo acepté venir porque me dejó invitar a Cassie.

Shy asintió. Aunque el mundo real prácticamente no importaba en ese momento, quería tener más información sobre su papá, sobre todo sabiendo que tenía una foto suya.

—¿Y por qué se fue si se suponía que era su viaje familiar?

—Tienes todas las buenas preguntas, ¿verdad?

Shy se encogió de hombros.

—Me dijo que tenía que revisar una investigación nueva que estaban haciendo. Pero nos iba a alcanzar en Hawai —la cara de Addie se puso seria, como si estuviera pensando en lo que pudo pasarle a su padre cuando golpearon las olas. Golpeteó el remo contra el fondo del bote varias veces y agregó—: Creo que su

compañía tenía algún acuerdo con ustedes. Dejaron que pasara a recogerlo un bote privado.

Parecía que su malhumor regresaría otra vez, así que Shy decidió bajar un poco la intensidad.

—Bueno —le dijo—, déjame remar a mí un…

—Hacen equipo para hospitales —interrumpió Addie. Le pasó el remo y estiró los brazos—. Y algunas cosas farmacéuticas. ¿Ves? En realidad *sí* sé en qué trabaja mi papá.

Shy no entendía por qué una compañía que hacía equipo para hospitales tenía que estar en una isla remota. Sonaba sospechoso.

—Y por un tiempo —continuó Addie—, de veras creí que él quería que nos fuéramos de vacaciones juntos. Digo, normalmente toma un jet privado a la isla, directo del Aeropuerto de Santa Mónica, que está cerca de nuestra casa. Pero esa última noche en el barco, por accidente, Cassie y yo escuchamos algo que no debíamos.

—¿Qué? —preguntó Shy, con más curiosidad. Sentía que ella se estaba acercando a algo importante.

—Creo que hace una semana —dijo ella—, alguien de su compañía se suicidó en el barco.

Shy se quedó helado. ¿El hombre del peinado de cortinilla trabajaba para la misma compañía que su papá?

—Estoy bastante segura de que la verdadera motivación de mi papá para estar en el barco no tenía nada que ver conmigo. Creo que quería averiguar qué pasó —Addie miró a Shy directo a los ojos—. ¿Y tú trabajaste en ese viaje? Iba a México.

Shy se apartó del costado del bote.

—Demonios, sí. Estuve trabajando. Yo soy el que vio saltar al tipo.

—Espera, ¿en serio? —dijo Addie, pero no parecía tan sorprendida. Shy se preguntó qué tanto sabría.

—Lo agarré antes que cayera —le contó Shy—. Murió porque me faltaron fuerzas para cargarlo. ¿Tu papá te contó eso también?

—No me contó nada —dijo Addie—. Te lo juro. Sólo nos enteramos del suicidio porque sin querer oímos a una de las

personas de seguridad de mi papá cuando interrogó al capitán de meseros. Y Cassie y yo nos pusimos a hablar después de que te vimos afuera del gimnasio. Digo, nos pareció demasiado extraño que te invitara a cenar así nada más.

—Sí, ¿qué fue *eso*?

Addie se encogió de hombros.

—Es una de las razones por las que decidimos fisgonear un poco.

Justo en ese momento Shy entendió todo de golpe.

—¿Conoces a un tipo llamado Bill? —le preguntó de la nada.

—Conozco a muchos tipos llamados Bill.

—Es decir, en el barco. Pelo oscuro rizado. Siempre de traje negro —poco antes Shy no había podido imaginar el rostro de su propia madre, pero el tipo del traje estaba grabado en su memoria—. Tiene una verruga en la nariz.

—Ah, sí —dijo Addie—. Es de la gente de seguridad de papá. Pero no sabía que se llamara Bill. ¿Por qué?

—Me hizo toda clase de preguntas sobre el suicidio. Justo después de que tú y tu amiga se fueron de la Cubierta Honeymoon.

—No me sorprende —dijo ella.

—¿No?

—Parecían muy paranoicos por lo que pasó. El tipo que saltó se llamaba David Williamson…

—Sí, exacto —interrumpió Shy—. Me lo dijo justo antes de saltar.

—Era uno de los jefes de la compañía.

Shy recordó su breve conversación con el hombre del peinado de cortinilla, o David Williamson. En ese momento pensó que sólo era un tipo rico que se había emborrachado y estaba desvariando. Nunca pensó que una semana después iba a estar analizando cada una de sus palabras, perdido en el mar.

—¿Sabes qué es lo raro? —dijo Addie—. Venía a cenar a casa cuando yo era pequeña. Mi papá y él eran amigos —movió la cabeza—. Recuerdo que parecía de lo más normal. ¿No tienes que estar un poco desequilibrado para aventarte de un barco?

—Definitivamente estaba desequilibrado cuando hablé con él en la Cubierta Honeymoon. Se la pasó diciendo locuras sobre la corrupción y cómo se escondía de la gente —esto era lo más que le había contado a nadie sobre aquella conversación. Incluyendo a su propia familia.

—Me pregunto qué le habrá pasado.

—Me pregunto por qué le dio tanta paranoia a tu papá —Shy levantó la vista hacia la luna, asombrado de cómo ahora todo parecía conectarse. El tipo del traje que lo acosaba; su camarote destrozado; el papá de Addie que lo había invitado a cenar; todo se relacionaba con el suicidio de su primera travesía. Y ahora él y esta chica aquí en el bote—. Oye, Addie —se pasó una mano por el rostro—, todavía necesito preguntarte sobre…

—La foto que tenía mi papá —dijo ella, completando la oración—. ¿Correcto?

—Eh, en realidad, sí.

Addie metió la mano al bolsillo de sus jeans, sacó una foto doblada y se la tendió a Shy.

—¿Te refieres a ésta?

Shy la tomó y la desdobló, estupefacto. La foto estaba mojada y arrugada, pero podía verse a sí mismo, sentado solo junto a la tumba de su abuela, en Otay Mesa.

—La tomé del camarote de mi papá —dijo ella—. Ya nunca pude regresarla.

—¿Cómo la conseguiste? —dijo Shy, levantó la vista hacia ella.

—Nos dejó una llave de su camarote —dijo Addie—. Para que tuviéramos dos regaderas. Cuando nos hicieron evacuar el salón comedor por la tormenta, Cassie y yo eludimos a la gente de seguridad de mi papá y nos metimos a su camarote a fisgonear —señaló la foto que él tenía en la mano—. La encontramos encima de su caja de seguridad. ¿Entiendes por qué estaba tan extrañada cuando te vi durante la tormenta, verdad?

Shy volvió a mirar la foto y el recuerdo de ese momento lo inundó. Fue la tarde anterior a esta segunda travesía. Había atravesado la ciudad en su bici y entrado por las puertas del

cementerio para ir a dejar un girasol en la pequeña lápida de su abuela. La flor favorita de ella. Luego se quedó ahí sentado, pensó en las últimas horas de su batalla contra el mal de Romero y en el futuro de su familia. No sólo les había sido arrebatada una gran persona de sus vidas, además, su abuela pagaba la mitad de las cuentas. No tenía idea de cómo se las arreglarían sin ella.

A Shy le dio asco pensar que aquella noche alguien espiaba su duelo.

Levantó la vista hacia Addie, recordó lo que el supervisor Franco le había dicho justo antes de que Shy saliera a la tormenta para ayudar a despejar la Cubierta Lido.

—¿Tu papá trabaja en una compañía llamada LasoTech?

—¿Que si mi papá trabaja en LasoTech? —dijo ella, repitiendo la pregunta. Bufó un poquito—. Más bien mi papá es *dueño* de LasoTech.

# 34
# LA EXTRAÑA PETICIÓN DEL SEÑOR HENRY

Hablaron otro rato —sobre la compañía y lo que esperaban averiguar de la conversación de Shy con el tipo que saltó del barco, David Williamson, y por qué todos parecían tan preocupados por un tipo que ya estaba muerto—, y luego Addie dijo que si no se sentaba se iba a desmayar ahí parada.

—Ve a descansar —le dijo él—. Podemos seguir hablando de esto mañana.

Ella asintió.

—Hora de irme a congelar el trasero —le dijo al irse hacia su lado del bote. Después de sentarse lo llamó—: Oye, Shy.

—¿Sí?

—Siento mucho que hayas terminado metido en esto.

Parecía decirlo de corazón.

—Lo mismo que tú —le dijo él.

Shy fue con el señor Henry, que estaba profundamente dormido. Puso la mano bajo su nariz para asegurarse de que seguía respirando, luego se fue a su propio lugar en un costado

del bote. Se sentó con el agua hasta los tobillos, reclinó la cabeza y pensó un poco más en todo lo que Addie y él habían hablado.

Shy tenía tanto frío y hambre que le costó trabajo dormir. Volteó a ver la noche llena de estrellas, dejando que su mente vagara por donde quisiera.

Imaginó al hombre del traje negro arrinconándolo en el Luxury Lounge. Le apuntaba con el dedo cuando huía por las escaleras. Imaginó la expresión del papá de Addie cuando se acercó a la caseta de toallas y se ofreció a lanzar al malhablado niño Muppet por la borda. Quizá fuera una vaga referencia al suicidio del hombre del peinado de cortinilla. Quizá pensara que Shy había tenido la culpa. Imaginó a su abuela abriendo su álbum de recortes en el recibidor, señalándole el artículo sobre tiburones. Luego se encontró imaginando algo más: el resquicio por el que había visto a Carmen desvistiéndose a través de la puerta de su baño.

Shy cerró los ojos para poder enfocarse en la última imagen. Le gustaba pensar en todo lo relacionado con Carmen, incluyendo cosas que no tenían nada que ver con su hermoso cuerpo desnudo. Pero en ese momento, sentado y temblando contra el costado del bote, lo único que quería hacer era pensar en sus curvas, su piel y las palabras tatuadas bajo su ombligo. Seguramente decían algo profundo, pensó. Una cita de algún filósofo, o un refrán que él entendería exactamente al mismo nivel.

Extrañaba cómo se sentía estar cerca de ella. Cómo sentía mariposas en el estómago con sólo verla entrar a la habitación. Se preguntó si ella estaría en otro bote en ese momento, en otra parte del océano, muriendo lentamente sola, igual que él. ¿Y si ella también tenía los ojos cerrados y pensaba en él? ¿Sería posible que estuvieran juntos en sus pensamientos aunque sus cuerpos estuvieran separados? Se abrazó para darse calor y se quedó dormido pensando en eso.

Carmen también apareció en el sueño de Shy.

Caminaba hacia su caseta de toallas. Sonriendo.

—Ven conmigo —le decía.

—¿Ahora? —preguntaba él—. No puedo irme del trabajo así nada más.

—¿De qué hablas, Shy? Es tu sueño, ¿no? La gente puede hacer lo que quiera en sus sueños.

De pronto el cielo cambiaba de la mañana a la noche. Ahora el supervisor Franco estaba ahí también. Le estaba diciendo a Shy que su turno había terminado, que se tomara un descanso, que fuera a cenar algo.

Allí fue cuando Shy lo entendió. Estaba entre dormido y despierto, en ese lugar donde puedes dirigir un poco la historia de tus sueños.

Seguía a Carmen por la escalera, al Southside Lounge. Las mariposas en su estómago aleteaban como locas porque a lo mejor ella lo estaba llevando allí para confesarle su amor. Para explicarle que iba a dejar a su abogado. El tipo no la comprendía. No como Shy. Finalmente se había dado cuenta de lo vacío que era estar con alguien que nunca le preguntaba cómo se sentía sobre las cosas, que nunca entendería cuánto dolía perder a alguien por el mal de Romero.

Pero cuando se sentaron a la mesa, Shy sabía que la expresión en el rostro de Carmen no era la de profesarle amor.

—He estado pensando —decía—. Sobre nosotros, Shy.

—Yo también —decía él, aunque era obvio que no habían pensado lo mismo.

—Creo que la razón por la que todo es tan complicado entre tú y yo es porque yo soy la única que tiene una relación. Si los dos estuviéramos comprometidos con otras personas, podríamos ser mucho más cercanos como amigos. ¿No crees?

Las mariposas en su estómago dejaron de aletear.

Se desplomaban y morían.

—Mira —decía Carmen—, tú sabes que me importas, ¿no?

—Supongo.

—Bueno —decía ella—, pues en este último par de días he llegado a conocer a alguien algo mejor. Y creo que sería perfecta

para ti.

—¿Una chica?

—Sí, Shy. Una chica —Carmen volteaba y gritaba—: Ya puedes acompañarnos, Addie.

Shy levantaba la mirada, impactado de ver a Addie aproximarse a su mesa. Ella se sentaba, sonriendo, y lo saludaba agitando un poco la mano.

—Ni siquiera te cae bien —le decía Shy a Carmen.

—Eso no es cierto —decía ella—. Cuando puedas ir más allá de la fachada de perra que pone, e ignorar todas sus tendencias pretenciosas, descubrirás que Addie es una chica bastante decente —luego Carmen se volvía hacia Addie, diciendo—: Y también tengo que ser honesta sobre Shy. Puede ser un poco egoísta y loco por las chicas. Y le gustan las tonterías cursis como pruebas de tomarse las manos. Pero su intención es buena.

—Cursi puede ser lindo —decía Addie.

—Mmm, en el caso de Shy verás que no —decía Carmen—. Créeme. Pero mejor eso a que sea un idiota, ¿no?

Shy se empezaba a sentir frustrado. Éste era *su* sueño. ¿Por qué estaba permitiendo que otras personas le dijeran lo que debía hacer?

—Mírense —decía Carmen—. Los dos están temblando. En este momento se necesitan.

Shy volteaba a ver sus propios brazos. Carmen tenía razón. Hasta le castañeteaban los dientes. Y Addie estaba igual.

—Bueno, ¿qué piensan? —decía Carmen—. ¿Tienen el valor de intentarlo?

Shy se frotaba los ojos como endemoniado, tratando de despertar. Cuando bajaba las manos, se encontraba al señor Henry sentado enfrente, encendiendo una sierra eléctrica. Carmen y Addie habían desaparecido.

—¡Espera, hombre! —gritaba Shy sobre el rugido de la sierra —. ¿Qué haces con esa cosa? ¿Y a dónde se fueron las chicas?

El petrolero ignoraba sus preguntas y empezaba a bajar la cuchilla hacia su pierna herida, gritaba:

—¡Ya no voy a necesitar esto nunca más!

La sangre salpicaba por todos lados.

—¡Por Dios, hombre! —gritaba Shy, cubriéndose la cara con las manos, estremeciéndose por el espantoso sonido.

Después de unos segundos el petrolero apagaba la sierra y la ponía en la mesa, luego se arrancaba el resto de la pierna.

—Sólo me estorbaba —decía, le echaba al piso del Southside Lounge, donde caía con un sorprendente sonido de chapoteo.

El señor Henry rodeaba la mesa dando saltitos y se sentaba al lado de Shy, diciendo:

—Vine a darte las gracias.

—¿Darme las gracias? —decía Shy—. ¿De qué? —su sueño era tan confuso que lo único que quería era que terminara. Apretó los ojos cerrados y se los volvió a frotar con los puños, esta vez más fuerte. Luego los abrió lo más que pudo, exigiéndose despertar.

Seguían estando el petrolero y él, pero ya no estaban en el Southside Lounge. Estaban dentro del bote roto, recargados en el costado, uno junto a otro. Addie dormía enfrente de ellos.

—Por escuchar —dijo el petrolero—. Tenía que admitir ante alguien que Ángela no me quería. Se me quitó un peso de encima.

La mente de Shy estaba nublada y lenta, pero sabía que ya no estaba soñando. Esto era real. Lo sabía porque la pierna del petrolero estaba otra vez en su cuerpo, despidiendo un olor fétido.

—Sabes, siempre he tenido cierta creencia sobre las mujeres —continuó el señor Henry, con el rostro lleno de dolor—. Les encanta tener joyas caras. Pero ahora empiezo a creer que eso tiene una segunda parte. Algo que nunca había pensado hasta que acabé en este bote. A las mujeres les encantan las joyas caras aún más cuando vienen de la persona indicada.

Shy vio al señor Henry contemplando el océano, se preguntó por qué estaba hablando de joyería cuando estaba en tan mal estado. Al tipo le escurría el sudor de la frente. Apretaba los dientes por el dolor. Shy se hubiera enfocado en mantenerse con vida.

—Me duele reconocerlo —dijo el señor Henry, y volteó otra vez hacia Shy—, pero aunque puedo pagar cualquier joya, de cualquier tienda, nunca he sido la persona indicada para regalarla.

Shy abrió la boca para discutir, pero el señor Henry levantó la mano y le dijo:

—Ahora tengo una petición un tanto extraña.

Shy cerró la boca y escuchó.

—Quisiera abrazarte, Shy.

—¿Abrazarme? —era lo último que Shy esperaba—. ¿Pero de qué está hablando?

—Estoy llegando al final del camino.

Shy movió la cabeza.

—Mira, hombre, siento mucho todo lo que ha pasado. Pero no voy a ponerme a abrazar a alguien acá…

El petrolero ya se estaba inclinando hacia él y envolviendo sus brazos alrededor de los hombros de Shy.

—No es ninguna cosa rara —masculló al oído de Shy—. Es sólo un abrazo. Nada más.

—Suélteme —dijo Shy, mientras trataba de zafarse. Pero estaba tan débil. Y el señor Henry lo tenía sujeto de la espalda. No era que el tipo estuviera tratando de abusar de él. Sólo le estaba dando un estúpido abrazo, como podría dárselo Rodney. Y Shy se sintió muy mal por aquel hombre.

Todo el asunto duró unos ocho segundos. Luego el petrolero lo soltó y se apartó de Shy.

—Sé la persona indicada —dijo—. Los regalos significan más cuando vienen de la persona indicada.

El señor Henry se deslizó por el bote destrozado y se recargó en su sección a un costado, masajeó su pierna herida.

Shy se volvió a frotar los ojos, trataba de encontrarle sentido a lo que acababa de pasar. Pero tenía demasiado frío y hambre para pensar con claridad.

Se quedó sentado largo rato antes de advertir algo importante. Él también iba a morir. Claro, duraría más que el señor Henry, ¿pero qué *tanto* más? ¿Sobrevivirían él y Addie lo

suficiente para encontrar las islas? ¿Para ser rescatados? ¿Vivirían lo suficiente para volver a ver sus hogares? ¿Y si ya no tenían un hogar al cual regresar? ¿Entonces qué?

Lanzó una mirada al otro lado del bote hacia Addie. Los brazos alrededor de las piernas, los ojos cerrados. Su cuerpo entero temblaba de frío. Los ojos del petrolero también se habían cerrado.

Shy estaba solo.

Miró otra vez hacia la luna resplandeciente y escuchó el océano susurrante. Sus pensamientos tenían más estática que antes, pero por primera vez desde el inicio del verano, sentía que entendía los susurros del océano. Todo se reducía a esto. La oscuridad. La soledad. El misterio. El hecho de que todos tenían los días contados y no importaba si ibas en clase premier o trabajabas de mozo. Eso eran sólo disfraces que se ponía la gente. Y cuando los arrancabas veías la verdad. Ese océano gigante y ese aplastante cielo oscuro. Sólo tenemos unos cuantos minutos, pero el inexplicable mundo es una constante y siempre avanza.

Shy sintió náuseas al entender esto, como si le hubiera sido revelado algo que los humanos no están preparados para ver.

Se impulsó y silenciosamente atravesó el bote hasta Addie y se sentó junto a ella, le pasó el brazo sobre los hombros para que pudieran compartir el calor corporal.

Ella abrió los ojos y lo miró.

Su pecho subía y bajaba con cada respiración. Pero no dijo nada. Ni él tampoco. Al final, ella apoyó la cabeza en el hombro de él, cerró los ojos y se volvió a dormir.

# Día 5

# 35
# UN AMULETO INESPERADO

Shy despertó a la mañana siguiente con el sonido de su propio castañeteo de dientes y le sorprendió ver que estaba abrazando a Addie. Ella también tenía los ojos abiertos; él siguió su mirada hasta el lugar donde dormía el petrolero, pero ya no estaba, sólo su chaleco salvavidas vacío.

—¿Qué pasó? —dijo Shy, y se levantó con trabajo.

—No sé —dijo Addie—. Desperté y ya no estaba.

Shy chapoteó con el agua a los tobillos hasta el chaleco, lo levantó, se asomó sobre el costado del bote. Ninguna señal del señor Henry. Recordó la extraña conversación de la noche anterior. El abrazo. Seguro que ya tenía planeado lanzarse por la borda.

Igual que el hombre del peinado de cortinilla.

Cuando Shy vio lo alterada que estaba Addie, soltó el chaleco y regresó hacia ella.

—Por lo menos ya no tiene que sufrir. Viste lo mal que se estaba poniendo.

—Ya sé —se frotó las sienes—. Pero no es sólo por él. Es todo.

Me quiero ir a mi casa.

—Yo también —dijo él.

Cuando Addie levantó la vista hacia él, Shy se dio cuenta de cuánto más delgada se veía que cuando la conoció en la Cubierta Lido. Su pelo era una maraña rubia. La cara quemada y descarapelándose. Por primera vez desde que se hundió el barco, Shy se preguntó qué aspecto tendría *él*, qué tanto habría cambiado su propia apariencia.

Algunas lágrimas empezaron a brotar de los ojos de Addie y a correr por sus mejillas. Se limpió algunas y dijo:

—No lo vamos a lograr, ¿verdad, Shy?

La expresión en su rostro lo mató; se inclinó hacia ella y le dio una palmada en la espalda con torpeza.

—Escucha… —dijo, pero luego se detuvo. Quería decir algo importante, algo reconfortante, pero no se le ocurrió nada de eso porque no era verdad—. Lo único que sé es esto —dijo al final—. Nos vamos a pasar el día remando. En la misma dirección de ayer. Y hoy voy a pescar un maldito pez. ¿Me oyes, Addie? Aunque tenga que echarme a sacarlo con las manos.

Pensó que lo último la haría sonreír, pero ella sólo asintió y miró hacia donde solía sentarse el señor Henry, mientras se secaba más lágrimas del rostro.

El sol subió lentamente en el cielo sin nubes, calentó el aire que los rodeaba. Shy tenía las manos ampolladas; le dolían la espalda y los hombros. Ya le quedaban tan pocas fuerzas que apenas podía hacer que el barco avanzara con el remo. Pero siguió trabajando. Y siguió pensando en el señor Henry y en el papá de Addie; siguió recordando al hombre del traje negro, Bill, haciendo todas esas preguntas en el Luxury Lounge; luego, cuando se alejó rápidamente del camarote de Carmen al sonar la alarma. Había algo que no estaba entendiendo, algo más grande que sólo un hombre que se tiró por la borda. Pero su mente estaba demasiado lenta para unir todas las piezas.

Después de unas horas, cambiaron de lugar. Addie tomó el

remo sin decir palabra; Shy se fue a la parte trasera del bote y al agacharse a ponerle carnada al anzuelo, sintió que algo le rasguñaba la parte superior del muslo. Volteó a la espera de encontrar alguna especie de bicho del mar picándole. En vez de eso encontró un pequeño bulto en el bolsillo de sus jeans y metió la mano para sacarlo. Se quedó atónito con lo que vio.

El anillo con el diamante de siete quilates del petrolero.

Se quedó viendo el enorme anillo, luego volteó a ver a Addie, que ya estaba con el remo.

El tipo debió haberlo metido al bolsillo de Shy durante ese raro abrazo. Probablemente ésa fuera la razón para darle el abrazo. Shy soltó el sedal y se acercó a la orilla del barco. Sostuvo el anillo sobre el costado, pensando que debía echarlo al agua, dejarlo que siguiera al señor Henry hasta el fondo. No quería el anillo de alguien más. Por grande que fuera el diamante. Esa clase de mierda no importaba aquí. Además, ¿si alguien los descubría en el bote, mucho después de que Addie y él hubieran muerto? Seguro pensarían que había sido un ladrón.

Pero no lo podía echar.

No lo podía soltar.

—Ya llevamos dos días —gritó Addie, y sobresaltó a Shy, tanto que por poco tira el anillo—. Y seguimos sin ver *nada*.

Guardó el anillo en el bolsillo y volteó.

—Ya veremos algo.

—No; claro que no —echó el remo al piso del bote—. Esto es una pérdida de tiempo. Probablemente vamos para el lado contrario.

Shy levantó el anzuelo con carnada y chapoteó hasta el frente del bote.

—¿Qué quieres hacer, Addie? ¿Darte por vencida?

—¡Quiero irme a mi casa! —gritó ella.

—Yo también —le dijo Shy—. ¿Qué crees que estamos tratando de hacer?

Addie se sentó en el bote y se cubrió la cara con las manos, pero no lloró. Sólo se quedó viendo el agua dentro del bote.

Shy alcanzó la garrafa de agua, la destapó, se la ofreció a ella.

—Sentir lástima de ti misma no te va a ayudar a sobrevivir.

—¿Crees que no lo sé? —le arrebató la garrafa de las manos —. Dios, eres la peor persona con quien quedarse atorada —dio dos sorbitos de agua y se la pasó a Shy, que hizo lo mismo. Después de volverla a tapar, levantó la garrafa para ver cuánto quedaba. Un par de centímetros en el fondo.

Addie estaba viendo lo mismo.

Sus miradas se encontraron por un instante, pero ella la desvió con rapidez y se agachó a recoger el remo, luego se levantó, le dio la espalda y volvió a sumirlo en el océano.

Shy se fue al otro extremo. Lanzó el sedal nuevamente al agua, se preguntó por qué no quería contarle a Addie lo del anillo.

Apenas llevaba ahí parado diez minutos, máximo, cuando sintió un repentino jalón en el sedal. Lo agarró con las dos manos y se irguió para asomarse sobre el costado del barco. Allí estaba, muy lejos de la superficie, un delgado pez amarillo atrapado en el anzuelo, dando tirones para zafarse. Sintió una infusión de energía y empezó a tirar del sedal, lo más rápido que pudo.

Shy oyó a Addie que chapoteaba en el bote, venía hacia él.

—¿Qué es? —dijo ella.

—Te dije que iba a pescar algo —dijo él.

Addie se asomó sobre el costado del bote.

—Ay, Dios mío.

Cuando estaba cerca de la superficie, Shy se inclinó, tomó el sedal entre el pulgar y el índice, a pocos centímetros del pez que aún forcejeaba, lo sacó de un tirón del agua y lo echó al bote.

—¡De veras lo lograste! —gritó Addie.

—Dudabas de mí, ¿verdad? —dijo él.

—Nunca más —dijo ella, a punto de reír—. Tú eres el experto de la pesca.

Él quiso decirle que fue por el anillo del petrolero. Era su nuevo amuleto. Pero por otro lado, tal vez sólo era de buena suerte si lo mantenía en secreto.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó ella.

Él volteo a ver el pez que se agitaba, moviendo la cabeza. No

había pensado en eso. No podían comerse esa cosa mientras aún siguiera viva. Miró alrededor, luego fue por el remo, lo levantó por encima de su cabeza y lo dejó caer sobre el pez.

Se quedó quieto.

—Jesús —dijo Shy al ver el corte que le había hecho.

—Toma —dijo Addie, levantando la mochila impermeable que el señor Henry había traído de la balsa—. Ponlo aquí.

Shy levantó el pescado mojado y escamoso y lo echó en la mochila. Se limpió las manos en los jeans. Los dos lo vieron fijamente.

El pescado era amarillo pálido y delgado, pero medio largo. Parecía mirar a Shy.

Addie lo sorprendió cuando, de pronto, metió las manos, le quitó el anzuelo al pescado; luego, con el mismo anzuelo y los dedos, lo abrió por la mitad; la sangre le escurría por las manos. Le ofreció la mitad más grande a Shy, quien la miraba como si estuviera loca.

—¿Qué? —preguntó ella.

—No sabía que estaba perdido con una maldita caníbal —dijo él, y miró su porción arrancada.

—Sabía que *tú* no lo ibas a hacer.

—Me estaba preparando —dijo él.

—Sí, claro —ella miró el medio pescado en su mano y dijo—: Sólo hay que imaginarnos que estamos comiendo sushi.

Cuando Shy no respondió de inmediato, volteó a verlo.

—Ah, perdón. Seguro que nunca en la vida has comido sushi, ¿verdad?

—Claro que he comido sushi —mintió Shy.

Los dos comieron haciendo gestos, a veces se sacaban espinas de la boca y las echaban al océano. No sabía a nada más que a hierro tibio y carnoso, pero la idea le daba asco a Shy. Tuvo que obligarse a no vomitarlo de inmediato. Pero lo que se sentía bien era tener algo en el estómago, y pronto se olvidó de masticar y tragó los bocados enteros.

Medio pescado resultó ser muy poca carne, pero su estómago se había encogido tanto que aun así lo satisfizo.

Addie echó la piel escamosa por la borda y se enjuagó las manos en el agua a sus pies. Luego levantó la vista hacia él con una sonrisa plena —la primera que le había visto desde que el barco naufragó.

Él le devolvió la sonrisa y tomó el remo. Cuando caminaba hacia el frente del bote para seguir avanzando, tocó el anillo en su bolsa, quería creer que les traería buena suerte para algo más que la pesca. Quizá también los mantendría con vida.

# 36
# LA CARA DE LA CORRUPCIÓN

En cuanto el sol se empezó a hundir bajo el horizonte, Shy y Addie trastabillaron hasta la sección de ella en el bote, completamente exhaustos, y se sentaron juntos, recargados en el costado. Todavía no hacía frío como para que necesitaran del calor corporal del otro, así que Shy no la abrazó.

—Lo siento; lo de hace rato —dijo Addie.

Shy frunció el ceño como si no supiera de qué hablaba.

—Mi berrinche —dijo ella—. Es sólo que… no quiero que esto sea el fin. Y cuando lo pienso demasiado, empiezo a perderme.

—Estoy igual —dijo Shy—. Sólo que no lo muestro.

Ella movió la cabeza y miró el crepúsculo como si estuviera pensando en algo.

Los dos estuvieron en silencio unos minutos; Addie recargó la cabeza en el costado y cerró los ojos. Shy pensó que habían terminado de hablar por esa noche, pero luego ella chocó su rodilla en la de él y volvió a abrir los ojos.

—Por cierto, he estado pensando en ti y LasoTech —dijo. Honestamente no tiene sentido que estuvieran tan preocupados

por ti; no si lo único que hiciste fue ver a David echarse por la borda.

Ahora fue Shy quien recargó la cabeza en el costado.

—Tendría que ser porque creen que le hice algo, ¿no? Pero ese tipo, Bill, me dijo que sabían que había sido un suicidio.

—Sí, no puede ser por eso —dijo Addie—. Creo que querían averiguar cómo estaba actuando David antes de saltar. O quizá pensaron que te había dicho algo. Algo que pudiera meterlos en problemas.

Shy pensó en eso. Tocó el anillo en su bolsa, trató de recordar la conversación exacta que había tenido con el hombre del peinado de cortinilla. Otra vez. Sus casas para vacacionar. Que era el cofundador de su propio negocio —con el papá de Addie, ahora lo sabía—. Aquello de dime que estoy gordo.

—¿Puedes pensar en algo importante que te haya dicho? —preguntó Addie.

—¿Crees que no lo he intentado? —preguntó Shy.

Ya era bastante malo pensar en estas cosas en el barco, cuando creía que estaría en casa dentro de ocho días y que nunca más tendría que volver a pensar en ello. Pero entonces se le ocurrió algo y volteó a ver a Addie.

—Eso fue algo un poco raro —dijo—. En cierto momento me dijo que yo estaba mirando la cara de la corrupción. ¿Crees que estaría hablando de toda la compañía?

Addie se enderezó.

—Espera, ¿eso te dijo?

—Sí —dijo Shy—. En ese momento pensé que estaba borracho y…

—Pues entonces *claro* que te van a preguntar qué te dijo —interrumpió ella—. Apuesto a que la compañía está haciendo algo ilegal y creyeron que David te había explicado todo. Como si hubiera querido aligerar su conciencia antes de saltar.

—Entiendo lo que dices —dijo Shy—. Lástima que no me haya explicado *nada*.

Addie movió la cabeza.

—Me pregunto qué habrán hecho. ¿Qué habrá hecho mi

*papá*?

Shy miró el sol ocultarse lentamente tras el agua, al poniente de su bote, y llevarse consigo una buena cantidad de luz.

—También dijo que era el que me había traicionado —dijo Shy, y volteó otra vez hacia Addie—. O algo así. Como si me hubiera hecho algo a mí en lo personal. Lo cual no tiene sentido porque nunca en la vida había visto a ese tipo.

Addie se quedó mirando a Shy varios segundos.

—Entonces a lo mejor tiene algo que ver con la gente pobre.

Shy frunció el ceño.

—Sin ofender —dijo ella.

—Sí, de acuerdo —dijo él.

—¿Si le están cobrando a la gente pobre mucho más de lo que debería ser?

—Pero si fabrican equipo para hospitales —dijo Shy—, a la gente directamente no le venden un carajo…

—O, espera —dijo Addie—, tal vez sea algún tipo de fraude de seguros. Te puedes meter en problemas muy serios por una cosa así.

Shy no sabía mucho sobre fraudes de seguros, pero le pareció que Addie pensaba que él provenía de una familia indigente que cenaba lo que encontraban en la basura. En fin. Ya ni siquiera importaba.

—O tal vez en la compañía de tu papá se pusieron paranoicos —dijo.

—Dios —Addie se miró las palmas de las manos—. ¿Y si mi vida entera ha sido robada? Mi casa, mi auto, mi escuela. Imagínate si todo eso se pagó con dinero fraudulento.

Shy advirtió lo difícil que debía resultar para Addie esa conversación. Ella no tenía idea de si su papá estaba vivo o muerto,y ahora estaban hablando de que tal vez fuera un criminal. Estaba a punto de hacer un comentario al respecto cuando, de pronto, Addie se levantó sobre sus rodillas y entornó los ojos, como mirando algo a la distancia.

—¿Qué es? —dijo Shy, también levantándose.

Ella señaló directamente frente al bote.

—Creo que veo algo.

El cuerpo entero de Shy empezó a hormiguear, mientras repasó el horizonte cada vez más oscuro, esperando encontrar tierra. Lo que vio estaba lejos, pero definitivamente no era tierra. Entre más lo miraba, más claro se volvía; el cielo del crepúsculo apenas les daba luz suficiente para ver.

—¿Es un barco? —volteó hacia Addie—. Parece un barco.

—Creo que es un barco —dijo ella, su rostro ahora estaba encendido por la emoción.

Shy se puso de pie y chapoteó hasta el compartimiento de provisiones, donde abrió la puerta de golpe y agarró la pistola de bengalas.

# 37
## EL BARCO

Les quedaban cuatro bengalas. Shy cargó la pistola y se puso de pie. Sabía, por el entrenamiento, que debía disparar la primera directo hacia el cielo, y luego otra, cinco segundos después, para que cualquier rescatista potencial pudiera ubicar el lugar de donde había sido disparada la primera.

Apuntó la pistola al cielo y tiró.

La flama salió disparada sobre sus cabezas, y Shy puso su atención en el barco lejano.

—¡Aquí! —gritó Addison, agitaba los brazos.

Vengan, pensó Shy mientras se apresuraba a cargar la pistola con la segunda bengala. Sin embargo, a la distancia, el barco seguía ahí, flotando.

Apuntó la pistola sobre su cabeza y disparó por segunda vez. Vio la bola resplandeciente de fuego trazar un arco por el cielo oscuro, luego caer al agua, donde se sumergió sin ruido, quizás a unos veinte metros de ellos. Chisporroteó y soltó un poco de humo que se elevó del agua y se alejó flotando.

Y aún nada del barco.

—¿Deberíamos acercarnos a *ellos*? —preguntó Addie. Shy miró al frente. Era imposible que no hubieran oído o visto las dos bengalas. ¿Qué estaban esperando? ¿O era alguien que no quería ayudar? Lanzó una mirada a la pequeña cantidad de agua que les quedaba. No tenían opción. Había que ir.

—Pásame el remo —le dijo a Addie.

Ella lo tomó del suelo, se lo pasó a Shy, y él se apresuró a ir al frente del bote.

Entre más se acercaban, más claro se veía. Definitivamente se estaban acercando a un barco. Pero estaba ahí parado. Él ignoró el mal presentimiento en su estómago y siguió hundiendo el remo en el agua. Cada tanto, Addie le gritaba al bote, para tratar de obtener alguna respuesta; por lo demás se mantuvieron en silencio mientras Shy los impulsaba por el océano, ahora tranquilo.

Pronto lo tenían enfrente.

Era un barco de motor café, como del doble de tamaño que su bote salvavidas. El motor estaba apagado. Un camarote bajo cubierta con ventanas entintadas y escrito en el costado: "Número 220". No había señales que hubiera nadie a bordo.

—Parece abandonado —dijo Addie.

Shy gritó hacia el barco.

—¿Hola? ¿Hay alguien allí?

Nada.

Addie se quitó un mechón de pelo de la cara.

—¿Qué hace un barco abandonado hasta acá?

—Quizá los tsunamis lo arrancaron de su muelle —Shy sacó el remo del agua y dejó que el impulso los acercara al barco de motor—. A lo mejor estamos más cerca de tierra de lo que pensamos.

—Dios —dijo Addie—. Los tsunamis. ¿Y si la isla entera quedó sumergida?

—No vamos a pensar en eso —le dijo Shy, mientras se estiraba para alcanzar el frente del barco de motor para aminorar el impacto. Aun así, el bote salvavidas se estrelló en la proa del barco. Shy agarró la barra metálica que salía del barco de motor

y gritó:

—¿Hola?

Seguía sin haber respuesta.

—¿Vienes? — le preguntó Shy a Addie.

Ella negó con la cabeza.

—Te espero.

Shy alcanzó el tramo de cuerda que había sacado del compartimiento de provisiones y amarró las dos embarcaciones juntas. Luego se paró en el costado del bote salvavidas, se equilibró con cuidado y se impulsó para subir al barco. Caminó por la cubierta totalmente seca, sin tener idea de qué podía esperar. Vio dos chalecos salvavidas vacíos. Una silla plegable tirada. Abrió la caja portaseñuelos que encontró cerca de la escalera. En vez de artefactos para pescar había unos cuantos frascos rotos en la bandeja de arriba, lo cual le pareció extraño. Además olía un poco a humo.

No había nada más arriba, así que bajó los tres empinados escalones, con el corazón batiendo y asomó la cabeza por la puerta abierta del camarote, donde el olor a humo era más fuerte.

—¿Hola? —dijo, pero no respondió nadie. Estaba tan oscuro que apenas podía ver.

Se adentró más en el camarote, usando las manos contra la pared para guiarse, hasta que le llegó el conocido olor de la muerte y se detuvo. Vio una forma grande en el suelo; rápidamente retrocedió y salió del camarote.

Shy estaba a punto de subir otra vez la escalera cuando encontró una lámpara de mano en su funda colgada en la pared. La agarró, la encendió y regresó al camarote, alumbró a dos hombres con bata de laboratorio. Uno de ellos, pelirrojo, estaba tendido en el suelo, de bruces. El otro, un calvo, estaba desplomado contra la pared del fondo.

Shy se tapó la nariz y la boca con la mano izquierda, viendo los charcos de sangre que salían por debajo de los dos hombres. Se quedó paralizado varios segundos antes de obligarse a avanzar y darle un empujoncito al cuerpo en el piso con el pie descalzo

—no sabía por qué, era evidente que ambos estaban muertos.

Echó la luz alrededor de los cuerpos y vio una pistola medio cubierta por un maletín de lona abierto. La sacó con el pie y la observó, sintiéndose increíblemente nervioso. Se había acostumbrado a la muerte en el barco, pero esto era distinto. Esto parecía asesinato.

Usó el pie para voltear el primer cadáver y vio las heridas de bala. Al pelirrojo le habían disparado en el pecho, la pierna y el brazo derecho. Había sangre seca por toda la bata blanca. El otro hombre era mayor y más delgado; tenía un tajo grande a un lado de la cara, como si le hubieran pegado con algo. También parecía tener un disparo en el estómago. Era un espectáculo horrible de sangre y tripas; Shy apartó la luz trató de entender qué demonios había pasado.

Se arrodilló y apuntó la luz hacia el maletín. Había varios paquetes de jeringas, como los que usan para las vacunas contra la gripe, todos estaban cerrados. Un código de algún tipo escrito en cada etiqueta. También había docenas de frascos de pastillas. No tenían nada que ver con las drogas ilegales que había visto en casa. Éstas eran de un hospital o una farmacia. Y recordó que Addie había dicho que su papá trabajaba en la industria médica. Lo cual significaba que debían estar cerca de la isla. Debajo del paquete de jeringas había un sobre negro maltratado con algunos papeles doblados dentro.

Volvió a alumbrar los cuerpos. Los hombres estaban vestidos como doctores o científicos. ¿Pero por qué les habían disparado? ¿Y quién había sido? Shy se levantó y recorrió el resto del camarote con la luz de la linterna. Disparos en la pared. Parte del camarote estaba chamuscado, como si alguien hubiera tratado de incendiar el barco. Pero no había agua por ninguna parte. De algún modo el barco no había sido afectado por los tsunamis.

Finalmente el olor abrumó a Shy y se apresuró a salir a cubierta, donde Addie lo estaba esperando.

—¿Hay alguien dentro? —le preguntó de inmediato.

—Dos tipos —le dijo—. Pero los dos están muertos.

El rostro de ella se llenó de preocupación.

—¿Cómo?

—Creo que les dispararon.

Addie se tapó la boca y empezó a respirar más rápido.

—¿Alguno de ellos es mi papá? —preguntó.

—No —le dijo Shy, moviendo la cabeza—. Si puedo encender el motor tendremos que cambiar de barco, ¿okey? Éste está un poco quemado, pero no parece haber sido afectado por los tsunamis.

Addie asintió.

—¿Estás seguro de que mi papá no está allá abajo?

—Te lo juro —Shy volteó hacia atrás para ver el barco, luego le dijo—: Pero no sé qué demonios pasó. ¿Quién querría matar a unos médicos?

—¿Son médicos?

—Creo que sí —dijo Shy—. O científicos. Mira, déjame revisar todo lo demás y regreso para que nos cambiemos de barco, ¿okey?

Cuando la vio asentir echó a caminar hacia el puente, apuntando la linterna frente a él. Pero no pudo arrancar el motor porque todo el panel de controles había sido acribillado. También el GPS. Y no tenía combustible. ¿A dónde iban estos tipos sin combustible y con un maletín lleno de medicinas? ¿Y quién había abordado para acribillarlos? ¿Y dónde estaba esa persona ahora? Shy sabía que los piratas eran una posibilidad, pero no pensaba que nadie hubiera salido a robar justo después de los tsunamis.

No había agua ni comida en ninguno de los compartimientos para provisiones. Ni siquiera había cuerdas, ni más bengalas.

Shy sopesó las opciones. Si se cambiaban al barco de motor ya no tendrían que dormir con el agua hasta los tobillos. Y el camarote los protegería del sol durante el día. Pero era mucho más pesado y él jamás alcanzaría el agua desde la proa, así que usar el remo quedaba descartado. Si querían seguirse moviendo, tendrían que quedarse en su bote salvavidas destrozado.

Antes de oír la opinión de Addie, volvió al camarote para ver todo por última vez. Apuntó la linterna a los cuerpos, las paredes

chamuscadas. Luego se inclinó y agarró la pistola, abrió el cilindro, vio que quedaban tres balas. La echó al maletín de lona azul y café, luego se lo colgó al hombro y volvió a subir la escalera.

—Todo está tiroteado —le dijo a Addie—. Y no tiene gasolina, ni provisiones. Si nos cambiamos a este barco nos vamos a quedar parados aquí, esperando a ser rescatados. Si nos quedamos en el bote salvavidas, nos podemos seguir moviendo. ¿Qué opinas?

Se miraron un rato, luego Addie dijo:

—¿No deberíamos seguirnos moviendo?

—Yo pienso que sí —le dijo Shy y se bajó a su patético botecito salvavidas y desató el nudo que unía a las dos embarcaciones.

Se sentaron contra el costado en silencio, el brazo de Shy alrededor de los hombros de Addie para darse calor. Shy miró la escasa agua que les quedaba. Y sólo dos bengalas más y una lámpara de mano. Tenían que llegar a tierra mañana, o todo habría terminado. Pensó en los dos hombres muertos que había encontrado en el barco de motor. Alguien de la isla debió haberles disparado. ¿Pero por qué? ¿Y qué decía eso sobre la isla? ¿Y si se habían disparado entre ellos?

Levantó la mirada al cielo, pensando en la pistola en el maletín de lona. ¿Se pondría tan mal la cosa que Addie y él llegaran a considerar esa opción? ¿Usar las balas para poner fin a su sufrimiento? Tocó el anillo en su bolsa, mientras pensaba en eso.

Era una noche negra y estrellada que parecía extenderse al infinito, hasta la costa arruinada de California. Trató de imaginar todas las vidas que se habían perdido. Todas las familias destrozadas, las propiedades destruidas.

Creer que dos chicos en un bote tenían algún significado especial era un cuento de hadas.

Shy oyó cómo cambiaba la respiración de Addie cuando se fue quedando dormida, y vio el barco de motor alejarse de ellos hacia la oscuridad, hasta que no era más que una sombra en la

noche, luego nada, y siguió mirando.

# Día 6

# 38
# EL TEMA DEL AMOR

La mañana siguiente, el agua dentro del bote salvavidas había subido varios centímetros. Shy se levantó trastabillando y miró alrededor del bote, trataba de entender lo ocurrido. Encontró una cuarteadura grande y zigzagueante en el agujero que había reparado. Debió haber sucedido cuando las dos embarcaciones chocaron.

Addie y él achicaron agua todo lo que pudieron, luego él volvió a parchar la grieta, y rezó para que pegara. Luego se puso a remar otra vez por el océano, concentrado en el sol que subía lentamente por el cielo y calentaba sus brazos y piernas rígidos.

Demasiado pronto estaba otra vez en lo alto, pegándoles duro. Se puso la camiseta en la cabeza para protegerse, pero esta vez se volvió a poner el chaleco salvavidas sobre el pecho desnudo. Tenía los labios partidos y espasmos en el estómago. Llagas y ampollas subían y bajaban por sus piernas, bajo sus jeans, y en la parte superior de los pies. Estaba tan débil que apenas si lograba impulsar el bote, y la mente le empezaba a fallar. Miró hacia el océano destellante con pocas esperanzas de encontrar tierra,

consciente de que los dos tiburones habían regresado. Como si presintieran que todo iba a terminar.

Addie pescaba en silencio en la parte trasera del bote, con la lona sobre la cabeza para protegerse del sol. Un pensamiento acosaba la cabeza de Shy insistentemente: era extraño que los dos hubieran acabado juntos. Eran de mundos opuestos. En la vida real no hubieran sido amigos en un millón de años, pero aquí, perdidos, sólo se tenían uno al otro.

Un rato después, Addie se acercó a pescar junto a Shy.

Dijo que cuando había demasiado silencio su mente se quedaba atorada pensando lo peor y le daban pequeños ataques de pánico.

—Así que, ¿puedes sólo hablarme?

—¿De qué? —preguntó Shy.

—Cuéntame de tu escuela. O por qué te dicen Shy. De veras, no importa.

Él se encogió de hombros. Addie jamás iba a pescar nada de este lado del bote, con el anzuelo tan cerca del remo en movimiento; eso asustaría a cualquier pez. Pero no dijo nada. Él también se sentía mejor cuando estaban hablando.

—Mi padre me decía Shy cuando era pequeño —le contó—. Y se me quedó.

—¿Pero por qué? *Shy* es *tímido* en inglés. ¿Eras un niño muy callado o algo así?

—No que yo sepa —mientras Shy impulsaba el remo débilmente en el agua, pensó en todas las veces que le habían preguntado sobre su nombre. Por lo general, inventaba tonterías por aburrimiento. Una historia diferente para cada persona. Pero aquí, en este bote destrozado con Addie, no le parecía correcto inventar cosas.

—Según mi mamá —le dijo Shy—, cada que me caía o tiraba algo, mi papá se ponía a maldecir en inglés y acababa diciendo "*this kid doesn't know shit from Shinola*", "este niño no distingue entre la mierda y la Shinola". Supongo que pasaba muy seguido, así que me empezó a decir Shinola. Cuando empecé a ir a la escuela, él ya lo había acortado a Shy. Y todos le siguieron la

corriente, supongo.

Addie se veía horrorizada.

—¿Y qué es Shinola?

—Una vieja marca de cera para pisos. La frase básicamente quiere decir: “No sabes nada”.

Addie movió la cabeza, mirándolo.

—Es casi la historia más triste que he oído en mi vida.

—No, así es él. Se la pasa molestando —Shy se preguntó qué diría ella si le contaba lo demás. Lo del maltrato y la razón por la que finalmente se fue—. De cualquier manera, quién sabe por qué hay apodos que se quedan y otros no.

También hablaron de un montón de cosas más. La amiga de Addie en casa que fue atropellada por un conductor ebrio. Su colegio privado en Santa Mónica, donde las celebridades iban todas las tardes a recoger a sus hijos. El Lexus que le habían dado, al principio del verano, por mantener un buen promedio. Shy habló de su temporada de basquetbol, lo unida que era su familia y lo feo que se puso todo cuando su abuela falleció por el mal de Romero.

Era como si se estuvieran conociendo mientras aún les quedaba tiempo. Y Shy se dio cuenta de que quizás Addie tenía algo más de lo que él había pensado inicialmente. Quizás eso pasara con cualquiera con quien te sentaras a conversar de verdad.

Después de un rato divagaron hacia el tema del amor. Addie le contó sobre las dos relaciones que había tenido hasta ahora, pero dijo que ninguna había sido seria.

—Con los dos chicos —dijo ella—, ni siquiera terminamos. Dejamos de mandarnos textos y de hablar por teléfono, y ya. Qué raro, ¿no?

Shy siguió dándole al remo mientras lanzó una mirada hacia Addie.

—¿Entonces nunca te has enamorado?

Ella negó con la cabeza.

—No creo. Es complicado. ¿Porque cómo lo sabes, si no tienes cómo compararlo?

—Yo creo que lo sabes y ya —dijo él.

—Bueno, ¿y tú? —Addie lo miró fijamente varios segundos—. ¿Estás enamorado de esa chica con la que trabajas?

—¿Quién?, ¿Carmen? —Shy estaba impresionado de que Addie supiera quién era Carmen.

—¿Cómo voy a saber su nombre? —dijo Addie—. La chica con la que te vi hablando junto a la alberca, antes de que nos dieras las cosas para jugar ping pong —Addie se quitó el cabello de la cara—. Es bonita.

—Está bien —dijo Shy—. Pero sólo somos amigos. Crecimos en el mismo tipo de vecindario.

—¿Estás seguro? —dijo Addie—. Yo vi cómo la mirabas. Era como si estuvieras babeando, estoy bastante segura.

Shy frunció el ceño y movió la cabeza.

—En realidad estábamos discutiendo cuando nos viste —una extraña sensación se apoderó de él. Estaba aquí, muerto de hambre y deshidratado, más débil que nunca en su vida y se preocupaba por ser desleal. Como si estuviera mal siquiera hablar de Carmen con alguien más.

—Entonces ninguno de los dos nos hemos enamorado —dijo Addie—. Qué triste, ¿no? ¿Y si ya nunca tenemos la oportunidad?

—No puedes pensar así —le dijo Shy, aunque él estaba pensando exactamente lo mismo.

Addie se encogió de hombros y miró sobre el costado del bote hacia su sedal. Después de un minuto o algo así, dijo:

—Sólo hay una cosa más triste.

—¿Sí? ¿Qué?

—La historia de tu estúpido apodo —dijo ella con una pequeña sonrisa burlona.

Shy volteó a verla, estupefacto.

—¿De veras? Porque tampoco sé si “Addie” sea el nombre más dulce del mundo.

Ella lo miró con disgusto y luego ambos empezaron a reír. Fuerte. Como si su pequeño intercambio hubiera sido diez veces más gracioso que cualquier cosa que hubieran oído en la vida. Él

sacó el remo del agua, se arrodilló y se dejó llevar. Porque se sentía bien reírse. Por mucho que le dolieran las costillas.

Pero después de un rato, la risa de Addie cambió.

Su rostro se arrugó y Shy vio que lloraba en silencio. Volvió a sumir el remo en el océano y mantuvo la vista fija al frente, para que ella no pensara que la estaba viendo.

# 39
# LAS ÚLTIMAS DOS BENGALAS

El sol empezó a declinar y Shy ahora estaba en el otro extremo del bote. Pero Addie aún quería hablar.

—Cuéntame más de tu abuela —le gritó a Shy desde el frente del bote.

—¿Mi abuela?

Addie sacó el remo del agua y volteó a verlo.

—Es que oí que el mal de Romero era sólo un invento de los medios para asustar a la gente.

Shy volvió a lanzar el sedal con el último anzuelo, tratando de no encabronarse por su ignorancia.

—No parecía un invento cuando los ojos se le llenaron de sangre y se empezó a arrancar la piel. Ni cuando se murió a los dos días.

—No era mi intención… —Addie bajó la mirada hacia el remo que traía en las manos—. Dios, ¿eso fue lo que pasó? Lo siento.

—¿Quién te dijo que era un invento?

Addie se volvió otra vez hacia el océano y volvió a clavar el

remo en el agua.

—Mi papá. Y pensé que él sabría, pues el último par de años pasó un montón de tiempo en México. Allí es donde empezó, ¿no?

Shy deseaba poder decirle la verdad a Addie. Que su papá era un idiota. Pero no parecía correcto ahora que estaba desaparecido, así que le contó lo que sabía sobre el mal de Romero. Ella tenía razón, había empezado en México y luego había cruzado a las ciudades fronterizas de Estados Unidos, como la suya. Enumeró todos los síntomas que tuvo su abuela, explicó lo rápido que se había agravado su situación y lo alterada que quedó toda su familia cuando murió por deshidratación. También, por primera vez, le dijo a Addie que ahora su sobrino también lo padecía.

—Lo siento mucho —masculló ella.

Los dos quedaron en silencio un rato, luego ella carraspeó y agregó:

—No entiendo por qué me mentiría. No soy una niña ingenua que tenga que proteger de la realidad.

Unos minutos después, Shy sintió un fuerte jalón en el sedal. Se asomó sobre el costado dentado del bote y vio un pez pálido, tres veces más grande que el primero, que luchaba por zafarse del anzuelo.

Enredó el sedal varias veces alrededor de su mano, ahora cubierta con su camiseta; su corazón se aceleró por la emoción y apoyó el pie contra la base del bote.

Ahora Addie estaba a su lado, viendo el pez que forcejeaba.

—¡Ve qué grande es! —gritó.

Shy le dio otro tirón al sedal, y se enredó el sobrante en la muñeca. Hizo esto varias veces, lo más rápido que pudo, viendo que el pez se acercaba más y más a la superficie. Pero después, de reojo, vio movimiento: uno de los tiburones iba disparado hacia el pez.

—¡Shy! —gritó Addie, que se agachó y salió de su campo visual.

Parecía que el tiburón se preparaba para lanzarse contra el

bote. Pero el pez ya estaba a pocos metros de la superficie y Shy siguió tirando. No pensaba perder ese pez de ninguna manera.

En el último segundo, el tiburón abrió sus enormes fauces y los ojos de Shy se clavaron en las hileras de filosos dientes antes de voltear, aún tirando del pez, pero preparándose para el impacto.

El tiburón se estrelló de lleno en el costado del bote y por poco lo vuelca. Shy cayó de espaldas, miró el sedal trozado aún enredado alrededor de su mano y su muñeca, cubiertas con su camiseta. El tiburón no sólo les quitó el pez, se llevó su último anzuelo.

Cuando volvió a levantar la vista, vio a Addie asomada sobre el costado del bote, apuntándole al tiburón con la pistola de bengalas. Shy se puso de pie rápidamente justo cuando disparaba, una bola de luz entró en el agua, donde pronto chisporroteó y se apagó.

—¡Qué haces! —le gritó.

Pero ella ya estaba cargando la segunda bengala y apuntando la pistola al agua. Shy la alcanzó justo cuando jalaba el gatillo y lo único que logró fue cambiar la dirección de la bengala. En vez de clavarse en el agua, hacia el tiburón, salió hacia arriba, y los dos se quedaron parados viendo el arco que trazó en el cielo que oscurecía, para caer inútilmente en la superficie del océano a menos de cincuenta metros.

Addie cayó de rodillas, sollozando.

—¡Ya no puedo más! —gritó—. ¡Sólo quiero que esto acabe!

—Todo está bien —dijo Shy, arrodillándose junto a ella—. Pensaremos en algo, Addie. Te lo juro.

Pero ambos sabían que no había nada más que pensar. Sin pescado. Ni anzuelos. Ni bengalas. Ni fuerzas. Con casi nada de agua.

—Todo está bien —repetía él una y otra vez.

Incluso cuando vio que el agua se colaba, una vez más, por una cuarteadura en el parche —debido al impacto del tiburón—. O cuando se dio cuenta de que el remo ya no estaba en el bote, sino flotando en la superficie del océano, en algún lado.

Aun entonces.
Le repetía estas palabras a Addie.
—Todo está bien.
—Todo está bien.

# 40
# LAS VENAS DE LA TIERRA

La oscuridad pronto se apoderó del cielo y una luna casi llena salió en lo alto. Shy y Addie estaban otra vez contra el costado del barco, acurrucados juntos, en silencio. Shy estaba tan débil que hasta respirar era un esfuerzo. Sus pensamientos eran lejanos y nebulosos. Lo único que entendía al mirar fijamente la luna era que iban a morir.

Una vez que aceptó ese hecho se le quitó un peso de encima. Porque así era como funcionaba todo. Los susurros del océano; los terremotos y los incendios; el barco hundido; la gente que se echó por la borda y murió; la gente nueva que nace. Algunos tienen la suerte de obtener un papel que representar, pero cuando ese papel termina, el mundo no se acaba, sigue girando igual que antes.

Shy metió la mano al bolsillo y tocó el anillo del petrolero, que le dijo lo que debía hacer.

Se levantó con trabajo, chapoteó hasta el otro extremo del bote y tomó la garrafa de agua. La levantó a la luz de la luna, vio lo poquito que quedaba, luego regresó con Addie y la destapó.

Se la tendió, queriendo decir con esto que se la terminarían para acabar de una vez, y ella pareció entender.

Pero antes de llevársela a los labios, ella extendió su mano buscando la de él y entrelazó los dedos con los suyos —no haciendo una prueba, sino de verdad.

Dio un sorbo y se la devolvió a Shy, quien también bebió. Hicieron esto dos veces más y se terminó el agua.

Él echó la garrafa vacía cerca de sus pies y siguió sosteniendo la mano de ella, mientras ambos le cerraban los ojos a la noche; Shy se quedó sentado preguntándose qué sería lo próximo que vería, si acaso volvía a ver algo.

El tiempo le pasó por enfrente con una bandeja llena de recuerdos. Echaba hojuelas de comida en la burbujeante pecera del desordenado cuarto que compartía con Miguel. El callejón detrás de su edificio, donde volteaba una cubeta y se sentaba a pensar. Sacaba libros de su casillero, mientras María despotricaba sobre alguna chica que la había hecho encabronar. Y, finalmente, pudo recordar las caras de su familia, hasta la de su papá.

Luego recordó un juego de basquetbol, llevado a cabo hacía dos años, que se resolvió en los últimos segundos. Le pasaron el balón y él corrió por la cancha, rodeó una barrera driblando y disparó sobre los brazos en alto de dos defensas. El tiempo corrió más lento mientras el balón trazó un arco por el aire; la mirada de todos fija en su trayectoria, eso decidiría el partido. Los réferis volteando hacia arriba, con el silbato en la boca. Los jugadores de las dos bancas de pie. Los entrenadores conteniéndolos.

Cuando el balón encontró el fondo de la red, el gimnasio entero estalló: todos en su equipo se pusieron a saltar, lo abrazaron y gritaron su nombre. Era la primera y única vez que había ganado un juego con un tiro. Después de unos segundos, se apartó de la celebración para buscar a su mamá en las gradas. La vio sentada hasta arriba, ella sola, agitando los brazos y muy orgullosa de él.

Quizás ése fuera el momento, pensó Shy, mientras su mente flotaba muy por encima del bote, en este otro tiempo y lugar.

Quizás ésa fuera la razón de que estuviera aquí. Tal vez había gente que, al final, deseaba mirar hacia atrás y sentir que había dejado alguna clase de legado en el mundo. Como tener hijos. O hacer una película. O inventar algo que les dejó mucho dinero. O querían sentir que alguna vez habían hecho algo heroico. Pero Shy decidió que era feliz con sólo saber que hizo que su mamá se sintiera orgullosa.

Los ojos de Shy seguían cerrados, sus pensamientos regresaban a la fría sensación del agua de mar que subía lentamente por sus piernas, hasta su regazo, cuando sintió el aliento de Addie contra su oído.

—Sólo para que sepas —murmuró ella—. Creo que te iba a amar, Shy —él trató de voltear a verla pero ella lo detuvo con las manos—. Por favor no me respondas nada.

No respondió pero el corazón se le agrandó silenciosamente en el pecho. Por sus palabras. Y la sensación de sus dedos entrelazados. Y porque ahora entendía la suerte de haber podido experimentar una vida en este mundo. Jamás podría usar una bala contra sí mismo. Ni Addie. El mundo tendría que llevárselos a la antigua, si eso quería. Y mientras su mente se seguía alejando de su cuerpo, tuvo una comprensión final. El propio mundo también estaba vivo. Giraba a tu alrededor e iba tan rápido que nunca podías verlo ni oírlo, pero, al mismo tiempo, iba lento, como un árbol creciendo en un parque. Y todos los sonidos que oías —el viento que te rozaba las orejas, los susurros del océano y el suave golpeteo de las olas de cresta blanca contra tu bote—, eran la sangre de la tierra bombeando por venas imperceptibles, y algunas de esas venas no eran más que gente como Shy, o Carmen, o Addie.

Cuando llegó el final, olía al rocío de la mañana y agua salada, y todo lo que te rodeaba se transformó en un hombre, y ese hombre te echó la luz de una linterna a los ojos, se arrodilló a tu lado para acariciarte el pelo y decir: *Se va a poner bien, joven. Ahora venga.*

Y te levantó en sus brazos y te llevó cargando como un niño a una cueva escondida, donde regresarías al fértil barro de la

Tierra del cual saliste y donde pertenecerías para siempre.

# Día 7

# 41
## LA ISLA JONES

Shy abrió un poco los ojos.

Se encontró con Limpiabotas sobre él, acercándole una jeringa al hombro derecho.

Shy se dio vuelta y trató de apartarse pero Limpiabotas era sorprendentemente fuerte.

—Ya, tranquilo —le dijo el hombre a Shy, apartando la aguja —. Son sólo vitaminas que va a necesitar en la isla. Confíe en mí.

—¿Qué vitaminas? —los ojos de Shy lanzaban miradas de un lado a otro, asimilando todo. Había llegado el final. Sin embargo estaba aquí, mirando en torno, en un camarote que le resultaba familiar. Vivo. El anillo del petrolero a salvo en su bolsillo. Por encima del hombro de Limpiaboas, Shy vio a Addie de pie contra la pared, frotándose el brazo.

—¿Va a dejar de pelear? —preguntó Limpiabotas.

—Está bien, Shy —dijo Addie—. Él nos salvó.

Shy cruzó su mirada con la del hombre. Pelo canoso alborotado y trencitas en la barba. Cara curtida. Shy de ninguna manera iba a dejar que un Limpiabotas lo pinchara con una

aguja. Pero tenía la mente tan nublada que no podía pensar claro.

Limpiabotas bajó la jeringa lentamente hasta el hombro de Shy, la aguja atravesó su piel, el líquido fresco entró en él. En vez de resistirse, Shy volvió a mirar a su alrededor. Era un camarote idéntico a aquél donde encontró a los doctores muertos. Pero ahora no había médicos en el piso. Ni manchas de sangre. La única cosa que reconoció fue el maletín de lona que él había encontrado; estaba abierto. De uno de los paquetes faltaban dos jeringas. La inyección que le estaban poniendo era de la maleta que él mismo había encontrado.

En cuanto Limpiabotas se apartó, Shy se levantó del delgado colchón y corrió hasta el bote de basura para vomitar. Los ojos se le saltaban por la presión, tenía los labios partidos y sangrando. Lo impactó ver cuánto le salía.

Addie le puso una mano en la espalda a Shy.

—Vio las bengalas —le dijo, sus ojos llenos de lágrimas—. Y nos encontró. Ya nos rescataron, Shy.

La expresión de su rostro le decía que era verdad.

Habían sobrevivido.

Cuando terminaron de subir la escalera, Shy vio la isla y eso le quitó el aliento.

Vio un buque. Grande, capaz de llevarlos a casa.

La emoción lo sobrecogió de tal manera que se dejó caer de rodillas, conteniendo sus lágrimas.

Addie se arrodilló a su lado y le ofreció un plátano.

—¿Lo puedes creer? —preguntó ella.

—Te dije que íbamos a estar bien —dijo él débilmente, mientras quitaba la cáscara—. ¿No te lo dije?

—Sí, me lo dijiste —se secó con el dorso de la mano las mejillas húmedas.

Los dos devoraron sus plátanos; Shy echó su cáscara en la basura y miró alrededor. Este barco no estaba acribillado. Y en el costado tenía escrito “320” en vez de “220”.

—¿De dónde sacaste este barco? —le preguntó a Limpiabotas, que estaba ocupado navegando hacia la orilla.

—Estaba atracado dentro de una cueva al otro lado de la isla —respondió Limpiabotas. Pateó la hielera junto a sus pies—. Aquí hay más comida. Se han de estar muriendo de hambre.

Shy se impulsó para levantarse otra vez.

—Encontramos uno exactamente igual —dijo—. Sólo que estaba quemado. Ahí, flotando.

Limpiabotas asintió.

—Allí encontré el maletín —Shy buscó alguna reacción de Limpiabotas, por lo de la pistola y los cuerpos, pero no hubo nada—. También encontré a dos personas muertas.

Ahora Limpiabotas volteó a mirarlo. Shy podía ver en los ojos del hombre que aquello no le sorprendía. Y por un segundo se preguntó si Limpiabotas habría tenido algo que ver con los asesinatos. Pero entonces, ¿no se habría llevado el maletín?

—¿Cómo supiste lo que había en el maletín? —preguntó Addie, frotándose el brazo otra vez.

—Porque se lo llevaron de la isla —dijo Limpiabotas, aún mirando a Shy—. Hubo una pequeña discusión sobre qué hacer con él.

—¿Qué está pasando allá? —preguntó Addie—. ¿Todo está bien?

Limpiabotas volteó a verla.

—Supongo que es más seguro que estar a la deriva.

—Eso es verdad.

—¿Quién más está? —dijo Shy, pensando en Carmen, Rodney y Kevin. Y todos los demás. Pero, sobre todo, en Carmen—. Sobrevivió más gente, ¿no?

—Somos unos ochenta —dijo Limpiabotas—. Se están quedando en ese hotel que se ve en el cerro.

—¿Está mi papá? —preguntó Addie—. Es alto y canoso.

—Espero que sí —dijo Limpiabotas—. Hay más de uno con esa descripción.

Shy volvió a mirar hacia la orilla. La isla tenía hermosos acantilados verdes. Un edificio grande en la cima, desde donde dominaba el océano, obviamente era el hotel.

—¿Y cómo nos encontraste? —preguntó él, volviéndose hacia

Limpiabotas.

—Como dijo la señorita. Vi una bengala elevarse casi al anochecer. Hace tres días que salgo a buscar gente. Pero ustedes dos son los únicos con los que he regresado.

—¿Por qué no recuerdo? —dijo Shy.

—Ya estaba medio muerto —Limpiabotas soltó el acelerador y dejó que el barco siguiera con el impulso—. Pero yo tenía un presentimiento sobre usted, joven. Sabía que, de alguna manera, no había llegado su fin.

Shy tuvo una sensación rara al mirar a Limpiabotas. Como si el tipo de veras lo estuviera cuidando. Ya desde el barco lo había sentido. ¿Pero por qué?

Volteó otra vez hacia el hotel en el acantilado. Era azul y blanco, flanqueado por filas tupidas de palmeras; fácilmente era el edificio más grande de ahí. La isla en sí parecía tener el ancho de unos cuantos estadios de futbol americano. La envolvían frondosos acantilados, el océano llegaba directo hasta ellos excepto en una sección cubierta de pasto, que era a donde se dirigían. Shy vio cuatro botes salvavidas Paradise alineados en la orilla. Al lado había un bote de vela grande, caído sobre las rocas con la vela rota ondeando al viento. Vio que en el buque había un helicóptero.

—¿De quién es ese barco?

—Llegaron hace dos días —dijo Limpiabotas—. Se presentaron como un equipo de investigación científica. Eran como una docena, más o menos.

Addie caminó hasta el barandal.

—Nos van a llevar a casa, ¿verdad?

Shy vio a Limpiabotas observar el buque largo rato antes de responder.

—Eso nos prometieron.

—¿Hay teléfono en el hotel? —preguntó Shy—. ¿Podemos llamar a casa?

—No hay electricidad. Y todos los teléfonos satelitales que hemos encontrado están muertos. Hemos estado buscando generadores portátiles.

—¿Y los radios? —dijo Shy—. ¿Alguien sabe siquiera que estamos aquí?

—Los científicos dicen que ya alertaron a las autoridades sobre nosotros.

Shy volteó a ver el maletín de lona cerca de Limpiabotas.

—Entonces, ¿quiénes eran esos médicos que encontré en el barco? —preguntó—. ¿Por qué nos pusiste las vitaminas del maletín? ¿Por qué iba a ser necesaria una inyección?

Limpiabotas levantó una mano, interrumpiendo a Shy.

—Ya habrá tiempo de sobra para las preguntas, joven. Pero qué les parece si primero llegamos a tierra —apagó el motor y soltó el ancla.

Estaban directamente frente de un largo prado que parecía ser parte de un campo de golf.

—No puedo acercar mucho el barco porque el muelle está sumergido —dijo Limpiabotas—. Ocurre lo mismo con la pista de aterrizaje para avionetas.

Addie tocó a Shy en el brazo y señaló la isla.

—Él cree que es sólo una cuarta parte de lo que era antes de los tsunamis.

—Conforme baja el nivel del agua —dijo Limpiabotas—, vamos averiguando más y más acerca de este lugar. Ahora, ¿los dos se sienten con fuerzas para nadar un tramo?

Shy y Addie asintieron.

Limpiabotas bajó otra vez la escalera hacia el camarote. Salió con su libreta envuelta en plástico, la metió en el maletín de lona con medicinas y se lo colgó al hombro.

—¿Le parece bien si por ahora lo cargo yo? —le preguntó Limpiabotas a Shy.

—Quédeselo —dijo Shy, refiriéndose también a la pistola.

Limpiabotas asintió. Cuando los tres se acercaron al costado del barco, dijo:

—Antes de que pongan un pie en la isla, hay otra cosa que necesito que sepan.

Shy volteó a ver el agua. Era tan transparente que podía ver el fondo. No había tiburones. Pero en vez de arena o arrecife, vio lo

que parecía una angosta carretera pavimentada. Un cobertizo. Parte de la isla *de veras* estaba sumergida.

—Algunos de los que lograron llegar aquí… —Limpiabotas hizo una pausa—. Bueno, no están muy bien.

—¿A qué se refiere? —preguntó Addie.

Por el rostro de Limpiabotas, Shy podía ver que era algo malo.

Limpiabotas movió la cabeza.

—Nadie sabe exactamente. Por el momento los tienen separados de los demás. El médico podrá decirles más.

Shy también podía ver que Limpiabotas estaba ocultando algo. Quizás algo acerca de las jeringas en el maletín de lona. O de la pistola. O de la gente que no estaba bien.

El hombre volteó y miró a Shy directo a los ojos, como si advirtiera todas sus interrogantes.

—Lo importante es esto. Yo nunca les di vitaminas, ¿entendido?

—¿Por qué no?

—Y ustedes nunca vieron esta maleta que traigo —le dio una palmada al maletín de lona que colgaba de su hombro—. Es importante que esto quede entre nosotros tres, ¿me oyeron?

Shy y Addie se miraron. Pero antes de que Shy pudiera decir algo más, Limpiabotas les dijo:

—Sé que ahora todo esto les parece confuso. Pero créanme, entre menos sepan, mejor. Ahora vengan —se volvió otra vez hacia el agua y se lanzó.

# 42
## TIERRA FIRME

Addie se echó al agua de pie y con el chaleco salvavidas puesto, su cabello rubio se abrió en mechones sobre la superficie. Shy se quitó el chaleco y lo tiró al piso. Estaba débil, pero no le importaba. La orilla estaba cerca. Y se sintió libre cuando saltó del barco, el golpe fresco del agua de mar envolvió su cuerpo rápidamente, y lo regresó a la vida. Por unos cuantos surrealistas segundos su cabeza estuvo bajo el agua, sus pies patalearon algunos metros por encima del fondo de pasto, luego subió nadando y su cara atravesó la superficie.

Él y Addie se miraron, sonriendo; Shy recordó lo último que ella le había dicho en el bote salvavidas, eso de que iba a amarlo. Se preguntó si lo habría dicho porque creía que iba a morir, o porque de veras lo sentía. ¿Y qué pensaba *él* de eso?

Shy estiró el brazo bajo el agua y apretó la rodilla de Addie sobre los jeans. Era lo más que podía hacer para responder a lo que ella había dicho. Addie sonrió, se lanzó hacia el frente y echó a nadar hacia la orilla.

Antes de nadar tras ella, Shy echó un vistazo al barco que

acababa de salvarles la vida. Luego miró más allá del barco, al océano inmenso y resplandeciente. Horas antes estaban perdidos en él. Dados por muertos. Pero ahora estaban aquí, a menos de veinte metros de tierra.

Sintió que su cuerpo entero volvía a la vida cuando echó a nadar tras Addie.

Shy fue el último en salir a la orilla.

Subió por el pasto recortado con piernas temblorosas y se dejó caer cerca de Addie, donde los dos miraron a su alrededor en silencio.

Estaban en lo que había sido un campo de golf —ahora la mayor parte se encontraba sumergida—. El buque de investigación con el helicóptero estaba a unos sesenta metros mar adentro y Shy vio a un par de personas caminando en la cubierta superior. Volteó a ver la isla. Una escalera de piedra de aspecto antiguo subía zigzagueando por el acantilado. Un cable grueso salía del agua, subía hasta llegar al hotel, donde colgaba una elegante cabina de teleférico estacionada. Los acantilados eran de un verde intenso, tupidos de árboles y arbustos. Varias gaviotas pasaron volando bajo, graznaban y se perseguían unas a otras.

Era como si hubieran desembarcado en el paraíso. Shy puso ambas manos en el suelo, asombrado de estar nuevamente en tierra firme. Contempló el velero averiado a su izquierda. Ahora podía ver que tenía hendeduras en el costado y que el mástil que sostenía la vela desgarrada estaba torcido. Imposible que esa cosa volviera a navegar. Era un gran recordatorio del daño que habían causado las olas.

—Eso fue lo fácil —les gritó Limpiabotas—. Todavía nos faltan 465 escalones. Ya los conté.

—Es tan extraño —Addie le dijo a Shy—. Dentro de unos minutos sabré si sigue vivo.

Él asintió.

—Aunque haya hecho cosas malas —dijo ella—, sigue siendo

mi papá, ¿sabes?

—Entiendo —Shy luchó por ponerse de pie. Pero en ese momento no quería pensar en el papá de Addie. Ni en las cosas turbias que quizás estuviera haciendo. Como lo de la foto que Addie se encontró en su camarote. Las piernas le flaqueaban de una manera increíble. Apenas si podía caminar. En ese momento, en lo único que Shy quería pensar era en el hecho de estar vivo. Y en tierra firme.

Addie levantó la vista hacia Shy.

—No sé si voy a poder con la escalera. Estoy muy débil.

—Apuesto a que arriba hay agua y comida —le dijo Shy—. Y una cama —ayudó a Addie a pararse, pensaba en lo cercano que se sentía ahora a ella. Habían sobrevivido juntos. Y eso era algo que nadie les podría quitar nunca. Pero también sabía que las mariposas que le inundaban el estómago eran por otra cosa. Lo cual lo hizo sentir como un mal tipo.

Cuando subía la escalera, al lado de Addie, siguiendo a Limpiabotas, Shy recordó el cabello oscuro y los ojos cafés de Carmen. Trató de detenerse, pero no podía. Recordó cómo ella salió al corredor, afuera de su camarote, con vino, cuando él no podía dormir. Todas las conversaciones que tuvieron temprano en la mañana, en la Cubierta Lido, cuando ella pasó con su café.

*Vamos, Carmen*, pensó mientras cerraba los ojos y tocaba el anillo en su bolsa.

*Tienes que estar allá arriba.*

*Por favor, te tengo que ver allá arriba.*

Limpiabotas se detuvo cuando se acercaban al final de la escalera. Lanzó una mirada hacia el hotel, luego volteó a ver a los hombres en el buque de investigación. Sacó su libreta del maletín de lona, ocultó el maletín con la pistola y las jeringas entre los tupidos arbustos que llegaban hasta la escalera y siguió adelante.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Shy, miró la maltratada libreta de piel en la mano de Limpiabotas.

—Sabemos que el mundo ha cambiado —respondió Limpiabotas—, pero no sabemos de qué manera.

Shy y Addie se miraron, confundidos.

—No entiendo —dijo Shy.

Limpiabotas movió la cabeza y apuntó hacia el hotel.

—Hay muchos cuartos vacíos. Todas las puertas están abiertas, la llave está adentro, en el escritorio. Cuando escojan un cuarto le pueden echar llave. Hay agua y comida en el restaurante de atrás. Ropa extra en el lobby.

—¿Tú no vienes? —dijo Shy.

—Tengo que ir a revisar algo al otro lado —dijo Limpiabotas —. Pregunten por Christian, el médico que les conté. Él les dirá cualquier otra cosa que necesiten saber.

Después de ver a Limpiabotas desaparecer detrás del hotel, Addie se volvió hacia Shy.

—¿Entonces lo conoces?

—¿A Limpiabotas? Más o menos —Shy volteó hacia el hotel —. También conozco un poco a Christian. Salimos en la misma balsa salvavidas —Shy recordaba haber estado junto a Christian cuando la ola gigante rugía hacia ellos. Se sacudió el recuerdo de la cabeza y se preguntó si adentro encontraría a Kevin, Marcus y Paolo.

—No entiendo por qué tanto secreto —dijo Addie. Se acuclilló y puso la mano en el suelo.

—Yo tampoco —Shy seguía viendo el hotel que tenía unos doce pisos, con ventanales y balcones. Volteó hacia Addie, que ahora se frotaba las sienes—. ¿Estás bien?

Ella asintió.

—Sólo un poco mareada. Subir hasta acá agotó todas mis fuerzas. Creo que me tengo que acostar o algo.

—¿Puedes llegar adentro? Seguro que podemos encontrarte un lugar mejor.

Addie asintió y Shy la ayudó a ponerse de pie.

Juntos cruzaron por el pasto encharcado, empujaron las puertas del hotel y entraron al lobby.

—Caray, mira este lugar —dijo Shy. Le recordaba el atrio del barco, sólo que diez veces más grande. Altos techos con cúpulas y candelabros enormes. Cuadros gigantes enmarcados en cada

pared. Gruesas columnas talladas. Sofás de aspecto antiguo. Piso de mármol y una escalera que subía en círculo al siguiente nivel. Shy se preguntó si esas escaleras de mármol lo llevarían a una habitación donde encontraría a Carmen.

—Sabía que aquí tenían un hotel —dijo Addie—, pero nunca imaginé que fuera así.

—¿Aquí se queda la gente de la compañía de tu papá? —preguntó Shy.

—Y los doctores que invitan a vacacionar. Mi mamá me dijo que es una de las formas en que consiguen que la gente invierta en sus productos.

Los dos voltearon cuando oyeron gente caminando por el piso de mármol. Era Christian con dos hombres que Shy no reconocía.

Christian se detuvo de pronto.

—¿Shy? ¿Eres tú?

Shy asintió, sorprendido de lo emotivo que le resultaba ver a alguien que había estado con él en la balsa.

—¡Por Dios, hombre! ¡Qué gusto verte! —Christian cruzó el lobby rápidamente hacia ellos, le dio a Shy un breve abrazo y también abrazó a Addie—. ¿Cómo llegaron hasta aquí? Pensamos que nadie más había sobrevivido.

—Nos encontró Limpiabotas —le dijo Shy—. A media noche. Creíamos que todo había terminado.

—Limpiabotas. Claro, hombre. Gracias a Dios que los dos están bien.

—Están mejor que bien —dijo uno de los hombres, y dio un paso al frente. Tenía la barba larga y oscura, y grandes entradas —. ¿Qué les parece si les digo que se van a ir a casa, esta misma noche?

—¿Hoy? —dijo Shy—. ¿En serio?

—Así es —dijo el hombre más bajo. Llevaba una camisa hawaiana, shorts caqui y chancletas—. Zarparemos en cuanto se ponga el sol.

El hombre de barba sonrió y le tendió la mano a Shy.

—Yo soy Greg Walker, y estoy a cargo de la expedición científica. Él es mi asistente en jefe, Connor Simms.

Shy dio su nombre y saludó a los dos hombres. Addie hizo lo mismo.

—Llegaron justo a tiempo —continuó Greg—. Nos enviaron aquí a investigar los efectos de los tsunamis en la vida marina frente a las costas de la isla. Pero eso quedó cancelado cuando encontramos a todos los sobrevivientes. Ahora nuestra misión es llevarlos a casa con sus familias.

Shy apretó el brazo de Addie. Estaba tan emocionado que apenas se podía contener.

Ella le devolvió la sonrisa y asintió, pero también parecía tambalearse un poco. Shy la sostuvo del codo, trató de estabilizarla.

—¿Pero qué está pasando en California? —Shy les preguntó a los hombres—. ¿No quedó todo destruido?

—Hay daños muy graves —dijo el hombre más bajo, Connor —. Es terrible. Pero el país entero ha dado su apoyo a los estados afectados del oeste. Te asombraría cuánto se ha unido la gente.

—Dijeron que la cifra de muertos no era tan alta como reportaron los medios al principio —agregó Christian—. Sólo podemos rezar porque nuestros familiares y amigos estén bien.

Greg le dio a Shy una palmada en el hombro donde Limpiabotas lo acababa de inyectar.

—Les explicaremos todo dentro de unas horas, durante la comida. A la una y media, por si están cerca de alguien con reloj. Vayan a descansar. Nosotros nos encargamos de que todos sepan cuando sea la hora de reunirnos en el restaurante. Quiero repasar la logística de nuestra partida.

—Ya están a salvo —dijo Connor.

Greg asintió.

—Y estamos encantados de irnos a casa con dos pasajeros más.

De pronto Shy sintió que Addie se le iba. La atrapó en el último segundo y la bajó hasta el suelo.

—Por Dios, Addie —se arrodilló para sostenerle la cabeza. Tenía los ojos cerrados—. ¿Addie? ¿Me oyes?

Christian metió la mano a su mochila y sacó una botella de

agua. Tomó el lugar de Shy, destapó la botella y se la puso en los labios.

—¿Addie? ¿Me escuchas? Necesito que tomes un trago de agua si puedes.

Sus ojos pestañearon, se abrieron y miraron a Christian. Dio un trago y volteó a ver a Shy.

—¿Qué pasó?

—Te desmayaste —dijo Christian—. Tenemos que darles agua y comida a los dos.

Shy le puso la mano en la frente a Addie.

—¿Estás bien?

—Necesita descansar —dijo Connor—. Hay que llevarla a uno de los cuartos.

Shy volteó cuando oyó que atrás algunas personas se apresuraban a cruzar el lobby hacia ellos.

—Quedan muchos cuartos abiertos en el primer piso —dijo alguien.

En unos cuantos segundos una pequeña multitud se reunió alrededor de Shy, Addie y Christian; todos gritaban consejos y preguntaban cómo habían sobrevivido en el océano. Shy levantó la vista hacia ellos, reconoció algunas caras.

Y luego, casi hasta el fondo del grupo, vio la cara que había estado imaginando desde el momento que se hundió el barco y se encontró solo en el océano.

Carmen.

# 43
## BAJO EL KIOSCO

Shy, Christian y algunos, incluyendo a los dos científicos, ayudaron a Addie a llegar al cuarto abierto más cercano, el 117, y la acostaron en la cama king size perfectamente tendida.

—Necesita aire —dijo alguien.

—Y algo de comer —dijo algún otro—. Mírenla.

Shy vio a todos arremolinados alrededor de la cama de Addie, pero también seguía atento a la puerta. Su corazón latía fuerte. Carmen no entró al cuarto. Tenía que estarlo esperando en el lobby.

—Podrá descansar todo el camino a California —dijo uno de los científicos.

Una mujer mayor le dijo a alguien que le trajera a Addie algo de ropa.

—¿Mi papá está aquí? —masculló Addie.

—¿Quién es tu papá? —preguntó la mujer mayor.

—Jim Miller. Es alto de pelo canoso. Trabaja aquí en la isla.

—Por ahora puedes descansar, cariño —dijo la mujer—. Voy a preguntar, a ver qué averiguo.

Los dos científicos se apartaron de la cama y salieron del cuarto detrás de la mujer.

Shy y Christian se quedaron, junto con otra mujer, mientras todos empezaron a salir. Christian examinó los ojos y oídos de Addie con una lamparita; luego escuchó su respiración con un estetoscopio. Shy observó, dividido entre asegurarse de que Addie estuviera bien y salir en busca de Carmen.

—¿Shy? —Addie levantó la vista desde la cama.

—Aquí estoy —respondió él.

Ella volvió a recostar la cabeza en la almohada.

—Dios, ni siquiera sé lo qué me pasó.

—Llevas cinco días en el océano —dijo Christian—. Los dos —volteó hacia la mujer a su lado—. ¿Mary, podrías ir al restaurante y traer unas botellas de agua y fruta?

—De inmediato —dijo ella y salió rápidamente.

—Tú también necesitas descansar — le dijo Christian a Shy. Ve al 118, cruzando el pasillo. Te veré ahí.

—Okey —le dijo Shy, pero de ninguna manera iba a hacer algo hasta que viera a Carmen—. ¿Te sientes un poco mejor? — le preguntó a Addie, le apretó el pie.

—Creo que sí —dijo ella.

Shy asintió cuando Christian le empezó a hacer preguntas.

Cuando entraron dos mujeres con ropa para Addie, Shy salió discretamente del cuarto.

En el instante en que entró al lobby vio a Carmen, quien le hizo señas para que la siguiera.

Pero cuando atravesaba el piso de mármol hacia las puertas, algunos de los sobrevivientes del crucero se acercaron. Se había corrido la voz de que él y Addie habían sido rescatados, y todos estaban maravillados de cuánto tiempo habían sobrevivido en el océano.

Shy les sonrió a todos y saludó con asentimientos, pero apenas si oyó una palabra de lo que decían. Estaba demasiado ansioso por hablar con Carmen, quien ahora estaba parada frente a las puertas del hotel, esperándolo.

—Asegúrate de estar en el comedor a la una y media —dijo

un hombre—. Nos van a decir cuándo podríamos estar en casa.

—Allí estaré —dijo Shy, despidiéndose con la mano al apartarse del grupo.

Las piernas le temblaban cuando siguió a Carmen afuera del hotel y por un caminito empedrado. Por alguna razón ella seguía caminando varios pasos delante de él, como si no quisiera empezar a hablar hasta que estuvieran completamente solos.

Rodearon todo el exterior del hotel. Había muchos charcos, sobre todo en la parte de atrás. Algas marinas colgadas de los arbustos podados, como espumillón. Una mujer con una camiseta de los Raiders demasiado grande le gritó desde el otro lado del campo:

—¡Nos contaron de ustedes! ¡Gracias a Dios que sobrevivieron!

—¡Gracias! —gritó en respuesta Shy.

Pasaron a más gente, todos saludaron a Shy de la misma manera. Finalmente Carmen lo llevó bajo un kiosco grande, donde quedaron solos. Ella volteó hacia él, la cabeza un poco ladeada.

—Shy —dijo, y en su rostro apareció una gran sonrisa.

El sólo oír su nombre le hizo un nudo en la garganta.

—Carmen —logró responder.

Ella traía puesta una camiseta blanca lisa que él nunca le había visto, jeans sueltos y tenis. Se tapó la boca y los ojos se le pusieron un tanto vidriosos, pero no hubo lágrimas. Carmen era demasiado recia para eso.

—Ven aquí —dijo ella.

Él se acercó y ella lo envolvió en un fuerte abrazo, diciendo en voz baja:

—Creí que te había perdido.

Shy se sentía tan rebasado por la emoción que quería fundirse en ella. Le sostuvo la nuca y estrechó a Carmen contra su pecho, inhaló su cabello. Estaba exhausto, al grado que le temblaban las rodillas, pero no le importaba. Estaba dispuesto a quedarse ahí para siempre.

Ella levantó la vista hacia él.

—Pensé en ti cada minuto. Hasta traté de rezar.

—Yo también pensé en ti —le dijo Shy.

Carmen tomó el rostro de Shy entre sus manos, lo miró directo a los ojos.

—¿Cómo te rescataron? Pasaron *cinco* días. Casi había perdido las esperanzas.

—Limpiabotas —le dijo Shy—. Él nos encontró por ahí, en un bote salvavidas que se estaba hundiendo.

Carmen lo volvió a abrazar.

Esta vez Shy cerró los ojos y se concentró en la sensación del cuerpo de ella contra el suyo. Estar con Carmen otra vez lo hacía entender que había logrado llegar al otro lado. Que tenía una segunda oportunidad.

Esta vez cuando se apartó de él, ella dijo:

—Dios mío, ve qué flaquito estás, Shy. Casi se me parte el alma.

—Pesqué un solo pez en todo ese tiempo —dijo él.

Ella rio un poco y movió la cabeza.

—Nunca me has parecido del tipo de los que saben técnicas de supervivencia. ¿Por qué crees que estaba rezando?

—Fueron los tiburones —le dijo él—. De veras. Me espantaron a todos los peces.

—Y además apestas —le dijo Carmen, lo agarró del codo—. Vamos al baño.

Carmen llevó a Shy de regreso al hotel y atrás del mostrador de la recepción, donde él escogió algo de ropa, luego salieron a la alberca de agua corriente donde ella y todos se habían estado bañando.

—Anda —dijo Carmen, dándole la espalda—. Yo cuido que nadie trate de echarle un vistazo a tus cosas.

Shy se quitó la ropa húmeda que había llevado puesta los últimos cinco días y tomó uno de los jaboncitos de hotel que había junto a la alberca. Esto de ser rescatado era un verdadero viaje: un minuto antes estaba estresado por volver a casa y encontrar a su familia y, al siguiente, se le hacía un nudo en la garganta con sólo ver una barra de jabón.

Se echó al agua fresca y empezó a enjabonarse el pelo y el cuerpo, lo cual se sentía increíble, mientras Carmen lo ponía al corriente de su propia travesía en el bote salvavidas hasta la isla y sobre la isla misma.

Ella venía en el primer bote que llegó a la isla, con unos treinta más, incluyendo a Christian, a quien habían sacado del océano. Un pelirrojo despeinado con bata de laboratorio, el doctor Sullivan, los recibió en el campo de golf y los llevó por la escalera hasta el hotel. Pero en cuanto entraron al lobby, hizo que todos se sentaran para explicarles lo que estaba pasando en la isla. Él estaba trabajando en un laboratorio al otro lado, con un equipo de científicos, cuando pegó el primer tsunami. En segundos, el laboratorio entero quedó bajo el agua. Sólo unos cuantos salieron con vida. Pero eso no fue todo. A la mañana siguiente, la mayoría de la gente que trabajaba en la isla —en el hotel y el restaurante y los jardines— empezó a enfermar. En forma grave. A todos los llevaron arriba, al penthouse, donde les estaban dando medicamentos.

—Luego el doctor se agachó tras el mostrador de la recepción —dijo Carmen volteando hacia atrás—, y sacó un maletín de lona. Nos explicó que el virus que estaba circulando era muy contagioso y que cada uno de nosotros tenía que recibir una vacuna por protección.

Shy había dejado de enjabonarse y miraba fijamente la nuca de Carmen. Sabía que estaba hablando de uno de los muertos que encontró en el barco de motor. Y las vacunas que les pusieron a todos eran las mismas que Limpiabotas les había puesto a él y Addie.

—¿Y dejaste que te vacunaran? —preguntó Shy.

—Claro que sí —dijo Carmen—. Sólo dos personas de mi bote salvavidas se negaron, y ahora las dos están enfermas. Están en el penthouse.

Shy se empezó a enjuagar, debatiendo si contarle, o no, sobre los científicos muertos a Carmen. O que a él ya lo habían vacunado. Si era algo que todos sabían, ¿por qué Limpiabotas quería mantenerlo en secreto?

—¿Y dónde quedó el maletín de medicinas? —preguntó.

—Desapareció —dijo Carmen, se dio toda la vuelta para verlo —. Por eso estoy preocupada por ti.

Shy pensó en volverse a meter al agua para cubrirse. Pero no lo hizo. Se quedó ahí de pie.

Ella bajó la mirada un segundo, pero su rostro siguió serio.

—Shy, tu pecho. ¿Qué te pasó?

Él subió la mano para tocarlo. Tenía una costra bastante grande que iba sanando lentamente. Y estaba seguro de que se había roto una costilla o dos.

—Ni idea —dijo—. Ocurrió en el barco.

Carmen se estremeció.

—Bueno, el caso es que el doctor Sullivan también desapareció. Un día después de que llegamos. No sabemos a dónde se fue ni qué hizo con las medicinas.

—¿Había otro doctor? —preguntó Shy.

—Eran cuatro —dijo Carmen—. Pero el doctor Sullivan era el único que venía al hotel. Los otros casi siempre se quedaban al otro lado de la isla, excepto cuando iban al restaurante a comer. Decían que el trabajo de toda su vida estaba sepultado bajo el agua.

Shy se empezó a secar con una de las toallas apiladas cerca de la alberca, trató de encontrar la forma de contarle a Carmen lo que sabía. No quería traicionar a Limpiabotas, pero, al mismo tiempo, no podía ocultárselo a ella.

Carmen se dio la vuelta, como si acabara de recordar que él estaba desnudo.

—Toda la gente del segundo bote también está bien, pero cuando llegaron el tercero y el cuarto, el doctor Sullivan ya había desaparecido. Igual que la medicina. Así que ninguno fue vacunado.

—¿Y enfermaron? —preguntó Shy, mientras se ponía un par de pantalones limpios. Pasó el anillo del petrolero tras sacarlo del bolsillo de los viejos.

—Casi todos —dijo Carmen—. Sólo Limpiabotas sigue bien. Y unos cuantos más. Se contagia a lo loco, como dijo el doctor

Sullivan. Por eso Christian y los científicos esos no dejan que nadie suba al penthouse.

—¿De casualidad —dijo Shy—, el maletín de medicinas era de lona, café y azul?

Carmen volteó rápidamente hacia Shy.

—¿Cómo lo sabes?

Shy metió el segundo brazo a la camiseta y luego la cabeza.

—Mira —dijo—, Limpiabotas me dijo que no le dijera a nadie, ¿okey?

—Sólo dime lo que sabes.

—Okey —Shy estaba tan cansado que tuvo que acuclillarse—. Addie y yo nos encontramos con el barco del tal doctor Sullivan, cuando andábamos por ahí remando. Dices que era pelirrojo, ¿verdad?

Carmen asintió.

—Pues alguien le metió un tiro —dijo Shy—. Y también acribillaron su barco. Y trataron de quemarlo.

Carmen se puso pálida.

—¿Quién le disparó? ¿Por qué?

—Ni idea —dijo Shy—. Yo así lo encontré. También había otro doctor muerto.

—Pero eso no tiene sentido —dijo Carmen—. ¿Por qué habrían de matar a un científico? Nos estaba ayudando.

Shy miró sobre el hombro de Carmen para asegurarse de que siguieran solos.

—No crees que Limpiabotas haya tenido nada que ver en esto, ¿verdad?

Carmen se repuso y negó con la cabeza.

—Creo que la razón por la que él no enfermó, es porque nunca se queda en el hotel.

—¿Dónde duerme?

Ella se encogió de hombros.

—Afuera, supongo. Se pasa todo el día explorando el otro lado, pescando y escribiendo en su libreta. También está obsesionado con ese velero naufragado. A lo mejor duerme *allí* —Carmen volvió a mover la cabeza—. No, Limpiabotas ha sido

bueno con nosotros. A ti te rescató, ¿no?

Shy levantó la vista hacia el último piso del hotel, donde estaba el penthouse.

—Yo tomé el maletín de lona con medicinas de aquel bote. No sé ni por qué. De cualquier manera, esta mañana, cuando desperté en el barco de Limpiabotas, me estaba pinchando con una de esas jeringas.

—Shy —dijo Carmen, agarrándolo del antebrazo—, eso es muy bueno. Todos los que recibimos la vacuna seguimos sanos.

—Me dijo que eran vitaminas —dijo Shy—. Pero eso, obviamente, era mentira. Bueno, ¿qué clase de enfermedad es?

Carmen movió la cabeza.

—Alguna cosa tropical, supongo. Desatada por la inundación. Y todos creíamos que las inyecciones eran vitaminas —le soltó el brazo—. Lo único que sé es que la enfermedad debe ser grave, porque nadie se ha recuperado lo suficiente para bajar del penthouse.

Los dos guardaron silencio unos segundos. Shy se levantó y recogió su ropa sucia.

Carmen carraspeó.

—Hay algo más, Shy. Y quiero asegurarme de ser yo quien te lo diga.

Shy la miró, se preparó para otra mala noticia.

—Rodney está allá arriba. Es uno de los enfermos.

Fue como un disparo en el estómago. Shy volvió a levantar la vista hacia el último piso. De pronto sintió las piernas aún más débiles, como si pudiera desplomarse en cualquier momento, como Addie. Pero no se lo permitió.

—Pero se va a poner bien, ¿verdad?

—Eso dice Christian. Y los científicos prometieron llevarse a todos de regreso a California, por muy enfermos que estén.

—¿No podemos ir a verlo? —preguntó Shy.

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, se supone que no.

Cuando regresaron al hotel los dos venían en silencio. Shy se daba cuenta de que Carmen estaba pensando en lo mismo que él. Rodney. Le dolía que el tipo hubiera logrado llegar hasta la isla sólo para enfermar. Juró que se encargaría de cuidar a su compañero de camarote toda la travesía de regreso a casa.

Carmen condujo a Shy hacia las escaleras; pasaron el cuarto de Addie y el cuarto que Christian le había dicho que tomara.

—Creo que tengo que estar en el 118 —dijo Shy.

—¿Quién lo dijo? —dijo Carmen.

—Christian.

Ella movió la cabeza.

—Puedes tomar el cuarto que quieras. Ven.

Lo condujo hasta un cuarto abierto en el tercer piso, donde estaba el de ella, cruzando el pasillo, y se quedó en la puerta hasta que él entró. Shy se sentó en la orilla de la cama king size. Era un hermoso cuarto de hotel. Cuadros en las paredes, un ventanal que daba al océano. Sábanas y almohadas que se veían limpias. Pero nada de eso le importaba. Seguía pensando en lo que acababa de oír.

Cuando Shy vio la isla desde el barco de Limpiabotas, supuso que había pasado lo peor. Y quizá fuera así. Pero la cosa seguía estando bastante mal. California había sido sacudida por un terremoto. No tenía idea de su familia. Y ahora se enteraba de que un montón de gente estaba enferma, incluyendo a Rodney.

—Descansa un poco —le dijo Carmen—. Paso por ti para ir a la junta de la comida.

Shy la miró, esperaba cerca de la puerta.

—Gracias por decirme lo de Rod —dijo—. Supongo que es mejor que no te pregunte por Kevin y Marcus.

—Marcus está aquí —dijo ella—. La gente del segundo bote lo sacó del océano.

—¿No está enfermo?

Carmen negó con la cabeza.

—Ha estado encerrado en su cuarto los últimos dos días tratando de arreglar un radio portátil. Pero lo encontró en el fondo de un enorme charco, así que tengo mis dudas.

—¿Y Kevin?

Carmen movió la cabeza, miró a Shy.

—No estaba en ninguno de los botes.

Shy asintió.

No sólo se sentía exhausto, se sentía vacío. Unos días antes habían estado juntos celebrando el cumpleaños de Rodney en el barco. Ahora Rodney estaba enfermo. Y Kevin, el más fuerte y listo de todos, desaparecido. Ahogado, probablemente. O atacado por un tiburón. Eso le mostraba a Shy que la parte más importante de la supervivencia sólo era la suerte.

Carmen se quedó un rato viendo hacia el piso con expresión ausente.

—Mira —dijo al final—. Han pasado muchas cosas malas. Los dos vimos las imágenes de lo que hicieron los terremotos. Yo, la verdad, no he podido dormir porque me la paso pensando en mi familia. Y en Brett. Y si seguirán vivos o no.

Shy asintió.

—Pero tú y yo seguimos vivos —dijo Carmen—. Y vamos a casa. Tenemos que enfocarnos en eso, ¿sabes?

—Tienes razón —le dijo Shy.

—Ahora descansa un poco. Vendré a despertarte en unas horas —ella tomó una de las llaves del cuarto de él y se la echó al bolsillo.

—Gracias, Carmen.

Ella sonrió.

—Tú eres de la familia, Shy. Recuérdalo —se dio vuelta para irse, pero luego se detuvo y volteó a verlo desde la puerta—. Antes de irme, ya sabes las reglas. Dime algo que no sepa.

Shy miró hacia el océano, pensando. Carmen le acababa de decir la verdad sobre Rodney y Kevin. Él también quería decir algo verdadero.

—¿Conoces a esa chica, Addie? —se sentó en la cama. ¿Con la que estuve a la deriva?

Carmen asintió.

—Pues la verdad, no es tan mala. Tal vez no hubiera podido sobrevivir sin ella.

Carmen permaneció viéndolo durante largos segundos, como tratando de descifrar qué quería decir. Luego un semblante de comprensión apareció en su rostro.

—Me alegra que hayas tenido a alguien —le sonrió a Shy y salió de su cuarto, cerró suavemente la puerta.

Shy se recostó en su almohada y miró el techo. Pensó en todo lo que había conversado con Carmen; pensó en Kevin y Rodney. Definitivamente estaba agradecido de estar ahí. Vivo. Otra vez en tierra firme. A punto de regresar a California en el buque de investigación. Pero, al mismo tiempo, también se sentía culpable.

¿Por qué debía vivir él y morir Kevin?

¿Qué lo hacía a él especial?

Nada.

Cerró los ojos, recordó cuando Kevin lo siguió a la Cubierta Lido, durante la primera noche de la travesía. Lo previno sobre el tipo que andaba haciendo preguntas sobre él. Y le dijo con la mirada que él le cuidaría la espalda.

Kevin era un buen tipo. Quizás el mejor tipo que cualquiera que Shy hubiera conocido en su vida, incluido él mismo.

# 44
## DAR GRACIAS

Shy sentía que se acababa de dormir cuando abrió los ojos y vio que Carmen lo sacudía para despertarlo.

—Siento no poderte dejar descansar más —dijo ella. Pero tenemos que informarnos sobre la salida.

Shy se sentó.

—¿Cuánto dormí?

—Ya es la una. Casi tres horas.

—¿En serio? —Shy se frotó los ojos y se incorporó. Siguió a Carmen afuera del cuarto, diciendo—: Creo que hubiera podido dormir tres *días*.

Carmen se detuvo a medio pasillo.

—Así que, ¿cuál es su cuarto?

—¿De quién?

—De la rubia —dijo Carmen—. La chica esa con la que estuviste perdido en el mar.

Shy la miró confundido.

—¿De qué estás hablando?

—Sólo dime el número de cuarto, y ya, Shy. He decidido que

ella y yo vamos a ser amigas.

Shy seguía muy adormilado para saber qué pensar sobre aquello. Un tanto reacio le dio el número de cuarto, después la siguió por una escalera y un pasillo. Antes que pudiera entender lo que estaba pasando, estaban parados ante la puerta de Addie.

—Anda —le dijo Carmen—. Toca.

Shy tocó.

Mientras esperaban a que Addie abriera, a Shy le dio una extraña sensación de nervios en la boca del estómago. Carmen y Addie, ¿juntas? Era demasiado raro, como dos mundos chocando.

La puerta se abrió lentamente y allí estaba. El pelo rubio enredado en la cara. Pero se veía alerta, como si llevara rato despierta. Le sonrió a Shy, luego volteó a ver a Carmen.

—Ah, hola.

—Addie, te presento a Carmen —dijo Shy, y trató de actuar como si no fuera gran cosa—. Carmen, Addie.

Las vio sonreír y darse la mano como dos ejecutivas. Luego se hizo un silencio bastante incómodo.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Shy.

Ella se encogió de hombros. Algo la estaba molestando en serio.

Shy creyó entender qué era.

—Sé que quieres buscar a tu papá —dijo—, pero se supone que todos van a ir a esta junta, ¿no? Así que supongo…

—Que estará allí, o no —dijo Addie, completando la idea de Shy. Bajó la mirada al suelo, muy triste.

Otra vez se hizo un silencio, así que Shy le dijo a Carmen:

—El papá de Addie venía en el barco.

—Sí, algo de eso supuse —dijo Carmen.

—No, pero luego tomó un bote para venir aquí —agregó Shy —. No sabe si logró llegar o no.

—Ah —dijo Carmen—. Siento mucho oírlo.

Otro silencio, hasta que Carmen le dijo a Addie:

—No te ofendas, nena, pero parece que necesitas pasar un rato con una barra de jabón.

—Vamos, Carmen —dijo Shy—. Estaba descansando.

—Ya lo sé, Shy. Sólo digo que la puedo llevar a la alberca de agua corriente. Aún tenemos tiempo antes que la gente empiece a llegar al restaurante.

—Espera, ¿qué? —Shy trató de imaginarlas pasando el rato, las dos solas—. ¿Y si vamos todos?

Carmen puso los ojos en blanco y luego volteó a ver a Addie.

—¿Ves cómo es este *vato*? Luego te va a querer enjabonar la espalda.

Addie sonrió incómoda y miró a Shy pidiendo ayuda. Pero antes que él pudiera decir nada, Carmen entró al cuarto y agarró la ropa limpia del pie de la cama. Tomó del brazo a Addie y la llevó hacia la puerta, diciéndole a Shy:

—Nos vemos en el restaurante en quince, Sancho.

Addie volteó hacia atrás para ver a Shy, pero estaba indefenso. Carmen hacía lo que quería. Nada de lo que él dijera iba a hacerla cambiar.

Shy se sentó ante una mesa vacía en el animado restaurante. Había comida en una mesa estilo buffet, cerca del pequeño escenario: papas, galletas, pretzels, naranjas, bolsas de carne seca y cientos de botellitas individuales de agua. Nada que necesitara refrigeración porque, como había dicho Limpiabotas, la isla no tenía electricidad.

Shy empezó a devorar todo lo que pudo, miró a los sobrevivientes a su alrededor. Un par de ellos trabajaba con él en el crucero. Todos los demás eran pasajeros. Todos vestían con la ropa olvidada por los anteriores huéspedes del hotel, o la gente que trabajaba en la isla.

No estaba Limpiabotas.

Tampoco Marcus.

Pero reconoció muchas otras caras. Una de las mujeres a las que el petrolero le había enseñado el anillo junto a la alberca. Un señor mayor de pelo cano, del punto de encuentro de Shy. Un tipo de bigote, que siempre veía en la mesa de blackjack del casino. Cuando se dio cuenta de que alguien lo observaba a él, se le hundió el estómago.

Era el hombre del traje negro. Bill.

Estaba al otro lado del restaurante y ya no vestía de traje; se sostuvieron la mirada varios segundos hasta que Shy volteó. Le vino un flashback de cuando ayudó al tipo a salir debajo del candelero, en el Salón Comedor Destiny. Recordó el calor del fuego cuando saltaba entre las flamas. Cómo Kevin y él subieron al hombre a uno de los botes salvavidas. ¿Cómo era posible que este sujeto, Bill, siguiera vivo y Kevin hubiera muerto?

En ese momento, Carmen y Addie entraron al restaurante; avanzaron directo a la mesa de Shy. Carmen lo señaló y dijo algo que él no entendió y las dos chicas se rieron un poco. Cuando se sentaron, él frunció el ceño.

—¿Qué es lo gracioso?

—Es algo entre ella y yo —dijo Carmen.

Shy volteó a ver a Addie, quien tenía una gran sonrisa. Esta vez no parecía tan falsa. Estaba vestida con jeans flojos y una camiseta azul que le quedaba grande, el pelo aún mojado y limpio. Se veía cien veces mejor que en el bote salvavidas.

—¿Addie, me vas a apoyar en esto? —dijo Shy.

Carmen volvió a meterse.

—Esto es entre A y B, así que ¿por qué tú, C, no dejas tu trasero fuera?

Addie se encogió de hombros.

—Eso es como estar en tercero de primaria —le dijo Shy a Carmen.

—A los niños hay que hablarles en un lenguaje que entiendan —le guiñó un ojo a Addie, orgullosa de sí misma.

Antes de que Shy pudiera pensar en una respuesta, tres personas del equipo de investigación caminaron hasta el frente del restaurante y se detuvieron junto al diminuto escenario. El de barba, Greg, se puso a golpetear su copa con un tenedor hasta que todos callaron y voltearon a verlos.

—Damas y caballeros —dijo—. Como muchos de ustedes saben, nosotros fuimos enviados aquí a estudiar los efectos de los tsunamis sobre esta diminuta isla. Los arrecifes frente a la costa norte albergan fauna marina única en el mundo. Sin embargo, en cuanto los descubrimos a ustedes, nuestros planes cambiaron por

completo. Nos comunicamos por radio con nuestra base y recibimos autorización para cancelar nuestra misión original a partir de ese momento. Me alegra reportar que zarparemos hacia California esta misma noche.

Todos lo ovacionaron.

Shy sintió un repentino arrebato de emoción al voltear y ver las caras felices a su alrededor. Pensó en su mamá, su hermana y su sobrino. No podía esperar la hora de estar de regreso en Otay Mesa para tratar de rastrearlos.

—La guardia costera ha accedido a esperarnos a medio camino para guiarnos de regreso al puerto de Long Beach.

Un hombre con el pelo recogido en una coleta dio un paso al frente.

—Muchos de ustedes han preguntado en qué estado se encuentra la Costa Oeste después de los terremotos. No habíamos querido decir mucho hasta no contar con más datos. Pero ahora puedo decirles esto: hay graves destrozos y una pérdida de vidas bastante significativa cerca de todas las fallas. Pero los equipos de rescate de todo el país, e incluso de otras partes del mundo, están trabajando con todas sus fuerzas. Hay confianza de que los estados afectados serán reconstruidos más pronto de lo que todos pensaban.

—La moraleja de la historia —dijo el de barba—, es que nunca hay que subestimar la fortaleza del pueblo estadunidense.

Shy vio al grupo de sobrevivientes sonreír y voltear a verse unos a otros. Todos estaban tan emocionados como él. Pero, al mismo tiempo, quería oír más detalles sobre el terremoto. Quería información específica.

El hombre de la coleta levantó la mano, esperó a que la reacción se calmara.

—El hecho es que quizás a ustedes les haya tocado lo peor. Los científicos están diciendo que los tsunamis que experimentaron han sido los más fuertes de que se tenga registro. Como pueden ver, prácticamente arrasaron esta isla. También causaron daños severos en Hawai, Taiwán y las Filipinas.

Ahora Shy se estaba preguntando si estos tipos no estarían

tratando de endulzarles las cosas. Sólo dígannos la verdad, quiso decirles.

El de la barba miró su reloj.

—Estoy seguro de que todos tienen más preguntas —dijo—, pero ya habrá tiempo de sobra en nuestra travesía a casa. Qué alegría escuchar esa palabra en estos momentos, ¿verdad? "Casa" —le hizo una seña a un cuarto hombre que se levantó de una mesa—. Larry va a repasar con ustedes todos los procedimientos para zarpar. Salimos esta noche a las siete y media, justo cuando se ponga el sol. Es imperativo que todos sigan las indicaciones al pie de la letra. Queremos llevarlos a casa de la manera más segura y eficiente posible. Y esto incluye a nuestros amigos que se están recuperando en el penthouse.

Shy y Carmen asintieron mirándose, pensaban en Rodney. Shy quería levantar la mano y preguntar sobre San Diego, pero los primeros tres científicos se alejaban.

El tipo que acababa de ser llamado al escenario, Larry, empezó a explicar que era necesario que todos estuvieran formados en la playa a las seis de la tarde. Unas balsas de motor los llevarían al buque de doce en doce. A los enfermos los llevarían al último. Tenían un equipo de quince, dijo, y si hacían las cosas tan eficientemente como esperaban, el barco estaría zarpando a las siete y media. El tiempo estimado de viaje hasta Long Beach era de más o menos dos días.

Shy no pudo evitar sonreír al pensar que iban a ir en barco. Carmen tampoco. Pero Addie se veía superestresada mientras seguía recorriendo el restaurante con la mirada. Le pareció ver a Bill.

—A lo mejor él sabe algo sobre tu papá —le dijo Shy. Deberías preguntarle.

Addie movió la cabeza.

Carmen alcanzó la mano de Addie al otro lado de la mesa y puso la suya encima. Minutos después de cuando todos los científicos se habían ido a preparar el barco, un expasajero del Paradise sugirió que cada quien dijera de qué se sentía agradecido.

La gente empezó a participar bastante rápido.

Una mujer de pelo largo café dijo que ella estaba agradecida por su marido, que había protegido su cuerpo con el suyo durante el segundo tsunami. Surgieron algunas lágrimas.

—Apenas llevábamos dos años de casados. Después de este viaje queríamos empezar a pensar en hijos —las lágrimas pronto se volvieron intensos sollozos; la gente sentada a su alrededor le dio palmadas en la espalda y le frotó los hombros.

Christian fue el siguiente en ponerse de pie.

—Yo doy gracias a todas las personas que me sacaron del océano. Ya tenían bastante de qué preocuparse. Y no tenían lugar. Pero ustedes me *hicieron* lugar. Jamás los olvidaré.

La gente aplaudió mientras Christian volvía a sentarse.

Addie les dijo a Shy y Carmen que regresaría a su cuarto para tratar de descansar un poco más.

—Te acompaño a la puerta —dijo Shy, y se levantó de la mesa.

Addie asintió.

Carmen le guiñó un ojo a Shy, mientras llevaba a Addie a la salida. Addie evitó hacer contacto visual con Bill.

Afuera, Shy le dijo:

—Siento mucho que tu papá no estuviera aquí. Pero eso no significa que no esté en la isla. Limpiabotas tampoco vino a la junta. Apuesto a que mucha gente no llegó.

Addie miró a Shy directo a los ojos, pero no dijo nada por varios segundos. Luego tomó las manos de él entre las suyas y suspiró.

—Te portaste realmente muy lindo conmigo cuando estábamos perdidos en el mar, Shy.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —dijo Shy. Esperaba sacarle una sonrisa, pero su rostro permaneció impasible.

—Quiero que sepas, que lo que te dije era en serio —apretó sus manos—. Esa última noche.

Shy no supo cómo responder a eso, así que sólo asintió y le devolvió el apretón de manos con suavidad.

—Ve a descansar —dijo—. Pasamos por ti cuando sea hora de

bajar a la playa.

—Sólo quiero estar segura de que lo entiendes —dijo Addie.

—Lo entiendo —le dijo Shy—. Y me alegra que lo hayas dicho. Pero no hay por qué ponerse sentimentales, ¿verdad? Te veo en unas horas.

Addie suspiró. Se puso de puntas y le dio un beso en la mejilla. Permaneció mirándolo algunos segundos más con una expresión afligida en el rostro, como si no hubiera acabado de reponerse del desmayo. Luego dio vuelta y echó a caminar por el pasillo.

Cuando Shy regresó a su mesa en el restaurante, Carmen estaba moviendo la cabeza.

—Yo sé lo que se siente perder a tu papá —dijo.

Shy quería contarle a Carmen sobre los negocios turbios del papá de Addie en la isla. Tenían que estar metidos en cosas muy serias para que la gente tuviera armas y maletas de vacunas y para que los médicos acabaran muertos en barcos. Imposible que fuera un simple fraude de seguros. Pero no parecía el lugar, ni el momento para entrar en eso, así que sólo asintió y volteó hacia la gente que estaba expresando lo que agradecía.

—Estoy agradecida por los hombres que nos van a llevar a casa —dijo una señora mayor—. Porque gracias a ellos, si Dios quiere, podré volver a ver a mis nietos.

Más aplausos. Algunas personas levantaron sus botellas de agua y brindaron.

Bill fue el siguiente en ponerse de pie y señaló a Shy con un dedo.

—¿Ven a ese joven sentado allá?

Todos voltearon a ver a Shy. Él por instinto se hundió un poco en su silla, temeroso de lo que fuera a decir aquel tipo. Carmen también lo estaba mirando.

—Se llama Shy —dijo Bill—. Me salvó la vida en el barco.

La gente aplaudió a Shy, pero Bill no había terminado.

—Yo tenía la pierna atrapada bajo un candelabro, en uno de

los comedores. Él y otro joven lo levantaron, me sacaron de allí entre las llamas y me subieron a un bote salvavidas. De no ser por la valentía de Shy, no estaría aquí en estos momentos.

Más ovaciones. Esta vez siguieron varios segundos. Carmen señaló a Shy sobre la mesa y articuló con los labios: *Eres mi héroe*.

Shy se encogió de hombros, incómodo y miró a Bill. Lo ponía nervioso tener toda la atención. La verdad era que cambiaría la vida de Bill por la de Kevin en un segundo. Tampoco era que Shy olvidara todo lo ocurrido en el barco; cómo lo siguió por todos lados; cómo destrozó el camarote y cómo lo amenazó en el Luxury Lounge.

Otros se pusieron de pie y testimoniaron por quién, o por qué, daban gracias, pero Shy ya no estaba escuchando. Tenía la mirada perdida; pensaba en las conversaciones que habían tenido él y Addie en el bote salvavidas sobre su papá y su compañía. En aquel momento no parecía importante. Su único enfoque era sobrevivir. Pero ahora volteaba con disimulo para ver a Bill, y se preguntaba qué ocurriría con ese tipo. ¿Y qué pasaba con LasoTech? Luego, otro pensamiento cruzó por su mente: seguro que Bill tuvo algo que ver con los médicos muertos que encontró. Y si eso era cierto, significaba que el papá de Addie también estaba involucrado en los asesinatos. Aunque fuera de modo indirecto.

# 45
# EL PENTHOUSE

Shy y Carmen subían trabajosamente por la escalera, hacia el penthouse en el piso doce. Él había pasado las últimas dos horas en el restaurante con todos, sin hacer nada más que comer, descansar y pensar, pero al parecer no le había dado demasiadas fuerzas. Estaba sin aliento y aún faltaban siete pisos. Se hizo una promesa: en el instante en que subiera al buque de investigación buscaría una cama, o un catre, o hasta un lugar en el piso y se iba a dormir doce horas continuas.

—¿Y sí tienen a alguien vigilando la puerta? —le preguntó a Carmen.

Ella asintió.

—Varios tipos se turnan para hacerlo. Pero no te pongas nervioso, son sólo pasajeros. Y varias personas que trabajaban en el hotel.

Shy no entendía por qué tanto cuidado. Sobre todo si él y Addie supuestamente ya estaban protegidos con la inyección de vitaminas. Además, alguien tenía que asegurarse de que los enfermos conocieran el plan, ¿no? Salían en dos horas. ¿Cómo

iban a bajar hasta el mar? En estos momentos no estaba muy seguro de confiar en nadie.

Pero, sobre todo, Shy sólo quería una excusa para visitar a Rodney.

Cuando pasaban el octavo piso, Carmen dijo:

—¿Qué probabilidades habrá de que encontremos nuestros vecindarios todavía en pie?

—Ni idea —dijo Shy—. No quiero que algo salga mal.

—Oír hablar de eso en la comida —dijo Carmen—, no sé, me hizo sentir mejor, pero me dio la impresión que estaban ocultando algo. Quiero decir, tú viste las imágenes en el teatro. Estuvo *feo*.

—Estaba pensando exactamente lo mismo —Shy empezó a ayudar a sus cansadas piernas usando el pasamanos. ¿Quieres que te diga algo más? —preguntó—. Ese tipo en la comida, el que dijo que lo salvé, él era el que me seguía por todo el barco.

—Espera —dijo Carmen—. ¿De veras?

—Te lo juro. Kev y yo estábamos haciendo nuestra ronda y oí que alguien pedía auxilio. En ese momento ni siquiera lo pensé.

—Parecía muy agradecido de que lo hubieras ayudado.

Shy se encogió de hombros.

—De todas formas me saca de quicio. No confío en ese tipo.

Cuando pasaron el piso diez, Shy cambió de tema.

—¿De qué hablaron tú y Addie?

—Sólo le di algunos consejos de nutrición —dijo Carmen.

—Hablo en serio —dijo Shy.

—Yo también. Esa chica está demasiado flaca. Necesita proteínas.

Shy movió la cabeza.

—¿Así que te pusiste a ver qué tal está?

Carmen sonrió.

—La espié un poquito. ¿Y qué? —subió algunos escalones más y dijo—: No empieces con tus fantasías de isla desierta, ¿okey? Sólo hablamos. Me contó que le diste con el remo a un tiburón. Y que un tipo herido se lanzó por la borda cuando ustedes estaban dormidos.

Shy palpó el anillo en su bolsa, mientras subían el último tramo de escaleras. Decidió que tenía que contarle a Carmen lo del papá de Addie. De la foto que Addie encontró en su camarote. Que él era socio del tipo que Shy vio lanzarse del barco durante su primera travesía, y que en la isla estaba pasando algo bastante turbio.

Pero llegaron al final de la escalera y se asomaron desde una esquina. Había dos hombres sentados en sillas plegadizas de metal afuera de la puerta doble del penthouse.

—¿Y ahora qué? —Shy le preguntó en un susurro a Carmen.

—La mejor manera de lidiar con esto —dijo ella—, es actuar como si supieras lo que estás haciendo.

Salió al corredor y empezó a caminar directo hacia los vigilantes.

Shy la siguió.

Los dos hombres se pusieron de pie al mismo tiempo. El más corpulento, que se estaba quedando calvo, se puso enfrente de la puerta. El otro, que andaba rapado como militar, levantó las manos y dijo:

—Lo siento, amigos, por ahora nadie puede pasar. Órdenes del médico.

—Christian fue el que nos mandó —dijo Shy.

Carmen bajó el tono y puso la mano en el codo del tipo.

—Tenemos que entrar y repasar los detalles de la salida con ellos.

—Lo siento —dijo el tipo de corte militar—. No se permite la entrada a *nadie*. Ni siquiera a nosotros.

—Es por su propia protección —agregó el tipo más corpulento junto a las puertas—. Además, Larry acaba de venir a hablar con ellos. Seguro que Christian se equivocó.

Shy y Carmen se miraron. Después de haber subido todas esas escaleras, de ninguna manera Shy se iba a retirar sin ver a Rodney.

—Okey —dijo, volviéndose otra vez hacia los dos hombres—. Supongo que fue un malentendido. Vamos a regresar abajo a decirle a Christian…

De repente, Shy apartó a los dos hombres y se metió por las puertas.

—¡Oye! —gritaron a sus espaldas.

Shy giró, vio que uno de los hombres había caído al piso. Carmen también los pasó rápidamente, y los dos corrieron por el corredor, hacia la sala principal donde un olor espantoso golpeó a Shy.

Y entonces los vieron.

Quince o veinte sujetos tendidos de espaladas en catres provisionales. Amarrados de brazos y piernas. Algunos levantaron la vista cuando oyeron entrar a Shy y Carmen. Otros ni se movieron.

Carmen se cubrió la boca con la mano.

Los dos hombres que cuidaban la puerta entraron tras ellos gritando:

—¡No pueden estar aquí! ¡Nos vamos a enfermar todos!

Pero luego ellos también callaron, cuando vieron los cuerpos amarrados.

Shy jaló a Carmen de la muñeca y fueron de cuerpo en cuerpo, en busca de Rodney. Los pacientes se encontraban en diversas condiciones. Algunos estaban alertas y les gritaban a Shy y a Carmen. Otros tenían la camisa cubierta de vómito, gemían y se retorcían de dolor. Otros se arañaban frenéticamente sus propios muslos.

Unos cuantos no se movían.

—No —empezó a mascullar Shy, mientras él y Carmen siguieron recorriendo la fila de pacientes—. No, por favor.

Los hombres ya venían hacia ellos nuevamente, gritaban:

—¡Tenemos que salir de aquí antes de que regresen!

—¡Allá! —gritó Carmen. Estaba señalando un catre en el rincón del fondo, donde Rodney estaba tendido; los dos corrieron hacia él.

Rodney estaba volteado hacia la pared.

Sus ojos parecían abiertos, pero Shy lo sacudió y no reaccionó. Carmen volteó la cabeza de Rodney hacia ellos, y el cuerpo entero de Shy se puso helado. Lo blanco de sus ojos

estaba completamente rojo y tenía la mirada perdida.

Carmen siguió sacudiendo a Rodney, gritó su nombre hasta que Shy la agarró de las muñecas y dijo:

—Vámonos.

Cuando los hombres sacaban a Carmen y Shy a rastras de la habitación, Shy se fijó en cada cuerpo que pasaron. Todos los del penthouse estaban contagiados del mal de Romero. Y algunos, como Rodney, ya estaban muertos.

Los habían dejado ahí pudriéndose.

# 46
# DOS CAMINOS POR LOS ACANTILADOS

Después de que los dos hombres los sacaron del penthouse, Shy y Carmen bajaron la escalera juntos, rápido, conmocionados.

—¿Cómo se contagiaron hasta aquí? —dijo Carmen—. ¿Y por qué no nos han dicho nada?

—Tengo que ir por el maletín —dijo Shy—. Y buscar a Christian. La inyección que nos pusieron tiene algo que ver con la enfermedad. Como una vacuna.

—No *hay* vacuna.

—¿Y entonces por qué no te has enfermado? —dijo Shy. Ella le lanzó una mirada mientras seguían bajando la escalera, pero no dijo nada. Todo era tan ilógico. Hacía pocos minutos estaban emocionados de regresar a casa. Ahora había gente en la isla con el mal de Romero. Y Rodney se había ido. Y lo habían dejado ahí, como si nada.

—En el maletín también había pastillas —dijo Shy—. Tal vez son como los medicamentos que le están dando a mi sobrino.

—¡Qué está pasando! —gritó Carmen—. ¿Sentiste lo frío que estaba el brazo de Rodney? ¿Le viste los ojos?

Shy la detuvo cuando llegaron abajo.

—Sé dónde escondió el maletín Limpiabotas. Tenemos que subir las medicinas al barco, o el resto de los pacientes morirá antes de que lleguemos a casa. Voy por Limpiabotas. Seguro que sabe más de lo que me dijo.

—Yo buscaré a Christian —dijo Carmen—. Tiene que explicar por qué todos nos están mintiendo. También voy por Marcus.

Shy miró hacia el lobby, donde algunos pasajeros pasaban el rato en los sofás, platicando, riendo. No tenían idea de que unos pisos más arriba había gente muriendo.

—Nos vemos aquí antes de las seis, ¿okey? Para formarnos juntos para ir al barco.

Carmen asintió.

—No tiene ningún sentido, Shy. ¿Por qué habrían de mentirnos?

Él sólo pudo mover la cabeza.

Antes de salir del hotel, Shy pasó rápidamente al cuarto de Addie y tocó la puerta. La compañía de su papá tenía que saber sobre el mal. ¿Si no, por qué tenían un maletín lleno de vacunas y medicamentos? Y Shy estaba seguro de que eso era lo que había encontrado en el barco de motor. Recordó que Addie le había dicho que LasoTech fabricaba equipo para hospitales. Pero si tenían científicos trabajando en un laboratorio, era lógico pensar que también hacían fármacos. Quizás habían estado trabajando en algo para proteger a la gente del mal de Romero.

Volvió a tocar y gritó:

—¡Addie, abre la puerta! ¡Soy Shy!

Cuando siguió sin haber respuesta regresó rápidamente al lobby, empujó las puertas y salió. Fue hasta la escalera del acantilado, desde donde vio que el helicóptero despegaba lentamente del buque. Lo vio virar hacia un lado y empezar a alejarse de la isla; se preguntó quién iría allí y por qué se estaría yendo antes que el barco.

Shy bajó unos cuantos escalones y buscó entre los arbustos donde Limpiabotas escondió el maletín de lona, pero ya no estaba. Alguien se lo había llevado. Quizá Limpiabotas.

Se irguió y observó el vuelo del helicóptero, trató de entender qué estaba pasando. No dejaba de imaginarse el rostro sin vida de Rodney. Sus ojos inyectados de sangre. Y todos los demás que estaban amarrados a los catres en el penthouse. Desde el momento en que se encontró a esos científicos muertos en el océano, supo que pasaba algo malo. Pero jamás imaginó que tenía que ver con el mal de Romero.

Shy tomó el camino que pasaba tras el kiosco, el cual subía por el acantilado entre tupidos árboles y arbustos, y rodeaba enormes rocas y raíces expuestas. No tenía idea de a dónde iba, sólo sabía que tenía que encontrar a Limpiabotas. Y la última vez que lo había visto, el tipo había tomado esta dirección.

Se encontró con varios científicos; estaban rociando los arbustos y los árboles con una especie de atomizador. Ni siquiera levantaron la vista, así que Shy siguió de largo. Cuando el camino se bifurcó, eligió la ruta que subía más por el cerro. Los pulmones le quemaban mientras subía. Sentía las piernas como gelatina. Pero tenía que asegurarse de que ese maletín llegara al buque. Y tenía que hablar con Limpiabotas.

Shy echó un vistazo hacia arriba mientras corría. El sol empezaba a declinar. Tenía sólo casi hora y media antes de regresar al hotel. Trató de apurar el paso.

El terreno se niveló y el camino empezó a estrecharse. Shy seguía corriendo, agachándose bajo las ramas, saltando charcos. Pero entre más rápido corría, más se inundaba su mente de preguntas. ¿Cómo había llegado la enfermedad hasta acá, hasta la isla? ¿Venía enfermo alguien del crucero? ¿Alguno de los empleados del hotel? ¿A dónde iban los dos científicos en el barco de motor con el maletín de lona? ¿Quién les había disparado?

Shy no se dio cuenta de que el camino terminaba abruptamente sino hasta el último segundo. Trató de frenar, pero el impulso hizo que patinara en la tierra. En la orilla del precipicio logró agarrarse de una gruesa rama de árbol para no caer.

Volteó hacia abajo, el corazón se le subió a la garganta al ver

las piedras que había pateado despeñarse quince, veinte metros hasta el océano. Había sobrevivido a las olas gigantes, al naufragio del crucero, a los tiburones que lo rondaban, sólo para casi caer desde un acantilado. Se acuclilló para tomar aire.

A la derecha había un gran claro. Una plataforma de cemento que parecía un helipuerto. A la izquierda vio lo que tenía que ser el laboratorio inundado saliendo del océano. Había una cerca de seguridad alrededor.

No había señales de Limpiabotas.

Shy regresó hasta la bifurcación del camino y empezó a caminar por la otra ruta cuando oyó que alguien gritaba su nombre. Se detuvo y volteó. Era Bill, quien salió cojeando de la maleza, usando un palo como bastón.

—¡Shy! ¡Te he estado buscando por todas partes!

—¿A mí? —respondió Shy—. ¿Por qué? —miró a su alrededor para ver si había alguien más. Aun con todas las cosas bonitas que el tipo había dicho sobre él en la comida, Shy seguía sin confiar en él.

—Quería darte las gracias en persona —dijo Bill. Ahora traía puesta una gorra genérica y una mochila verde a la espalda. Se veía medio arañado de andar caminando por el monte—. Lo que dije allá en el restaurante era en serio. Yo no estaría aquí si tú y tu amigo no me hubieran sacado debajo de ese candelabro.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo —dijo Shy con cautela. Necesitaba sacudirse a este tipo y seguir buscando a Limpiabotas.

—Pero no fue cualquiera. Fuiste tú —Bill se quitó la gorra, se pasó los dedos por el pelo y se la volvió a poner—. ¿Qué pasa, Shy? Pareces molesto. Todos los demás en el hotel están emocionados de volver a casa.

—Es porque no han subido al penthouse —replicó Shy. Estaba harto de tantos secretos. Era hora de que la gente empezara a decirse la verdad—. La gente allá arriba se está muriendo, hombre. Y nadie nos ha dicho un carajo.

—Tienes razón —dijo Bill, apoyado en el palo. Se volvió a acomodar la gorra—. Creo que no quieren alarmar a nadie. Ya nos ha tocado bastante, ¿no crees?

—¿Y qué me dices de LasoTech? —continuó Shy. Ahora las preguntas fluían de su boca—. Tú trabajas para ellos, ¿verdad? ¿A qué se dedican?

—Producimos farmacéuticos —respondió el hombre—. Bueno, yo en lo personal, no. Sólo soy del equipo de seguridad.

Shy lo sabía. No había tal equipo para hospitales. Se preguntó si Addie le habría mentido en forma deliberada o si, de veras, no lo sabía.

—¿Y qué sabes sobre un maletín de lona azul y café lleno de vacunas? —Shy se encontró a sí mismo gritando. Podía sentir cómo le subía el calor al rostro, mientras señalaba hacia el océano—. ¿Y qué me dices de dos científicos que mataron a balazos en un barco de motor por allá?

Bill asintió mirándolo algunos segundos; luego vio su reloj.

—Escucha, aún nos queda poco más de una hora antes que tengamos que estar en la playa. Déjame enseñarte algo, Shy. Te prometo que no tardaremos.

Shy se mofó del tipo.

—Yo contigo no voy a ningún lado —dijo—. Lo único que estoy diciendo es que sé que tu compañía es más turbia que el carajo. Y tarde o temprano, todos se van a enterar —dio la vuelta y empezó a caminar de regreso, encabronado, pero ahora también asustado. Porque quizás había hablado más de la cuenta.

—¡Tiene que ver con la muerte de tu abuela! —le gritó Bill.

Shy paró en seco y giró rápidamente.

—¿De qué estás hablando?

—Tu abuela —dijo Bill—. O más específicamente, la enfermedad que la mató.

Shy permaneció viendo al tipo, respirando fuerte, trató de obligarse a pensar claro.

—Sólo te lo estoy diciendo por lo que hiciste por mí en el barco —Bill le hizo una seña con el palo a Shy para que lo siguiera—. Créeme, querrás oír lo que tengo que decirte.

El hombre se dio la vuelta y empezó a subir cojeando por el camino.

# 47
# EL PAPEL QUE JUGAMOS

Shy siguió a Bill cuesta arriba, a un mirador a un lado del camino donde señaló desde un ángulo aún mejor el laboratorio sumergido.

—¿Ves ese edificio allá abajo?

Shy asintió.

—Lo sé, es el laboratorio de tu compañía.

—*Era* el laboratorio —dijo Bill—. Antes de que la marejada lo destruyera. ¿Sabes lo que ocurría dentro de esos muros?

Shy se encogió de hombros. Había venido a que le contara de su abuela, no a oír una larga y aburrida historia.

—La investigación y desarrollo farmacéuticos más importantes del país —continuó Bill—. Pero resulta que eso no fue lo único que desarrolló LasoTech. El hombre que viste saltar del barco…

—David Williamson —dijo Shy.

—Sí, el señor Williamson. Él dejó una carta en una cueva que está a pocos cientos de metros del laboratorio. Usábamos esa cueva como un segundo muelle para nuestros botes. Los

científicos también lo usaban de almacén. El día que mi bote salvavidas atracó aquí, me enteré de que un científico había descubierto esa carta. Entonces leí la carta con mis propios ojos. Era larga, siete páginas a máquina, y revelaba información muy desconcertante.

Shy vagamente recordaba que el hombre del peinado de cortinilla había mencionado una carta antes de saltar.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver con mi abuela?

—Todo —respondió Bill—. Esa carta explica exactamente cómo se desarrolló el mal de Romero. Creo que el señor Williamson tuvo lo que la gente llama una crisis de conciencia. Es algo irónico que la información que anduve buscando todo ese tiempo estuviera en hojas impresas, ¿no crees? —el hombre cojeó unos cuantos pasos hasta una roca pequeña a su izquierda —. Dios mío, la pierna me está matando.

Shy lo vio sentarse y quitarse la mochila de la espalda, ponerla entre sus pies.

Bill levantó la mirada.

—El señor Williamson fue parte de nuestra compañía desde el principio. Desarrolló muchos medicamentos originales que ayudaron a mucha gente e hicieron ganar mucho dinero a la compañía. Pero según su carta, no estaba satisfecho. Quería hacer lo que ningún científico había hecho antes. Allí fue cuando a él y al señor Miller se les ocurrió una idea innovadora. En vez de reaccionar al medio ambiente, como siempre, ellos querían *crear* el medio ambiente. Así que trabajaron al revés.

—No entiendo —dijo Shy.

—En vez de desarrollar un medicamento para tratar una enfermedad, se propusieron desarrollar una enfermedad que necesitara un medicamento. Y eso fue exactamente lo que hicieron.

Cuando Shy comprendió lo que el tipo le estaba diciendo, el cuerpo entero se le insensibilizó.

—¿Ellos crearon el mal de Romero en un puto laboratorio?

—Según la carta que leímos —dijo el hombre, asintiendo—. Créeme, todos nos quedamos tan desconcertados como tú por esa

información.

Shy podía sentir que su ira iba creciendo mientras veía al hombre.

—¿Y cómo infectaron a la gente?

—Allí es donde entró el señor Miller, el papá de tu amiga. Según la carta, el señor Miller abrió una clínica gratuita en México, con otro nombre, por supuesto. Durante dos años, dieron servicio a comunidades fronterizas pobres, atendiendo desde un resfriado común hasta cáncer de mama. Pero, en secreto, también infectaron a diversos pacientes con la enfermedad, los primeros.

Shy miraba fijamente al hombre, horrorizado.

—Sabían que tarde o temprano cruzaría la frontera, hacia Estados Unidos. Y sabían que el miedo ocasionado generaría una gran demanda del tratamiento. Cuando empezaron a salir los primeros reportes, esperaron un tiempo, pues no se vería bien que surgiera un tratamiento demasiado pronto. Hace unas semanas la medicina para tratar el mal fue aprobado por la Agencia de Alimentos y Medicamentos. Su plan era presentar la vacuna a fin de año. Por supuesto, los terremotos cambiaron todo. Recibimos noticias de que el mal está asolando toda la Costa Oeste. Se determinó que lo mejor para la compañía era distanciarse por completo de la situación.

Shy no podía creer lo que oía. No cometieron fraude de seguros, inventaron una enfermedad que mataba a la gente. A su abuela. Al papá de Carmen. Rodney. Se sintió tan mareado que tuvo que acuclillarse y poner la mano en el suelo para no caer.

—Es francamente incomprensible —dijo Bill—. Lo sé. Según la carta, el señor Williamson decía que nunca pensó en realidad en lo que podía ocurrir una vez que la enfermedad se dispersara. Había estado enfocado en el aspecto científico del asunto. Sólo el señor Miller entendió las enormes ganancias que les iba a dejar.

Shy estaba tan encabronado que su cuerpo entero empezó a temblar. El papá de Addie era el responsable de todo. ¿Cómo era posible que ella no lo supiera? Shy perdió los estribos y se puso de pie. Caminó hasta Bill y lo empujó de la roca, gritó:

—¡Mataron gente! —permaneció de pie, se cernió sobre el tipo, respiró fuerte y trató de pensar—. ¡Mataron a mi familia!

Bill se levantó con lentitud y se sacudió la ropa.

—Yo no hice nada, Shy —dijo tranquilamente—. No sabía nada hasta hace unos días.

—Eras parte de eso —dijo Shy—. Si no, ¿por qué me seguiste por todo el barco? ¿Por qué me preguntaste lo que dijo ese tipo antes de saltar?

Bill se volvió a sentar en la roca.

—Ésas fueron las instrucciones del señor Miller. Quería saber qué le dijo el señor Williamson a toda la gente con la que habló esa noche. Le preocupaba que su socio hubiera filtrado información ultrasecreta. Pero yo no tenía idea de qué era lo que estaba buscando, te lo juro.

Shy estaba tan confundido. Pensó en los días que estuvo flotando a la deriva en el bote salvavidas con Addie. En ese momento él no tenía idea de que estaba atrapado ahí con la hija del tipo que mató a su abuela. Le revolvía el estómago. *Ella* le revolvía el estómago.

—Estoy de acuerdo, Shy, es horrible —Bill abrió el cierre de su mochila, aún mirando a Shy—. Pero juzgar no es mi profesión. Lo mío es la protección.

Shy vio a Bill sacar un arma de su mochila y apuntarle.

Shy se quedó helado por la incredulidad.

—¿Qué haces?

—Y el señor Miller me paga mucho dinero por protegerlo —continuó Bill—. Mientras él siga vivo, siempre protegeré sus intereses. La compañía podrá estar arruinada, pero él me asegura que mis servicios le son más valiosos ahora que nunca. Nadie en el continente sabe lo de su vacuna y mi intención es que eso continúe así.

—Pero él está muerto —dijo Shy.

—Ah, no —dijo Bill, poniéndose de pie—. Jim Miller está más vivo que nunca. En estos momentos va camino a casa.

El helicóptero, pensó Shy.

—Ah, y en cuanto a los hombres que encontraste en el océano

—prosiguió Bill—, uno de ellos era un médico que pretendía llevar la vacuna a California. Para proteger a los que seguían sanos y para denunciarnos. El otro hombre era uno de los míos. Sus instrucciones eran asegurarse de que ese hombre nunca llegara a su destino. Lamento oír que perdí a un buen elemento, pero al menos tuvo éxito en su misión.

El hombre le hizo señas con la pistola a Shy de que se sentara en el suelo. Él lo hizo, miró directamente el cañón. Su cuerpo entero estaba temblando de modo incontrolable. Por el miedo cegador. ¿Y si ese tipo no lo dejaba ir? ¿Y si no lograba subir al buque con Carmen y Marcus? ¿Y si nunca regresaba a casa a buscar a su familia?

—Te voy a explicar algo —dijo Bill—. Y lo estoy haciendo porque me ayudaste en el barco. De lo contrario ya estarías en el suelo.

—Te llevé a un bote salvavidas —dijo Shy débilmente. El hombre respiró profundo y vio con intensidad a Shy.

—En esta vida todos jugamos un papel —continuó—. En realidad es simple. El señor Williamson tenía un talento especial para la ciencia. Su ego lo llevó a crear la enfermedad perfecta. El señor Miller tuvo la visión de negocios para ganar dinero a partir de esa creación. Mi papel es proteger al señor Miller. ¿Y sabes cuál es tu papel, Shy?

Shy miró al hombre que le seguía apuntando.

—Pero eso no está bien —apenas pudo decir.

Bill movió la cabeza.

—Hace mucho aprendí a no enredarme nunca con lo que está bien o mal. Aquí el problema es que sabes demasiado, Shy. Quizás hayas sabido demasiado desde la noche en que el señor Williamson decidió terminar con su vida. O quizá sólo sabes demasiado por lo que acabo de decirte. De cualquier manera, tu papel termina hoy.

Bill preparó la pistola y avanzó un poco, de modo que el cañón estaba a unos centímetros de la frente de Shy.

Shy bajó la vista al suelo frente a él y luego cerró los ojos, esperó el sonido de la explosión que pondría fin a todo. Su mente

proyectó cientos de imágenes frenéticamente: él abordando el barco; su abuela tendida en su cama de hospital; los ojos rojos de Rodney; su sobrino dormido; su mamá subiendo la escalera hasta su apartamento; Addie partiendo el pescado en dos y el momento en que conoció a Carmen en el barco.

Entonces lo escuchó.

El disparo.

Y dejó que su frente cayera hacia el suelo, suponiéndose muerto.

Pero seguía ahí sentado. Olía la tierra. Respiraba. Pensaba.

Lentamente abrió los ojos y levantó la vista.

Bill estaba tendido boca abajo a medio metro de él; la sangre se encharcaba en la tierra alrededor de su cuerpo.

Al principio Shy pensó que se había suicidado, pero luego sintió que había alguien a su derecha y volteó.

Limpiabotas estaba ahí de pie.

La pistola en su mano derecha aún apuntaba hacia el hombre.

El maletín de lona azul y café colgaba de su hombro.

# 48
# TIRAR LA PUERTA A PATADAS

Shy se levantó trastabillando, vio que Limpiabotas revisaba el pulso de Bill.

—¿Está muerto? —preguntó.

—Sí, está muerto —Limpiabotas arrancó la pistola de la mano derecha de Bill y se la encajó atrás, en el pantalón. Levantó la mochila verde y luego miró hacia el océano.

Shy sabía que estaba conmocionado, porque no podía procesar lo que había ocurrido. Pero ver a Bill con un tiro en la espalda lo hizo arrodillarse como si fuera a vomitar. Había estado a punto de que le disparara en la cabeza, después de saber que la compañía del papá de Addie había sembrado una enfermedad, para vender medicinas. Escupió y levantó la vista hacia Limpiabotas.

—Me salvaste la vida. Ya dos veces, con ésta. ¿Quién eres?

El tipo movió la cabeza, aún miraba hacia el agua.

—Sólo un tipo que lustra zapatos, joven.

—Imposible, por fuerza eres alguien más —Shy quería hacer algo por aquel tipo; mostrarle su agradecimiento. Metió la mano

al bolsillo y sacó el anillo, se lo puso en la mano.

—Toma, esto es para ti —dijo.

Limpiabotas vio el anillo y negó con la cabeza.

—No gracias. Nunca me ha entusiasmado la joyería.

—Pero lo puedes vender o algo. Cuando regresemos a California.

—No me interesa —dijo Limpiabotas, abrió la mochila verde de Bill y la revisó.

Shy volvió a guardar el anillo. Pensó en todas las cosas que Bill le acababa de decir sobre la enfermedad, el papá de Addie y el papel de todos. Le repugnaba que alguien pudiera enfermar a la gente de manera deliberada. ¿Cómo se lo explicaría a Carmen? ¿Qué pasaría con Addie?

Volteó hacia el laboratorio inundado, donde comenzó todo.

—¿Y cómo supiste que estábamos aquí? —le preguntó a Limpiabotas.

—Vi, desde tiempo atrás, que ese hombre lo vigilaba en el barco —dijo Limpiabotas—. Sentí que algo iba mal —volteó a ver a Shy por primera vez—. Y siento lo mismo de toda esta isla, desde que desembarcamos. Esto no ha terminado, joven.

Shy asintió. No estaba seguro de entender de qué hablaba Limpiabotas, pero estaba de acuerdo. Aquel hombre no se había equivocado una sola vez. Shy se puso de pie y se acercó más al cuerpo inerte de Bill, miró el disparo ensangrentado en su espalda.

Limpiabotas sacó una botella transparente con atomizador de la mochila verde y la levantó al sol, que ahora estaba mucho más bajo en el cielo. La botella estaba llena de un líquido amarillo. Limpiabotas se roció un poco en el dorso de la mano y olió. Luego lo probó y escupió.

—¿Qué es? —preguntó Shy.

Limpiabotas movió la cabeza y volteó una vez más hacia la isla.

—¿Qué es, Limpiabotas?

Limpiabotas volteó repentinamente y le lanzó a Shy el maletín de lona.

—Asegúrese de que esto esté a salvo —dijo—. Es muy importante, ¿me oyó? Tengo que ir a otro asunto —echó a caminar rápido cuesta abajo.

—¿A dónde vas? —le gritó Shy.

Limpiabotas no respondió.

—¡Todos los del penthouse están enfermos! —gritó Shy—. ¡También tienen el mal!

—¡No suba al barco! —gritó el hombre volteando hacia atrás —. ¡Hasta el último momento! ¿Me oye? —luego dobló por el camino y desapareció.

Shy emprendió el camino cuesta abajo algunos minutos después, repasó obsesivamente todo lo que Bill acababa de decirle y revivió el sonido del disparo que pensó que había terminado con su vida. Pero cuando escuchó a dos personas hablando a lo lejos paró en seco y se escondió. Eran dos de los científicos que bajaban por el otro camino, hacia la bifurcación.

En cuanto pasaron, miró a su alrededor, trató de imaginar qué haría con el maletín de lona. No quería correr ningún riesgo, pues era lo único que Limpiabotas le había encargado. Para asegurarse subió a un árbol y escondió el maletín en el codo de una rama alta cubierta por una gruesa capa de hojas. Decidió que volvería por él, justo antes de formarse para subir al buque.

Shy se apresuró el resto del camino, pasó el kiosco y entró al lobby del hotel. Unos cuantos pasajeros se estaban alejando justo cuando él llegó.

—¿A dónde van? —preguntó Shy.

—Muchos estamos bajando más temprano —dijo una de las mujeres—. Es que estamos tan emocionados.

—Baja cuando puedas —dijo el tipo de al lado. Levantó una baraja—. Podemos jugar póker para pasar el rato.

—En un momento los alcanzo —les dijo Shy, trató de mantener la sonrisa. No entendía por qué Limpiabotas quería que retrasara lo más posible su subida al buque. Todos los demás se estaban preparando desde temprano. Y Shy de ninguna manera

iba a permitir que esa cosa se fuera sin Limpiabotas. Le debía la vida al tipo.

Shy vio partir al grupo, luego tomó el pasillo hacia la habitación de Addie. Tenía que hacerle algunas preguntas sobre su papá, quien seguía vivo.

Tocó la puerta y esperó.

No hubo respuesta.

—¡Addie! —gritó—. ¡Abre la puerta, necesito hablar contigo!

Cuando una vez más no hubo respuesta, volteó hacia ambos lados para asegurarse de que no hubiera nadie en los pasillos. Luego pateó la puerta con toda su fuerza. Apenas se movió. Tomó vuelo y la volvió a patear, junto a la manija. Al tercer intento se abrió por fin y pudo entrar.

El cuarto estaba vacío.

La cama estaba perfectamente arreglada, como si nadie se hubiera acostado en ella jamás. ¿Dónde estaba? ¿Ya había bajado a la playa? Shy se sentó en el sofá del rincón a pensar. Estaba furioso. Y estaba asustado. La familia de Addie había matado a la suya. Eso lo hacía odiarla. Pero en el bote salvavidas la había mirado a los ojos. Ella no era como su papá. O quizás él estaba equivocado acerca de ella desde el principio.

Luego recordó el helicóptero que salió de la isla. Dio un puñetazo en la pared. ¿Y si Addie iba allí con su papá? Pero eso tampoco tenía sentido. Ella ni siquiera sabía que él seguía vivo.

Shy salió del cuarto de Addie y se apresuró a cruzar el pasillo. Otro grupo de pasajeros estaba atravesando el lobby hacia la salida.

—Pensamos que más vale irnos a formar —dijo la mujer con la camiseta de los Raiders.

Uno de los hombres miró su reloj.

—Se supone que tenemos que estar allí como en veinticinco minutos. Nos vemos pronto, espero.

Shy prometió apurarse.

# 49
## MALA RECEPCIÓN

Carmen tampoco estaba en su cuarto; Shy se puso a buscar el cuarto de Marcus. Como no sabía el número, y ni siquiera en qué piso estaba, recorrió todos los niveles, gritando sus nombres.

—¡Carmen!

—¡Marcus!

Shy ya iba casi al final del cuarto piso cuando oyó que una puerta se abría a sus espaldas. Se dio vuelta y vio a Carmen ahí de pie. Ella no dijo nada, sólo le hizo una seña para que se acercara.

Él la siguió al interior del cuarto, donde vio a Marcus sentado a la orilla de la cama, tratando de ajustar el radio. Ocasionalmente se oía un estallido de estática, pero nada más.

Marcus levantó la vista.

—Shy —dijo, dejó el radio a un lado y se levantó de un salto. Chocaron sus manos y se dieron un rápido abrazo de amigos—. Me alegra mucho que te hayas salvado.

—Igual tú.

—Dile a Shy lo que oíste —dijo Carmen, que se veía alterada.

Marcus se volvió a sentar con su radio.

—Por un par de minutos logré que llegara bastante claro —dijo—. Justo antes que entrara Carmen —Marcus lanzó una mirada hacia ella y volteó otra vez hacia Shy—. No estoy demasiado seguro, pero sonaba como un tipo británico diciendo que Estados Unidos está en estado de emergencia.

Shy volteó a ver el radio.

—¿Y eso qué significa?

Marcus se encogió de hombros.

—No estoy seguro.

—Dile lo demás —dijo Carmen.

—Según ese hombre, tienen a la gente amontonada en estadios por toda la costa oeste. Y como estaban todos juntos… —hizo una pausa y volvió a mirar a Carmen—. El mal contagió a todos.

—Romero —dijo Carmen, y agarró el brazo de Shy—. Ya se contagiaron todos, Shy. Y no los dejan salir de los estadios.

—Jesús —dijo Shy. Eso concordaba exactamente con lo que le dijo Bill. ¿Qué encontrarían a su regreso?

Carmen estiró la mano y golpeó un costado del radio.

—¿Por qué no se oye más claro?

—No le pegues —dijo Marcus, quitando el radio—. Es peor.

Ella se sentó en la orilla de la cama, furiosa.

—En la junta trataron de decirnos que todo estaba bien —dijo Shy—. Yo sabía que sonaba raro.

—Justo de eso estábamos hablando —dijo Carmen—. Supongo que no querían que nos preocupáramos por las cosas en casa hasta que nos rescataran.

Marcus volvió a insistir otra vez con la sintonía.

—Es lo que te digo, no estoy del todo seguro. Era medio difícil de entender.

—¿Encontraste la maleta de medicinas? —le preguntó Carmen a Shy—. Le conté a Marcus lo del penthouse.

—Siento mucho lo de Rodney, amigo —dijo Marcus, moviendo la cabeza—. Era un gran tipo.

Shy asintió.

—Limpiabotas me dio el maletín —dijo, mirando de uno a otro—. Pero pasó algo más cuando andaba por allá.

—¿Qué? —dijo Carmen.

—Acompáñenme a recoger el maletín —dijo Shy—. En el camino les cuento.

Carmen se puso de pie.

—Pero luego tenemos que apurarnos a bajar a la playa —dijo —. Podemos hablar más a fondo de toda esta mierda cuando estemos a bordo de ese maldito barco, camino a casa.

Carmen se tapó la boca cuando Shy acabó de relatarles todo lo que Bill había dicho sobre el mal de Romero.

—¿Y tú le crees a este idiota? —preguntó ella.

Shy se encogió de hombros.

—¿Por qué habría de inventarlo?

—¿Pero cómo pueden hacer una cosa así? —dijo Marcus—. ¿Inventar una enfermedad así nada más?

—Supongo que si son científicos… —dijo Shy, pasándose el maletín de lona de un hombro al otro. Lo había bajado del árbol de camino a ver el cadáver, que ahora estaba a sus pies. No dejaba de mirar al hombre, Bill, mientras recordaba cómo le había apuntado directo a la cara. Esto hacía que Shy se sintiera como un fantasma. Como si en realidad no tuviera por qué estar ahí, respirando.

—Me puso la pistola en la cabeza —Shy trató de encontrarle sentido a lo que había pasado—. Pensé que todo había terminado.

—¿Y allí fue cuando Limpiabotas lo liquidó? —dijo Carmen.

—Me salvó la vida —dijo Shy—. Dos veces en un día.

—Esto me está rebasando —dijo Carmen—. No tenemos idea de qué vamos a encontrar cuando regresemos.

Los tres se quedaron ahí de pie, mirándose entre ellos y al cuerpo.

—¿Entonces nadie sabe ni que existe una vacuna? —preguntó Marcus.

—No creo —dijo Shy—. Por lo que dijo parece que quieren desentenderse de todo el asunto.

—Básicamente sabes lo que hicieron, ¿no? —Carmen pateó el cadáver justo en las costillas—. Sacrificaron a gente pobre para asustar a los ricos y sacarles dinero. Sacrificaron a mi jodido padre.

—Más allá de algo turbio —dijo Marcus—. Es como una especie de genocidio o algo así.

—En cuanto regresemos —dijo Carmen—, se lo vamos a decir a todo el mundo. La policía, el FBI, la CIA, a quien encontremos.

Shy sólo siguió viendo la cabeza del hombre. Estaba tan enfurecido que estaba temblando y le castañeteaban los dientes. Luego se le ocurrió algo. El sobre en el maletín. Corrió el cierre y buscó debajo de las vacunas y abrió el maltratado sobre lo suficiente para asomarse. Se quedó boquiabierto. Era la carta que había escrito el hombre del peinado de cortinilla, David Williamson. Tenían la evidencia.

—Más vale irnos —dijo Marcus.

—Limpiabotas sigue por aquí, en alguna parte —dijo Shy—. Quiere que esperemos un poco.

—¿Y si esperamos en el maldito barco? —respondió Marcus, recogiendo el radio.

Shy se encogió de hombros, cerró el maletín de lona y los condujo cuesta abajo por el angosto camino que, tarde o temprano, los llevaría hasta la escalera. Pero cuando pasaron el hotel, pensó otra vez en Addie. Y el helicóptero. Se preguntó si debería asomarse a su cuarto por última vez, por si acaso. Luego se le ocurrió algo más.

—Esperen —dijo cuando llegaban a la escalera. Carmen y Marcus voltearon a verlo.

Shy lanzó una mirada al buque, que estaba de cara a la isla. Vio el sitio donde había estado el helicóptero. Si el papá de Addie de veras seguía con vida, debió ir en él. Y el aparato estaba en el buque de los científicos. Por qué iban a dejar que un tipo cualquiera se llevara su helicóptero a menos que…

—Ven, Shy —dijo Carmen.

Shy observó la playa. Tenían una vista perfecta desde la escalera. Los pasajeros estaban formados y el equipo de científicos caminaba alrededor de ellos con mochilas a la espalda. Eran verdes. Iguales a la que traía Bill. El velero averiado había desaparecido. Pensó en Limpiabotas diciéndole que no abordara el barco. Tal vez se refería a que no subiera al barco *nunca*. Quizás era una advertencia.

—Ya todos están formados —dijo Carmen—. Debemos bajar.

—Vamos, amigo —dijo Marcus, tratando de jalar a Shy de la muñeca.

—Espera —dijo Shy, soltando su brazo—. Tengo que pensar. Ahora recordaba otra cosa: Limpiabotas sacó un atomizador de la mochila de Bill y olió la substancia en el dorso de su mano. Los científicos que había visto en el camino, rociaban árboles y arbustos con el mismo tipo de atomizador.

—¡Shy! —gritó Carmen.

—No podemos ir allá abajo —dijo, dirigiendo su mirada hacia ella—. Aún no. Tenemos tiempo, ¿no? Todavía tienen que subir a los enfermos.

Todos voltearon hacia el mar cuando dos balsas de motor empezaron a zumbar y se acercaron desde el buque hasta la orilla. Los tripulantes subieron las balsas al césped del campo de golf y les enviaron una señal a los científicos en tierra: levantaron el pulgar.

—Mira —dijo Marcus—, quédate aquí arriba si quieres, pero yo voy a subir mis nalgas en una de esas balsas. *Ahora* —volteó hacia Carmen—. ¿Vienes conmigo?

Carmen volteó a ver a Shy con ojos tristes.

—Sólo quiero irme a casa —le dijo.

—Yo también —Shy se pasó una mano por el rostro. Pero algo no está bien.

Shy se acercó más a la orilla del acantilado, junto a las escaleras, y oyó a uno de los científicos dando órdenes a gritos. Observó por encima de un tupido muro de arbustos. En vez de subir al primer grupo de sobrevivientes a la primera balsa, todos los científicos del equipo introdujeron la mano a sus mochilas

verdes y, al mismo tiempo, sacaron una metralleta. Apuntaron contra la fila de sobrevivientes y empezaron a disparar.

Los gritos llenaron el aire.

Ráfagas de metralleta.

Unos cuantos pasajeros trataron de correr, pero ninguno logró avanzar más allá de unos pasos antes de ser abatido.

Shy se agachó tras la orilla del acantilado, inhaló con rapidez. Carmen y Marcus volvieron a subir la escalera corriendo y se arrojaron detrás de él.

Shy miró horrorizado, mientras un cuerpo tras otro caía inerte sobre el césped; los gritos fueron desapareciendo hasta que lo único que quedó fue el sonido de los disparos y sólo quedaron en pie los científicos, que en realidad no lo eran, sino gente de seguridad de LasoTech, como Shy temía.

—Ay, Dios mío. Ay, Dios mío —Carmen no paraba de canturrearle al oído a Shy.

Marcus sólo miraba, con ojos desorbitados y la boca abierta por la conmoción.

El corazón de Shy latía furioso en su pecho. No se podía mover. Algunos hombres apilaban los cadáveres en las balsas y, en el buque, otro grupo estaba posicionando dos lanzacohetes que apuntaban hacia la isla. Un hombre le prendió fuego a todos los botes salvavidas para que no hubiera forma de escapar de la isla. Cuando terminó, señaló hacia lo alto de la escalera y les gritó algo a sus compañeros; casi al instante otros dos hombres levantaron sus armas hacia Shy, Marcus y Carmen.

Shy se escondió detrás del teleférico; jaló a Carmen y Marcus hacia abajo; los tres se abrazaron, temblando, mientras las balas rebotaban alrededor. Algunas dieron en el hotel, causaron miniexplosiones en las paredes y produjeron incendios. Los árboles y arbustos también se estaban incendiando y, de inmediato, Shy lo relacionó con la substancia de los atomizadores.

Las ráfagas duraron casi un minuto; cuando pararon, Shy asomó la cabeza sobre el borde de la pared y vio que dos de los pistoleros subían por la escalera a saltos, hacia ellos.

—¡Ahí vienen! —gritó Shy, y jaló a Carmen y Marcus de las camisas. En segundos corrieron a toda velocidad, pasaron el hotel, el kiosco y volvieron a subir por el camino. Lo único que Shy podía oír eran los disparos desgarrando los arbustos y árboles alrededor, y el sonido apagado de sus pisadas mientras subían más y más por los acantilados.

Segundos después, los disparos cesaron y Marcus gritó:

—¡Ya se van!

Shy y Carmen dejaron de correr y voltearon para ver a los dos pistoleros que ahora bajaban veloces por el camino, alejándose. Shy jadeaba desesperadamente junto a Carmen y Marcus, que estaban encorvados, con las manos sobre las rodillas.

—¿A dónde van? —dijo Marcus entre jadeos.

Shy movió la cabeza. No entendía nada. Ni la masacre de sobrevivientes, ni la persecución cuesta arriba, ni por qué, de pronto, se habían detenido y dado media vuelta. Pero sabía que eso no había terminado.

Al bajar por el cerro, muchos árboles y arbustos estaban en llamas, e iluminaban el cielo que ya empezaba a oscurecer.

Los tres esperaron en silencio.

—Voy a ver —dijo Shy.

—¡Tú te quedas aquí! —Carmen se colgó de su brazo—. ¿Y si nos están esperando?

—Tenemos que ayudar a los enfermos —dijo Shy.

Marcus movió la cabeza.

—Hay que salir del camino. Tal vez podamos ver el barco desde la orilla del acantilado.

Salieron del camino, Shy por delante, hasta llegar a la orilla del acantilado, desde donde pudieron ver hacia el océano. El ángulo era malo, pero Shy observó una de las balsas a un lado del buque, donde los científicos subían los cadáveres. No querían dejar ninguna evidencia de lo ocurrido.

—¿Dónde está Limpiabotas? —preguntó Shy.

Nadie contestó.

En cuanto el último cadáver fue subido al buque, los pistoleros también abordaron, luego, entre varios, izaron las

balsas.

—Ya subieron todos —dijo Shy—. Tenemos que sacar a los enfermos del hotel y bajarlos a la playa. Parte del hotel está en llamas.

Justo cuando dijo esto una bola de fuego salió disparada del buque, cruzó el agua y se impactó en un costado del hotel, la pared estalló y se incendió.

Más disparos salieron con estrépito del buque; el sonido estallaba por toda la isla; el hotel recibió un impacto tras otro hasta que todo estuvo en llamas, incluyendo el penthouse, donde algunos de los pacientes seguían vivos. Shy nunca había visto algo así. Aquellos hombres estaban disparando lanzacohetes contra la isla, trataban de quemarlo todo. Él se estaba ahogando de miedo.

Echaron a correr hacia abajo, Shy a la cabeza, sin tener idea de a dónde iba. Luego una bola de fuego cayó en un arbusto justo frente a ellos y sin decir palabra los tres dieron media vuelta y echaron a correr nuevamente hacia arriba.

La mitad de los árboles y arbustos que pasaban se estaba quemando, las llamas saltaban de una rama a otra, subían hasta el cielo, iluminaban todo. El humo cubría el camino; pronto todos tosían y se tapaban la boca con la camisa. No había a dónde ir, ningún lugar seguro. Iban a ser quemados vivos junto con todo lo demás.

De pronto, un hombre llegó corriendo desde un tramo de arbustos en llamas y se tiró al suelo, rodó para apagar su ropa. Luego se levantó de un salto.

Limpiabotas.

—¡Es napalm! —gritó—. ¡Están quemando toda la isla! ¡Síganme!

Shy echó a correr tras Limpiabotas; Carmen y Marcus tras él. Siguieron el camino cuesta arriba, el fuego se extendía alrededor.

Shy no podía pensar. Pero podía correr. Estaba hiperconsciente de su entorno: las flamas; el humo; cada giro y vuelta que daba Limpiabotas; Carmen y Marcus siguiéndolo de cerca.

Pero entre más subían y se alejaban, se hizo más evidente que quedarían atrapados. La única forma de bajar del acantilado era por la escalera, donde estarían a la vista de los hombres del buque. Y el resto de la isla pronto estaría envuelta por las llamas. No había escapatoria.

Limpiabotas salió del camino y los guio hasta la orilla del acantilado; Shy reconoció el helipuerto. Fue el lugar donde resbaló y estuvo a punto de caer. Los cuatro se detuvieron en la orilla, miraron el agua abajo, a casi veinte metros, el fuego se acercaba a sus espaldas.

—¿Y ahora qué? —gritó Shy.

Limpiabotas tomó el radio que Marcus traía en la mano y el maletín de lona que Shy llevaba colgado.

—¿Qué haces? —gritó Marcus.

—¡Yo me encargo! —le gritó Limpiabotas, metió el radio a la mochilla y cerró el zipper. Se inclinó hacia Shy y le dijo al oído —: Asegúrese de que me sigan.

Dio la vuelta y saltó sobre la orilla, lanzó el maletín por delante.

Carmen gritó. Los tres se acercaron a la orilla para ver a Limpiabotas saltar de pie, agitando brazos y piernas, hasta que su cuerpo cayó con estruendo en el agua.

—De ninguna manera —dijo Marcus, negando con la cabeza —. De ninguna jodida manera.

Shy volteó a ver las llamas que los rodeaban.

No había elección.

Se acercó a Marcus, levantando las manos y diciendo:

—No tenemos que saltar. Sólo regresemos por el camino y… —entonces empujó a Marcus tan fuerte como pudo y lo vio caer del acantilado, gritando, hacia el agua.

Shy tomó la mano de Carmen y la miró.

El rostro de ella estaba desfigurado por el miedo pero asintió; los dos dieron dos rápidos pasos hacia la orilla y saltaron juntos.

En el vacío, Shy estiró los brazos hacia la nada y pataleó; con el aire pasándole veloz por las orejas; con el sentimiento de ingravidez y libertad, vio al hombre del peinado de cortinilla

saltar del barco, vio los ojos desorbitados de Carmen junto a él, luego se estrelló en el agua, se hundió en ella, más y más profundo, hasta el momento en que luchó por detenerse, luego aflojó el cuerpo; el agua lo envolvió en sus brazos y lo levantó hacia la superficie, lenta e incesantemente; aguantó el ardor en sus pulmones y esperó hasta salir de nuevo para jalar una enorme bocanada de aire, luego volteó, desesperado, hasta que encontró a Carmen mirándolo.

# 50
## CINCO NUDOS

—Por acá —dijo Limpiabotas, y agitó la mano para que lo siguieran. Estaba en el agua con el maletín de lona, junto al acantilado.

Shy tenía entumecido todo el costado derecho; era la parte de su cuerpo que había pegado en el océano. También tenía la mente entumecida. Vio a Carmen y Marcus nadando delante de él. Y vio el velero con la vela desgarrada flotando a su derecha. El que Carmen había dicho y que tanto obsesionaba a Limpiabotas. Parecía imposible que lo hubiera reparado al grado de volver a flotar. Pero ahí estaba.

Ahora Limpiabotas iba escalando lentamente por el rocoso acantilado, lo cual no parecía una buena idea, pues la isla entera seguía envuelta en llamas.

Cuando Shy llegó al acantilado, vio que Limpiabotas se arrastraba hacia una cueva, en un costado de la roca, como a cinco metros sobre el agua. Limpiabotas le tendió una mano a Carmen y la ayudó a subir. Luego ayudó a Marcus. Shy escaló tras ellos y Limpiabotas lo jaló a él también. Al entrar, la cueva

se ensanchaba mucho. Limpiabotas caminó hasta un altero de chalecos salvavidas, le lanzó uno a cada quien, diciendo:

—Los van a necesitar.

Todos se pusieron los chalecos. Luego Limpiabotas tomó una manta grande, doblada.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Carmen.

—Largarnos de aquí en el velero —dijo Limpiabotas.

Shy estaba temblando cuando volteó de nuevo hacia el agua.

—¡No podemos! —gritó Marcus—. ¡El barco viene hacia él!

Todos corrieron a la entrada de la cueva y, al asomarse, vieron una bola de fuego que atravesaba el aire con estruendo hacia el bote. Cayó a menos de cinco metros y rápidamente se apagó en el agua.

—¡Están tratando de quemarlo! —gritó Carmen.

Limpiabotas sacó la cabeza de la cueva y le gritó al buque de investigación:

—¡Anda, bastardo! ¡Sólo alcanza los cinco nudos!

Otra bola de fuego cayó cerca del velero.

Luego una tercera.

Shy advirtió que el buque empezaba a acelerar hacia el bote; les seguían disparando y las bolas de fuego cruzaban en arco el aire. Una cayó a un lado del velero y por poco lo vuelca. El fuego saltó y prendió la desgarrada vela.

—¡Vamos! —gritó Limpiabotas—. ¡Quiero que aceleres!

Más arriba, Shy oyó el sonido estremecedor del fuego arrasando la isla. Estaba demasiado confundido.

—¿Para qué quieres que acelere? —dijo.

—Me pasé toda la tarde metiéndole mano a esa maldita cosa. Por si acaso.

Carmen se deslizó junto a Shy para presenciar cómo el buque se le iba encima al indefenso velero.

Una bola de fuego más, pero falló; luego, el buque de investigación estalló en llamas, las cuales salieron disparadas hasta el cielo. Siguió una segunda explosión en la parte trasera del buque; algunos restos salieron volando en todas direcciones, algunos cayeron en la entrada de la cueva.

Los tres miraron a Limpiabotas con ojos desorbitados, mientras él asentía tranquilo.

—¿Qué demonios pasó? —preguntó Carmen.

—Conecté sus propios explosivos a la propela del barco —dijo Limpiabotas—. Llegando a cinco nudos, a volar.

—¿Entonces sabías que iban a matar a todos? —preguntó Marcus.

Limpiabotas movió la cabeza.

—Sólo sabía que ese barco no era de investigación —miró hacia el agua, lo que quedaba del buque—. Pero no activé el detonador hasta que me di cuenta de que pensaban quemar la isla.

—¿Y si todos hubiéramos subido al barco? —preguntó Carmen.

—Lo hubiera desactivado.

Todos miraron a Limpiabotas asombrados.

—Dios santo —dijo Marcus—. ¿Quién eres?

—Un tipo que lustra calzado —interpuso Shy, recordando todas las veces que le había hecho esa misma pregunta.

Limpiabotas sonrió y agregó:

—Quizá también haya pasado un tiempo en el ejército. Operaciones especiales.

Todos voltearon a ver cómo las flamas seguían envolviendo al buque destruido, e iluminaban el cielo. Y observaron el reflejo de las llamas sobre la isla, que parpadeaban en el agua, frente a su cueva.

Limpiabotas señaló el velero de aspecto triste, a unos cien metros a la derecha del buque en llamas.

—¿Listos para nadar otra vez? —preguntó, y le lanzó el maletín de lona a Shy.

Todos asintieron y Limpiabotas levantó la manta doblada y se dejó caer desde la cueva otra vez al agua.

Shy se colgó el maletín al hombro y se echó tras él.

# Día 8

# 51
## LOS VIVIENTES

A la mañana siguiente, Shy despertó temprano en el maltrecho velero, temblando y con la mente nebulosa. Habían pasado tantas cosas el día anterior que apenas podía elaborar un pensamiento coherente. Y no podía hablar. Ni él ni nadie. Metió la mano al maletín de lona, sacó la carta del hombre del peinado de cortinilla y leyó hasta la última palabra, una y otra vez. Pero era tan deprimente que, al final, la tuvo que guardar y dejar de pensar en ello. En lugar de eso miró a su alrededor, asimiló el entorno.

No habían avanzado mucho en el transcurso de la noche. Sólo se habían alejado algunos cientos de metros de la isla. Limpiabotas había quitado la vela desgarrada del barco y estaba empezando a ponerle otra. Lo que la noche anterior Shy había creído era una manta, en realidad era una vela hecha de retazos, que aquel hombre debió haber estado uniendo desde que desembarcó en la isla. Había acabado poco antes que despertara Shy; al parecer, había trabajado toda la noche.

Marcus estaba al frente del velero con el radio. La señal

estaba llegando un poco más clara. Shy logró distinguir muchas de las palabras. El reportero hablaba acerca de una frontera improvisada que se había construido en Estados Unidos. Los terremotos ocasionaron que el mal se propagara tan rápido en los estados del oeste, que la gente ya no tenía permitido viajar al este, con la esperanza de contener la enfermedad. Las costas de California, Oregon y Washington, por ahora eran enormes zonas de cuarentena, hasta que los científicos pudieran desarrollar una vacuna y volver distribuir el medicamento para tratar el mal, pues ya se había agotado. Una serie de compañías farmacéuticas estaba trabajando día y noche, tratando de desarrollar una vacuna, pero hasta ahora ninguna había tenido éxito.

Shy sujetó el maletín de lona en su regazo. Sabía que tenían que hacerlo llegar a la gente indicada lo antes posible. Tal vez miles de vidas dependieran de ello.

Recordó la última vez que estuvo en un bote, con el maletín de lona. Estaba con Addie. Pensó en aquellas noches; en cómo se acercaban para darse calor y cómo, a veces, hablaban. Aún podía verla partiendo a la mitad aquel pescado con las manos. Aún podía oírla susurrándole al oído aquella última noche.

¿Ahora dónde estaba ella?

¿Y a él le importaba?

Estaba convencido de que la última vez que la había visto, ella sabía que abandonaría la isla en helicóptero, con su papá. Por la mirada en sus ojos después de la junta a la hora de la comida, cuando conversaron. Y las cosas que dijo. Y ese beso en la mejilla. Le estaba diciendo adiós.

Pero entre más lo pensaba Shy, más seguro estaba de que Addie no sabía nada cuando estaban perdidos en el mar, en el bote salvavidas, juntos. En aquel momento ella estaba tan confundida como él. Él confiaba en lo que había visto en esos ojos verdes. Eso significaba que, en algún momento, su papá debió contactarla en la isla.

En fin, ya no importaba. Ahora estaba con Carmen. Ella estaba sentada contra el costado del barco, a su lado, miraba los restos del buque, que flotaban por toda la superficie del océano.

Y estaban tomados de la mano —aunque él aún no estaba seguro de quién había iniciado esa parte.

Shy cerró los ojos y respiró, sintiendo la mano de Carmen en la de él. Entendió que era un milagro estar vivos, pero quería que sus familias en casa también siguieran con vida. Quería que todo volviera a ser como era.

Unos minutos después Limpiabotas masculló, desde la escotilla delantera:

—Creo que al fin quedó —y lentamente empezó a izar su vela casera hasta desplegarla toda y amarrarla. El viento la hinchó de inmediato y empezó a mover el bote por el océano a una velocidad decente, con lo que se alejaron más de la isla. Limpiabotas bajó de un salto de la escotilla y se apresuró a llegar hasta la caña del timón y empezó a navegar, volteando en ocasiones para ver una brújula que también parecía hecha a mano.

Todos lo miraron y preguntaron en qué podían ayudar, pero Limpiabotas insistió en que, por ahora, sólo descansaran.

El deteriorado velero avanzaba velozmente por el mar, mientras el sol iba subiendo poco a poco por el cielo perfectamente azul. Shy escuchó más fragmentos del reportero en el radio de Marcus, y sintió en la mano de Carmen el latido de su corazón. Observó la isla en ruinas, ahora totalmente quemada, aunque en algunas partes seguía ardiendo. Se preguntó qué encontrarían al volver a casa, y quién estaría allí para recibirlos. Entonces decidió dejar de pensar en cosas que no podía controlar. Por ahora debía enfocarse en lo afortunado que era de estar en este velero, con Limpiabotas, Marcus y Carmen. Puso un dedo en el anillo de la suerte en su bolsa y miró cada rostro, sintiéndose increíblemente cercano a ellos. Marcus movía la antena. Limpiabotas abría su libreta con pastas de piel. Carmen miraba el mar y respiraba regularmente, sujetaba su mano. Shy no tenía idea de cuánto tiempo le tomaría a un bote de ese tamaño navegar hasta California, pero estaba convencido de que

llegarían tarde o temprano. Tenían que hacerlo.

Shy volteó a ver el inmenso océano, que ahora le hablaba con mayor claridad, y trató de procesar todo lo ocurrido en los últimos ocho días. Pero era imposible. Lo único que podía hacer era ver cómo la isla se hacía más y más pequeña en el horizonte, hasta que sólo era un puntito en el agua, y luego desaparecía.

**La lucha por sobrevivir**
**continúa en**

# LOS PERSEGUIDOS

# AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a las siguientes personas por ayudarme a hacer posible esta novela. Krista Marino: tu guía a lo largo de toda la historia fue verdaderamente notable. Muchas gracias por todo tu arduo trabajo. Shy y yo te debemos una cena de lujo en el restaurante de Nueva York que tú elijas. Steve Malk: gracias por ver siempre a largo plazo y aconsejarme en mucho más que sólo decisiones de carrera. Trabajar contigo es uno de los mejores pasos que he tomado en mi vida. Matt Van Buren: gracias por leer los 58,000 borradores de la novela. Tus notas y comentarios (a menudo en un bar de Park Slope) fueron cruciales para poderme aclarar. Gracias también al gran equipo de Random House que trabaja tan duro para poner buenos libros en manos de los lectores, en especial a Beverly Horowitz, Dominique Cimina, Lauren Donovan, Lisa Nadel, Adrienne Waintraub, Tracy Bloom Lerner y Lisa McClatchy. Gracias también a mis expertos médicos (y amigos): Quan Long y Tanya DiFrancesco. Gracias a mi familia, que siempre me apoya: Caroline, Al, Roni, Amy, Emily, Spence, *the Suns* y Annie la gata.

Por último, pero no menos importante, quisiera dar las gracias a todos mis amigos que, como siempre, me demostraron su apoyo y me acompañaron en el crucero que tomé para hacer la investigación para el libro. Pero esperen, ninguno de ustedes quiso venir conmigo. Ni siquiera cuando les rogué y ofrecí pagarles. Ni siquiera después de haber posteado varias súplicas desesperadas en Facebook: “Vamos, alguien que me acompañe en este crucero. No puedo embarcarme una semana yo solo”. Ninguna respuesta. Cero. Ah, además, el crucero que elegí al azar resultó ser una travesía “familiar”. Así que todas las mamás y los papás se la pasaron viéndome mal y cuidando a sus hijos de mí. Podía leerles la mente: *¿Quién es ese tipo tan raro que anda*

*merodeando solo por la Cubierta Lido tomando piñas coladas?* Así que gracias por la compañía, chicos. Qué manera de apoyar a su amigo.

heather waraksa

**Matt de la Peña** asistió a la University of the Pacific con una beca de baloncesto, y realizó un máster en escritura creativa en la University of San Diego. Actualmente vive en Brooklyn, Nueva York, donde enseña escritura creativa. También visita escuelas e institutos dando charlas sobre literatura.

Ha escrito *Ball Don't Lie, Mexican WhiteBoy, We Were Here* y *I Will Save You*. También es autor de los volúmenes cuatro y ocho de la serie multiplataforma «Infinity Ring» y del álbum ilustrado *Last Stop on Market Street*.

*Los vivientes* es su novela más reciente y tendrá su continuación en *Los perseguidos*.

www.mattdelapena.com

@mattdelapena

matt.delapena.5

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares de la realidad es mera coincidencia.

LOS VIVIENTES

Título original: *The Living*

© 2013, Matt de la Peña

Traducción: Juan Elías Tovar Cross

Diseño e imagen de portada: © 2013, Philip Straub

D.R. © Editorial Océano, S.L.
Milanesat 21-23, Edificio Océano
08017 Barcelona, España
www.oceano.com

D. R. © 2015, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Blvd. Manuel Ávila Camacho 76, piso 10
Col. Lomas de Chapultepec
Miguel Hidalgo, C.P. 11000, México, D.F.
Tel. (55) 9178 5100
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: octubre, 2015

eISBN: 978-607-735-630-1

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin

permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Libro convertido a ePub por:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

OCEANO GRANTRAVESÍA

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

www.facebook.com/oceanograntravesia

www.twitter.com/oceanoGTravesia

www.youtube.com/user/oceanotravesia

www.instagram.com/grantravesia

# Índice

Portada
Página de título

*Dedicatoria,*

*Preliminar,*

Día 1
1.RODNEY
2. LA TRIPULACIÓN Y EL GRUPO
3. EL HOMBRE DEL TRAJE NEGRO
4. INSOMNIO
5. CARMEN
6. SANCHO ESPACIAL

Día 2
7. MOZO DE TOALLAS
8. EL DESTELLO DE UN DIAMANTE
9. UNA INVITACIÓN A CENAR
10. NOTICIAS DE CASA
11. AQUÍ LOS NOMBRES NO SIGNIFICAN NADA
12. PRONÓSTICO DE TORMENTA
13. LASOTECH
14. ISLAS OCULTAS
15. UNAS CUANTAS PREGUNTAS
16. NOTICIA INTERNACIONAL
17. UN RESQUICIO DE CARMEN
18. ORDEN EN EL TEATRO NORMANDIE
19. EL *BIG ONE*
20. EN EL REFLECTOR DEL BARCO

21. UN MURO DE AGUA
22. INTERVALOS DE CONCIENCIA
23. LOS MUERTOS
24. RONDA POR EL SALÓN COMEDOR DESTINY
25. LOS BOTES SALVAVIDAS
26. EL PODER DEL MAR
27. LA VERDAD DEL MUNDO

Día 3
28. LOS OTROS SOBREVIVIENTES
29. SANGRE EN EL AGUA
30. LA RESPUESTA DEL SEÑOR HENRY

Día 4
31. PERDIDOS EN EL MAR
32. OCHO DÍAS
33. EL CEMENTERIO DE OTAY MESA
34. LA EXTRAÑA PETICIÓN DEL SEÑOR HENRY

Día 5
35. UN AMULETO INESPERADO
36. LA CARA DE LA CORRUPCIÓN
37. EL BARCO

Día 6
38. EL TEMA DEL AMOR
39. LAS ÚLTIMAS DOS BENGALAS
40. LAS VENAS DE LA TIERRA

Día 7
41. LA ISLA JONES
42. TIERRA FIRME
43. BAJO EL KIOSCO
44. DAR GRACIAS
45. EL PENTHOUSE
46. DOS CAMINOS POR LOS ACANTILADOS
47. EL PAPEL QUE JUGAMOS
48. TIRAR LA PUERTA A PATADAS
49. MALA RECEPCIÓN
50. CINCO NUDOS

Día 8
51. LOS VIVIENTES

*Agradecimientos*

Datos del autor

Página de créditos